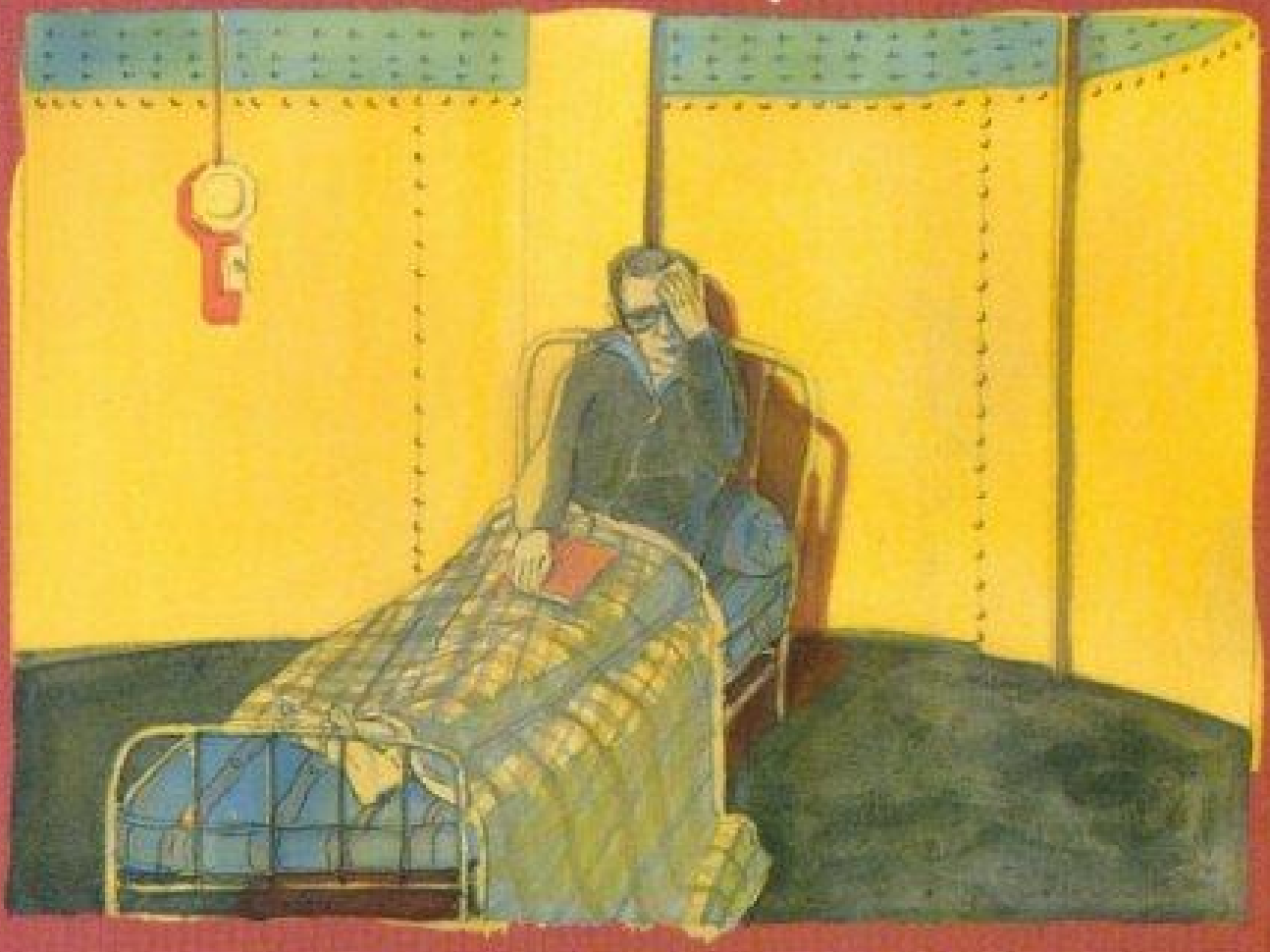
RODOLFO WALSH



EL VIOLENTO OFICIO DE ESCRIBIR

Obra periodística 1953-1977

Edición a cargo de Daniel Link

Con un Prólogo de Rogelio García Lupo

PLANETA · ESPEJO DE LA ARGENTINA

Rodolfo Walsh nació en Choele-Choel (Río Negro) en 1927. En 1937 fue internado en un colegio irlandés para huérfanos y pobres en Moreno. A partir de 1944 trabajó como corrector de pruebas, traductor y antólogo en la editorial Hachette y en 1951 ingresó en el periodismo. Trabajó en las revistas *Leoplán* y *Vea y Lea* durante los años cincuenta. En 1959 participó en la fundación de la agencia de noticias Prensa Latina en Cuba. Su labor periodística continuó en *Panorama* y *Primera Plana*, en el semanario *CGT* (desde 1968 hasta 1970, aunque los últimos números aparecieron en forma clandestina, luego de la detención de Raimundo Ongaro y el allanamiento de la CGTA en 1969), en el *Semanario villero* (1970-1973) y el diario *Noticias* (que fue clausurado en 1974). En 1976 organizó ANCLA (Agencia Clandestina de Noticias). Desde el 25 de marzo de 1977 su nombre integra la lista de desaparecidos durante la dictadura militar.

Sus libros publicados son: *Variaciones en rojo* (cuentos, 1953, Premio Municipal); *Operación Masacre* (crónica, 1957); *La granada y La batalla* (teatro, 1965); *Los oficios terrestres* (cuentos, 1965); *Un kilo de oro* (cuentos, 1967); *¿Quién mató a Rosendo?* (crónica, 1969); *Un oscuro día de justicia* (cuento, antecedido por un reportaje de Ricardo Piglia, 1973); *Caso Satanowsky* (crónica, 1973); *Walsh y la prensa clandestina* (1985, recopilado por Horacio Verbitsky); *Cuento para tahúres y otros relatos policiales* (1987).

• • •

EN ESTA COLECCION

Operación Masacre
(edición definitiva, con un prólogo de Osvaldo Bayer)

DE PROXIMA APARICION:

¿Quién mató a Rosendo?
(edición definitiva, con un prólogo de Osvaldo Soriano)

Caso Satanowsky
(edición definitiva, con un prólogo de Horacio Verbitsky)

Ilustración de cubierta: *Nocturno* (técnica mixta sobre papel, 1995), de Tulio de Sagastizábal.

"En 1964", escribió Rodolfo Walsh, "decidí que, de todos mis oficios terrestres, el violento oficio de escritor era el que más me convenía". Once años después preparó un índice tentativo (hoy definitivamente extraviado) para una compilación de sus mejores notas periodísticas. Este libro, que lleva precisamente por título *El violento oficio de escribir,* incluye más de cincuenta artículos (algunos de los cuales parecían hasta ahora perdidos), representativos de cada una de las etapas de la vida periodística de Walsh.

Desde sus primeras colaboraciones en *Leoplán* en 1953 hasta su "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar" de marzo de 1977, hay un itinerario que hoy puede verse como una verdadera lección acerca de todo lo que se puede escribir periodísticamente y lo que ha hecho de Walsh un escritor excepcional: la capacidad para contar el detalle significativo y para incluir en el relato la palabra de sus informantes; para detenerse en los pormenores de una vida corriente o para denunciar una vasta conspiración; para ejercer el relato sereno o la argumentación demoledora, la diatriba y la denuncia, la entrevista y la investigación.

Si así se reconoce a un gran escritor, a un gran periodista se lo reconoce por los proyectos en los que interviene, y allí Walsh demuestra nuevamente su singularidad: participando en la fundación de *Prensa Latina* (la agencia de noticias cubana), dirigiendo el periódico sindical *CGT,* organizando talleres de periodismo en las villas para editar el *Semanario Villero* entre 1972 y 1973, fundando la *Agencia Clandestina de Noticias* (ANCLA) y la *Cadena Informativa* en 1976, como única respuesta periodística posible a la monstruosa represión de la dictadura militar.

Esta selección incluye casi todos los textos conocidos de Rodolfo Walsh (ordenados cronológicamente, en una edición a cargo de Daniel Link, con un prólogo de Rogelio García Lupo): veinticuatro años de vida periodística, una vida puntuada no sólo por las tres grandes investigaciones que Walsh publicó en libro en su momento (*Operación Masacre*; *¿Quién mató a Rosendo?*; *Caso Satanowsky*), sino por el cotidiano, violento y maravilloso oficio de escribir que late en cada una de las páginas de estas piezas periodísticas y que demuestra que, para Walsh, no hubo nunca "obra verdadera" y "obra de relleno".

ISBN 950-742-616-7

9 789507 426162

PLANETA · ESPEJO DE LA ARGENTINA

RODOLFO WALSH

El violento oficio de escribir

Obra periodística (1953-1977)

Espejo de la Argentina
PLANETA

ESPEJO DE LA ARGENTINA

Diseño de cubierta: Mario Blanco,
sobre una ilustración de Tulio de Sagastizábal
Diseño de interiores: Alejandro Ulloa

Segunda edición: enero de 1998
© 1995, Herederos de Rodolfo Walsh

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 1995, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires
Grupo Editorial Planeta

ISBN 950-742-616-7

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO

EL PERIODISMO DE WALSH

Rogelio García Lupo

El periodismo de Rodolfo Walsh continúa siendo una lectura apasionante, treinta o cuarenta años después de haber sido escrito y aunque la actualidad sea cada vez más remota, o haya desaparecido por completo para los lectores jóvenes.

La explicación de que Walsh fue un gran escritor puede llegar a confundir. Grandes escritores no pudieron superar la muerte de su prosa periodística una vez que perdieron actualidad.

Tal vez la clave se encuentra en que Walsh jamás renunció a la regla del periodismo, y la información sigue siendo uno de los resortes que despiertan el interés del público. La información de Walsh vuelve a atrapar a pesar de que los protagonistas están muertos, que los conflictos son diferentes y han caído naciones y sistemas políticos.

Walsh no podía escribir de otra manera que como lo hizo siempre, extraordinariamente bien, pero no redactó sus artículos de prensa pensando que estaba labrando una obra literaria. Escribía rápido, sobre todo en la época de la agencia Prensa Latina, cuando las teletipos de La Habana engullían centenares de páginas cada hora. Corregía poco porque sabía que las entrelineas y los remiendos molestaban a los operadores de las máquinas. Y a causa de estas urgencias y de su obsesión por la exactitud, cuando Walsh escribía, aunque fuera una página, su poder de concentración desconcertaba, hasta podía herir a los demás. Para él, había que depositar la misma dosis de inteligencia y pulcritud en una narración literaria y en un breve despacho "de la mesa", ese mundo de las redacciones de diarios y agencias donde a menudo tropiezan la noticia con el idioma, la emoción, el sentido común.

Es conocida la ironía que Walsh empleaba al referirse a los diversos oficios que desempeñó en su vida, la mayoría por temporadas cortas, y a menudo producto de circunstancias tan originales como las que lo llevaron al comercio de antigüedades. Pero el núcleo resistente de su personalidad fue el periodismo; hasta extremos de tensión que, de vez en cuando, le imponían una temporada de descanso en otros oficios terrestres, y que también es la explicación de la asombrosa vitalidad de lo que para millares de periodistas es apenas trabajo cotidiano, textos condenados al olvido.

Volver a leer el periodismo de Walsh es encontrarse con una mirada sobre su tiempo, a menudo generosa, frecuentemente ácida, pero nunca recargada por el discurso.

Escribió con una franqueza que en su época causaba tanto estupor como ahora, al releerlo.

En un manual de estilo para novatos que escribió en 1959, Walsh afirma que "las dos cualidades esenciales del periodista son exactitud y rapidez". Y agrega: "Este orden correlativo no excluye que ambas se ejerciten al unísono".

Un gran periodista, que como Walsh escribió inolvidables narraciones, cuentos policiales y artículos de diarios que pueden leerse y releerse una y otra vez, el jesuíta Leonardo Castellani, que tanta influencia ejerció sobre nuestra generación, escribió en la dedicatoria de un libro:

"Para el espejo de periodistas y argentinos Rodolfo Walsh".

Fue el 1 de enero de 1959. Walsh, que admiraba a Castellani, solamente leyó la mitad de ese libro, porque ese mismo día la victoria de la revolución cubana lo arrancó de uno de sus oficios terrestres para colocarlo otra vez en su lugar, allí donde la exactitud y la rapidez debían practicarse al unísono.

Se presentan aquí las notas periodísticas publicadas por Rodolfo Walsh. La selección ha sido realizada con el siguiente criterio:

* Sólo se tuvieron en cuenta los artículos publicados con la firma de Rodolfo Walsh, sus iniciales (R.W., o R.J.W.) o seudónimo (Daniel Hernández). Muchos de los partes de ANCLA y Cadena Informativa y seguramente varias notas de *Noticias* quedaron excluidos de este libro y la nómina final de artículos de Walsh.

* De las series de artículos que integran sus grandes investigaciones *(Operación Masacre, ¿Quién mató a Rosendo? y Caso Satanowsky)* sólo se incluyen ejemplos aislados porque éstos eran necesarios para dar una visión más o menos fiel del "progreso" de la obra periodística de Walsh. Esas notas deberán integrar una edición crítica de esas investigaciones, cuya publicación en estos momentos se planifica.

* Los artículos y prólogos que podrían considerarse de crítica literaria tampoco se recogen aquí (salvo tres excepciones), a la espera de un libro que los contenga más adecuadamente.

* No se consideran periodísticos los escritos íntimos (como la "Carta a Vicki" o la "Carta a mis amigos"), que aparecerán próximamente en un volumen separado.

* No se consideran periodísticos los escritos políticos (como los documentos a la conducción de Montoneros). Tanto temática como retóricamente estos textos no guardan relación con el resto de los artículos. De todos modos, aparecen consignados en el repertorio incluido al final de este libro.

Del conjunto de artículos así acotado, hemos optado por publicar la totalidad del material *conocido* (y esto significa que la lista está incompleta por definición), con la sola excepción de algunas poquísimas notas ya muy reproducidas o cuya debilidad temática las hacía escasamente interesantes para el criterio de organización de este libro.

Las referencias de cada uno de los artículos debe buscarse en la nómina que figura al final del libro. Cada tanto, he intercalado notas que pretenden contextualizar los artículos. Espero que esas notas no distraigan la atención del lector.

Este libro se llama *El violento oficio de escribir* porque Walsh, en un texto autobiográfico, escribió: "En 1964 decidí que de todos mis oficios terrestres, el violento oficio de escritor era el que más me convenía". Otra nota, sobre Hemingway, fue titulada como "El común oficio del periodismo". Ambas formulaciones citan irónicamente la célebre consigna de Raymond Chandler, "el simple arte de matar".

Hace diez años Patricia Walsh recibió de mí una carpeta que, con el título de "Aquí cerraron sus ojos", pretendía ser una primera antología de la obra periodística de su padre, Rodolfo Walsh. Desde entonces hasta ahora, muchas personas contribuyeron a completar el número de artículos. Bárbara Crespo, Roberto Baschetti y Roberto Ferro son quienes más pasión demostraron en la localización de textos y revistas, pero sin la tenacidad de Patricia este libro no existiría. Yo (casualmente) soy el editor de esta "Obra periodística", ellos son sus constructores. Rogelio García Lupo, Horacio Verbitsky, Lilia Ferreyra, Jorge Lafforgue, José Fernández Vega y Chiquita Constela de Giussani abrieron generosamente sus bibliotecas y Rodrigo Peiretti impacientó a cientos de recepcionistas para conseguir lo inhallable. Sólo queda la súplica, para quien tenga o conozca la localización de una nota de Walsh sobre Iguazú publicada en *Extra* que nos lo haga saber. Sólo eso nos separa del Cielo.

D.L

RODOLFO WALSH NACIÓ EN 1927. A los 17 años está ya trabajando en Hachette, donde permanecerá hasta el 15 de diciembre de 1950 con el cargo de "Auxiliar de ediciones propias". Corrector de pruebas, traductor, editor de antologías y autor premiado de esa casa: nada de lo que tiene que ver con la construcción material del libro le fue ajeno. En 1950, "Las tres noches de Isaías Bloom" recibe una mención en el Primer Premio de Cuentos Policiales que Vea y Lea *y Emecé organizan y que la revista publica. Al año siguiente, cuando ha cumplido ya los 24 años, Walsh comienza a publicar cuentos en* Leoplán. *"Los nutrieras" es el título del cuento que publica en 1951 y que encabeza la lista. En 1953, el año en que aparece el artículo que se reproduce a continuación, su primera nota para* Leoplán, *publica además la antología* Diez cuentos policiales argentinos *y su libro de relatos* Variaciones en rojo, *que obtendría el Premio Municipal de Literatura. Esa es, pues, la "obra " de un joven escritor de 26 años sin fortuna personal ni respaldo familiar, que tiene además una esposa (Elina Tejerina, con quien se casó en 1950) y dos hijas de tres y de un año, que no simpatiza con el gobierno de Perón (al que califica con los lugares comunes intelectuales de la época) y que aspira a que su discreta fama le permita vivir un poco mejor de lo que ha podido hasta entonces. Antes de su casamiento, Walsh compartía el cuarto de una pensión con su hermano. Casado, vive primero en otra pensión con su mujer hasta que ella (maestra, estudiante de letras) es designada como directora de una escuela para ciegos en La Plata, a donde se trasladan. Un escritor, digamos, módico y con pretensiones seguramente nada módicas, que tal vez sabe que un "gran autor" se reconoce, años después, por la manera de relacionarse con los autores canónicos de la literatura. Y Walsh, entonces, "descubre " a Ambroce Bierce y lo propone para el canon.*

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE UN CREADOR DE MISTERIOS

UN FAMOSO ESCRITOR DESCONOCIDO

Nombrar a Ambrose Bierce es evocar la memoria ilustre de Edgar Allan Poe. Ambos cultivaron asiduamente el horror en literatura; ambos padecieron el desprecio o la incomprensión de sus contemporáneos. Ambos murieron misteriosa muerte. En 1842, Poe había dado una receta famosa para escribir cuentos. Lo esencial, según él, era buscar "un efecto único", ya fuera de horror, de misterio, de "suspenso", y atenerse estrictamente a él. De los escritores posteriores a Poe, Bierce es quien sirve más fielmente esa regla: sus cuentos producen siempre una impresión definida, a menudo desagradable, a menudo terrible, casi siempre memorable. Posee elementos de técnica que Poe desconoce: el final sorpresivo, el incisivo humorismo, la lúcida facultad descriptiva. Para algún crítico, es Poe resucitado después de medio siglo y equipado con todos los sutiles perfeccionamientos que se han ido añadiendo al género.

Y con todo, Ambrose Bierce es casi un desconocido, no sólo en el extranjero, sino también en su propio país. Las antologías transmiten dos o tres de sus cuentos, los críticos de mala gana le reconocen talento, estilo brillante, invención feliz, pero su obra sólo se lee en reducidos círculos. Según Arnold Bennet, Bierce es uno de los ejemplos más sorprendentes de lo que él llama "celebridades subterráneas". Famoso, sin duda, pero sólo entre unos pocos.

Naturalmente, no faltan motivos para esta indiferencia, que en vida del escritor fue algo más: resentimiento y aun odio. Ambrose Bierce no se preocupó por hacerse querer de sus contemporáneos, ni tampoco de la posteridad. (Dejó una expresa maldición, a la que espero escapar, para quienes se ocuparan de escribir su biografía o trazar de él una mera semblanza periodística.)

Había empezado su carrera "literaria" en San Francisco, estampando inscripciones terroristas en las paredes de la Casa de Moneda. Allí mismo ejerció durante más de veinte años el periodismo, provocando descomunales polémicas, sin que nadie escapara al latigazo de su sátira. "Su pluma", dice George Sterling, "estaba empapada en hiel y ácido, sus ataques eran más temidos que el cuchillo y el revólver". El anatema de Bierce contra la ciudad de San Francisco merece un lugar aparte en la historia de la invectiva. "Es el paraíso de la anarquía, la cobardía y la ignorancia. Necesita otro terremoto, otro incendio, y, por sobre todas las cosas, un buen bombardeo. Moralmente, es una colonia penal, la peor de las Sodomas y las Gomorras del mundo moderno."

No es extraño que más adelante los editores de la ciudad así vapuleada se negaran a publicar sus libros de cuentos, que corrieron igual fortuna en el resto del país. Uno de ellos trae la siguiente nota aclaratoria: "La publicación de este libro, al que las principales editoriales del país han negado el derecho a la existencia, se debe al señor E. L. G. Steele, comerciante de esta ciudad. La mayor ambición del autor es que la obra justifique le fe del señor Steele en su propio juicio y en su amigo, A. B."

Esta proscripción de la obra de Bierce, como es natural, trasciende las fronteras de su patria. Para los lectores de habla castellana es desconocido, salvo por la traducción de dos o tres de sus cuentos.

Bierce escribió cuentos de misterio, cuentos de terror y otros simplemente truculentos. Se han señalado sus defectos: es sensacionalista, a veces es retórico, no ahorra el pormenor espantoso, la alusión macabra. Y, sin embargo, en algunos de sus relatos alcanza la difícil perfección del género. En uno de ellos nos presenta a un espía en trance de ser ahorcado, describe las atroces formalidades de la ejecución, que se realiza en un puente, sobre un río: los soldados inmóviles, la soga en el cuello, el puntapié que abre la trampa fatal. En ese instante, que debiera ser el último, la cuerda se corta, el prisionero cae al río. Desata sus ligaduras, huye a nado, perseguido por las balas del piquete. Se interna, ya a salvo, en un bosque. Camina interminablemente. Llega después de mucho tiempo a la entrada de su casa, ve el pórtico blanco, ve a su mujer que sale a

recibirlo con una sonrisa, siente un golpe lacerante en la nuca, ve una luz blanquísima que lo ciega, y entonces todo ha terminado. Está muerto. La soga no se ha cortado. Toda la aventura no ha sido más que una fugaz ensoñación desarrollada en los dos o tres segundos previos a la muerte.

VIDA

Ambrose Bierce nació en 1842, en el estado de Ohio. Al estallar la guerra civil se enrola en las filas, donde alcanza el grado de mayor. Esta experiencia guerrera se refleja en muchos de sus relatos. Finalizada la contienda, se radica en San Francisco, donde colabora en distintas publicaciones. En 1872 se traslada a Londres, donde publica, con seudónimo, una brillante serie de fábulas satíricas: "Telarañas de un cráneo vacío". A propósito de seudónimos, los empleó en abundancia, y aun ahora no ha sido posible rastrearlos a todos. Siempre lo poseyó el gusto por la intriga, por la mistificación. Llegó a comentar sus propios libros y a entablar polémicas consigo mismo. Pero lo mejor de su obra está contenido en dos breves tomos de cuentos.

En 1876 volvió a San Francisco. En 1893 había dejado de escribir cuentos. Sin embargo, aun cultivaba el periodismo. Hemos dado una imagen del escritor: un hombre solitario, amargado, cínico. Daremos ahora otra, diametralmente opuesta, la que nos presenta Van Wyck Brooks en su semblanza de Bierce. Nos dice que en sus últimos años Bierce es un hombre apacible y bondadoso, rodeado de discípulos, a quienes comunica desinteresadamente las experiencias artísticas que ha recogido en su vida. Deja una vasta correspondencia en la que explica, compara, aconseja y juzga sin acritud, con benevolencia. Sin embargo, no ha perdido del todo el gusto por la mistificación, por el escándalo. En 1899, en complicidad con Carroll Carrington y Hermann Scheffauer, hace publicar un poema de este último, atribuyéndolo a Poe, con la clásica historia del manuscrito encontrado por casualidad. El poema no es malo, y podía haber sido escrito por Poe. Lo cierto es que nadie protesta. Nadie se pronuncia. Bierce publica un artículo en el que se declara escandalizado por el escaso eco que ha tenido el hallazgo; no garantiza –dice– la autenticidad del mismo, pero opina que debería haber despertado un poco más de interés en los críticos. Y paradójicamente es aquí, al comentar una fábula elaborada por él mismo, donde Bierce afirma que "el arte es la única ocupación seria que hay en la vida".

¿MUERTE?

En 1913 Bierce tiene setenta y un años. Es un anciano. Olvidado de sus contemporáneos, resignado con su destino, se diría que lo único que puede hacer es esperar tranquilamente el momento de su muerte. Y, sin embargo, detesta la idea de "esa muerte por vejez, por enfermedad o por una caída en la escalera del sótano".

Ha llevado una vida de permanente acción. Ha sido soldado, ha sido uno de los escritores más agresivos y agredidos de su época, ha glorificado en relatos inolvidables la muerte en el combate, el heroísmo, la abnegación.

Por aquella época, México es teatro de sangrientas luchas internas. En noviembre de 1913 Bierce escribe diciendo que se va a México, que lo lleva un propósito bien definido, pero no expresa cuál es ese propósito.

Lo que sucedió después es uno de los mayores misterios de nuestra época. Bierce desapareció sin dejar rastros, y hasta el día de hoy no se tuvieron noticias ciertas de él.

"PARKER ADDERSON, FILÓSOFO"

En "Parker Adderson, filósofo", uno de sus cuentos, Bierce había tenido, quizá, la prefiguración de algunos instantes de su muerte. Es la historia de un espía federal, en la Guerra de Secesión, que cae en poder del enemigo. Antes de ser fusilado, el general lo interroga: –¿Cuál es su nombre?

–Puesto que he de perderlo al alba –responde el prisionero–, no vale la pena ocultarlo. Parker Adderson.

–¿Su grado?

–Muy humilde. Los señores oficiales son demasiado valiosos para confiarles misiones de peligro. Soy sargento.

–¿De qué regimiento?

–Perdón. No he venido para dar datos sobre nuestras fuerzas, sino para averiguarlos sobre las suyas.

–¿Reconoce, pues, haberse infiltrado bajo un disfraz en nuestro campamento para obtener informes sobre el número y la moral de mis tropas?

–Sobre el número. La moral, ya la conozco. Es desastrosa. Y así sucesivamente. El espía sabe que será fusilado al amanecer, pero se ríe de la muerte.

El general firma la sentencia. Afuera llueve.

–Mala noche –dice el general.

–Para mí, sí –responde el prisionero.

–¿Piensa usted ir a la muerte sin dejar de bromear? ¿No sabe que la muerte es asunto serio?

–¿Cómo habría de saberlo? No he estado muerto en toda mi vida.

–La muerte es, por lo menos, la pérdida de la felicidad que hayamos alcanzado.

–Una pérdida de la que no tenemos conciencia puede soportarse con serenidad, y esperarse sin temor.

–Si el estar muerto no es condición desagradable –dice el general–, el acto de morir ha de serlo.

–El dolor es desagradable, sin duda. Pero quienes más larga vida alcanzan son los que más lo padecen. Lo que usted llama la muerte es simplemente el último dolor. La muerte no existe. Suponga que yo intento escapar. Usted levanta el revólver que tiene escondido sobre las rodillas y dispara. Yo me desplomo, pero aún no estoy muerto. Después de media hora de agonía, digamos, estoy realmente muerto. Pero en cualquier momento dado de esa media hora, he estado vivo o muerto. No hay términos medios. La naturaleza es muy sabia.

–La muerte es horrible –exclama el general, a pesar suyo.

–Para nuestros salvajes antecesores, sí. No tenían inteligencia bastante para separar la idea de conciencia de la idea de las formas físicas en que se manifiesta.

Transcurren las horas. Parker Adderson sigue filosofando con la mayor ecuanimidad. Es el general, y no él, quien parece el condenado a muerte. Nada puede alterar la lucidez de su inteligencia, la certera viveza de sus réplicas.

Pero al fin ha llegado el momento. El general llama a un oficial y le ordena:

–Tome un piquete, lleve al prisionero y fusílelo.

Y entonces ocurre lo inesperado. Ese hombre que ante la mera idea de la muerte ha conservado una admirable sangre fría, ante la muerte actual, verdadera, se derrumba como un muñeco. Trata de huir, inicia una lucha insensata, es reducido, y, sin cesar de gemir y suplicar, es llevado al sitio de la ejecución donde es muerto como un perro.

Algunos aseguran que Ambrose Bierce fue fusilado por los guerrilleros de Pancho Villa. Lo que nunca se sabrá es si supo conservar hasta el fin el razonado valor primero de Parker Adderson, el filósofo, o si, como él, tuvo miedo en el último instante.

HASTA 1955 WALSH PUBLICA en Leoplán *notas sobre literatura. El año anterior ha cumplido con un secreto anhelo al publicar un artículo en el prestigioso matutino* La Nación, *en su carácter de experto en literatura policial. A partir de 1955, con el triunfo de la Revolución Libertadora, abandona el terreno específicamente literario para incursionar en lo que se hoy se llamaría "interés general" o "información general" y que había constituido el sello de publicaciones como* Leoplán: faits divers. *Interesado por los personajes excepcionales, Walsh escribe sobre el mundo de la política con notas que exaltan el heroísmo como las que se reproducen a continuación. Su propio hermano era piloto de la Armada y amigo de Estivariz, a quien Walsh decide homenajear. Es hoy difícil saber si se trataba, entonces, de un acto de reparación personal o de una intervención en la política interna de esa fuerza. Lo cieno es que la Marina vetó su preocupación y sus palabras. Walsh, en este momento crucial de su carrera, abandona el lugar de literato más o menos liberal y se pone a discutir con las instituciones. Comienza, al mismo tiempo, a escribir notas en serie. Esta es, pues, su primera serie periodística.*

2-0-12 NO VUELVE

Cuando se escriba la historia de la revolución de setiembre, la base aeronaval Comandante Espora ocupará un lugar destacado. Se comprobará entonces que el papel de la aviación naval en el sur de la provincia de Buenos Aires fue tan decisivo como la acción del ejército y la aeronáutica en Córdoba y Mendoza, o la presencia de la flota en el Río de la Plata. El país tiene cierta conciencia de esto, aunque ignore los detalles; tampoco el autor de la presente nota ha podido conocerlos sin vencer cierta resistencia a la publicidad, que honra indudablemente a quienes supieron cumplir su obligación en el terreno de las armas. La misión periodística, si bien lo hace responsable de su versión de los hechos, sólo le permite silenciar los nombres, la mayoría de los nombres, de quienes forjaron allí el triunfo y algunos actos individuales de heroísmo que harían honor a cualquier fuerza armada del mundo.

A tres meses de esos episodios, sin embargo, el fin principal de la nota que sigue reside en un carácter de homenaje a una de las figuras más limpias del movimiento revolucionario, que fue también el oficial de más alta graduación de todas las fuerzas armadas muerto en combate: el capitán de corbeta aviador naval Eduardo Estivariz.

En uno de los hangares de la base aeronaval de Espora hay un gran pizarrón donde se registra el movimiento de aviones: tripulación, hora de salida, misión, hora de llegada. Multitud de mañanas apacibles han presenciado este ritual.

El 18 de setiembre un ritmo febril preside las anotaciones. Nunca en la historia de la base, han entrado ni salido tantas máquinas.

La explicación es simple: se está combatiendo desde hace tres días. Al término de la jornada se habrán efectuado más de doscientos cincuenta salidas en misión de guerra.

Los aviones que despegan van cargados de bombas y cintas de balas para las ametralladoras. Los que vuelven traen señales del combate: desgarraduras del acero o de la tela, perforaciones nítidas que admiten una repentina vislumbre de cielo en una carlinga cerrada.

A las once de la mañana han salido dos Grumman J2F5. Uno de ellos se verá obligado a un aterrizaje de "emergencia". Más tarde se le contarán veintidós perforaciones en un pequeño sector del ala solamente.

El otro –el que lleva la identificación 2-0-12– no volverá nunca.*

Los pilotos de la base han tenido su bautismo de fuego el 16, sobre el quinto regimiento. Esa tarde, vencidos todos los plazos, se comunica a su jefe que será bombardeado en el término de dos minutos.

A las 18.45 se imparte la orden y Bahía Blanca presencia el primer bombardeo aéreo de su historia.

–Eran nueve o diez aviones –nos dice un testigo–, a unos mil metros de altura.

* *Junto con el capitán Estivariz y el suboficial Rodríguez murió en acción el teniente de corbeta Miguel Irigoin. Su hermano, guardiamarina, tripulaba el otro aparato derribado en Saavedra. Un tercer hermano, aviador naval como ellos, se encontraba entonces exilado en Montevideo, después de haber participado en el movimiento del 16 de junio. La base de Espora se había sublevado el 16 de junio. Algunos de sus efectivos participaron en la lucha, otros regresaron cuando se confirmó el fracaso de la intentona. En la escuadrilla de observación, el teniente Irigoin fue el primer piloto que aseguró al jefe de la misma su incondicional adhesión. En los tres meses intermedios el camarote del teniente Irigoin fue centro de reunión de los jóvenes oficiales que, dentro de su jerarquía, participaban de las ideas revolucionarias a las que aquél ofrendaría su vida. Su recuerdo merece también el homenaje agradecido de los argentinos.*

De pronto veo uno que se desprende de la formación, gira sobre un ala y desciende como una flecha. Llevaba las bombas prendidas a las alas.

Se oyen las explosiones, y en los intervalos las ametralladoras del regimiento. Una bala alcanza a un piloto: un teniente de navío. El aparato se aleja a escasa altura en dirección a la base, donde conseguirá aterrizar.

A las 23.45 un vivo resplandor ilumina la zona. Es un Catalina que acaba de lanzar una bengala. En seguida se oye una explosión que sacude la ciudad.

A la mañana siguiente se obtienen impactos directos en los edificios. Después flamean banderas blancas: el regimiento se rinde.

A pesar de este éxito inicial, la situación se agravará en los días posteriores. Por todos los caminos se acercan tropas leales: de Azul, Olavarría, Tres Arroyos, Santa Rosa, Neuquén. Una columna de tanques llegará a setenta kilómetros (Tornquist).

En total, son más de ocho mil hombres. Y el día 18 será decisivo para el destino de la revolución en el sur.

A las siete y media de la mañana, varias escuadrillas atacan con bombas y ametralladoras a una columna de treinta vehículos con artillería antiaérea, en el camino de Sierra de la Ventana a Tornquist, y consiguen dispersarla produciéndole grandes daños.

A las ocho, un Catalina localiza en Río Colorado dos trenes que llevaban tropas. Volando a baja altura obtiene blancos directos, que destruyen también la estación y el puente sobre el río. Una hora después, dos Beechraft completan el bombardeo. Las bajas son insignificantes, pero los daños materiales implican la paralización momentánea de los seis regimientos allí concentrados. Y en un dramático mensaje al ministerio de Ejército, el general Boucherie comunica que no podrá avanzar de día si no cuenta con apoyo aéreo. Los rebeldes de Bahía Blanca, agrega según los informes de que dispone, dominan el aire con una fuerza de sesenta a cien aviones.

Por el camino de Laprida a Coronel Pringles avanzan cincuenta micros con tropas, protegidos por artillería antiaérea. El ataque a esta columna, en oleadas de aviones, dura todo el día, y al fin se consigue retardar su avance, causándole gran destrucción de material.

Otra columna es sorprendida entre la Sortija y Coronel Pringles, *y* dispersada con bombas y fuego de ametralladoras. Gran parte de los treinta vehículos que la componen se incendian.

Son innumerables las operaciones de menor envergadura, los ataques en vuelo rasante a trenes y camiones, las voladuras de puentes y caminos.

Al anochecer de este día interminable, la aviación naval puede hacer balance. Con una fuerza relativamente escasa, ha realizado centenares de salidas forzando el material y los hombres a límites extremos. Ha contenido al enemigo en todo el frente, permitiendo que la infantería de Marina, sin entrar en combate por el momento, refuerce las defensas de Bahía Blanca y Puerto Belgrano. La ofensiva de las fuerzas leales, si no paralizada del todo –esa noche se alertarán las patrullas civiles en la ciudad del sur–, ha sido demorada el tiempo necesario para que, al día siguiente, la flota de mar, apostándose frente a Mar del Plata y Buenos Aires, haga valer el peso decisivo de su fuerza.

Y antes de que concluya la jornada se ha pagado –en sangre– el precio de la victoria.

La tripulación de uno de los aviones perdidos regresó antes de la noche.

El piloto refiere que fue alcanzado por artillería antiaérea. Consiguen descender en las inmediaciones. Desmontan la ametralladora del avión, apostándose al borde de un camino, resueltos a defenderse. Entonces ven a una camioneta que se acerca a toda velocidad. Son dos pobladores del lugar que han presenciado los hechos y acuden en su ayuda, a pesar de estar ocupada la zona por tropas gubernamentales. Los proveen de ropas civiles y los llevan a Espora. Merece recordarse este acto de arrojo.

Un tercer Grumman enviado durante la tarde a sobrevolar la zona, ha vuelto con impactos en el tanque de combustible. El piloto viene herido. Informa que el fuego antiaéreo es intenso. Agrega que no ha visto a la máquina desaparecida.

El piloto de la misma es el capitán Estivariz, comandante de la escuadrilla. La noticia de su muerte llegará más tarde.

En el laconismo de los partes oficiales, "el capitán Estivariz fue derribado en ataque a baja altura sobre una sección blindada de doce tanques", en las proximidades de Saavedra.

Una de las contingencias previstas de la guerra, sin duda. Pero hay algo más, algo que se recoge hablando con quienes mejor lo conocieron. La figura de Estivariz pierde entonces sus rasgos casi anónimos, se recorta con perfiles extraordinarios como uno de los jefes más brillantes de un arma que ha dado sobradas muestras de altivez.

–Su muerte es la pérdida individual más alta que podíamos haber sufrido –nos dice alguien que ha combatido a su lado.

¿Será acaso la amistad dolorida, el recuerdo vivo y lacerante del compañero muerto lo que palpita detrás de esas palabras?

Veamos su foja de servicios. Abanderado de la Escuela Naval –el alumno más brillante de su promoción–, toda la carrera de Estivariz confirma este galardón inicial. Se especializa en los Estados Unidos, en Canadá. Registra el primer vuelo en helicóptero a Ushuaia y desempeña papel principalísimo –piloteando una de esas máquinas– en el memorable rescate de una patrulla del Ejército aislada por los hielos en la base más austral del mundo. Sus conocimientos en materia aeronáutica llegan a ser vastísimos. Hay más: fechas, calificaciones, ascensos. Pero de algún modo estas cifras, estas constancias, estos adjetivos no nos devuelven la imagen que buscábamos. Será necesario que indaguemos en las relaciones humanas, en las líneas definitorias de un carácter, en la anécdota y el recuerdo personal, para que las palabras arriba citadas se confirmen en su plenitud y la figura de Estivariz surja ante nosotros como la de un hombre excepcionalmente austero, excepcionalmente capaz, excepcionalmente valeroso.

Para él, la revolución no es un juego, no es una aventura. Sabe que no puede hacerse sin violencia, y primordialmente sin violencia íntima, porque toda su vida ha girado en torno a la inflexible ley militar. Sólo se decidirá cuando esté convencido de la absoluta justicia de su causa. Y aun entonces medirá escrupulosamente las consecuencias que puede traer un fracaso. No las rehuirá, pero las tendrá presentes. Conoce también la exacta dimensión del peligro personal. No es un impulsivo, está perfectamente centrado.

Sólo en una oportunidad, quizás, el instinto se sobrepone en él a la pausada reflexión.

Está al frente de la escuadrilla de observación, después del 16 de junio, cuando el gobierno peronista castiga la base prohibiendo rigurosamente los vuelos. Esta prohibición es subrayada por la orden de entregar los timones. Estivariz se niega, simplemente.

Lo separan del mando y lo pasan a disponibilidad.

Pero quien lo suceda dejará sobre el escritorio del despacho, en todo el período pre-revolucionario, el cartel con la leyenda: "Capitán de corbeta Estivariz, comandante de la escuadrilla de observación". Y allí se encuentra todavía, como el más alto homenaje de sus compañeros de armas, como afirmación de que Estivariz sigue presidiendo simbólicamente el destino de sus alas.

El 15 de setiembre se halla en Buenos Aires, ya enterado del estallido inminente. En la mañana del 16 lo rescatará de una estancia próxima, aterrizando en pleno campo, un avión de la Marina.

La revolución está en marcha. Cuando llega a Espora, su sucesor le ofrece la escuadrilla. Estivariz insiste en actuar como subordinado. Más tarde consentirá en impartir las órdenes por intermedio del comandante designado. Y por último, la simple gravitación de los hechos –los hombres acuden instintivamente a él en busca de instrucciones– lo restituye al puesto donde se cumplirá su destino.

El domingo 18 de setiembre, al amanecer, la escuadrilla recibe orden de bombardear a las fuerzas leales en Sierra de la Ventana. Debe ser precedida por aviones de ataque, encargados de hostigar y disminuir la resistencia antiaérea. Por circunstancias diversas, esos aviones llegan un poco más tarde. Y al trasponer un cerro, volando en escalón, los pesados Grumman reciben en pleno el fuego de las baterías.

–El cerro parecía haber entrado en erupción –nos dice un piloto–. Veíamos pasar las trazadoras en todas direcciones.

El capitán Estivariz inicia el bombardeo. Llegan luego los aviones de ataque y la lucha se vuelve furiosa. Las máquinas se entrecruzan con inminente peligro. Algún avión vuela tan bajo que las esquirlas de sus propias bombas le perforan las alas.

–Cualquiera que hubiese alcanzado un camión con municiones, no contaría el cuento –dice alguien.

Cuando los Grumman aterrizan en Espora, a las nueve y media de la mañana, casi todos han recibido algún impacto.

Y sin embargo, el capitán Estivariz no está conforme. Una hora más tarde vuelve a salir.

–Si es necesario –dice a un compañero al despegar por última vez–, volaremos rozándoles las cabezas.

Es una decisión razonada y consciente. Sabe que hay que parar a cualquier precio los tanques que avanzan sobre Bahía Blanca, que están cada vez más cerca, que llegarán a ponerse a pocas horas de marcha.

Para comprender, sin embargo, lo que esas palabras significan cuando se habla de acción de guerra, conviene tener en cuenta que el Grumman J2F5 es un pesado anfibio que no se utiliza con fines de ataque, pues se trata de un avión de observación. Su visibilidad es pésima. Maniobra, mala. Velocidad reducida: unos 200 kilómetros. Armamento pobre: 130 kilos de bombas, sin ningún elemento de puntería, y una ametralladora con sector de fuego muy reducido y de función puramente defensiva, pues sólo puede disparar hacia los costados.

Desde luego nadie mejor que él, comandante de la escuadrilla, conocía estas características. Su decisión de volar a baja altura sobre una columna blindada, rozando las bocas de los cañones antiaéreos, habla de un extraordinario espíritu de sacrificio y una desesperada voluntad de contener la avalancha.

Ya antes, en tiempos de paz, alguien que temía por él le había manifestado su inquietud ante el hecho de que volara en esos aparatos.

–Son viejos –respondió–, pero son fieles.

He visto los hierros monstruosamente retorcidos y quemados del 2-0-12. De algún modo atestiguan esa fidelidad. Es cierto que lo llevó a la muerte, pero murió con él.

Se estrelló contra un galpón de material y se incendió completamente. Alrededor había campo. En otras circunstancias el piloto habría efectuado un aterrizaje de emergencia. Es evidente que ya estaba herido de muerte y había perdido el control de la máquina.

Con él fallecieron el teniente de corbeta Miguel Irigoin y el suboficial primero Juan Rodríguez.

Hay un episodio conmovedor, que bien puede servir como epilogo para esta nota periodística, porque ilustra como pocos la singular relación entre jefe y subordinado, que no es dependencia mecánica, sino un vínculo humano, surgido en la acción común de todos los días.

Se pensaba que el suboficial Rodríguez, hombre de tierra adentro, podía ser adicto al gobierno depuesto. Quizá lo fuera. No siempre un rótulo político basta para definir a un hombre, para abarcarlo en toda su profundidad. Alguien sugirió a Estivariz que acaso no convenía llevarlo a bordo, detrás del puesto del piloto. ¿Lo seguiría en el momento decisivo?

–A mí –respondió con simplicidad ejemplar– me seguirá.

No era una jactancia. No era un homenaje a sí mismo. Era un homenaje al hombre leal y sencillo que, literalmente, lo siguió hasta la muerte. Que más allá no puede acaso un hombre seguir a su jefe.

En el avión que nos traía de Bahía Blanca, rondaban mi memoria las líneas de un poema leído mucho tiempo atrás, en otro idioma. Las escribió durante la primera guerra un soldado, antes de morir en una trinchera de Francia. En ellas la misteriosa visión de la muerte presentida se mezclaba a la nostalgia de la hermosa estación ya cercana:

...Cuando la primavera vuelva con sus sombras y murmullos
y las flores del manzano perfumen la mañana.

¿Qué me hacía recordar estas líneas patéticas dentro de una chaquetilla ensangrentada, en un país remoto, hace muchos años? Mil metros más abajo los caminos eran líneas grises. Días antes los habían poblado tropas, tanques, las bocas de los cañones verticales rumbo al sur. Y las explosiones, las rojas trazadoras, el humo y el esplendor del combate.

Tengo una cita con la muerte
cuando azules días la primavera traiga,

volvían, desmadejadamente traducidas, las líneas del poema. Abajo se recortaba el tablero de cuadros verdes y amarillos donde se había jugado un ajedrez fatídico. En una de esas casillas un viejo avión había quebrado sus alas. Tres hombres habían muerto.

Y sin embargo la tarde era increíblemente azul y diáfana. Y sin embargo, era primavera. Setiembre –18 de setiembre– y casi primavera.

AQUÍ CERRARON SUS OJOS

A UN AÑO DE LA GLORIA Y DE LA MUERTE

SAAVEDRA

Una muchedumbre silenciosa y recogida se congregó en la luminosa mañana de este 18 de setiembre en las inmediaciones de Saavedra, pequeña localidad del sur bonaerense. La reunión se efectuó en pleno campo, en torno a una pirámide truncada, de base cuadrangular, construida con piedras de los cerros cuyos ásperos contornos se divisaban hacia el norte, dulcificados por la pincelada azul de la distancia. En una de las caras del monolito resaltaba la hélice trípala de un Grumman. Más abajo una placa de bronce proponía a la gloria tres nombres:

Capitán de fragata Eduardo A. Estivariz.
Teniente de fragata Miguel E. Irigoin.
Suboficial mayor Juan I. Rodríguez.

A menos de cincuenta metros de distancia un tosco galpón de ladrillos mostraba aún vestigios del estrago que, un año atrás y exactamente a la misma hora, causara al estrellarse contra él la máquina piloteada por los tres aviadores navales cuyo recuerdo ahora se evocaba.

A una reducida representación oficial sumóse la espontánea presencia del pueblo. Se había anunciado que iría el contralmirante Rojas y el coronel Bonnecarrere, mas no pudieron hacerlo. Asistieron en cambio autoridades de los municipios cercanos, delegaciones de aeroclubes y sobre todo vecinos de la zona que un año atrás presenciaron, con aterrada impotencia, uno de los episodios más trágicos de la revolución.

Estaba también el contraalmirante Rial, hombre clave en la preparación del movimiento de setiembre y jefe del Comando Revolucionario del Sur, establecido en la base aeronaval de Comandante Espora en la histórica madrugada del 16. Aviador naval él mismo, a sus órdenes directas habían combatido los pilotos inmolados.

Al oírse el solemne toque de silencio con que se inició la ceremonia, todos los que allí estaban debieron recordar que en esos cielos del Sur, ahora tan límpidos, sobre esos campos que dilataban ya el imperio de la primavera y entre los vericuetos de aquellos cerros grises, se había librado una de las fases más duras de la lucha y se había jugado el destino mismo de la revolución.

Porque no eran "restos dispersos de un regimiento", como dice un matutino al recordar la tragedia de Saavedra, las fuerzas que aquel 18 de setiembre de 1955 iban a sofocar la revolución en el Sur. Y tampoco es del todo exacto que "en frustrados intentos de converger sobre Bahía Blanca y sin constituir una amenaza seria ocultábanse en los montes vecinos".

Por motivos accidentales la atención del país en aquellos momentos y los comentarios posteriores se centraron particularmente en la lucha desarrollada en Córdoba, sin duda heroica, y en la espectacular y decisiva intervención de la flota de mar.

ASI HABLABA

"Más aún: un Jefe con noción del deber es una semilla que dará siempre frutos, sea cual fuere el lugar donde cayese..." "...Y así hasta el último de nuestros días, que Dios quiera sea glorioso, y al cual llegaremos con la grata

certeza de haber cumplido ampliamente nuestros deberes, pudiendo repetir como Nelson en su agonía: "A Dios gracias he cumplido con mi deber"

(Párrafos de un discurso pronunciado por el teniente Irigoin en la Escuela Naval Militar, siendo cadete de 4° año, en 1951.)

La verdad es que las fuerzas que amenazaban a Bahía Blanca eran numéricamente superiores a las que atacaban a Córdoba. Y que mientras éstas no sólo no estaban derrotadas al renunciar Perón, sino que ocupaban posiciones amenazantes en la ciudad misma, aquéllas en tres días de acción sólo pudieron situar su vanguardia a setenta kilómetros del objetivo propuesto.

Un periodista enviado por una publicación norteamericana calculó que los efectivos que debió enfrentar el general Lonardi ascendieron en cierto momento a siete mil hombres.

Las llamadas fuerzas de represión del Sur oscilaban entre nueve y diez mil, según el sobrio cálculo de los oficiales de Marina. Pero el propio Molinuevo, que las conducía, declaró, al ser apresado e interrogado, que él comandaba dieciocho mil quinientos hombres. Las fuerzas de infantería de Marina que podían resistirle en la zona estaban en el mejor de los casos en proporción de uno contra diez; y quizá de uno a veinte. El contacto, afortunadamente, no se produjo. Pero ello no fue obra de la casualidad.

Es indudable que las tropas de Molinuevo y las de Boucherie, que venían desde el sur con la sexta división, habrían ocupado Espora y Bahía Blanca, para asediar luego Puerto Belgrano, de no mediar la aviación naval, que durante tres días martilló incesantemente las columnas en marcha. Los números expresan mejor que los adjetivos lo que fue esa Batalla del Sur: el total de horas voladas ascendió a más de mil cien. Se realizaron incontables ataques de hostigamiento con ametralladoras y se lanzaron 646 bombas. Los pilotos que volaron fueron sesenta y seis.

El 18 de setiembre la situación militar en la zona podía calificarse de muy grave. Baste señalar que la vanguardia blindada de las fuerzas de represión se había situado a dos o tres horas de marcha de Bahía Blanca, que en esta ciudad se movilizaban ya las patrullas civiles, como ocurriera en Córdoba, y que en la propia base de Espora hubo esa noche un principio de evacuación de las familias de oficiales.

Solamente si la ubicamos en este panorama cobra un verdadero sentido la temeraria hazaña de Estivariz, Irigoin y Rodríguez, al volar repetidas veces a baja altura y en una anticuada máquina sobre un regimiento mecanizado.

Hablamos con un testigo y más tarde actor principal de los hechos. Caracterizado vecino de la zona, el señor Carlos Mey recuerda con emocionada palabra aquella lúgubre mañana del 18, en que las fuerzas represivas ocuparon Saavedra.

–A la madrugada –nos informa– llegó el regimiento escuela de tanques de Ciudadela. Estaba formado por seis tanques Sherman y seis unidades blindadas que venían por ferrocarril, además de otros vehículos con tropas. Tomaron el pueblo sin hallar resistencia.

"A las nueve comenzaron a desembarcar los tanques. Media hora después apareció el primer avión naval."

Era un Beechraft. Bombardeó la estación, destruyendo una locomotora y un vagón, pero sin alcanzar a los Sherman.

A las once y media aparecieron dos Grumman. Uno de ellos era el que piloteaba el capitán Estivariz, jefe de la escuadrilla. Había decolado de Espora a las 10.48.

–Hizo varias pasadas sobre la zona de la estación ferroviaria, lanzando bombas y ametrallando –nos dice Mey–. Me pareció que cada vez volvía a más baja altura. Era evidente su deseo de no causar daños a la población civil. Este humanitario afán de precisión fue quizá lo que les costó la vida.

"Al cruzar el pueblo por última vez, la máquina fue alcanzada por una barrera de fuego tendida por dos tanques y dos carros blindados. Empezó a incendiarse por la mitad del fuselaje y perdió altura. El piloto reaccionó acelerando a fondo, pero el Grumman picó bruscamente y se estrelló contra un galpón de material que se alzaba ya en pleno campo. Estallaron la nafta y las dos bombas que llevaba."

Mey se dirigió apresuradamente al lugar de la catástrofe para intentar un desesperado y sin duda inútil rescate de los pilotos del avión cuyos restos ardían fragorosamente. Las fuerzas ocupantes le cerraron el paso. Más tarde pidió permiso para extraer los cadáveres. Parece increíble, pero le fue negado.

Y así, aquellos despojos gloriosos quedaron abandonados en la inmensidad de la noche. Sólo las estrellas velaban.

A la mañana siguiente el señor Mey, su abnegada esposa y el párroco del pueblo pudieron al fin retirar los cuerpos, identificarlos y colocarlos en sus respectivos ataúdes. La policía les previno que no los tuvieran en su casa, "para no despertar la irritación popular". Horas más, sin embargo, y la revolución triunfaba en todo el país.

Nuestro informante se obstina en que no mencionemos su nombre. Se lo prometemos. Pero ése es el compromiso que los periodistas violamos más fácilmente cuando nos encontramos ante los atributos del coraje civil.

Estivariz, Irigoin y Rodríguez no alcanzaron a ver el triunfo.

Ninguna apreciación serena de la gravísima situación militar les hubiera dado base para sospecharlo.

Y, sin embargo, estamos seguros de que les habría bastado, para intuirlo con la tranquila certeza de los héroes, la mera conciencia del valor alucinado que les crispaba las manos en torno a los comandos y las armas de una máquina que vertiginosamente los conducía a la muerte.

> "No sólo el sacrificio del acto heroico construye los grandes edificios de la humanidad. Esos hechos son tan sólo los firmes cimientos; las paredes y los techos deben ser levantados poco a poco, por los peones de ese intrincado damero que somos el pueblo.
>
> "En esa tarea estamos y por esa faena debemos luchar y sacrificarnos.
>
> "La piedra de los cerros cercanos, los pastos del suelo que pisamos, la luz del cielo que nos cubre, los mismos testigos que hace un año contemplaron con lágrimas el rodar de la sangre, serán también los testigos de nuestro obrar.
>
> "Los tres hombres que aquí cerraron sus ojos, y los muchos que en toda la extensión de nuestra Patria donaron su vida, ya sea por la causa del bien, ya sea equivocados o engañados por el mal, todos ellos serán nuestros jueces.
>
> "Señores:
>
> "Aquí cayeron vuestros hermanos, vuestros hijos, vuestros maridos, nuestros amigos; cayeron por la causa del bien, aunque la honra que ellos desearon es tan sólo nuestra correcta norma de conducta; permítannos ellos eternizarlos en el mundo con el monumento sencillo que aquí, en Saavedra, hará perdurar nuestro sentir más allá del hoy, cuando el bosque cubra la llanura, cuando el mar invada el continente y cuando ya no haya vida en este universo de Dios.
>
> "Permítaseme imitar las palabras de la más hermosa plegaria cristiana, como oración, como salutación, diciendo: Hermanos nuestros que estáis en los cielos, glorificados sean vuestros nombres, hágase vuestra voluntad aquí en la Tierra. El obrar nuestro de cada día dádnoslo hoy, así como nosotros daremos a nuestros herederos vuestro ejemplo, ahora y en la hora de nuestro sacrificio, amén."

(Oración fúnebre pronunciada por el señor Carlos A. Mey, presidente de la Comisión de Homenaje a la Memoria de los Aviadores Navales caídos en Saavedra.)

1956 ES EL ENCUENTRO con el destino literario y político para el que Walsh se preparaba. "Hay un fusilado que vive", le dicen. "Yo quería ganar el Pulitzer", recordaría él años más tarde. En los apéndices incluidos en la edición de Operación Masacre *publicada por Planeta puede leerse la historia completa de la preparación de ese libro. Durante enero, febrero y marzo de ese año, Walsh publicó una serie de notas (la primera de las cuales es la que sigue) en* Revolución Nacional: *el embrión de un libro que, de todos modos, no le daría el Pulitzer.*

"YO TAMBIÉN FUI FUSILADO"

LA ODISEA DE UN OBRERO ARGENTINO VÍCTIMA DE CRIMINAL VESANÍA EVIDENCIA LA CORRUPCIÓN, EL DESORDEN Y LA IRRESPONSABILIDAD DEL APARATO REPRESIVO DEL ESTADO.

Transcribimos íntegramente la relación de hechos de la dolorosa odisea de Juan Carlos Livraga. La Justicia bonaerense ha tomado intervención en este penoso asunto y está pendiente de esclarecimiento. Desde el fondo de nuestro corazón de argentinos esperamos el brillar de la verdad para el bien de todos. A la Justicia, pues, referimos la última palabra sobre las graves imputaciones. Tenemos que confiar, no nos queda otro remedio que confiar. No puede atentarse permanentemente contra el pueblo, contra sus hijos humildes, con toda impunidad. Repudiamos el caso del estudiante Bravo, del médico Ingalinella, del obrero Aguirre, del estudiante Manchego. Ahora nos vuelve a estrujar el corazón la tragedia inhumana. Creemos que la opinión pública debe permanecer informada, estamos convencidos que cumplimos con nuestro deber. Para que se extirpe para siempre de entre nosotros este tipo salvaje de procedimientos. Para que nuestras querellas y diferendos tengan un cauce de soluciones más acorde con nuestra criolla hidalguía y no con la alevosa y bárbara prepotencia del mandón que siente un desprecio absoluto por la personalidad humana. Para que desaparezcan en el castigo y en el oprobio esos miserables que pretenden "hacer méritos" sobre la tortura, el asesinato aleve y la persecución indiscriminada e implacable. Por eso, con toda la crudeza necesaria cumplimos con nuestro deber de informar, y aclaramos nuestra espera en la justicia de la que aguardamos su palabra final.

Un caso único en los anales de la Justicia tiene en sus manos en este momento un magistrado de la provincia de Buenos Aires. Juan Carlos Livraga, un fusilado durante la asonada peronista del 9 al 10 de junio acaba de presentarse para denunciar a los responsables de su fusilamiento. No es un fantasma, es un hombre de carne y hueso, que – hasta el momento de escribir estas líneas– sigue viviendo y afirmando su absoluta inocencia de todo delito.

Si la denuncia resulta probada –y lo será, a juzgar por la abrumadora evidencia que el autor de esta nota ha visto–, nos hallaremos ante una atrocidad comparable a las más célebres *hazañas* de la Gestapo. Porque a diferencia de Livraga y de una –o acaso dos– personas que también salvaron milagrosamente la vida, cayeron otras siete, y existen pruebas en algunos casos, y fuertes indicios en otros, de que todas ellas o la mayoría eran inocentes de cualquier delito o actividad subversiva.

Todo permite suponer que en la madrugada del 10 de junio, a unas doce cuadras de la estación José León Suárez (F.C. Mitre), se cometió uno de los asesinatos en masa más brutales que registra la historia argentina.

EL CASO LIVRAGA - LOS HECHOS

Juan Carlos Livraga es un joven obrero de la construcción domiciliado en Florida (F.C. Belgrano), provincia de Buenos Aires. Cumplió 24 años el 14 de junio, cuando quienes ineficazmente lo ajusticiaron seguían persiguiendo su muerte. Las dos cicatrices que muestra, una en la fosa nasal izquierda, otra en la mandíbula derecha –orificios de entrada y salida de un fallido *tiro de gracia*– no han conseguido destruir la serenidad de un rostro bien proporcionado, de ojos pardoverdosos. Otras dos cicatrices de bala, de trayectoria muy oblicua, tiene en el brazo derecho. La espeluznante experiencia que ha vivido –común a muy pocos hombres– tampoco ha logrado deformar su juvenil optimismo y una fe en el bien y en la justicia que resultan alternativamente muy conmovedores e incompresibles. Y repite de la manera más enfática que nunca ha

tenido el más mínimo antecedente policial, gremial ni político, que nunca ha actuado en política, que jamás estuvo afiliado a un partido.

La noche del 9 de junio –refiere– salió de su domicilio alrededor de las diez y cuarto en dirección al bar que frecuentaba. En el camino se encontró con un amigo, Vicente Rodríguez (ahora muerto), quien lo invitó a escuchar por radio una pelea de box en casa de unos conocidos, a quienes presentó someramente apenas entraron.

Mientras Rodríguez y esos tres conocidos organizaban una mesa de chinchón, cuyos puntos anotaban en el margen de un periódico, Livraga sintonizó la radio en la estación que transmitía la pelea de Lausse con el chileno Loayza, que describe vívidamente.

–La pelea estaba programada para las once –dice–. Según yo recuerdo, Lausse noquea a Loayza a los dos minutos del tercer round. Dos rounds de tres minutos, dos minutos de descanso y los dos minutos finales hacen un total de diez.

La pelea debió terminar, pues, a las once y diez.

–Escuché la transmisión de Fioravanti y los comentarios de Perrito, que habrán durado unos cinco minutos. La audición pudo concluir entre las once y cuarto y las once y media, dejando un margen de tolerancia para posibles retrasos en el programa.

En todo el tiempo que Livraga permaneció allí, no oyó ninguna conversación sospechosa. Tampoco vio armas, distintivos ni proclamas. De Vicente Rodríguez, obrero portuario, había sido amigo durante nueve años. En ese lapso no le conoció actividades subversivas, políticas o gremiales.

Terminada la audición radial, conversó unos momentos con los presentes y luego anunció su intención de retirarse y se despidió. En ese momento, según declara, serían entre las once y media y las doce menos cuarto. Ni había estallado el motín, ni imperaba la ley marcial.

Apenas apoyó la mano en el picaporte, la puerta fue abierta con violencia desde afuera e irrumpieron en la casa policías de uniforme y de civil, con armas largas. El que los encabezaba –a quien llamaremos el Jefe, para mayor comodidad del relato– es descripto por Livraga como "un hombre alto, grandote, más bien morocho, con voz apurada y ronca, como de borracho", que impartía órdenes con impresionante autoridad y a quienes todos trataban de "señor". Vestía una campera verde, como las que actualmente se usan en el Ejército, pantalones claros y empuñaba una pistola 45 en la mano derecha.

La descripción coincide punto por punto con la de otro testigo detenido en uno de los numerosos procedimientos que, según consta en los diarios de la época, se efectuaron esa noche en la zona. Allí el Jefe habría entrado preguntando:

–¿Dónde está Tanco?

Impartida la orden de arresto, se les hizo salir de uno en uno. Livraga fue el último en hacerlo, seguido por el Jefe del grupo. Caminaron hacia la esquina más próxima, donde había varios vehículos, entre otros una camioneta policial celeste y un colectivo. Allí el Jefe se encaró con él y golpeándole fuertemente el estómago con el cañón del arma le dijo:

–¿Así que vos ibas a hacer la revolución? ¿Con esa facha?

Livraga negó tener conocimiento de que existiera una revolución. Entonces el Jefe, sin soltar la automática le aplicó con la mano izquierda un fuerte puñetazo en el rostro. A continuación le hicieron subir al micro, donde ya había otros doce detenidos, los que por ese medio fueron llevados a la Unidad Regional San Martín. El Jefe, entretanto, había desaparecido de la escena, quizá para dirigir otros *procedimientos* similares.

Según los cálculos de Livraga, llegaron frente a la Unidad Regional San Martín algo después de las doce, porque pudo observar que estaba saliendo la gente del cine situado a media cuadra de allí. Transcurrieron entre quince y treinta minutos, hicieron bajar a los trece detenidos y los llevaron a una pieza situada al fondo del local –que estaba en refacciones–, donde había varios bancos de plaza, verdes, en los que tomaron asiento, quedando una custodia a la puerta.

Largo rato después, uno de los detenidos, al ser acompañado al baño por un agente, supo de boca de éste que había estallado una revolución, decretándose la ley marcial y comunicó la noticia a los demás. Livraga insiste en que ése fue el primer indicio que tuvo de lo que estaba pasando. Y entonces, por primera vez, sintió una sombra de temor. Dirigiéndose a su amigo Vicente Rodríguez, que estaba a su lado, le preguntó:

–¿Gordo, estás metido en algo vos? Rodríguez se encogió de hombros.

–Sé tanto como vos –repuso.

Los detenidos pasaron a prestar declaraciones individualmente, aunque en dos tandas: una iba a la oficina del oficial informante, otra al despacho del comisario, Livraga procuró no separarse de Rodríguez, y cuando éste regresó de la oficina del oficial informante se adelantó hacia allí sin esperar que lo llamasen. Quería ser interrogado por la misma persona, para que el testimonio de su amigo le sirviera de descargo.

A pesar de las numerosas preguntas que le hicieron, la declaración de Livraga quedó reducida finalmente a unas pocas líneas de máquina en la que constaban muy resumidos algunos de los hechos anteriores. Entretanto, sin embargo, pudo leer la declaración de Rodríguez, dactilografiada en la misma hoja. Esta hoja, que era muy larga, colgaba por detrás de la máquina y aunque en la posición en que se hallaba (frente al dactilógrafo) debió descifrar los renglones invertidos, pudo hacerlo sin mayor dificultad. Cabe señalar que Livraga ha sido durante varios años oficinista de la Aeronáutica. La declaración de Rodríguez –dice– era sustancialmente idéntica a la suya. En ambas se negaba participación en cualquier acto subversivo.

Terminadas las declaraciones, se hizo subir a diez de los detenidos a un vehículo policial de los llamados carros de asalto, en cuyo interior se ubican luego, frente a ellos," uno diez policías con armas largas. Colocadas las cortinas, el vehículo se puso en movimiento. Era alrededor de las 5.30 de la madrugada del 10 de junio.

Los vigilantes tenían aspecto de gran fatiga. Uno comentó que habían estado acuartelados varios días. La mayor parte de ellos cabeceaban semidormidos frente a los prisioneros. Éstos, sin embargo, no intentaron nada contra ellos. No sospechaban ni remotamente –por lo menos Rodríguez y Livraga– lo que iba a sucederles.

Recorrieron algunos kilómetros en una dirección que Livraga no pudo precisar, por lo menos, en ese momento. De pronto el carro de asalto se detuvo.

–¡Bajen seis! –ordenó una voz.

LOS ASESINOS TITUBEAN

Livraga fue uno de los seis que bajaron. Se hallaban sobre una ruta pavimentada, frente a un descampado y en plena oscuridad. La luz más próxima estaba a unos cien metros. Detrás del carro de asalto se había detenido una camioneta policial en la que viajaba el que parecía mandar el grupo, quien pareció estudiar el terreno.

–¡Acá no, más adelante! –ordenó de pronto.

Fueron subidos nuevamente al carro de asalto. Recorrieron un trecho que Livraga calcula en trescientos metros antes de producirse una nueva detención. Otra vez bajaron los seis. Entre ellos se encontraban Livraga, Rodríguez y un tal Giunta, a quien Livraga sólo más tarde conoció por ese nombre. La luz próxima estaba ahora a unos doscientos metros.

A la derecha de la ruta había un camino de tierra, que de un lado tenía una hilera de eucaliptus y del otro un extenso yuyal. Se ordena a los prisioneros que echen a caminar por el camino de tierra. Muchos de ellos comprenden recién ahora lo que está sucediendo. Se desarrolla un diálogo breve e impresionante.

–¡Qué nos van a hacer? –dice uno.

–¡Camine para adelante! –le responden.

–¡Nosotros somos inocentes! –gritan varios.

–No tengan miedo, no les vamos a hacer nada –le contestan.

Los vigilantes los arrean como a un rebaño aterrorizado. La camioneta ha entrado en el camino de tierra y los sigue, alumbrándoles las espaldas con sus poderosos faros.

Los prisioneros adivinan ahora que los van a matar, pero una remotísima esperanza de estar equivocados los mantiene caminando.

Es entonces cuando Livraga obra con la lucidez y una serenidad espléndida. Mientras los demás se desesperan, él, paso a paso, gradualmente va deslizándose hacia la izquierda del camino, donde hay una zanja no muy profunda. Llega un momento en que milagrosamente se encuentra fuera del haz luminoso de los faros y como la noche es oscura y él viste de negro empieza a abrigar una desatinada esperanza de salvación. En ese momento, casi simultáneamente, suceden dos cosas terribles. La primera es que oye a su espalda el golpe de manivela de los máuseres y sabe que ha llegado el momento decisivo. Dos o tres pasos lo separan ahora de la zanja. Va a tirarse allí de cabeza. Pero entonces otro de los condenados, Giunta, lo ve, comprende en un relámpago la infinitesimal posibilidad de salvación que tiene ahora Livraga y pretende compartirla. Corre hacia él gritando y agitando los brazos, salva la zanja de un salto y se interna en el yuyal.

Urgente y furiosa parte de la camioneta la orden: –¡Tírenles!

Hay quizás un momento de vacilación, de estupor en los vigilantes, no acostumbrados a matar gente. Livraga, en cambio, no titubea. Se arroja al suelo y en la posición en que cae, así se queda tirado a lo largo, de espalda, la cara apoyada en el hombro derecho. La descarga de fusiles pasa por encima de él sin tocarlo. Y Giunta sigue corriendo por el campo, cada vez más lejos, agitando los brazos y perforando la noche con sus gritos de poseído.

Entre los cuatro prisioneros que quedan en el camino, hacia donde los policías vuelven ahora sus armas, se ha desencadenado el pánico más elemental y primitivo. Dos se abrazan llorando. Otro insulta a los vigilantes. Otro está de rodillas y pide que por su madre, por su madre, no lo maten.

Pero los matan. La primera descarga voltea a los cuatro. Sobre esos cuatro bultos alumbrados por los faros flotan algunos gemidos. Una segunda descarga parece concluir con ellos. Pero de pronto, Livraga que sigue inmóvil, e inadvertido a un costado del campo, oirá la voz desgarradora de su amigo Rodríguez que dice:

–¡Mátenme! ¡No de me dejen así! ¡Mátenme! Y ahora sí, *tienen piedad de él y lo ultiman.*

EL MINISTERIO DEL MIEDO

Por un momento Livraga pudo pensar que se había salvado. No tiene un rasguño y la camioneta da marcha atrás para volver a la ruta. Pero al hacerlo vira lentamente y con tan mala fortuna que sus faros barren el costado izquierdo del camino de tierra. Livraga siente de pronto sobre los ojos cerrados el chorro vivísimo de luz. Por un reflejo que no logra impedir, parpadea.

Al instante brota la orden:

–¡Dele a ese, que todavía respira!

Oye tres detonaciones. Siente un dolor lacerante en la cara y la boca se le llena de sangre.

Al ver ese rostro partido y ensangrentado, la policía se aleja. Creen que he han dado el tiro de gracia, que ya ha recibido otras heridas cuando tiraron contra Giunta. Y no saben que ése (y otro que le dio en el brazo) son los primeros balazos que le aciertan.

Ni se acercan a verificar su muerte. Una vez más los asesinos titubean; aun en esos espíritus embrutecidos por el sueño y la fatiga que sólo quieren terminar pronto, debe flotar terrible el fantasma del asco.

No saben, no sospechan, no imaginan que Livraga va a sobrevivir. Por lo menos, hasta el momento en que escribimos estas líneas.

La masacre no ha terminado, sin embargo. Todavía quedan en el carro de asalto cuatro prisioneros que han agotado todas las instancias del pánico. Matar a éstos es más fácil, ya casi están muertos. Antes de que les tiren y los dejen ahí nomás, al borde de la ruta de donde más tarde recogerá sus cadáveres una ambulancia.

El tiro de gracia que le aplicaron a Livraga le ha atravesado la cara de parte a parte destrozándole el tabique nasal y la dentadura, pero sin interesar ningún órgano vital. Este hombre joven, de buen estado atlético, no pierde el conocimiento en ningún momento, aunque el rostro se le ha hinchado y le duele mucho. El intenso frío de la helada parece mantenerlo despierto. Escucha la segunda ejecución, oye alejarse los vehículos policiales. Pero todavía no se mueve. Espera. Sólo cuando han transcurrido varios minutos trata de incorporarse. Apoya el brazo derecho en el suelo, y recién entonces, siente en él un intenso dolor. Ahí tiene otro balazo.

A partir de aquí empieza un calvario infinito en que el miedo y el sufrimiento físico se sucederán, y llegarán a identificarse. Habrá algún momento en que Livraga lamentará haberse salvado.

Logra incorporarse. Camina. Se interna en el yuyal por donde escapó Giunta, buscándolo. Hay algo de insensato y de patético en esa búsqueda. Es como si ya no pudiera creer más en nadie de este mundo, como si el único en quien pudiera confiar fuese aquel hombre que ha pasado por la misma experiencia. (Mucho después, en el presidio de Olmos, encontrará por fin a Giunta, y nacerá entre ellos una singular amistad.)

Después de un largo rodeo a campo traviesa, vuelve a la ruta. Va dejando un reguero de sangre. Se acerca a un poblado. Hay algunas luces. Ve el letrero de una estación ferroviaria: José León Suárez. Una persona trata de interrogarlo, pero él sigue sin responder. Está exhausto. Va a caer. Alguien alcanza a tomarlo entre sus brazos.

Es un oficial de policía.

En ese momento debió pensar Livraga en una pesadilla infinita donde fuera cíclicamente arrestado, fusilado, arrestado, fusilado.

EL FIN DE LA ODISEA

Sin embargo, se había encontrado con un ser humano auténtico.

El oficial –cuya descripción omitiremos– ni siquiera le preguntó por qué estaba herido. Lo cargó apresuradamente en un jeep, puso un vigilante a su lado para que lo cuidara y, colocándose ante el volante, salió disparando rumbo al hospital más próximo.

En la ruta pasaron ante los cadáveres. El oficial detuvo la marcha y ordenó al agente que bajara a investigar.

–Están muertos –anunció el policía. El oficial se volvió a Livraga.

–Decíme la verdad, pibe, ¿qué pasó?

En vez de contestar, Livraga vomitó una bocanada de sangre. El oficial no titubeó más. Dejando al agente parado en la ruta, apretó el acelerador a fondo y condujo al herido al Policlínico San Martín. En la sala de guardia del Policlínico le hicieron a Livraga las primeras curas. Después lo condujeron a la sala de recuperación, situada en el tercer piso. Y una abnegada enfermera se encargó de llamar por teléfono a su padre.

Una ola de desgracias azotaba en ese momento el hogar de este muchacho. Por si fuera escaso, le tocaba a su madre estar internada en un hospital; a su hermana casada le faltaba poco para dar a luz. En la casa sólo quedó un chico de once años, su hermanito, cuando el padre corrió a ver a Juan Carlos, en compañía de dos primos y del cuñado de éste. Y estas cuatro personas firman en el libro de entradas foliado del Policlínico una declaración en la que consta que han visto con vida a Juan Carlos y que su estado, aunque de cierta gravedad, no permite suponer en absoluto un "agravamiento" ni un desenlace fatal.

Acertada presunción. Porque esa tarde un cabo de la policía viene a asumir su custodia y al hallarse frente a él, lo mira y remira fijamente como si no pudiera creer que está vivo.

El cabo es comunicativo. Comenta con las enfermeras.

–A este lo van a llevar de nuevo. No se lo digan, ¡pobre!

Pero las enfermeras, desesperadas, se lo dicen. Y recomienza el suplicio.

¿Recomienza? No. Porque a las diez y media de la noche, cuando lo ponen en una camilla y una enfermera le dice llorando: "Pibe, te llevan", ya está vencido. Ya no resiste, ya no protesta. *Tanto penar para morirse uno,* pudo haber dicho con el poeta español que algo supo de esto.

Y lo llevan. Pero no lo fusilan. Lo llevan a la comisaría primera de Moreno, donde lo tiran completamente desnudo en un calabozo, sin asistencia médica y casi sin alimento. Quieren que se muera solo. Veintitrés días permanece allí Livraga. Y no se muere. ¡Y no se muere!

Y entretanto alguien ha intervenido por él, aunque sea a medias. El 3 de julio es trasladado –un espectro– al penal de Olmos, donde se le cura y se le trata humanamente.

Y el 16 de agosto, ya recuperado, se le pone en libertad por falta de méritos.

TRES TELEGRAMAS Y TRES PREGUNTAS

Los telegramas:

1° - Telegrama colacionado número 1533, despachado desde Florida a las 19 hs., del 11/VI/56, recibido a las 19.15 hs., dirigido al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, general Pedro Eugenio Aramburu, Casa de Gobierno, Buenos Aires. EN MI CARÁCTER PADRE JUAN CARLOS LIVRAGA FUSILADO MADRUGADA DÍA 10 SOBRE RUTA OCHO PERO QUE SOBREVIVIÓ SIENDO POSTERIORMENTE ASISTIDO POLICLÍNICO SAN MARTÍN DE DONDE FUERA RETIRADO DOMINGO ALREDEDOR 20 HORAS DESCONOCIENDO NUEVO PARADERO RUEGO ANSIOSAMENTE SU HUMANA INTERVENCIÓN PARA EVITAR SEA NUEVAMENTE AJUSTICIADO ASEGURÁNDOLE SE TRATA CONFUSIÓN PUES ES AJENO A TODO MOVIMIENTO. COLACIÓNESE. PEDRO LIVRAGA.

2° - Telegrama N° 1185, despachado de Casa de Gobierno el 12/VI/56 a las 13.23 hs. y recibido 20.41, dirigido a Pedro Livraga, Florida. REFERENTE TELEGRAMA FECHA 11 INFORMO SU HIJO JUAN CARLOS FUE HERIDO DURANTE TIROTEO ESCAPADO. POSTERIORMENTE FUE DETENIDO Y SE ENCUENTRA ALOJADO COMISARÍA MORENO, JEFE CASA MILITAR.

3° - Telegrama N° 110, despachado de Casa de Gobierno el 2/VII/56 a las 19.30 hs., recibido 20.37 hs., dirigido a Pedro Livraga, Florida. ESTADO DE SALUD DE SU HIJO BIEN EN OLMOS LA PLATA PUEDE VISITARSE DÍA VIERNES 9 A 11 O DE 13 A 17 HS. SÓLO PADRES, HIJOS O HERMANOS MUNIDOS DE SUS CORRESPONDIENTES DOCUMENTOS DE IDENTIDAD.

Las preguntas:

1) "Herido durante tiroteo", dice la información oficial. Ahora bien ¿cómo es posible que un herido durante "tiroteo" el 10 de junio sea puesto en libertad absoluta el 16 de agosto?

2) ¿Cómo es posible que un herido durante "tiroteo" tenga cicatrices de bala que aún al más profano indican que esos proyectiles fueron disparados desde arriba y de muy corta distancia, cuando la víctima estaba tendida de espaldas en el suelo, con la cara apoyada en un hombro, es decir, inerme?

3) ¿Cómo es posible que un herido durante "tiroteo" en ningún momento haya sido procesado? ¿Que cuando el padre de Juan Carlos fue a verlo a la comisaría de Moreno se le negara que estaba allí? ¿Hubo otro?

Un pequeño detalle permite formular la posibilidad de que los escapados al siniestro pelotón aquella madrugada del 10 de junio hayan sido tres y no dos.

En efecto, cuando a Livraga se le hacían las primeras curas en la sala de guardia del Policlínico escuchó una conversación de la que resultaba lo siguiente: alguien acababa de llamar por teléfono pidiendo que se despachara una ambulancia a la ruta para levantar siete cadáveres.

Siete. Pero los detenidos eran diez. Dos escaparon: quedan *ocho.*

Si realmente existe ese tercer fugitivo, si no se trató de un simple "error de contabilidad", debe presentarse inmediatamente al juez más próximo y ponerse bajo su protección.

Su vida corre peligro. Nadie está del todo seguro en las madrugadas bonaerenses.

Cosas incomprensibles están sucediendo en la provincia de Buenos Aires. Y es un hombre insospechable, representante en la Consultiva del partido más adicto a la revolución, quien ha tenido el coraje de denunciarlo, al transmitir a dicho cuerpo las denuncias oportunamente formuladas por el Dr. Doglia, ex jefe de la División Judicial de la Policía provincial.

"Si las denuncias sobre irregularidades policiales denunciadas por el Dr. Jorge Doglia, ex jefe de la Comisión Investigadora de la Policía de la Provincia y ex jefe de la División Judicial de esa misma institución, resultaran comprobadas, configurarían un cuadro horroroso de sadismo que parecía para siempre borrado de nuestra República.

"Este hecho se encuentra agravado por las acusaciones que formula de haber sido amenazado en su propia vida por el funcionario más altamente colocado en la administración policial."

La lista de torturas presentada es abrumadora, como lo son también las pruebas. Y en lo que atañe al caso Livraga, expresó:

"Durante los días posteriores a la asonada del 9 y 10 de junio se mató porque sí, sin ton ni son. Algún día habrá de rendir cuentas".

Pero ese día ha llagado. Lo que ocurrió y ocurre en la provincia de Buenos Aires debe esclarecérselo. Es necesario que se sepa de una vez por todas quién dispone esas atrocidades. Es necesario que de una vez y para siempre se desenmascare a los culpables para bien de la Nación y de la Humanidad.

Acontecimientos muy recientes pueden ser ilustrativos. En la madrugada del 11 de este mismo mes el famoso torturador Doro, condenado a perpetua, pero que misteriosamente estaba en libertad, se "suicidó" al paso de un tren. Era o no era este hombre un testigo valioso contra la camarilla de torturadores.

Si los responsables de estas atrocidades creen que en el caso Livraga pueden repetir la hazaña, la respuesta será fulminante. Podrán eliminar uno o dos testigos: quedarán cien. Podrán eliminar una o dos pruebas materiales, quedarán mil.

Las declaraciones que el Sr. jefe de Policía formuló ante periodistas el 21 del corriente han alarmado a toda la ciudadanía. En el orden nacional, se anunció –y no discutimos la medida– que las fuerzas del orden reprimirían a los saboteadores por las armas "en caso necesario". En el orden provincial se omitió esa indispensable salvedad. El "caso necesario" está configurado por la resistencia armada del saboteador: no mediando ésta, no habrá ya represión sino simple asesinato.

Pero mucho más lejos fue el jefe de Policía de la Provincia.

Amenazó con las armas no sólo a los saboteadores, sino "a quienes los oculten o amparen" y "a quienes tengan en su poder elementos explosivos", no especificando que esa represión se ejercerá solamente en caso de resistencia comprobada. Esto es una ley marcial tácita.

Pero es mucho más que una ley marcial. Es algo que nunca se ha visto en el mundo civilizado porque la amenaza de la represión armada se hizo extensiva a quienes "por cualquier medio provoquen pública alarma o depriman el estado público".

Ante la tremenda depresión del estado público que el conocimiento de estos hechos seguramente causará, quien esto publica se considera incluido en la amenaza y se dirige al Gobierno de la Nación solicitando plenas garantías.

Llega asimismo el momento de imitar la sabia conducta de los familiares de Livraga cuando firmaron el libro de entradas del Policlínico. Juan Carlos Livraga está vivo y sano, en libertad, sin que pese sobre él denuncia ni proceso alguno, poseído de la alegría y la vitalidad de la juventud, acentuadas por el hecho de haber escapado a una tragedia atroz, de hallarse trabajando a gusto –como siempre lo hizo–, de no tener preocupaciones económicas y de estar próximo a casarse con una muchacha joven y animosa como él.

Si Juan Carlos Livraga llegara a ser víctima de alguno de los rarísimos "accidentes" o "suicidios" que están ocurriendo en las madrugadas bonaerenses, sobre todo en las proximidades de las vías férreas, la opinión pública sabrá como interpretarlo.

Y si Juan Carlos Livraga llega a desaparecer sepan los culpables que no habrían destruido una sola de las pruebas que lo acusan pues todas ellas han escapado a su control.

Y si a Juan Carlos Livraga llega a pasarle algo, cualquier cosa, aun la simple interrupción del contacto que se tiene con él, no sólo lo sabrán los familiares y amigos; lo sabrá todo el país, lo sabrá toda América, lo sabrá todo el mundo. Se han tomado infinitas precauciones para ello.

Sepan pues todos los que están directa o indirectamente vinculados a estos trágicos acontecimientos que no hay en este momento en todo el territorio de la nación una vida más intocable que la de este muchacho argentino.

PROBABLEMENTE SOÑÓ con una notoriedad que, entonces, los grandes diarios, de acuerdo con las instituciones afectadas por su investigación, le negaron. Durante 1957 escribe dos "obras" que considera mutuamente excluyentes: la segunda serie sobre los fusilamientos de José León Suárez, que publica en Mayoría, *y las notas que sigue entregando a* Leoplán *y que, por pudor o repugnancia firma muchas veces con el seudónimo* Daniel Hernández, *su* alter ego *de* Variaciones en rojo. *Es evidente que no es eso, ya, lo que Walsh considera su obra.* "Lo que llamo periodismo aunque no es periodismo" *es, sin embargo, lo que le permite vivir. Ahora el heroísmo es otro: cada vez más, Walsh se interroga por el heroísmo del hombre corriente (los fusilados de José León Suárez, pero también las víctimas de una catástrofe, como en el caso de las dos notas, publicadas entre marzo y octubre de ese año, que aquí reproducimos), cuyo comentario es lo que a su vez heroifica al narrador. El desplazamiento de la calidad (el individuo excepcional) a la cantidad (un heroísmo masificado) es correlativo y complementario de su interés por los números, tal como puede verse en una de las notas (elegantemente irónica) que a continuación se reproduce y, sobre todo, en el informe numerológico que constituye su último texto, la "Carta abierta de un escritor a la junta militar"*

3120-5699- 1184

(LENGUAJE UNIVERSAL CIFRADO)

por DANIEL HERNÁNDEZ

A mediados de setiembre último los diarios locales publicaron una noticia curiosa. Tratábase de un lenguaje universal creado por dos profesores italianos, los doctores Allioni y Boella, quienes asignando a cada palabra un número intentaban quebrar en forma sorprendente las barreras idiomáticas que hasta ahora dividen a los hombres.

Agregan los cables, fechados en Turín, que dichos investigadores habían publicado ya códigos de un millar de palabras en distintos idiomas, y preparaban otros con el objeto de lograr la difusión mundial del sistema.

Así nos enteramos en este país del intrigante enfoque de un problema que durante siglos ha preocupado a gramáticos y filólogos.

Lo curioso es que podíamos habernos enterado antes. Porque el verdadero creador del sistema es argentino y vive en La Plata.

Allí acudimos a verlo. El profesor Salvador de Luca es un hombre de aire modesto y hablar pausado, catedrático de cosmografía y matemáticas, y autor de numerosos trabajos de su especialidad.

–Llegan con más de tres años de retraso –dice refiriéndose jovialmente a los lingüistas italianos (y quizá también a nosotros). Luego nos aclara:

–Las bases del sistema las expuse a comienzos de 1953 en un folleto que se titulaba, precisamente, "Sobre un Lenguaje Universal Cifrado".

–¿Atribuye usted a simple coincidencia –preguntamos– el hecho de que los profesores italianos anuncien como propio el descubrimiento?

–¿Qué otra cosa podría ser? Es probable que el principio que me sirva de base, que "las ideas son comunes a todos los pueblos de la tierra", se haya vuelto contra mí. Sin embargo, creo que la prioridad que me corresponde está suficientemente documentada, no sólo por los folletos que publiqué en 1953 y los comentarios periodísticos locales que aparecieron ese año, sino también por la numerosa correspondencia que he recibido de universidades extranjeras a las que remití mis trabajos. Y finalmente, porque la iniciativa está registrada a mi nombre en la UNESCO con fecha julio de 1953 y espero que sea tratada en alguna de las próximas reuniones de ese organismo.

–¿En qué consiste su método? –inquirimos.

–Es muy simple. Desde la torre de Babel y la confusión de las lenguas, que nos refiere la Biblia, los hombres vienen buscando un medio de expresión que sea común a todos. Los esfuerzos realizados en ese campo son numerosos. El más conocido es el esperanto, creado por el ruso Zamenhof. Pero hubo otros anteriores, como el volapuk. La verdad es que todos ellos han fracasado.

–¿A qué atribuye tal fracaso?

–A que son creaciones artificiales. Y si bien están basadas en un impulso natural, el deseo de comunicación, contrarían otro impulso natural que ha demostrado ser más fuerte: la adhesión a la lengua materna, consustanciada con la adhesión al suelo nativo.

–Pero –objetamos–, ¿no es acaso imposible establecer una lengua universal sin que todos renunciemos precisamente a nuestros idiomas particulares?

–No. Ese idioma universal puede establecerse sin que nadie renuncie al propio ni aprenda otro nuevo. No ocultamos nuestra sorpresa.

–Es muy simple –repite sonriendo–. Lo que pasa es que ese idioma universal ya existe, sólo que nosotros le damos una aplicación limitada. Es el antiquísimo lenguaje del número. Más precisamente el número natural, escrito en símbolos arábigos.

"Sostengo y éste es uno de los fundamentos de mi trabajo, que para obtener un lenguaje de carácter universal hay que prescindir en absoluto del sonido, o de la palabra hablada. En otros términos, dicho lenguaje sólo puede ser escrito. Pero no es necesario inventar los símbolos de tal escritura, puesto que ya disponemos del número arábigo, familiar a todos los pueblos del planeta.

"Si por ejemplo escribimos el número 7, cualquier habitante del mundo, a menos que sea analfabeto, entenderá lo que quiere decir. Pero no sucede lo mismo con la palabra escrita en su forma literal, puesto que si escribimos manzana, vgr., no nos entenderá un francés que ignore el castellano; para él esa fruta se llama *pomme*, para un inglés se llama *apple*, etcétera.

"Ahora bien, es posible reemplazar cada palabra escrita en forma literal por un número que equivalga a ella en cualquier idioma.

"Dicho de otro modo, las ideas o conceptos son comunes a todos los pueblos de la Tierra. Lo que difiere son las palabras que los expresan. Numerar las ideas o conceptos es crear un lenguaje universal."

–¿Cómo se logra eso?

–Basta asignar un mismo número a las palabras de distintos idiomas que designen una misma cosa. Por ejemplo, atribuir el número 133 a las palabras manzana, *pomme*, *apple*, etc., que en castellano, francés, inglés, etc., nombran la fruta que todos conocemos.

El número 133 sería así el equivalente de "manzana" en cualquier idioma conocido.

–¿Sería necesario, entonces, crear una tabla de equivalencias?

–Naturalmente.

Nos muestra el primer ensayo de tablas publicadas por él en marzo de 1953. Abarcaban el castellano, inglés, francés e italiano y constaban de doscientas nueve palabras. Posteriormente el profesor De Luca elaboró tablas más completas en los idiomas antedichos. Constan de seis mil vocablos.

Para poner en práctica el sistema es conveniente elegir un idioma "director". En la tabla correspondiente a él, o tabla "directriz", las palabras se hallan ordenadas alfabéticamente y sus equivalentes numéricos siguen el orden progresivo normal, en este caso de 1 a 6.000. Suponiendo que el idioma director sea el castellano, extractamos algunas equivalencias para que sirvan de ejemplo.

a (letra) 1
a (preposición).2
abajo 3
.....
amo.....375
amoníaco 376
amor 377
.....
fanatismo.....2597
fantasía 2598
.....
pampa. 4298
pan.....4290
.....
y (conjunción) .5936

zurdo.....6000

Si escribimos, pues:

4290 -377 - 5936 -2598

y consultamos la tabla castellana, obtenemos: "Pan, amor y fantasía", título de una película que elegimos con fines de simplificación.

La tabla directriz es única y equivale a lo que se llama en criptografía un "código ordenado". En cambio, para los otros idiomas, hace falta una tabla doble. La primera o tabla cifrante es para transmitir mensajes; tiene las palabras ordenadas alfabéticamente y los números que les corresponden no conservan, por supuesto, el orden progresivo. La segunda, o tabla descifrante, tiene ordenados los números y no las palabras; sirve para interpretar los mensajes recibidos. El conjunto de ambas es lo que llaman los criptógrafos un código *á bátons rompus* ("sin ton ni son"). Supongamos que un italiano quiera interpretar el texto numérico arriba citado. Consultará su tabla descifrante y hallará:

4290.....pane

.....

375.....padrone

376.....ammoniaco

377.....amore

.....

5938 ....o (congiunzione)

.....

2598 .....fantasía

El resultado le permitirá una inmediata (e inútil) evocación de Gina Lollobrigida...

–Estas tablas –preguntamos al profesor De Luca–, ¿no serían demasiado voluminosas e incómodas?

–Un código de seis mil palabras ocuparía el lugar de una libreta de bolsillo –nos responde inmediatamente.

–Aun así –objetamos–, ¿no es mejor un simple diccionario de bolsillo, un diccionario bilingüe?

–No, porque usted necesitaría un diccionario bilingüe para cada idioma ajeno al suyo, y hay varios centenares... La tabla tiene justamente el carácter de un diccionario universal. Con ella usted podría hacerse entender por escrito tanto en Francia como en Japón, en Inglaterra como en la India, porque en todos esos países, un mismo concepto sería expresado por un mismo número.

–¿Cuál sería la utilidad concreta de este método, en caso de que fuera aceptado internacionalmente?

–Supongamos que usted se halla en Londres, y no sabe una palabra de inglés, pero lleva consigo su libreta-código en castellano. Un agente de tránsito provisto de otro similar, en inglés, interpretará en pocos segundos cualquier mensaje escrito en números que usted le presente, y por el mismo procedimiento le dará la información que usted necesite. O usted entra en un negocio porque necesita comprar algo, digamos un sombrero. Hojea usted su libreta, busca la palabra "sombrero" y encuentra junto a ella el número 5342. Lo escribe en un papelito y lo entrega al vendedor. Este busca en su tabla el número 5342 y junto a ella encuentra la palabra *hat,* que le basta para saber lo que usted pide. El mismo resultado obtendrá usted en Estambul, en Tokio o en Moscú, porque, vuelvo a decirlo, la tabla es *un diccionario políglloto universal.* La primera ventaja, pues, sería para el turista o el viajero. Pero no la única. La clave numérica le permitiría a usted comunicarse por carta con personas de otros países que hablen cualquier idioma distinto del suyo. Sería aplicable también a las traducciones técnicas o científicas, donde la comunicación gramatical o la belleza literaria ocupan un lugar secundario. Un trabajo científico, por ejemplo podría ser comunicado en

veinticuatro horas a todos los centros de estudio y universidades del mundo, mientras que su traducción a los distintos idiomas individuales absorberían un tiempo y un esfuerzo considerablemente mayores. Por último, el lenguaje numérico sería el vehículo ideal para las comunicaciones telegráficas de toda índole, desde el simple telegrama de felicitación hasta los extensos despachos cablegráficos de las agencias noticiosas, no sólo porque elimina la traducción de un idioma a otro, sino porque reduce el costo de los despachos.

–¿Qué ocurre con las diferencias de construcción en los distintos idiomas?

–La verdad es que ellas no pueden salvarse. La traducción que dan las tablas es literal, y por lo tanto, sujeta a imperfecciones gramaticales. Pero la finalidad del sistema no es obtener versiones literarias impecables, sino simplemente hallar equivalencias inteligibles.

–¿Cuántas palabras podrían codificarse? –averiguamos.

–Tantas como números existen. Y le recuerdo –añade– que la serie de los números naturales es infinita.

–¿Sería necesario codificar todas las flexiones verbales? –inquirimos–. El verbo "amar", por ejemplo, en sus distintos tiempos y modos, tiene unas ciento veinte formas. Si multiplicamos por los varios millares de verbos existentes, ¿no le parece que obtenemos un resultado más bien catastrófico?

–He pensado en esa dificultad y creo que la he solucionado –contestó sonriendo–. Una raya colocada bajo el número que reemplaza al verbo indicará que éste se halla en tiempo pasado. Una raya colocada arriba denota futuro. La ausencia de este signo indica infinitivo o presente. En cuanto a los demás accidentes del verbo, modo, número y persona, se desprenderían naturalmente del contexto. Por ejemplo, en este breve mensaje: 5947 - 5267.

"El número 5267 equivale a *ser* en infinitivo o en presente. Pero como el número 5947 que lo precede equivale a *yo,* deducimos automáticamente que el verbo se halla en primera persona del singular: *soy yo.*

"En cambio, 5947 - 5267 significaría *yo fui.* Y 5947 - 5267 debería traducirse por *yo seré.*

"Otras convenciones similares permitirían diferenciar el masculino de femenino o el singular del plural en sustantivos y adjetivos."

La explicación del profesor De Luca es convincente. Nuestra curiosidad periodística decide someterlo a una última inquisición. Le recordamos la existencia de códigos diplomáticos, militares, financieros y hasta telegráficos que utilizan la clave numérica.

–¿En qué se diferencia su método de esos otros, que la criptografía llama en general sistema de repertorio y que incluyen también códigos, tablas y diccionarios?

–Se diferencia en ser justamente lo contrario, no en cuanto al principio teórico utilizado, que puede ser el mismo, sino en cuanto a la aplicación que se les da. Fíjese usted: un código diplomático o militar es un instrumento secreto. Su fin es comunicar algo *a una sola persona,* el destinatario del mensaje, que por otra parte habla el mismo idioma del remitente. Mi sistema, en cambio, tiene por finalidad comunicar cualquier cosa *a cualquier persona,* aunque yo no conozca su idioma y él no conozca el mío. La verdad es que un principio muy simple ha sido colocado hasta ahora al servicio de la violencia, el engaño o el disimulo.

"Yo propongo", concluye el profesor De Luca, "que se lo coloque al servicio de la armonía y la inteligencia entre los seres humanos".*

* La nota incluía una transcripción de las tablas de recepción y transmisión (con 209 términos cada una) que aquí hemos omitido. (N. del E.)

EL FIN DE LOS DIRIGIBLES

por DANIEL HERNÁNDEZ

Van a cumplirse veinte años. Desde esa fecha –6 de mayo de 1937– ningún dirigible ha vuelto a surcar los cielos en misión comercial. Esa noche se derrumbó para siempre el creciente imperio de las aeronaves más livianas que el aire y se esfumó el sueño de un visionario.

La catástrofe del *Hindenburg*, que ahora recordamos, conmovió al mundo. Muy pocos acontecimientos han sacudido tan hondamente la sensibilidad pública. Desde el preciso instante en que la voz del locutor Herbert Morrison, que efectuaba una transmisión de rutina desde el aeropuerto de Lakehurst, se quebró para anunciar a millares de incrédulos oyentes: "¡Se incendia...! ¡Estalla... estalla!", desde ese instante una ola de asombro se propagó por los cuatro puntos cardinales. Y el asombro no ha cesado todavía.

El *Hindenburg* era la última maravilla de la ingeniería alemana. Algo colosal en sus dimensiones, bello en sus formas, ágil en su desplazamiento. Ni antes ni después ha remontado vuelo nada que se le pueda comparar. Medía 250 metros de largo y 45 de alto. Sostenido en el aire por ocho millones de pies cúbicos de hidrógeno, impulsado por cuatro poderosos motores Mercedes-Benz, con una autonomía de 8.700 millas y una capacidad de carga de 18 toneladas, era capaz de atravesar el Atlántico en dos días y medio, sorteando las peores tormentas con la facilidad de un gigantesco lebrel que ahuyentara una tribu de ardillas.

El *Hindenburg* era rápido. Cuatro veces más rápido que los buques que efectuaban la travesía transatlántica.

El *Hindenburg* era cómodo. Reunía las máximas posibilidades de confort para los pasajeros: cabinas individuales, grandes salones, ventanales de observación, calefacción, cocina perfecta.

El *Hindenburg* era seguro. Transportaba –es cierto– una mortífera carga de hidrógeno inflamable, pero el sistema de aislamiento se consideraba perfecto. Tanto que el Lloyd's de Londres le había otorgado seguros por 500.000 libras a una tarifa muy baja.

El *Hindenburg* era hermoso, liviano, indestructible.

Hasta esa fatídica noche del jueves 6 de mayo.

Ya llevaba realizados diez viajes transatlánticos cuando el lunes 3, a las ocho de la mañana, zarpó por última vez de Frankfurt, Alemania.

Para esta travesía se designó comandante al capitán Max Pruss, en reemplazo del viejo Ernst Lehmann, que lo condujera en las anteriores. Lehmann, sin embargo, iba a bordo, quizá para completar la formación de su discípulo.

El dirigible debía llegar a la base aeronaval de Lakehurst, en Nueva Jersey, Estados Unidos, con las primeras horas del 6 de mayo. Vientos de frente lo retrasaron en el camino. Al amanecer, sin embargo, volaba sobre Nueva Escocia, y a las tres de la tarde era avistado en Nueva York, rumbo al sur. A las cuatro, el público y los reporteros congregados desde temprano en la base lo divisaban en el horizonte.

Pero el *Hindenburg* pasó sobre sus cabezas sin descender. El capitán Pruss acababa de comunicar al comodoro Charles Rosendahl, jefe de la base, que postergaría el descenso hasta las seis, porque no le gustaban las nubes de tormenta que se estaban acumulando en la zona. Y la aeronave siguió rumbo al sur. Poco más tarde cayó un chaparrón.

A las seis, Rosendahl informó por radio que a su juicio las condiciones atmosféricas habían mejorado lo bastante como para intentar el descenso. A las siete repitió el mensaje. Pero ya el zepelín se acercaba desde el sur, con las luces encendidas.

–Ahí viene –anunció el locutor Morrison a sus oyentes–, ahí viene hacia nosotros, como una gigantesca pluma, el *Hindenburg*...

Los hombres que componían la dotación de amarre (150 en total) corrieron a sus puestos. Todavía lloviznaba ligeramente, pero el viento había disminuido y la visibilidad era bastante buena. La aeronave pasó sobre el campo, a 150 metros de altura, y viró en redondo para dirigirse a la torre de amarre.

El capitán Pruss y sus oficiales controlaban el descenso. Las válvulas comenzaron a expeler hidrógeno. El *Hindenburg* estaba ahora a sesenta metros de altura. Las hélices de los motores empezaron a girar en sentido inverso y el dirigible pareció detenerse de pronto.

Los fotógrafos lo enfocaban con sus cámaras. Los pasajeros se asomaban a los ventanales. A las 19:21 se soltó el primer cabo de amarre. Poco después, el segundo. Los hombres de tierra se apoderaron de ellos.

A las 19:22 la maniobra estaba prácticamente terminada. El dirigible flotaba seguro a unos 25 metros del suelo. Los pasajeros se aprestaban a descender cuando tocase tierra.

Al parecer, el *Hindenburg* había completado con éxito su undécimo viaje.

Pero faltaba exactamente un minuto para que se convirtiera en una gigantesca antorcha, y llegara a su término la era de los zepelines.

Era un orgulloso sueño el que iba a concluir allí, en las arenas de Nueva Jersey. Y un sueño al que se encuentra inevitablemente ligado el nombre del conde Fernando de Zeppelin.

El conde Zeppelin era un general alemán retirado, un hombre que ya casi había cerrado la órbita de su vida cuando a fines del siglo pasado empezó a soñar con una aeronave rígida, capaz de ser dirigida a voluntad, que reemplazara a los globos de incierto manejo. Y al servicio de esta fantasía, puso toda su tenacidad teutónica.

Otros hombres trabajaban en distintas direcciones para resolver el mismo problema. Faltaba poco para que en el taller de bicicletas de los hermanos Wright naciera el aeroplano. Las ascensiones en aeróstatos y planeadores se hacían cada vez más numerosas.

En 1900 terminó Zeppelin su primer aparato y lo hizo volar. Fue un desastre: se incendió en el aire. Pero él no se desanimó. Y tampoco se desanimaron los hombres que habían acogido con entusiasmo su idea.

A partir de entonces, la historia de los zepelines es una larga serie de esperanzas y fracasos, de hazañas y catástrofes.

Mientras el conde prosigue sus ensayos, los franceses construyen también un dirigible: el *République.* Se estrella en 1909, matando a sus cuatro tripulantes. En 1913 pierden otro: el L-2. Aquí los muertos son trece.

Pero viene la Primera Guerra Mundial. Y son los alemanes, naturalmente, los que creen ver en el zepelín un arma decisiva. Empiezan a construirlos afiebradamente. Y los lanzan sobre los campos de batallas y las ciudades enemigas cargados de bombas. Los resultados son catastróficos... para los zepelines. Los cañones antiaéreos y los cazas aliados los derriban fácilmente. En un solo "raid" sobre Londres intervienen doce de estos monstruos aéreos. Ninguno vuelve a su base.

Cuando termina la guerra, los alemanes han perdido cincuenta y siete dirigibles. Sólo les quedan tres. A partir de entonces se acepta que no sirven para la guerra.

Pero, ¿no servirían para fines de paz?

Los norteamericanos han recogido la idea. Y el saldo de desgracias que parece acompañarla. En 1922 se les estrella el *Roma,* con treinta y cuatro muertos. Más tarde construyen un gigante: el *Shenandoah.* Cuando estalla en el aire, mueren catorce hombres. El comodoro Rosendahl –a quien ya hemos nombrado como jefe de la base de Lakehurst– estaba allí. Fue uno de los sobrevivientes.

Tercian los ingleses. En 1930 pierden el enorme *R-101.* Cuarenta y ocho muertos.

Insisten los norteamericanos, esta vez con el *Akron.* En 1933 desaparece en el mar con setenta y dos tripulantes.

Y ya tenemos a los alemanes listos para volver a la brecha, a pesar de tantos contrastes. Ellos van a recoger la bandera de Zeppelin –ahora que los otros países parecen dispuestos a abandonarla–, la van a poner en manos de un genial conductor, el doctor Eckener, y tratarán de llevarla al triunfo. Si no lo consiguen, no será por falta de constancia y heroísmo.

Eckener construye el *Graf Zeppelin,* esa maravilla plateada que muchos porteños recuerdan haber visto hace veintitrés años sobre Buenos Aires. Con él se inaugura un servicio regular de Alemania a Sudamérica. Rápido y seguro, conquista inmediatamente la confianza del público.

Luego viene el *Hindenburg.* Representa un enorme avance sobre el *Graf Zeppelin.* Es, casi, la perfección. Y se lo destina a la travesía Alemania-Estados Unidos.

El *Hindenburg* acaba de terminar su undécimo viaje. Se halla junto a la torre de amarre, en Lakehurst.

Son las 19:23...

Súbitamente una lengua de fuego nace de la quilla del dirigible, a popa, corre como una víbora, se extiende y en pocos segundos se propaga por todas partes. El *Hindenburg* se convierte en una pira colosal. Las llamas ascienden a más de cien metros de altura. El temible hidrógeno arde, arde furiosamente...

La aeronave empieza a inclinarse por la popa, hacia tierra, con lentitud de pesadilla.

La voz del locutor Morrison, que transmite a millares de oyentes, se ha llenado de espanto:

–¡Arde...! ¡Se estrella, se estrella..., terrible!

En la dotación de tierra y en los espectadores hay momentos de pánico. La inmensa mole incendiada se les viene encima. Fragmentos incandescentes llueven sobre ellos.

El comodoro Rosendahl está en la torre de amarre.

–¡Santo Dios! –exclama al ver el resplandor que ilumina el cielo.

El dirigible caía directamente sobre él. Tuvo que correr como un poseído para ponerse a salvo.

En su cabina, Morrison todavía tiene ánimo para seguir transmitiendo:

–¡Esto es espantoso! –grita–. ¡Se incendia y cae sobre la torre de amarre! ¡Esta es una de las peores catástrofes del mundo!

Entretanto, dentro del *Hindenburg,* donde hay cincuenta y nueve tripulantes y treinta y dos pasajeros, reina el caos más absoluto. Solamente los oficiales parecen mantener una extraordinaria serenidad. El capitán Pruss, en la cabina de control, ha sentido una explosión no muy fuerte y ha escuchado el clamor del público. Se asoma a la ventanilla de la góndola, pero en el primer momento no observa nada anormal.

–¿Qué sucede? –pregunta.

–¡La nave está en llamas! –le contesta un oficial.

El capitán obra con seguro instinto. Podría mantener durante algunos segundos la estabilidad de la nave, soltando el lastre de la popa, pero permite que ésta descienda a tierra, dando una oportunidad de salvación a los que se encuentran allí.

Al inclinarse el zepelín, pasajeros y tripulantes han rodado por pasillos y camarotes. Después empiezan a desprenderse como hormigas por cuanta escotilla o agujero deja la estructura en llamas. De los que logran salvarse, muy pocos sabrán más tarde cómo lo hicieron.

Algunos son despedidos, otros rompen ventanillas y se tiran, los más son arrancados de las llamas por las patrullas de salvamento rápidamente organizadas.

Joseph Spah, un acróbata profesional, permanece varios segundos colgado del marco metálico de una ventanilla, calentado a una temperatura que sólo él puede resistir... porque está acostumbrado a hacer una prueba semejante. Cuando cree llegado el momento oportuno, intenta un prodigioso salto desde quince metros de altura, corre por la arena húmeda –el chaparrón de la tarde resultó providencial– y se salva.

Un chico de catorce años, que trabaja de botones en la nave, se deja caer por una escotilla. Pero una masa de fuego desciende sobre él. Está perdido. En ese momento estallan los tanques de agua que sirven de lastre, lo empapan y le dan una increíble oportunidad de salvación, que el chico aprovecha corriendo como un gamo.

Una señora sale por el camino normal: por la planchada. No parece inmutarse. Dos marineros la arrebatan a los tirantes de acero incandescente que se precipitan sobre ella.

Un hombre surge caminando tranquilamente de las llamas, con todas las ropas quemadas. Alguien corre a su encuentro. El hombre habla pausadamente en alemán, sin dar muestras de excitación. De pronto, gira sobre sí mismo y se desploma, muerto.

Otro fugitivo del siniestro se ha sentado sobre la arena, con los codos apoyados en las rodillas. Y arde. Arde de pies a cabeza. Cuando se acercan a ayudarlo, tiene en el rostro incendiado un gesto de profunda concentración, como si reflexionara. Muere en seguida.

Entre las primeras víctimas llevadas a la enfermería de la base hay un joven tripulante del *Hindenburg*. Pide que envíen un cable a su joven esposa.

–¿Qué le decimos? –le preguntan.

–Que estoy bien. Que estoy con vida.

Apenas termina de decirlo, muere.

Los últimos en abandonar el *Hindenburg* fueron el capitán Pruss, el capitán Lehmann y diez oficiales más que estaban a proa, en la cabina de control. Lo hicieron cuando ya casi todo el resto de la aeronave estaba consumido por las llamas.

Pruss sobrevivió, a pesar de los numerosos viajes de regreso al siniestro que efectuó en busca de sobrevivientes. Sólo se le oía gritar:

–¡Los pasajeros...! ¡Los pasajeros...!

El capitán Lehmann, en cambio, se quebró la columna vertebral y sufrió terribles quemaduras al saltar de la góndola.

Murió esa misma noche, conservando plena lucidez hasta el último momento y sin que nadie le oyera quejarse de sus terribles dolores. Antes de expirar, habló largamente con su viejo amigo Rosendahl. El total de muertos causados por el accidente ascendió a treinta y seis, de los cuales trece eran pasajeros.

En cuanto a las causas del desastre, se han propuesto muchas explicaciones. Algunos opinaron que la electricidad estática había inflamado una pérdida de hidrógeno. Otros, que al saltar un fragmento de una hélice perforó la envoltura del dirigible, permitiendo la combustión espontánea del hidrógeno en contacto con el aire. Y no faltan quienes aseguran que antes de zarpar el *Hindenburg* para su último viaje, el gobierno alemán recibió denuncias anónimas de que se atentaría contra él.

Pero el misterio subsiste. Quizá la mejor respuesta sean aquellas palabras que pronunció el capitán Lehmann antes de cerrar los ojos para siempre:

–*Ich kann es nicht verstehen.* "No puedo comprenderlo."

ADIÓS AL *PAMIR*

"Velero *Pamir* sorprendido violento huracán 35° 57' latitud norte 40° 20' longitud oeste. Perdido todo el velamen. Escorado a 45 grados en peligro de naufragar".

El dramático mensaje radiotelegráfico vibró en los caminos del éter. Eran las 10.30 de la mañana del sábado 21 de setiembre.

Un petrolero noruego, el *Duke,* captó el mensaje y lo retransmitió en el acto. Los capitanes de los barcos que lo iban recibiendo marcaban en la carta un punto situado seiscientas millas al sudoeste de las Azores.

En los Estados Unidos, funcionarios del Servicio de Guardacostas tenían los ojos puestos en el mismo punto. Al conocer la noticia menearon la cabeza con escepticismo.

–"Carrie".

Era el tercer huracán tropical de la temporada. Los norteamericanos acostumbran bautizarlos con nombres de mujer. Pero esta "Carrie" –pequeña Carolina– traía la muerte en su seno, donde hervían vientos de trescientos kilómetros por hora.

Pamir bark... Fourmasted windjammer... "Last of the CapeHorners..." Ante los capitanes de los vapores surgía una imagen de pura belleza: el cuatro palos alemán, el último de los veleros del Cabo de Hornos. Casi un fantasma del pasado. Y ahora se estaba hundiendo.

A quinientas millas de distancia, el comandante del guardacostas norteamericano *Absecon* ordenó toda marcha en dirección al siniestro. Algo más lejos, el del *Ingham* hizo lo mismo.

En la base norteamericana de Lajes, en las islas Azores, oficiales del 57° Escuadrón de Rescate Aéreo escrutaban ansiosamente el cielo, buscando un claro que permitiera despegar a los aviones. Ello sólo ocurriría horas más tarde.

Media docena de buques convergían ya sobre la zona del presunto naufragio.

La radio del *Pamir* había enmudecido.

Y durante interminables horas, el más profundo misterio rodearía la suerte del cuatro palos alemán.

EL FIN DE LOS VELEROS

En los veteranos del mar debió de resucitar, instantáneo, el recuerdo del *Kobenhavn.* Era el buque-escuela dinamarqués, una de las más hermosas fragatas que han surcado los océanos. Año a año, la juventud de sus cadetes alegraba los puertos del mundo. A fines de 1928 desapareció misteriosamente en los mares del Sur y nunca se volvieron a tener noticias de él.

Por aquella época la navegación a vela –que ahora recibe el golpe decisivo– agonizaba. Agonizaban con ella un arte y una ciencia y un espíritu de aventura que, curiosamente, sólo fueron exaltados cuando empezaban a desfallecer. Stevenson, London, Conrad, el Baroja de *Shanti Andía,* el mismo O'Neill, sintieron que se iba algo prodigioso que nunca iba a repetirse. Un poeta inglés, John Masefiel, resumió nostálgicamente ese sentimiento: "El mundo no volverá a ver barcos como aquéllos".

Y es que los grandes veleros, los "clippers", los "capehorners" apelaban al sentimiento estético del hombre con mucha más fuerza que los vapores modernos. La ciencia y la técnica pudieron multiplicar los tonelajes y la capacidad de carga, aumentar la velocidad y el rendimiento, reducir los términos de las travesías dos, tres y cinco veces, construir navíos casi insumergibles, pero nunca podrán darnos nada que se parezca en ritmo y elegancia de líneas a un gran velero con todo el paño desplegado al sol.

Cuando el primer barco de paletas surcó las aguas de un río, en los Estados Unidos, extendió el acta de defunción de los veleros. Eran aquéllos, al comienzo, unos toscos armatostes ruidosos y sucios. Pero el principio que los animaba era invencible. El vapor llevaba en sí mismo la fuente de su movimiento, no estaba sujeto a los caprichos de los vientos, podía burlarse de las calmas chichas que a veces inmovilizaban semanas enteras a los veleros. Gradualmente empezó a copar la navegación interior, después la navegación costera, y en seguida dio el gran salto a través de los océanos. Ya podían mirarlo con desprecio los viejos capitanes. El vapor era cada vez más seguro, cada vez más rápido, cada vez más victorioso.

A fines del siglo pasado, la lucha estaba definida. Los armadores podían lamentar íntimamente su resultado final, pero negocios son negocios, y la competencia no perdona sentimentalismos. Sólo unos pocos empecinados siguieron fieles a los veleros.

Entre esos empecinados, estaban los armadores alemanes que en 1903 decidieron librar un combate más de la prolongada batalla perdida. Y acudieron a los famosos astilleros Blohm & Voss de Hamburgo. Querían un buque con casco íntegro de acero, con mástiles de acero...

–¿Mástiles?

Sí, cuatro mástiles. Porque era un velero, y no uno de esos horribles monstruos devoradores de carbón, lo que pedían. Así nació el *Pamir,* una alegría para los ojos cuando por primera vez su quilla tocó las viejas aguas del mar, en el año 1905.

EL ULTIMO PIRATA

Los primeros tiempos fueron de relativa bonanza para el *Pamir.* Era tan sólido como cualquier vapor. Con buenos vientos, daba hasta 16 nudos, excelente velocidad para la época. Y contaba con una imprevista ventaja: era capaz de fondear en puertos primitivos, inaccesibles a los vapores.

Durante varios años transportó nitratos chilenos, que consumía vorazmente la industria germánica. Después ingresó en la "carrera de los cereales".

Singular acontecimiento entre comercial y deportivo era esta "carrera de los cereales". Los veleros que quedaban, forzados a dura lucha para subsistir, se dirigían durante la primavera a Australia para cargar las cosechas de granos que abastecían en parte el mercado europeo. Completada la carga, zarpaban todos al mismo tiempo, en una gigantesca regata oceánica de 16.000 millas por la vieja ruta del Cabo de Hornos.

En la carrera de 1932, conoció el *Pamir* su máximo esplendor. Participaron veinte grandes veleros. Al cabo de ciento tres días de navegación, llegó primero el *Pamir,* casi en una misma raya con el *Parma,* otro cuatro palos que más tarde fue desmantelado.

La carrera de 1939 fue la última, y el *Pamir* llegó tercero. Después vino la guerra...

El buque enarbolaba ya bandera finlandesa y fondeaba en el puerto de Marieham, en las islas Aaland, pertenecientes a Finlandia. En ese rincón subsistía la más extraña flota del mundo: una flota íntegra de veleros, pertenecientes al capitán Gustaf Erikson. "El temible capitán Erikson", como lo llamaba un comentarista naval sajón, debía ser algo así como una supervivencia de los antiguos piratas. Se ganaba la vida, con sus veleros, en extraños negocios.

Traía nitratos de Chile, guano del Perú o cueros de la Argentina. Llevaba maderas de Escandinavia o productos manufacturados europeos. Además del *Pamir,* eran suyos el *Passat,* el *Pommem,* el *Wiking y* otros bergantines y fragatas. Pero cada vez le iban quedando menos. Unos encallaban y debían ser desarmados y vendidos como chatarra. Otros simplemente ya no daban más.

Un día el *Pamir* vio aflorar del horizonte la aguerrida silueta de un destructor neozelandés. Se vio apuntado por cañones y capturado como presa de guerra. Desde entonces enarboló el pabellón de Nueva Zelandia.

Gustaf Erikson murió en 1947 a los 75 años de edad. Sólo le quedaban tres buques de su vieja flota.

El *Pamir* iba a ser desmantelado, en 1950, cuando lo compraron, junto con el *Passant*, armadores alemanes.

Volvió al mar. Volvió a transportar cereales, esta vez entre Sudamérica y Hamburgo. Y la renaciente república alemana decidió utilizarlo como buque-escuela para los cadetes de su marina mercante.

Su silueta se hizo familiar en Buenos Aires. El 10 de agosto de este año zarpó de la Dársena D de Puerto Nuevo para lo que iba a ser su último viaje.

BÚSQUEDA Y RESCATE

A medida que pasaban las horas sin noticias, después del último S.O.S. del *Pamir*, iba creciendo la sensación de la tragedia. Ya se daba por descontado el naufragio, y la esperanza giraba en torno a la posibilidad de rescatar sobrevivientes.

El domingo 22 los cargueros *Penn Trader* y *President Taylor* informaban que la noche anterior habían visto luces de bengala en la zona del siniestro.

A mediodía del 22 el petrolero británico *San Silvestre* informaba haber encontrado un bote salvavidas averiado... y vacío.

En Alemania, una opinión pública conmovida aguardaba informaciones. Entre ellos, los familiares de los cincuenta y cuatro jóvenes cadetes que iban en el buque. Pero había un hombre más ansioso que todos, el capitán Eggers. Comandante habitual del *Pamir*, una enfermedad le había impedido embarcarse para el último viaje. En su lugar iba el capitán Johannes Diebitsch.

De la base norteamericana en las Azores habían despegado, por fin, aviones de rescate. Poco más tarde avistaban dos botes y una balsa, pero sin descubrir señales de vida.

Al anochecer del lunes 23 empezaría a disiparse el enigma. Un carguero norteamericano, el *Saxon*, informaba haber recogido cinco sobrevivientes de una balsa. Y según las primeras declaraciones de los mismos, era posible que en otra balsa flotaran a la deriva alrededor de quince náufragos.

Es entonces cuando el afán de la búsqueda y las dificultades en las comunicaciones dan origen a un lamentable error. El día 24 se anuncia el salvamento de cuarenta tripulantes más. El 25 la noticia se desmiente.

Entre tanto, el guardacostas *Absecon* ha recogido a un sexto sobreviviente: el cadete Guenther Haselbach, de 20 años. Y con él se cierra, al parecer definitivamente, la nómina de los que escaparon a la muerte.

Al llegar a Frankfurt, los cinco náufragos rescatados por el *Saxon* iban a contar la dramática historia del hundimiento y su odisea posterior.

Dos horas antes del naufragio, la mañana del sábado 21, el capitán Diebitsch recibió informes del huracán inminente y ordenó las maniobras del caso.

Poco después encontraban los primeros vientos del "Carrie". Se ordenó poner proa a la tempestad y arriar el velamen. La imprescindible maniobra no alcanzó a completarse. Una ráfaga violentísima sorprendió al buque de través y empezó a arrancar metódicamente las velas. El palo mayor, de acero, se derrumbó causando enorme confusión y arrastrando en su caída a los marineros encaramados a él. Olas de diez a quince metros barrían la cubierta.

La sola fuerza del viento escoraba cada vez más al *Pamir*. Cuando la inclinación alcanzó los cuarenta grados, el capitán ordenó arriar los botes y abandonar el buque. A las 10:45 se lanzó el último S.O.S. El velero estaba completamente desarbolado y sin control.

Sólo fue posible arriar dos botes. A las 11:15 el *Pamir* dio una lenta vuelta sobre sí mismo y se hundió para siempre.

Once hombres lograron embarcarse en uno de los botes. Estaba averiado y hacía agua, pero no se hundió del todo. Los náufragos debieron mantenerse en pie, con el agua a veces hasta el cuello, durante cincuenta y cuatro horas.

No tenían agua potable ni provisiones. Karl Dumer era el mayor del grupo –24 años– y los demás lo eligieron por jefe. Dumer rezó a Dios, en voz alta, para que lo inspirase y los socorriese.

El resto del día transcurrió entre los últimos coletazos de la tempestad. Los náufragos se ayudaban a mantenerse de pie. Por la noche, sin embargo, algunos fueron barridos por las olas o desesperados se lanzaron a ellas.

A la distancia vieron las luces de un buque. Gritaron, pero nadie los oyó. Al amanecer del domingo 22 evolucionó sobre ellos un avión. Más tarde avistaron un guardacostas. Al atardecer del lunes habían perdido toda esperanza. Buques y aviones pasaban cerca sin verlos. Otro hombre se arrojó al mar sin que sus compañeros pudieran impedirlo. Caían las primeras sombras. Ya todos estaban seguros de que no podrían resistir una tercera noche. Fue entonces cuando en el horizonte, debajo de un arco iris encendido por los últimos rayos del sol poniente, vieron aparecer un vapor que avanzaba en línea recta hacia ellos. Era el *Saxon.*

El *Saxon* los recogió y los trasbordó luego a un transporte norteamericano –el *Geiger*– que los condujo a Casablanca. De allí volaron a Frankfurt. La terrible aventura había concluido para ellos.

Una odisea similar había vivido el cadete Haselbach, recogido por el guardacostas *Absecon* que lo encontró en un bote anegado.

–Eramos veintiuno –atinó a decir el desfalleciente náufrago–. Quedé yo solo...

EN 1957 WALSH cumple 30 años. Ese año Leoplán *publica una nota "de color" (sin firma) titulada "Si le quedaran cinco minutos de vida, ¿qué haría usted? Responden: Un escritor, Una actriz, Un torero, actor y poeta, Un político, Un acomodador del cine Metropolitan, Un periodista, Un actor, Un chofer de ambulancia. Una trapecista, Otra trapecista, Un autor cómico y Un autor de novelas policiales". El periodista es Ignacio Covarrubias, quien en 1954 había entrevistado a Walsh, el escritor es Jorge Luis Borges y el autor de novelas policiales es el mismísimo Walsh. Entre otras cosas, Borges contesta "observar cómo es el principio de la muerte, cómo la muerte se va apoderando de la vida hasta aniquilarla. Posiblemente, mi experimento resultaría tan vano como cuando, de niño, quería ver el momento en que uno pasa de la vigilia al sueño: siempre que estaba a punto de asistir al milagro, me quedaba dormido ". Walsh, que es el probable autor de esta nota un poco ridícula, contesta: "Testamento". Ángel Rama nos ha persuadido de que Walsh es el heredero de Borges, el que vuelve a hacer en el sesenta lo que Borges hizo en el treinta. Probablemente. Pero aquí Walsh plantea toda una separación al calificarse como "un autor de novelas policiales" y no como "otro escritor", tal como el sistema de tipificación le permitía. Esa distancia crece cuando se comparan las respuestas: Walsh, que en ese momento no tenía nada salvo dos hijas, piensa que su último acto sería un legado. Borges, por el contrario, se concentraría en un acto de conocimiento que prevé fútil. Lo que se juega en estas definiciones son maneras de pensar la literatura. El mismo año, sumamente productivo, Walsh publica dos cuentos en* Vea y Lea, *una serie de notas en* Leoplán *y, en diciembre, la primera versión en libro de* Operación Masacre. *De las notas publicadas ese año en* Leoplán, *la siguiente es la más curiosa. Don Whitehead ganó, efectivamente, el Pulitzer. Rodolfo Walsh tradujo para Sopeña (dueña de* Leoplán) *el libro de Whitehead que Daniel Hernández promociona en esta nota. A partir del número siguiente,* Leoplán *publicará* La historia del F.B.I. *en capítulos.*

LOS MÉTODOS DEL FBI

Por DANIEL HERNÁNDEZ

¿Cómo opera el Servicio Federal de Investigación de los Estados Unidos? Por fin se ha revelado en un libro apasionado del periodista norteamericano Don Whitehead.

Son pocas, aun fuera de los Estados Unidos, las personas que ignoran el significado de esas tres letras –FBI– que designan brevemente al Servicio Federal de Investigación *(Federal Bureau of Investigation)* de los Estados Unidos. En tres décadas, el FBI ha creado a su alrededor una aureola de leyenda comparable a la de Scotland Yard. Lo malo de las leyendas es que se nutren de la fantasía y descuidan o tergiversan la realidad.

Hasta la reciente publicación de un libro sobre el tema, muy pocos sabían en verdad qué era o cómo operaba el FBI. Se tenía de él una imagen deformada por el cine y las novelas baratas. Un periodista norteamericano. Don Whitehead, decidió entonces "investigar" al Servicio de Investigación. Con los resultados obtenidos, publicó a principios de 1957 un libro, *The FBI Story**.

El FBI es la más singular y acaso la más eficiente policía del mundo. Una policía asombrosamente reducida, que cuenta con algo más de 6.000 agentes, aparte del personal administrativo, para una población ocho veces superior a la nuestra; una policía que ha reemplazado definitivamente los apremios ilegales (el "third-degree", como le dicen allá) por la investigación científicamente fundamentada; una policía en cierto modo universitaria, ya que hasta hace muy poco tiempo era requisito básico para ingresar en ella el título de contador o abogado, y aun ahora predominan abrumadoramente los profesionales con estudios universitarios iniciados o completados.

La jurisdicción del FBI es federal, es decir que no actúa en la investigación de todos los delitos cometidos en los Estados Unidos, sino solamente de aquellos que violan una ley federal. J. Edgar Hoover, el abogado que hace más de treinta años dirige el FBI, ha descrito mejor que nadie, en prólogo al libro de Whitehead, cuáles son los objetivos de la repartición:

"Nosotros nos limitamos a determinar los hechos, capturar a quienes transgreden las leyes dentro de nuestra jurisdicción, y cooperar con las policías locales. Una vez que determinamos los hechos, detenemos al delincuente y cooperamos con las otras policías, nuestra función está cumplida. Sometemos los resultados de nuestra investigación a otros funcionarios del gobierno. Pero no evaluamos esos resultados ni formulamos recomendaciones o comentarios... Nos limitamos a probar hechos".

Este concepto de la repartición policial como auxiliar de la justicia, y no como usurpadora de sus funciones, es una norma preciosa, celosamente cumplida por el FBI, cuyos reglamentos establecen como una de las primeras causales para la "exoneración sumarísima" de cualquiera de sus agentes "el empleo de la brutalidad o la amenaza en el trato de las personas investigadas". He aquí cómo describe Whitehead el interrogatorio efectuado a Jack Graham, el feroz asesino que mató a cuarenta y cuatro personas, inclusive su propia madre, colocando una bomba de tiempo en un avión que estalló en el aire:

"A las 18:40 el agente Moore entró en la oficina donde sus colegas interrogaban a Graham.

"–Quiero informarle que tiene usted ciertos derechos –dijo Moore–. La puerta está abierta. Puede irse en cualquier momento. Ahí tiene un teléfono. Si quiere, puede llamar a su esposa o a un abogado. No tiene obligación de decirnos nada. Y cualquier cosa que nos diga, puede ser utilizada contra usted ante un tribunal. Si decide hablar, no habrá promesas ni amenazas de nuestra parte.

* *La historia del FBI*, que será publicado próximamente con carácter exclusivo en castellano, en forma de volumen, por la Editorial Sopeña Argentina, S. A.

"–Jack –prosiguió–, hemos investigado sus declaraciones. Usted hizo estallar ese avión para matar a su madre, ¿no es cierto?

"–No, yo no fui –protestó Graham.

"–¿Tiene inconveniente en que registremos su casa?

"–Ninguno."

Graham firmó una autorización para el registro de la casa, donde se encontraron serios indicios de su culpabilidad. Esos indicios, así como los informes del laboratorio, fueron mostrados a Graham.

"A las 0:05 Graham preguntó:

"–¿Puedo tomar un vaso de agua?

"Un agente le alcanzó el agua. Jack bebió largamente. Miró en torno, ceñudo, y de pronto dijo:

"–Muy bien, ¿por dónde quieren que empiece?"

Un taquígrafo le tomó la confesión.

"A la 1:42", prosigue Whitehead, "llegó un médico, que sometió a Graham a un examen físico completo, para que quedasen evidencias de que no había sido obligado a confesar mediante apremios ilegales, de que estaba en pleno dominio de sus facultades mentales y de que era capaz de formular libre y voluntariamente una confesión. El mismo Graham informó al médico que no había sido maltratado, y en su presencia firmó la confesión."

Es posible que, en otras circunstancias, los profesionales del crimen se burlaran del inofensivo sistema de interrogatorio. Pero nadie se ríe del FBI. El FBI recoge pruebas, no confesiones, y en casos como el de Jack Graham esas pruebas conducen a la silla eléctrica.

El hombre que aspira a ingresar en el FBI tiene, como ya señalamos, una experiencia profesional en otras actividades, sobre todo en el campo legal y contable. Apenas entra, se lo capacita profesionalmente para la lucha contra el delito. En la Academia instalada por el FBI en la base de infantería de marina de Quantico, se somete a un curso de adiestramiento intensivo que dura dieciocho semanas. Las clases teóricas abarcan los métodos de investigación, el código de procedimientos y el manejo administrativo. Las clases prácticas incluyen los recursos de la defensa personal y el uso de las armas de fuego. El agente aprende a utilizar cualquier arma en cualquier posición, con rapidez y puntería. Aprende también a desarmar al adversario en el combate cuerpo a cuerpo. Y los instructores del FBI son tan buenos que ya antes de la Segunda Guerra Mundial, la infantería de marina norteamericana los pidió en préstamo para adiestrar a sus propios infantes.

El propio Hoover ha expresado cuáles fueron los motivos que lo impulsaron, en 1935, a crear la Academia del FBI:

"Quiero que nuestra actividad se convierta en una auténtica carrera, una profesión capaz de atraer a jóvenes decentes, respetables y honorables... y no en el receptáculo donde los politiqueros acomodan a sus favoritos".

Una parte considerable de los egresados de la Academia son policías de carrera de las reparticiones locales, que van allí para completar sus conocimientos y difundirlos en el lugar donde actúan. El FBI desempeña así una función pedagógica, amén de la específica.

Pero lo que constituye quizá el máximo orgullo del FBI es su laboratorio criminológico, fundado en 1932, y que es acaso el más completo del mundo. El laboratorio del FBI se divide en distintas secciones, y éstas a su vez en distintas unidades. Así, la sección Física y Química tiene unidades de balística, análisis de sangre, análisis toxicológico, examen de cabellos y fibras, análisis metalúrgicos, petrográficos y espectrofotométricos, etc. La sección Documentos se ocupa de estudiar manuscritos, escritos a máquina, falsificaciones, cheques fraudulentos, escrituras borradas, tintas, papeles, documentos quemados, etc. Y la Sección Electrónica se ocupa de diseñar y construir nuevos equipos electrónicos, muchos de ellos todavía secretos, utilizados en la lucha contra el crimen. Los expertos del FBI se reclutan entre los más renombrados especialistas en cada materia. Y lo curioso es que todos ellos se someten a los cursos de adiestramiento

regulares para cualquier agente, lo que les permite adquirir una experiencia directa del mundo criminal al que deben combatir.

El FBI no fue siempre la organización eficaz que ahora es. Creado en 1908, estuvo hasta 1924 –según relata Whitehead– contaminado por la política y la corrupción administrativa, que lo convirtieron en un organismo inepto y a menudo arbitrario. En 1924 fue puesto en manos de J. Edgar Hoover, joven abogado que contaba entonces 29 años de edad. La primera medida de Hoover fue perseguir implacablemente y desterrar del Servicio a los "acomodados" políticos. Como condición para aceptar el cargo, Hoover exigió que el Servicio se ocupara exclusivamente de reunir pruebas sobre delitos penados por las leyes federales. El FBI se convirtió bajo su guía en una repartición jerarquizada y escalafonada.

A los agentes, Hoover les impuso una férrea disciplina que se mantiene hasta hoy. Cada agente debe comunicarse con su oficina a intervalos regulares durante el día, cualquiera sea la misión en que está empeñado. El consumo excesivo de bebidas intoxicantes, aun en privado, se pena con la inmediata expulsión. El agente no puede revelar un secreto del servicio a nadie, ni a su propia esposa. Aun su vida particular debe ser intachable. No puede tener deudas ni dejar de pagar sus impuestos. En un principio, muchos pensaron que esta disciplina excesiva desintegraría rápidamente el Servicio. Pero ocurrió todo lo contrario. Con el transcurso del tiempo se fue creando un espíritu de cuerpo, una especie de orgullo de pertenecer al FBI, y actualmente es la repartición norteamericana en que se producen menos bajas voluntarias.

Entre 1930 y 1940, le tocó al FBI aplastar al "gangsterismo", persiguiendo implacablemente y por fin destruyendo a pandillas como las de Al Capone, Dillinger y otros pistoleros célebres, y acabando también con la ola de secuestros al resolver casos tan notorios como el del "baby" Lindbergh y mandar a sus culpables al patíbulo.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la jurisdicción del FBI se amplió hasta abarcar funciones de contraespionaje en los Estados Unidos y en América latina. La tarea cumplida fue tan eficaz, que durante el conflicto no se registró en territorio norteamericano un solo acto de sabotaje enemigo, y los pocos espías que pudieron introducir los alemanes fueron rápidamente localizados y capturados.

Con el comienzo de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, el FBI consagró sus esfuerzos a destruir la red de espionaje comunista. El "caso Fuchs" –el científico angloaustríaco que entregó el secreto de la bomba atómica–, el "caso Rosenberg" y otros fueron investigados y esclarecidos.

Una de las preocupaciones esenciales del FBI ha sido realizar sus tareas dentro del máximo respeto a las libertades civiles. Y es tanta la confianza que el pueblo y las instituciones norteamericanas depositan en él, que cuando las policías locales son acusadas de violar esas libertades en su actuación, es el FBI el encargado de investigar los cargos.

Claro está que de tiempo en tiempo surgen acusaciones contra el propio FBI. Pero ninguna de ellas ha quedado en pie tras exhaustivas investigaciones realizadas por el Congreso y por el periodismo. En estos momentos el FBI goza ante la opinión pública de los Estados Unidos de un prestigio mayor que nunca.

Ello no implica olvidar, desde luego, que el "Federal Bureau of Investigation" es una institución norteamericana que defiende los intereses nacionales de ese país. Pero su organización, sus métodos y su respeto a las libertades civiles dentro del territorio de los Estados Unidos constituyen acaso un modelo a seguir por los organismos policiales que en muchos países siguen utilizando recursos menos eficaces y más expuestos a la crítica.

EN MARZO DE 1958 Rodolfo Walsh, ya desencantado de la Revolución Libertadora como tantos otros intelectuales argentinos (pero con razones fundadas en su propia experiencia durante la investigación de los fusilamientos de José León Suárez), se interesa fugazmente por el futuro gobierno de Frondizi, triunfador en las elecciones presidenciales de febrero. En dos notas sucesivas, la que se reproduce a continuación y "El 'equipo' del doctor Frondizi", que apareció en el número siguiente de Leoplán, *firmada por Daniel Hernández, Walsh manifiesta una sospechosa neutralidad en relación con el gobierno por venir. Un año después, Daniel Hernández y Hebe Boyer firman una encuesta sobre el primer año de gobierno, armada con el mismo criterio de galería de personajes expuesto en la nota anterior: contestan "una señora, un estudiante, una escritora, un zapatero, una estudiante, un portuario, una empleada, un comerciante, una médica, un mozo de café, una telefonista, un químico industrial, un jubilado, un abogado, una ama de casa, una vendedora, otra ama de casa y una obrera". "Las respuestas, en la clase obrera y parte de la clase media, traducen descontento por las difíciles circunstancias económicas. En otro sector de la clase media y en la clase empresaria, expectación y apoyo crítico." Estas son las conclusiones que los encuestadores proponen sin más interpretación sociológica.*

VEINTE PREGUNTAS AL PRESIDENTE ELECTO

Desde la madrugada del lunes 24 de febrero, cuando las cifras electorales procedentes de los cuatro rincones del país empezaron a concretar la incuestionable victoria del radicalismo intransigente, el cronista de *Leoplán* ha tenido una sola preocupación: llegar al presidente constitucional de los argentinos para dirigirle algunas preguntas que están en el ánimo de todos. De más está decir que lo mismo han pensado los cronistas de la prensa nacional y extranjera, de la TV, la radio y los noticiarios cinematográficos, y que todos ellos pugnan por abrirse paso –en diez lugares diferentes– a través de la nube de amigos, correligionarios políticos y ayudantes que se interponen entre ellos y la asediada persona del doctor Arturo Frondizi. "Está en tal lado", se corre la voz, y allá va el tropel de inquisidores, del comité de Riobamba al de Rivadavia, o al domicilio particular de Vicente López o a las oficinas de Diagonal. Esto dura todo el día.

Por fin nosotros también logramos verlo unos minutos y dispararle a boca de jarro veinte nerviosas preguntas.

–¿Qué representa para usted su encumbramiento a la primera magistratura? –le inquirimos de entrada–. ¿Una victoria personal, el triunfo de un partido o el triunfo de una línea de ideas?

La respuesta es concisa:

–No se puede hablar ya de triunfos personales. El veredicto de las urnas representa el triunfo de una ancha corriente de ideas que desbordan el cauce partidario, pero que la Unión Cívica Radical Intransigente ha sabido mantener en vigencia en una larga y dura campaña de muchos años.

Rápidamente disparamos la segunda pregunta:

–¿Anticipa su gestión personal como un relativo descanso a su actuación política de tres décadas? ¿O como el reemplazo de esa actuación por una labor aún más exigente?

–Para nosotros no puede haber descanso –contesta–. Todas las fuerzas útiles del país son necesarias para la gran tarea de reconstrucción nacional que debemos emprender.

La fatiga de la campaña electoral es apenas una sombra en su voz pausada y serena. Le preguntamos si se siente física y espiritualmente preparado para la responsabilidad que le espera. Ahora sonríe.

–Por cierto –dice, y la afirmación no deja lugar a dudas.

–Doctor Frondizi –indagamos–, ¿gobernará usted con la Constitución de 1853?

–Gobernaré con ella hasta que sea reformada. Necesita ser reformada, y lo será cuando lo decida el pueblo por medio de sus representantes en el Congreso.

Le preguntamos qué juicio le merece la situación económica del país y qué medidas se tomarán desde el gobierno para remediarla.

–El país está frenado en su desarrollo económico –contesta–. Iniciaremos una vigorosa política de reactivación, sobre todo en el campo de la energía, la industria, los transportes. Trataremos de nivelar nuestra balanza de pagos, racionalizando las importaciones y mejorando la comercialización de nuestros productos en el extranjero.

–Si su gobierno no consigue equipos petroleros en los Estados Unidos, ¿tratará de adquirirlos en el Este europeo?

El doctor Frondizi mide cuidadosamente su respuesta:

–Para nosotros no se trata de elegir entre tal grupo de países o tal otro. Se trata de contar con los equipos petroleros que YPF necesita imperiosamente. Sabemos que firmas proveedoras de distintos países están dispuestas a ofrecerlos. Compraremos a quien nos venda en condiciones más favorables.

Le preguntamos qué medidas se tomarán con respecto a la CADE. Ahora no hay vacilación en el presidente electo de los argentinos.

–Nuestro gobierno propugnará que los bienes de la CADE pasen al Estado. El origen fraudulento de sus concesiones constituye una afrenta moral que hemos denunciado desde el llano y estamos dispuestos a corregir desde el gobierno.

–¿Y en política internacional, doctor Frondizi, cuál será la posición de su gobierno?

–La que hemos anunciado en nuestra campaña electoral. No queremos bloques y no queremos pactos militares.

–¿Sería esa una política internacional semejante a la de la India, por ejemplo? –insistimos.

–La posición pacifista de la India es digna de destacarse. Sin embargo, nosotros no tenemos necesidad de buscar ejemplos afuera. En ese terreno nos basta seguir el camino de Yrigoyen.

Le preguntamos si espera gobernar en un ambiente de tranquilidad social y gremial. La respuesta es rápida:

–Las justas demandas de los trabajadores deben ser atendidas. Los obreros tienen derecho a un salario digno, a una central unida, y a ser consultados sobre los problemas fundamentales del país.

Le mencionamos las cifras del escrutinio que parecen demostrar que además de la UCRI, que lo lleva al poder, han votado por él ciudadanos de otras tendencias a veces opuestas entre sí.

–¿Cree usted poder conciliar lo que esas tendencias esperan de su gobierno? –inquirimos.

–Nosotros hemos ofrecido un programa claro y concreto. No tenemos otros compromisos y por lo tanto no debemos "conciliar" las tendencias que usted menciona. Nos bastará cumplir el programa de gobierno que trazamos y que ofrecimos a la consideración de todos los argentinos.

Entre idas y venidas de dirigentes que lo consultan, felicitaciones y estallidos de entusiasmo, llamadas telefónicas, cómputos que continúan llegando de todas partes, el doctor Frondizi sigue resistiendo impávido el ametrallamiento de preguntas.

–¿Prevé usted alguna dificultad con los sectores católicos que parecen haberlo apoyado, o con la Iglesia?

–Ninguna. No las tuvimos antes y no las tendremos ahora.

–¿Considera que problemas como el divorcio, la enseñanza, etc., son de urgente debate, o que se los puede postergar?

–No es el gobierno quien debe dirigir el debate, que surge espontáneamente de la conciencia pública. Personalmente podemos creer que hay problemas más apremiantes, pero en modo alguno obstaculizaremos la libre discusión de las ideas.

Tocamos otro punto neurálgico: el del partido desplazado del gobierno en setiembre de 1955.

–Nos atendremos a las leyes en vigencia o a las que dicte el Congreso –responde Frondizi–. Nadie podrá esgrimir vetos o prohibiciones que no estén específicamente contenidos en la Constitución o en las leyes. El imperio del derecho será una realidad efectiva.

–Usted ha prometido gobernar inclusive con hombres que no pertenezcan a su partido –le recordamos–. ¿Puede nombrar figuras de relieve nacional dispuestas a secundarlo en su gestión?

–Sería prematuro dar nombres –responde–. Observe usted que todavía están llegando datos sobre el escrutinio provisional.

–¿Cree usted –preguntamos– que contará dentro de las Fuerzas Armadas con un respaldo que le permita gobernar sin conspiraciones ni sobresaltos?

–Estoy seguro de ello –dice–. Tengo plena fe en la palabra empeñada por las Fuerzas Armadas, cuya tarea es defender al país, su Constitución y sus leyes. La era de los golpes de Estado ha concluido en nuestro país.

–¿Confiaba usted en una victoria tan amplia como la que revela el escrutinio provisional?

–Hemos esperado el triunfo porque hemos creído en el pueblo.

–Un número apreciable de ciudadanos han sufragado por otros candidatos en la elección presidencial. ¿Tiene usted alguna palabra que decir a esos ciudadanos, que según la expresión común votaron "contra" usted?

–En primer término, no creo que esos ciudadanos hayan votado contra mí, sino en favor de sus propias convicciones, que serán respetadas. Sólo deseo reiterarles lo que he repetido tantas veces: espero que, ya sea combatiéndonos o apoyándonos, se incorporen a la gran tarea conjunta que debemos realizar los argentinos, sin exclusiones.

Le preguntamos qué papel asigna a la oposición. El doctor Arturo Frondizi responde:

–La oposición desempeña un papel fundamental de control y de crítica en todo sistema democrático. Deseamos que ella exista porque cualquier conducción política está sujeta a errores. Daremos la más amplia libertad a la crítica opositora, pero no nos limitaremos a eso, sino que trataremos de subsanar cualquier error que se nos señale con espíritu honesto y constructivo.

–¿Se puede esperar que los derechos civiles sean plenamente respetados durante su gobierno?

–Es fundamental –contesta el doctor Frondizi– que cada habitante de la Nación goce de todos los derechos y garantías consagrados por las leyes. Esas garantías que configuran un estado de derecho han sido sistemáticamente violadas entre nosotros. No debe volver a suceder y no sucederá en lo que de nuestro gobierno dependa. Es esencial que los argentinos aprendamos a entendernos sin violencias.

La entrevista llega a su término. Sólo tenemos una última pregunta que formular al flamante presidente constitucional de los argentinos. Señalamos que los periodistas siempre tuvimos el camino expedito para plantearle toda clase de preguntas. Queremos saber si gozaremos de parecida facilidad para exponerle las inquietudes públicas cuando, el 1° de mayo, entre en la Casa Rosada y ciña la banda presidencial.

El doctor Frondizi responde con voz firme:

–Esté seguro.

HAY DOS MUNDOS, y dos estéticas en esta época de los textos de Walsh. Como antes se dijo: estas estéticas se excluyen mutuamente, al menos en el propio imaginario del escritor. El último episodio de esta escisión brutal está representado en las tres notas que siguen. Dos de ellas pertenecen a la serie de Operación Masacre *(y se refieren al entonces jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, Desiderio Argentino Fernández Suárez, responsable directo de los fusilamientos de 1956), la tercera cierra definitivamente la posibilidad de una literatura pura, que Walsh, melancólicamente, deposita en las espaldas de "el niño poeta ". Uno de los textos más antiguos que se conservan de Walsh es un poema escrito titulado "A un benteveo ". Era el intento de un escritor que, ahora, puede ver lo que de imposible había en ese tono. La escritura de Walsh marcha definitivamente hacia su consolidación en el borde peligroso en el que la ficción y la verdad se confunden, en el que el periodismo y la prosa literaria se mezclan, en el que toda definición estética se subordina a la eficacia política.*

¡APLAUSOS, TENIENTE CORONEL!

En su último discurso antes de ser elegido presidente, el doctor Frondizi pronunció una sola vez la palabra "ejemplar". Se refería a un procedimiento, a una institución y a un hombre.

El procedimiento había permitido romper la campaña votoblanquista fraguada desde arriba. La institución –aunque parezca increíble– era la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Y el hombre sobre quien, aun por elevación, recaía ese adjetivo de "ejemplar" era el teniente coronel Desiderio Fernández Suárez.

Política es política. Por eso, cuando policías de la provincia, en el episodio más divertido e inadvertido de la campaña electoral, empezaron a engayolar sistemáticamente a policías de la Federal y a miembros de los servicios de informaciones, con su cargamento completo de "órdenes" fraguadas, cualquiera debió prever que ganaba Frondizi, el favorecido por esa repentina ejemplaridad de Fernández Suárez... El teniente coronel fusilador, como de costumbre, apostaba a la carga ganadora.

El adjetivo utilizado por el doctor Frondizi tiene gracia –mucha–, pero no es de ese menudo, olvidable suceso, de lo que deseo ocuparme. Hay otro más elocuente.

El 7 de este mes se inauguraron en La Plata los cursos de la Escuela de Policía. Asistió y habló el teniente coronel Fernández Suárez. Asistió y habló el ministro de Gobierno, doctor Aguirre Lanari.

El discurso del doctor Aguirre Lanari es (con el debido respeto) increíble. Dejemos de lado las palabras pueriles y hasta diríamos corruptoras en boca de un ministro, cuando al dirigirse a los jóvenes cadetes que egresan les señala: "Sois jueces permanentes y muchas veces inapelables en la tremenda y sostenida lucha donde se balancean... el respeto de los derechos individuales... con la salvaguardia del orden". ¿Ignora el señor ministro que *todo el mal* de nuestras instituciones policiales es precisamente que se consideran "jueces permanentes e inapelables" cuando no lo son, cuando no deben serlo, cuando de ningún modo pueden serlo sin incurrir en las monstruosas aberraciones que hemos visto? Lindo ejemplo, de labios de un ministro, para las nuevas promociones de policías. Asómbrese usted luego de que cualquier oficialito se considere juez inapelable y lo rompa a usted a trompadas cuando caiga a una comisaría... No hará más que aplicar las enseñanzas del Ministro.

Pero esto no es nada. El señor Ministro –por si alguien sospechaba lo contrario– tiene una conciencia. Y esa conciencia tiene sus mandatos. Y uno de esos mandatos, lo dijo en su discurso, es "dejar públicamente establecido el papel fundamental que para el saneamiento y progreso de la Policía de la Provincia de Buenos Aires ha desempeñado su titular, el teniente coronel Desiderio A. Fernández Suárez".

Saneamiento y progreso. ¿Qué tal? Sin duda quiere decir el señor Ministro que si en la época de Perón la Policía bonaerense era conocida como torturadora, ahora ha cimentado y acrecentado esa fama. .. Que si entonces perfeccionó el uso de la *maquinita* (que no es precisamente la maquinita de afeitar), ahora llegó a la matanza de prisioneros inermes. Sin duda, un progreso.

Pero dijo más el doctor Aguirre Lanari. Refiriéndose siempre al jefe de Policía, habló de su "abnegación excepcional, sincero patriotismo, acrisolada honestidad y pureza ciudadana". Me gustaría escuchar el comentario de los torturados en Lanús, en San Martín, en San Justo. Me gustaría escuchar el comentario de Juan Carlos Livraga, acribillado a tiros primero y luego pudriéndose desnudo en un calabozo de Moreno. Me gustaría escuchar el comentario de Miguel Ángel Giunta, a quien quisieron matar de hambre en una comisaría de San Martín... el de otros que ya no están aquí para hablar: los treinta fusilados de Lanús y los despavoridos civiles masacrados en José León Suárez.

¿Es que el señor Ministro no sabe leer? ¿Es que no ha leído las tremendas acusaciones del doctor Schaposnik, representante socialista en la Consultiva provincial? ¿Es que no ha leído las denuncias del doctor Doglia, que fue jefe de la División Judicial de la Policía bonaerense? ¿Es que no se enteró de las torturas de Lanús y San Justo? ¿Es que no leyó, en estas mismas páginas, la plena confesión del inspector

Rodríguez Moreno, ejecutor material de la "Operación Masacre"? ¿Es que no llegó a sus manos esa pieza increíble de nuestros anales jurídicos que es el expediente Livraga?

Si el señor Ministro saliente quiere asociar su nombre a una de las páginas más negras de nuestra barbarie, allá él. Ya se verá, cuando se publique íntegro el expediente Livraga, lo que queda de la "abnegación excepcional, sincero patriotismo, acrisolada honestidad y pureza ciudadana" del Teniente Coronel Fusilador.

Pero el ímpetu laudatorio del ministro de Gobierno de la provincia no terminó allí. Al fin de su discurso, se dirigió al jefe de Policía con palabras que parecen el pedestal de una estatua:

"Teniente coronel Fernández Suárez: habéis sido digno del uniforme que depositó la Patria en vuestras manos. Habéis sido digno de la responsabilidad que en horas cruciales os cargaron la revolución y vuestros camaradas sobre los hombros. Habéis sido digno de la confianza que, como gobernantes, consagramos a vuestras dotes de funcionario y caballero".

Estos son los términos con que despide el Ministro al hombre responsable de los dos años de terror que ha vivido la provincia.

Muy bien. Ya ha escuchado usted los aplausos, Teniente Coronel. Salude, Teniente Coronel. Sonría, Teniente Coronel.

Yo también tengo algo que decirle, antes de que se vaya:

Desde un basural de José León Suárez, desde un sangriento amanecer de junio, cinco rostros de greda lo miran. Yo se los nombro, por si ha tenido usted la debilidad de olvidarlos: Carlitos Lizaso, Vicente Rodríguez, Nicolás Carranza, Mario Brión, Francisco Garibotti.

Este es el cortejo ensangrentado con que entra usted en la historia.

En algún recodo lo esperan.

Al fin y al cabo fue usted quien los mató.

¿Recuerda?

¿Y AHORA... CORONEL?

Después de que sonaron los últimos aplausos, ha subido usted un escalón más. Ha agregado usted una estrella a su charretera y unos pesos a su soldada. Nos habíamos acostumbrado tanto a llamarlo Teniente Coronel, Teniente Coronel Fusilador, y ahora tenemos que llamarlo... Coronel.

Todos saben en qué campo de batalla ganó usted ese ascenso. El cárdeno basural de José León Suárez fue su Chacabuco. Todos conocen el empuje con que sus tropas derrotaron al enemigo; el heroísmo con que sus máuseres prevalecieron sobre los puños cerrados; las pistolas 45 sobre los gemidos. Su victoria fue aplastante... Coronel.

Durante cuarenta y ocho horas más será usted jefe de Policía en el territorio donde conquista ese triunfo. Somos unos cuantos los que tenemos curiosidad por saber qué será después.

Hay quien dice que es usted un hombre ambicioso y que no se conformará con volver a su casa de San Luis o a su departamento de la calle Núñez, que no le bastará ese rumoreado destino en Entre Ríos, que no le alcanzará la jefatura de Campo de Mayo y quien sabe si aquel soñado despacho en la calle Moreno.

Pero éstos son maledicentes, y yo no les creo. Presiento que la modestia hablará en usted, y se contentará con menos.

Hay, por otra parte, quienes afirman que es usted un hombre valeroso, y éstos deben estar en lo cierto.

Cuando distraídamente alego que ha ganado su fama dando trompadas a los detenidos políticos me aseguran que no: que es usted un hombre valeroso.

Cuando insinúo que se irá usted al extranjero me dicen que no: que ha de quedarse y aguantar, que para eso es... coronel.

Y éstos han de estar en lo cierto, y ojalá que así sea. Porque, la verdad, quedaría feo que usted se fuese ahora. Requetefeo.

Yo por mí, no tengo gran aprecio por el coraje fisiológico, y ni siquiera ambiciono poseerlo. Hasta sospecho que hay un coraje para afuera y un coraje para adentro. En cambio, usted, es un profesional del coraje a los cuatro vientos. Pero esta ciudad en que todavía estamos *(abril del '58)* es una ciudad tranquila, y cuando desmontara usted de su patrullero con escolta ¿se codearía con nosotros, se rebajaría a caminar por la calle entre nosotros?

Y si luego resulta que aparecen jueces –no en esta ciudad, que alguno tiene, sino en la Otra Ciudad, que no tuvo los que necesitaba– ¿comparecería usted ante ellos?

Y si aun no apareciendo esos jueces, surgen otros en los mismos cuarteles, ¿comparecería usted ante ellos?

Y si aun faltando esto, que sería extrema carencia, hubiera por ahí alguna otra forma de juicio, ¿se sometería usted a otra forma de juicio?

Por eso creo que hablará en usted la modestia y el justificado deseo de conocer otras tierras.

No falta quien nos dice: "¿Por qué no lo dejan tranquilo?", y hablan de puentes de plata. Ojalá fuera posible. Son otras voces las que claman por nosotros.

No crea que nos agrada este papel. Personalmente, comprendo sus peores implicaciones. Pero, ¿cómo haríamos usted o yo para acallar esas voces? La voz de Vicente Rodríguez, por ejemplo, clamando en las tinieblas: "Mátenme. No me dejen así. ¡Mátenme!".

No se puede... Coronel.

Y cómo callar, o por qué callar, o para qué callar, si usted sigue subiendo y mandando y si a usted y a gente como usted la afamada casa Remington sigue proveyendo carabinas para fusilar, mientras que a nosotros, y a gente como nosotros, sólo nos provee máquinas para escribir.

Mientras usted esté de algún modo arriba no habrá silencio en esta clase de máquinas Remington, y usted haga lo que quiera con las suyas. Cada uno en su oficio y Dios es grande.

Creo haber adquirido la suficiente confianza con usted como para hacerle todavía algunas preguntas antes de que se vaya.

Me gustaría saber cuál fue la hora más misteriosa de su vida.

Si aquélla en que aceptó el millón de pesos para gastos reservados, excluidos de rendición de cuentas, que figuran en los tres últimos presupuestos provinciales (ítem 9, Partida 11, c).

O aquélla en que no rechazó un Buick policial para uso de su familia.

O aquélla en que hizo arreglar por personal de la Policía el acceso a determinada casa de Gonnet.

O aquélla en que "sorprendió" al finado Debellis en San Isidro.

O aquélla en que le ordenaron allanar un departamento en Florida y allanó los dos.

O aquélla en que hizo fusilar a la pobre gente.

O aquélla en que buscó con tanta desesperación a Tanco, porque era rebelde, o también por algo más.

O aquélla, sobre todo aquella misteriosa hora de madrugada del 10 de junio de 1956, que pasó usted refugiado en el garaje de Ambrosis, en la calle 1 entre 44 y 46, mientras a pocas cuadras sus hombres ya casi desesperaban de seguir resistiendo.

Me gustaría que contestara estas preguntas... Coronel. Usted mismo ha dicho que en una democracia el diálogo es interesante.

Me gustaría saber si alguien me ha informado mal.

Me gustaría saber si acaso sin saberlo soy un calumniador.

Realmente me gustaría.

Hasta pronto... Coronel.

"UN NIÑO SECRETO QUE NO SE DIRÁ"

MONTEVIDEO, MARZO

Siempre hay motivo para viajar a la hermana República del Uruguay, y quizá los haya más que nunca en este fin del verano, tan inclemente y atrabiliario en Buenos Aires como grato en la otra orilla. La asunción de la presidencia del Consejo de Gobierno por parte del señor Fischer, que la toma del señor Lezama. Un festival poético en Piriápolis. Otro festival, cinematográfico, esta vez, en Punta del Este. La enredada (para nosotros) política vecina. Y hasta el misterioso asesinato de un ex espía inglés... Estas y otras son ocasiones más que tentadoras para la curiosidad periodística.

He resistido a esas tentaciones, pero he cedido a otra. Voy a cruzar "este río de sueñera y de barro", que allá es de agua limpia y arena clara (Dios nos repartió la mitad más fea), con el singular propósito de reportear a alguien sin que él se entere.

No es un personaje famoso. Creo que su nombre no ha figurado hasta ahora en los diarios ni en las revistas. Y cuando aparezca esta nota, no estoy enteramente seguro de que la leerá.

Como no deseo crear un misterio superficial donde quizás haya otro más hondo, diré que se trata de un chico. Un chico que escribe poesía.

Hace ya bastante tiempo, un amigo que venía de la otra orilla me tendió un fajo de papeles con la evidente intención de que los leyera. Accedí por costumbre. Eran poesías de buena calidad. Pero como la poesía puede figurar entre los saldos exportables latinoamericanos, como aquellas composiciones me inspiraban un sentimiento un poco indefinible, y como finalmente no me considero un crítico, los devolví con ese simple comentario: los versos eran buenos. Mi amigo sonrió entonces con cierta malignidad.

–¿Qué edad puede tener el autor? –inquirió.

–Qué sé yo –dije con esa irritación que nos producen las preguntas dolosas–. Puede ser un adolescente, puede ser un hombre adulto, puede ser un anciano. No veo la relación...

–Ocho –dijo.

–¿Ocho qué?

–El autor tiene ocho años y escribe desde los seis. Es decir, escribe desde que escribe.

Con sorpresa retomé los papeles y volví a leerlos. Y entonces se me aparecieron con claridad matices que me pasaran inadvertidos. Aquel sentimiento indefinible quedó claramente determinado: las breves canciones forzosamente tenían que haber sido escritas por un chico. Sólo un chico podía sentirse personaje –por ejemplo– de aquel breve y conmovedor diálogo con una paloma. Sólo un chico podía comparar al corazón, al vivo y palpitante corazón que siente bajo sus manos, con una manzana.

Pero lo notable era esto: mirados desde el nuevo ángulo, los poemas seguían siendo tan buenos como antes.

–Me gustaría conocerlo –dije con calculada indiferencia.

Mi amigo fue reticente, formuló ciertas observaciones despectivas sobre el gremio periodístico en general, se guardó los papeles y cambió de conversación. Más tarde supe que los padres del niño no tenían interés en divulgar el caso. Mejor dicho, no querían que se convirtiera en un "caso". Nadie hablaba todavía de Minou Drouet, pero la absurda polémica que aún se prolonga sobre la menuda poetisa francesa iba a darles la razón. Y yo me quedé sin artículo.

A tres años de distancia, movido por el solo y ya lejano recuerdo de aquella paloma que condescendía a hablar con un niño, de aquel corazón "que tiene, tiene a la Muerte, y no la quiere soltar", he ido –un poco

inseguro, un poco dudando de mi memoria–, a rescatar esas imágenes. Y las he encontrado. Y con ellas muchas otras, nuevas, hermosas e inquietantes.

Así entonces me he encontrado ante Gabriel Peluffo Linari, el chico uruguayo que escribe poesía. Sus padres me mandan decir que no me presente como periodista. No desean inquietarlo. Con gran delicadeza preservan el ambiente de normalidad en que se desenvuelve la existencia del niño.

Estas precauciones no sorprenden. En realidad, el don de Gabriel parece venirle de sangre. Su padre, Darwin Peluffo, es un prestigioso catedrático de filosofía, y escritor; además, un hombre dotado de una cortesía antigua, que ya poco se ve. Su madre, Marta Linari, es una mujer fina y culta que ha ensayado con éxito el cuento y otras formas literarias. El abuelo, Juan Peluffo, fue un gran pintor uruguayo, cuyo retrato de Artigas se encuentra en el Palacio Legislativo de Montevideo.

A las tertulias de la casa concurren escritores y artistas. El chico se encuentra cómodo en ellas. Conversa poco. Escucha. Aprende. (Y también, de algún modo, enseña.)

A primera vista, es un niño como todos. Espigado, rostro fino, ligeramente pecoso, tez pálida, ojos pardos. Habla y se mueve con naturalidad, sin aparentar más años de los que tiene (dentro de poco cumplirá doce). Sólo en determinados momentos, cuando algo le intriga, sorprende la expresión de extraordinaria inteligencia de la cara. En esos momentos se tiene la sensación de estar ante algo difícil de precisar. Como si el don espiritual se hiciera fugazmente tangible, brillara un instante, y luego corriera a disimularse entre los convenientes gestos y actitudes de todos los días.

–Es un chico tranquilo –dice la madre–. Meditativo. Algo tímido. En la escuela lo quieren todos. Es famoso por sus dibujos. Dibuja bastante bien –agrega mirándolo con una sonrisa.

Le pregunto a Gabriel si lee. Si lee poesía.

–No mucho. En realidad –contesta con perfecta sencillez, como burlándose de sí mismo–, prefiero escribir.

El padre completa:

–Procuramos que lea formas despersonalizadas, por así decirlo; que no puedan influirlo demasiado, coartarlo. Romances antiguos, por ejemplo. Aunque, por supuesto, tiene toda la biblioteca a su disposición.

–La maestra de cuarto grado –recuerda la madre– lo quería mucho, pero siempre repetía: "Lástima que los padres le hagan las composiciones". Hasta que un día puso un tema de composición improvisado en la misma clase, y Gabriel escribió lo mejor que había hecho hasta entonces. Ella no quería creerlo, pero no le quedó más remedio.

Nos reímos todos. Él también se ríe.

¿Cuándo empezó a escribir Gabriel? Alrededor de los seis años. Pero, ¿cuál fue la primera composición que escribió? Eso ya no lo recuerda. Su diálogo inicial, en todo caso, es con los seres inanimados que lo rodean. Tal vez aquellas palabras que dirige a una rosa de su jardín: "Cuando te sacan a ti / angustia es para mí. Es un balbuceo simplísimo, pero Gabriel ya sabe manejar un lápiz y traslada al papel ese breve esquema de un pesar infantil.

Una tarde, en el campo, su padre lo lleva de paseo. Van a pescar a un arroyo. En el silencio del crepúsculo estival se escucha, ora cercano, ora remoto, el arrullo de las palomas montaraces. El padre está atento a la línea. Pero Gabriel sólo tiene oídos para aquel son melancólico y espaciado, aquellas tres sílabas que pueblan el aire.

–Papá, me habla... –dice de pronto.

–¿Quién, hijo?

–La paloma. Escucha.

El padre escucha. Y se queda turbado, sin saber qué decir. Esa noche, cuando vuelven, Gabriel escribe de un tirón, con su letra de primer grado y sus errores de ortografía el diálogo imaginado:

–Querido... querido...
–¿ Qué quieres paloma, tú,
qué me quieres contestar?
Si tú no sabes hablar
no te entenderé.
Y la paloma sigue:
–Querido, querido...

Poco más tarde surgen en los "garabatos" de Gabriel las primeras imágenes. No ya el mero sentimiento, sino la metáfora que lo realiza plenamente:

"¡Primavera, primavera!
Los campos te esperan cubiertos de trigo y de hierbas.
Y las golondrinas te buscan hasta alcanzarte".

El sentido de posesión de la naturaleza (viven en la campaña uruguaya, en Colonia Valdense) se manifiesta en estas gozosas líneas:

Río azul, río verde:
va a dar a campos, pero nunca se pierde.
Aguas clarinas, aguas del río:
¡todo es mío!

Tiene ocho años. En el mundo de fábula que es el suyo, nace entonces una fábula interior, una especie de secreto privado con el que el chico se deleita y que nadie quiere explicar:

Las aguas derechitas van para allá.
Van buscando a un niño que no se dirá.

Luego retoma el tema:

Aguas de un río que van para allá;
van buscando a alguien que no se dirá.
Rumorosas, intranquilas, se van para allá.
Al fin protestan las olas:
"Nunca encontrarás,
porque es el niño secreto que no se dirá ".

La imagen de este niño desconocido persiste en otros poemas.

¿Es él mismo? ¿O es acaso el nacido en Belén, la estampa de catecismo que enriquece su fantasía? "Ha nacido un niño que no sé quién es", empieza una canción con que celebra la Navidad. Y concluye: "Al lado de María se posa un buey. / ¡Ay niñito de oro que no sé quién es!"

Gabriel sonríe cuando le preguntan. Pero no suelta su secreto. Por esa época, un ilustre poeta uruguayo, Leonardo Pereda, que es amigo de la casa, le pregunta por qué escribe, qué lo impulsa, qué es la poesía para él. El chico se queda turbado. No responde. Quizá nunca ha pensado en eso. Mas ahora ha llegado el momento de pensar. Y luego, con su letra infantil, escribe lo que piensa. "El verso es un sentimiento / que lo tiene el aire / que llega a mi corazón / como el corazón de todos", dice. Y agrega, ya con mágica belleza: "Es un elaborable corazón". Y también: "Crece del alma como crece un árbol de la tierra".

Gabriel ha entrado, pues, en el mundo de las definiciones.

Pero no deja todavía el de sus juegos infantiles.

En ese ámbito de mentira-verdad, proyecta una mirada dolorida y lúcida, como cuando habla con el títere cuyo secreto ha descubierto:

Hombre inhumano
que tiene el corazón sin vida,
que tiene el corazón sin alma.
Niño de papel, niño de mentira,
rojo de vergüenza
de ser un hombre sin vida.

Luego es el tiempo, es la muerte. Terrible descubrimiento. Poniendo las manos en el pecho, el niño siente su corazón. Por eso que late allí abajo, él vive, él muere. Escribe:

CORAZÓN
Una manzana en mi cuerpo:
una imagen de cristal.
Corazón que late y late,
que late sin cesar;
que tiene, tiene a la Muerte
y no lo quiere soltar.
Pero al fin, vencido por el Tiempo,
abre la mano y se va.
¡Ay la muerte que te odio!
Mi corazón de cristal.

Quien traza estas líneas bellísimas no ha cumplido aún nueve años. Pero es el mismo que dice, celebrando el amanecer:

Habla como la mujer,
la luz que canta en la mañana.
Habla como el hombre,
el sol que sonríe en la montaña.

Y el que ante la eterna maravilla del fuego, que arde en la chimenea de la casa, deja ya en plena libertad a su fantasía, que desborda en rutilantes, misteriosas imágenes:

Sangre que sube.
Sangre que baja.
Salta como gotas:
de la tierra salen.
¡Oh divino fuego!
En el oscuro álamo
derramó su vida un hombre.
Este fuego que me suda;
este fuego que me moja;
penetra ya en mi cabeza
como penetra en la hoja.

Y el que luego celebra su cumpleaños:
Como el agua corre ayudada por el viento
yo, ayudado por mi propia vida,
cumplo un año más de niño.
Como crece el divino trigo amarillento
crezco yo con mi propia fortaleza.

Al elemental animismo de las primeras composiciones (que remotas le parecen ya) ha sucedido la reflexión. Es un tránsito difícil, una materia nueva y más ardua, en la que por momentos naufraga. Tentaciones lo acechan: la rima, las palabras desusadas, el oropel de falsas imágenes, y tantas, tantas cosas que quisiera saber. Él se precave con un sobrio gesto de sabiduría; a sí mismo se habla y se conduce:

Espera, niño.
Tranquilos tus ojos,
tranquilo tu llanto.
Espera, ya llegará lo que quieres.
Te llegará más tarde.
Espera, niño, que trae el mensaje el aire.
Espera que tu cuerpo crezca como el árbol.
Espera, niño, espera.
Espera, niño, cantando.

Pero no puede dejar de preguntarse por las cosas, por el principio y fin de las cosas: "¡Oh, Hombre! ¿Cómo te hiciste? / ¡Oh, Hombre! ¿Cómo me hice? / Yo no sé, me dice el alma. / Yo tampoco, contestó el alma". Aunque luego vuelva a sentirse un niño como cuando ante el mar exclama:

¡Ola de corazón cristalino

y de espumita blanca!

En la escuela, Gabriel es un excelente alumno. No un tragalibros, pero sigue sus estudios con facilidad. Algunos acontecimientos, algunas fechas, quedan registrados en su cuaderno de poemas: "Pasé un año más de escuela. / Creció una espiga más de trigo... / Allá va el año marchitado". Luego retorna a las grandes preguntas que lo agitan. Y siempre ese toque de magia en sus respuestas:

¿Cuándo morirá el mar?
Tal vez cuando muera el viento.
¿Cuándo morirá el sol?
Tal vez cuando sean las siete.

Una mañana va caminando por el parque, cuando encuentra una paloma muerta. ¿Es tal vez la misma que le hablara años atrás, aquella tarde inolvidable junto a un río? La voz del niño se quiebra en llanto, en una tiernísima alegría. "Llora quedo, paloma", le dice. "Tu sueño nos habla. / Habla quedo, paloma, / que tu vuelo descansa". Pero la voz que plañía: "Querido... querido..." ha enmudecido para siempre, donde no hay tiempo, o donde hay todo el tiempo, amaneceres y crepúsculos fundidos:

Ya tus muertas pupilas de seda
bajo el rojo atardecer descansan.
Tus dos alas abiertas ya no gritan ni zumban,
ya no vuelan ni hablan,
ya no dicen paloma,
sólo hieren
bajo la profunda soledad del alba.

La parábola inicial está cerrada. El canto de Gabriel ha crecido. Nuevas honduras le aguardan todavía. No queremos decirle que la condición de poeta es de las más duras, de las más olvidadas e incomprendidas, pero también de las más luminosas que hay entre los hombres. Él lo sabe:

Todo se tornó de noche en una fiesta.
La luna estaba quieta y *miraba al cielo.*
Las estrellas jugaban a la ronda.
Y a una pelea de luces el enmascarado viento.

Esta es la voz actual de Gabriel Peluffo Linari, el chico uruguayo. Nada sabemos de su voz futura. No queremos hacer profecías y con todo cuidado nos abstenemos de pronunciar la palabra prodigio. Lo mejor que podemos hacer es repetir con él:

Espera, niño, que trae el mensaje el aire.

DURANTE LA SEGUNDA MITAD de 1958, Walsh publica en Mayoría *la serie completa (integrada por una treintena de notas) del* Caso Satanowsky. *Aquí se reproduce la penúltima de las notas publicadas en relación con esa investigación. El caso lo absorbe hasta tal punto que no hay notas en ningún otro medio durante todo este período.*

RESPUESTA A CUARANTA

Los partidarios de la hipótesis de que éste es un país en broma tienen, desde el martes 9 de este mes, un poderoso argumento a favor. Me refiero a la declaración del pseudogeneral Juan Constantino Cuaranta, publicada en los diarios de esa fecha.

Lo de pseudogeneral, como adivinarán tenaces lectores, va a modo de gentil retribución por el calificativo de pseudoperiodista y titulado periodista que, emulando al ya replicado Piran Basualdo, me adjudica el feroz e invicto guerrero.

Pero como no todo ha de ser gentileza en este mundo, añadiré que mientras yo soy conocido en cuanto periodista justamente por ejercer el periodismo, el señor Cuaranta es conocido en cuanto militar por no haber intervenido jamás en batalla alguna; por tener un conocimiento más bien apriorístico y conjetural de las artes bélicas; y por los interesantes aportes que hizo a la jardinería regando sus geranios, cuando a su alrededor rugía la batalla de Córdoba. Actitud digna de Arquímedes, aunque no haya encontrado todavía el poeta que la cante.

Es indudable que el señor Cuaranta se considera detractado y difamado por quienes de un modo u otro vincularon su nombre al asesinato del doctor Marcos Satanowsky. ¿Qué queda de esa calumnia?, pregunta. Nada, responde. Porque sin duda, él es una de las "personas honorables, que ahora resultan inocentes, como lo demuestra el informe de la Honorable Cámara".

Yo he leído como todo el mundo el dictamen de Rodríguez Araya a que se refiere el señor Cuaranta, y juro que allí no hay certificado de inocencia expedido en favor de nadie, sino lo contrario. Rodríguez Araya no dice: "el señor Cuaranta es inocente", sino que afirma con literalidad en el punto 6 de sus conclusiones:

"Que por ello, la comisión de este delito por estos sujetos, algunos de los cuales mantenidos en función en el Servicio de Informaciones del Estado a pesar de sus antecedentes, lo cual les ha permitido creer que contaban con la protección y respaldo del referido organismo, importa una grave responsabilidad para su ex jefe, el general Juan Constantino Cuaranta".

Este párrafo, como es evidente, no excluye sino que expresa la responsabilidad del señor Cuaranta en el homicidio de Marcos Satanowsky. Y si el señor Cuaranta ha interpretado lo contrario, da margen a que se dude de su cociente intelectual.

El señor Cuaranta da por supuesto que alguien lo descarta como instigador del asesinato de Marcos Satanowsky. Pero no es así. Nadie que proceda con lógica lo puede descartar a la luz de los siguientes indicios:

1. El móvil probable del crimen es el asunto del diario *La Razón.* Y en esto parecen coincidir, no sólo la familia Satanowsky y el autor de estas notas, sino el propio señor Cuaranta, quien al presentarse por primera vez ante Rodríguez Araya dejó en sus manos un papelito de su puño y letra que dice: "Héctor Salís. Trabaja en *Clarín.* Lo protege Noble."

2. Héctor Salís es el protagonista de los diálogos aparentemente extorsivos con Ricardo Peralta Ramos, cuya grabación he reproducido en mis notas 12°, 13° y 14°. Allí Salís afirma reiteradamente que el señor Cuaranta tiene interés en comprar el diario *La Razón.*

3. En las tratativas de compra interviene Atilio Carpinacci, designado por Cuaranta "investigador" en la Comisión Especial del Poder Ejecutivo.

4. El procesado Lorenzo tuvo relación y trato con Cuaranta, según uno de los testigos que declaran ante la Comisión.

5. El ex empleado y guardaespaldas de Cuaranta, Pérez Griz, confiesa intervención en el crimen y lo acusa de instigador.

6. El revólver que mató a Satanowsky es propiedad de Pérez Griz.

7. Tres testigos declaran que ese revólver fue reclamado por Cuaranta.

8. El acusado Palacios está a las órdenes indirectas de Cuaranta.

9. Cuaranta firma el carnet de Pérez Griz seis días antes del crimen.

10. Dos días después del crimen, Pérez Griz y Palacios salen apresuradamente de viaje, con una misión confiada por Cuaranta: la de adiestrar a exiliados paraguayos en Formosa. Es decir, que Cuaranta los saca de la circulación en un momento muy significativo.

11. El pistolero colombiano Laverde Pinilla, o "Delgado Chaibaud" (de cuya posible intervención en el hecho me ocuparé oportunamente), no sólo es agente del SIDE, sino que tiene domicilio comercial registrado contiguo al estudio del doctor Satanowsky: San Martín 536, segundo piso, frente.

12. El señor Cuaranta admite que él "investigó" el caso Satanowsky. Pero de esa "investigación" no supo labrar actuaciones escritas. ¿Por qué?

13. El testigo Marcos Ozanic, que ahora resulta pieza clave en el esclarecimiento, concurrió oportunamente al SIDE con una valija de documentos y papeles. Pero el "investigador" Cuaranta, o sus auxiliares, desestimaron ese precioso aporte. Nuevamente cabe preguntar por qué.

Podría seguir enumerando indicios. Basta con los anteriores para que nadie sienta la tentación de descartar al señor Cuaranta. ¿Es posible que a pesar de toda esta evidencia circunstancial el señor Cuaranta no haya sido el instigador del crimen? Sí, es posible. ¿Es posible que tantas circunstancias se hayan confabulado contra él? Sí, es remotamente posible. Pero recuérdese que es él quien crea las circunstancias. Si el señor Cuaranta se rodea de extorsionistas y pistoleros, y si esos extorsionistas y pistoleros resultan luego implicados en un homicidio, el señor Cuaranta no puede indignarse contra quien sospeche de él y formule esa sospecha.

El señor Cuaranta no aparece mencionado por casualidad en *Caso Satanowsky*. O porque alguien le tenga inquina. O porque alguien quiera desprestigiar a la Revolución Libertadora. Aparece mencionado simplemente porque hay una pila de elementos de juicio que apuntan en su dirección.

Apelo al sentido común de cualquiera. Si un hombre de la calle, en un caso de homicidio, tuviese en contra una tal suma de antecedentes, ¿no es obvio que sería interrogado a fondo por la policía, procesado por los jueces?

Pero he aquí que el señor Cuaranta es general de la Nación, como él mismo lo dice. ¿Por eso no se lo procesa? Entonces yo me limito a preguntar qué queda del artículo de la Constitución Nacional que reza claramente: *Todos los ciudadanos son iguales ante la ley*. ¿O es que algunos son más iguales que otros, como dijo un humorista?

POCO ANTES DE SU VIAJE A CUBA, a mediados de 1959, donde organizará la agencia de noticias Prensa Latina, Walsh entrega una nota a Leoplán *que prefigura la serie futura de artículos de "antropología cultural". Hay una injusticia, un barrio, un heroísmo cotidiano, un clima: Walsh publica, esta vez sin seudónimo, una "investigación " sobre la vida cotidiana de los sectores populares. Al mes siguiente, en mayo, y ya como un "Servicio Especial de Prensa Latina",* Leoplán *comienza a publicar una sección fija que aparece durante 1959 titulada "Argentina en el ojo del mundo ". En esa sección, diseñada y escrita por Walsh, se comenta la información aparecida en medios periodísticos extranjeros referida a la Argentina. Estos "especiales de Prensa Latina " son las últimas colaboraciones de Walsh para* Leoplán. *La última nota, que aquí reproducimos, apareció en agosto de 1959.*

EL HOMBRE DEL GUARDAPOLVO GRIS

Villa Soldati se subleva...

"Los vecinos del Villa Soldati contemplan con intenso dolor el posible alejamiento de la parroquia Cristo Obrero, de otro de los miembros de la benemérita Congregación Josefina, el hermano Emilio Bobba... La medida no toca el mero sentimiento personal, sino que hiere profundamente y destruye de raíz una obra que ha costado muchos años de sacrificios, desvelos y sinsabores. Quiebra y aniquila una obra social que ha trascendido y llega a amalgamarse en la caridad evangélica."

De este modo comienza una carta dirigida al Superior General de la Congregación Josefinos de Murialdo. Otra similar está ya en manos de monseñor Copello, flamante canciller del Vaticano. Y una tercera viaja en estos momentos con destino al Sumo Pontífice. Y así lo que empezó siendo un simple conflicto vecinal, golpeará a las puertas más altas de la Iglesia.

La historia, brevemente contada, es la que sigue: en 1773, Leonardo Murialdo fundó en Turín la congregación de padres josefinos, que cuenta actualmente con unos ochocientos miembros, distribuidos en la casa central de Italia y en las misiones de Ecuador, Chile, Brasil, Estados Unidos y Argentina. En nuestro país hay unos cuarenta sacerdotes josefinos, en Mendoza, Morrison (Córdoba), Villa Bosch y Villa Soldati. En este lugar cuentan con iglesia, casa parroquial, escuela y consultorio médico gratuito. Es este último, justamente, el que agita los ánimos en el barrio.

En 1937, la congregación mandó a la Argentina al hermano lego Emilio Bobba para que instalase una enfermería en la parroquia. Villa Soldati no era entonces el lugar más acogedor para una misión religiosa: un barrio pobre, netamente obrero y bastante belicoso, donde el sacerdote era recibido, a veces, a pedradas.

El hermano Emilio (como lo llaman todos) no se arredró demasiado. En un sótano que se inundaba con las lluvias, instaló su "enfermería": una silla, una palangana, una jeringa hipodérmica.

Una relativa novedad, para un barrio sin hospitales, era que el hermano Emilio no cobraba dinero a sus enfermos. Otra, que trabajaba literalmente como un poseído, catorce o dieciséis horas diarias, y que se lo podía despertar a cualquier hora de la noche para atender un caso de urgencia. De ese modo la hostilidad se fue trocando en tolerancia y por fin en cariño.

La dedicación del hermano lego resultó contagiosa. Pronto hubo médicos que se ofrecieron a colaborar desinteresadamente con él. Y en 1943, una dama de fortuna, la señorita Sara Navarro Viola, construyó una clínica contigua a la iglesia y la donó a la congregación Josefina para que el hermano Emilio pudiera seguir ejercitando su piadoso menester.

La afluencia de pacientes se hizo cada vez mayor. También aumentó el número de profesionales (algunos de ellos prestigiosos especialistas) que gratuitamente atienden en el consultorio. En este momento, son diecinueve, pero uno solo de ellos, el doctor Bertelli, lleva realizadas 5.587 revisaciones y operaciones de garganta.

Hacia 1948, asistían anualmente al consultorio entre 15.000 y 20.000 personas. En 1952, la cifra exacta fue de 33.494. Y luego siguió aumentando. Hasta que a comienzos de este año corrió como un reguero de pólvora la inquietante noticia: Se va el hermano Emilio.

–¿Se va? –Los vecinos no podían creerlo.

–Se va. Lo mandan a llamar de Italia. Quieren que descanse. Fue entonces cuando pareció que Villa Soldati iba a sublevarse.

En cuestión de horas se organizó una comisión vecinal de protesta. El 11, 12 y 13 de marzo se efectuaron reuniones en clubes locales, y el 15 una concentración masiva a media cuadra de la parroquia. Asistió prácticamente todo el pueblo. A través de la calle Lafuente, se tendió un cartel que dice: "Hermano Emilio,

necesitamos tu humanitaria obra. Exigimos que continúes al frente del consultorio. Tus veintidós años de bien comprometen la gratitud de Soldati".

Volantes amarillos proclamaban la obra "que ha efectuado una sola persona a lo largo de veintidós años en 82.500 horas de labor: más de 500.000 personas atendidas, 150.000 inyecciones aplicadas, 250.000 curaciones varias, 100.000 aplicaciones de rayos ultravioletas, rayos X, onda corta y nebulizaciones".

Las cámaras de TV captaron la escena, y los reporteros de los diarios tomaron sus notas. Pero entretanto, un confuso rumor exaltaba los ánimos. Se alegaba que el verdadero motivo del alejamiento del hermano lego era el propósito de vender o alquilar el consultorio, que a partir de entonces dejaría de ser gratuito. Inclusive se manejaron cifras, que desde luego nadie puede confirmar.

¿Era cierto el escandaloso rumor? Un médico de la zona, señalado por la suspicacia popular, se vio compelido a dejar en manos de la junta vecinal una nota donde dice: "Es exacto que se me ha ofrecido la dirección del Servicio, a lo cual me he negado por razones éticas y de trabajo". Y acota: "Me une al hermano Emilio una amistad de más de veinte años, no empañada por ninguna circunstancia".

Las nubes parecieron disiparse un tanto, cuando la señorita Navarro Viola, donante del edificio, declaró al cronista:

–El consultorio, que lleva los nombres de los doctores Pablo Torello y Enrique Navarro Viola (ya fallecidos), se construyó con el exclusivo fin de servir gratuitamente a los habitantes de Villa Soldati. Por lo tanto, no se le puede dar otra finalidad.

El hermano Emilio, a quien el cronista visita en compañía del presidente y secretario de la comisión vecinal, es un hombre de baja estatura y aspecto casi insignificante, enfundado en un guardapolvo gris, que habla poco en un castellano mezclado de itálico. Le preguntamos a qué atribuye la pequeña conmoción producida en torno suyo.

–El que necesita, es agradecido –responde–. El que ha estado enfermo, recuerda. Y yo tengo mi vocación, que es ésta de curar a la gente. El fundamento de nuestra religión es la caridad. Pero la caridad no tiene límite, no tiene credo. Yo he curado a todos por igual.

Mientras habla, atiende a sus enfermos: una anciana que tenía el oído infectado, y ya está casi sana, gracias a los modernos antibióticos; dos niños flacuchos que toman rayos ultravioletas; un tercero que se ha lastimado. Se mueve continuamente de una sala a otra, llevando el alivio en sus manos. Al presidente de la comisión, que prefería olvidar su artritis, lo "engancha" con una inyección de yrgapirín.

El fotógrafo de *Leoplán* comete la imprudencia de toser, y cuando se quiere acordar ya está sentado en una camilla recibiendo una nebulización. El cronista se abstiene cuidadosamente de mencionar cualquier dolencia que haya tenido...

En la sala de espera, las respuestas al interrogatorio periodístico pueden reducirse a una:

–El hermano Emilio es un bienhechor para nosotros. Cuando se nos vaya, nadie sabe lo que puede suceder.

–Si me lo preguntan, yo quiero quedarme con los míos –dice el hermano lego mirando a su alrededor–. Pero si me ordenan volver, entonces obedezco.

En las tres salas del consultorio, brilla el instrumental en las vitrinas; aguardan con su impavidez de metal y de vidrio el aparato de rayos x, el letrero del oculista, el sillón del dentista. Todo lo que allí se hace cuesta menos de dos mil pesos por mes: unos sesenta centavos por persona, que paga la donante del consultorio. Alguien nos dicta los nombres de los médicos que atienden los principales servicios. En garganta, los doctores Bertelli, Casani, Imperiale; niños, el doctor Pistani y la doctora Barcia; ginecología, el doctor Torti; clínica, el doctor Folco; pulmones, el doctor Giutini; odontología, el doctor Giannitrapani; oftalmología, el doctor Rojo. La farmacia Cucci, de Pompeya, provee medicamentos a precios muy reducidos. Y las vecinas y vecinos colaboran en la limpieza y atención del local.

En la calle, en el bar donde vamos a tomar un café, las opiniones son coincidentes: el hermano Emilio no debe irse.

–¿Después de veintidós años de trabajo lo van a sacar de aquí? –es la pregunta de rigor–. Este hombre se muere si tiene que dejar su trabajo.

En un negocio donde entramos a comprar cigarrillos, una muchacha nos dice:

–Mi padre murió de cáncer. Sufría grandes dolores, y cada dos horas había que aplicarle una inyección calmante. Era el hermano Emilio quien venía a dársela, de día y de noche. Esto duró cuatro meses y medio, y cuando murió, el hermano Emilio estaba a su lado.

Nos dirigimos a la iglesia, donde nos atienden el padre Nardone y el padre Pedro, de la orden Josefina.

–En este asunto se ha creado demasiada publicidad, demasiada agitación –nos dice el primero–. Nadie quiere vender el consultorio, nadie quiere que deje de ser gratuito.

–¿Pero al hermano Emilio lo mandan a Italia?

–Eso no lo sabemos –responden–. Por el momento, la orden está en suspenso, aunque puede ser actualizada. Es un problema que deben decidirlo los superiores de la congregación. Nosotros no tenemos parte. Nos limitamos a obedecer, y el hermano Emilio, sin duda hará lo mismo, pues la obediencia forma parte de la regla.

–¿Sería definitivo ese traslado?

–Tampoco podemos decirlo ahora. El hermano Emilio ha recibido una comunicación informal, diciendo que es hora de que se tome unas vacaciones, derecho al que ha renunciado todos estos años. Pero no se ha fijado la fecha de su partida. Es posible que esté allá un par de meses y después vuelva. De todas maneras, es completamente excepcional que un hombre de nuestra congregación permanezca en un sitio determinado más de seis años.

–¿El alejamiento del hermano traería problemas al barrio?

–Sí, porque ha realizado una obra buenísima, tal vez exagerada en su caridad, y acaso desprovista de método, pero humanitaria y profunda. Eso no lo discute nadie. Nosotros hemos tenido que imponer un horario de atención en el consultorio, porque antes no lo había. El hermano atendía a cualquier hora, inclusive de la noche. Pero nosotros tenemos que velar por él.

Ya sobre el filo de la entrevista, agrega el padre Nardone:

–Si el hermano regresa a Italia, el principal problema será para nosotros, porque no tenemos con quién reemplazarlo. Hubiéramos preferido que el hermano Emilio formara un sucesor para esta eventualidad. Los hombres pasan, pero las instituciones deben quedar.

Y el padre Pedro concluye:

–Nosotros no somos parte de este conflicto. Todo depende de Roma. Y en Roma suelen ver las cosas con más amplitud y más sabiduría.

Nuevamente en la calle, la inquietud popular sigue expresándose en estos términos:

–Lucharemos. No permitiremos que se vaya.

La decisión está en otras manos. Al cronista sólo le queda desear que esta vez la sabiduría de Roma, a que aludió el sacerdote josefino, coincida con el anhelo de Villa Soldati, para que el hombre del guardapolvo gris pueda seguir calladamente curando a los enfermos.

FIDEL RENUNCIA, FIDEL SE QUEDA

Desde el propio escenario de los acontecimientos, un relato de la caída de Manuel Urrutia. Gobernó seis meses y diecisiete días. Lo derribó un discurso de tres horas y cuarenta y cinco minutos.

(La Habana, julio 20) Los habitantes de esta ciudad están acostumbrados, desde hace algún tiempo, a toda clase de versiones. El conflicto con Trujillo, la marcha de la reforma agraria, la fuga del ex jefe de la fuerza aérea Díaz Lanz y su posterior aparición ante el Senado norteamericano, así como las posibilidades de invasión externa, son temas que provocan las más variadas ramificaciones del comentario. Cualquier cosa puede suceder.

Lo único que no podía suceder, aparentemente, era lo que anunciaba aquella madrugada del viernes 17 de julio, en titulares tipo catástrofe, el diario *Revolución.* Decía simplemente: "Fidel renuncia".

Tras la sorpresa vino la parálisis. Los sindicatos obreros anunciaron que suspenderían sus actividades. Fue necesario que dirigentes revolucionarios se dirigiesen a ellos por radio, recomendándoles tranquilidad, para que el trabajo se reanudara, aunque en forma lenta e indecisa. Una atmósfera tensa flotaba sobre la isla que desde el primer día de este año viene provocando tantas especulaciones en la opinión mundial.

Nadie sabía lo que pasaba. Fidel Castro había ocultado su decisión inclusive a sus colaboradores más inmediatos.

Después se anunció que Fidel hablaría por radio y televisión. A las once. Todos los receptores aguardaban encendidos. Los operadores preparaban sus equipos. Frente a la entrada de CMQ, la estación de TV, empezó a aglomerarse la gente. En otros lugares de la ciudad se formaban grupos cada vez más numerosos. En las paredes, en los ómnibus, en todas partes, empezaron a aparecer grandes letreros pintados a mano: "No renuncies, Fidel".

–Hablará a las doce –fue la nueva versión.

Pero el primer ministro no habló. Empezaron a llegar pronunciamientos y telegramas de adhesión. Los grupos se convirtieron en manifestaciones que recorrían las calles llevando los colores negro y rojo del Movimiento 26 de Julio, cantando el himno de la Revolución.

Al atardecer toda la ciudad estaba movilizada. Aún no existía ninguna explicación oficial de la renuncia. Pero ya se mencionaba con suspicacia el nombre de Manuel Urrutia, el juez que había llegado a la presidencia de la República en recompensa por haberse negado a condenar rebeldes encarcelados por Batista.

Urrutia se apresuró a declarar ante una multitud reunida frente al Palacio de la Presidencia:

–Lo que deben hacer ustedes es pedir al doctor Fidel Castro que no renuncie, porque él es el único que no puede renunciar, ya que fue quien dirigió la liberación de Cuba y es el responsable del éxito de la Revolución.

La declaración no le sirvió de nada. "Eso es estar engañando al pueblo con actitudes demagógicas", diría Fidel Castro horas más tarde.

Al anochecer, la agitación había crecido y amenazaba desbordar, aunque todavía no se registraran incidentes. A las 19.45 Fidel Castro llegó a CMQ. Cuarenta y cinco minutos después aparecía en la pantalla y empezaba a hablar ante el improvisado panel de periodistas que lo interrogaban.

Cuba no tardó en conocer la explicación del enigma:

–He renunciado –dijo Fidel Castro– porque me es imposible continuar ejerciendo el cargo en vista de las dificultades surgidas con el señor presidente de la República.

ALEGATO CONTRA URRUTIA

A pesar del lenguaje coloquial, paternalista y por momentos embarullado con que suele dirigirse a su pueblo, no debe olvidarse que Fidel Castro es abogado. La exposición de cargos que hizo contra Manuel Urrutia fue terriblemente minuciosa. No dejó clavo por remachar.

La duración de los discursos de Castro es motivo de cierta jovialidad en La Habana. No lo hace por menos de tres horas, y éste duró casi cuatro. Reproducido en un diario, ocupa páginas enteras. Presenciado por televisión es cualquier cosa menos aburrido –al contrario, puede calificárselo de fascinante–, pero de todos modos se hace preciso aquí resumir drásticamente lo que dijo, para que el episodio adquiera sentido ante los lectores no cubanos.

Tras aclarar que las discrepancias con Urrutia no eran de tipo ideológico, sino de orden moral, Castro afirmó que Urrutia demoraba deliberadamente sancionar las leyes revolucionarias:

"En un principio las leyes aprobadas en el Consejo de Ministros eran inmediatamente aprobadas por el Presidente de la República y no tardaban en aparecer en la Gaceta Oficial... Pero ahora habíamos llegado al extremo de que en estos momentos todas las leyes estaban prácticamente paralizadas, ninguna ley podía pasar a la Gaceta Oficial porque necesitaba la firma del Presidente".

Y el presidente, agregó, no firmaba las leyes. Eso traía a Cuba un grave desprestigio internacional, sobre todo en el caso de la Ley Penal, que transfería los juicios de la jurisdicción militar a la jurisdicción civil, y que al mismo tiempo establecía las penas nuevas para los delitos contrarrevolucionarios.

–Usted que fue conmigo por todo el recorrido de la América Latina –agregó Castro dirigiéndose a un periodista presente– sabe bien la preocupación que yo traía, el deseo de que la cuestión de los fusilamientos no se excediese, que tuviera un límite, el límite indispensable para que la justicia quedase reivindicada en nuestra patria.

En cuanto a la nueva legislación (que prevé pena de muerte para el terrorismo), era necesario reglamentarla de manera que tuviese el mínimo de aplicación indispensable, porque de lo contrario –dijo Castro– "parecería que hasta un juzgado correccional, puede aplicar la pena de muerte". Y el presidente Urrutia estaba reteniendo y demorando la reglamentación de esa ley, que continuaba vigente, pero con una amplitud desmesurada.

La demora en reglamentar la ley estaba valiendo al gobierno cubano una campaña en diarios del exterior y de la misma Cuba (exhibió Castro un ejemplar de *El Mundo y* de otros diarios que lo criticaban):

"Empezaron a preguntar, esa pena de muerte, ¿cómo es eso? Inmediatamente siembran la suspicacia: si nosotros nos habíamos vuelto un estado bárbaro y estábamos aplicando la pena de muerte a granel. Aquello, créanme, fue una de las cosas que más me impresionó, porque no hay cosa que mortifique tanto a un hombre que está trabajando en algo, como aquel daño que se produce innecesariamente".

Según Fidel Castro, estas actitudes de Urrutia tendían a "hacer patente, cada día más, sus atribuciones" como presidente.

UNA CASA DE CUARENTA MIL DÓLARES

Pero Urrutia iba un poco más lejos. Periodistas cubanos lo acusaban de haberse comprado una casa de 40.000 dólares (tres millones y medio de pesos argentinos). Infortunadamente era cierto. La había comprado con sus sueldos de presidente y con las retroactividades cobradas como juez en la época de Batista, pero aun así –afirmó el primer ministro renunciante– eso "rayaba un poco en la falta de tacto, hasta era un poco inmoral".

También era poco político que Urrutia siguiera cobrando el mismo sueldo que Batista, un sueldo de doce mil dólares mensuales, cuando todos los ministros, inclusive Castro, se habían rebajado el sueldo de mil quinientos a setecientos cincuenta dólares mensuales.

–Si les estábamos pidiendo a los obreros azucareros que fueran a trabajar, que renunciaran a todas sus demandas, que había que sacrificarse; si le estábamos pidiendo a todo el mundo que esperara; si estábamos pidiendo sacrificios, me pareció de buen sentido político que nosotros los ministros nos rebajáramos el sueldo a la mitad.

Pero Urrutia siguió cobrando sus doce mil dólares por mes, y con ellos se compró la casa. "Demasiado temprano, a los dos meses, a los tres meses de asumir la presidencia", comentó Castro con ironía "para invertir ese dinero en una residencia".

Afuera, ante el estudio de TV, ante el palacio presidencial fuertemente custodiado, la multitud comenzó a pedir a gritos la renuncia de Urrutia.

EL TEMA DEL COMUNISMO

Cuatro días antes, el lunes 13 de julio, el presidente Urrutia había pronunciado un discurso por televisión atacando violentamente al comunismo. Fidel Castro, que siempre se ha declarado no comunista, entendió sin embargo que era un tiro por elevación dirigido contra él, coincidiendo con las acusaciones que le hizo en el Senado norteamericano el fugitivo Díaz Lanz, y con una campaña de prensa bastante violenta que realizan sobre todo publicaciones norteamericanas. Más; afirmó que Urrutia preparaba un plan de deserción similar al de Díaz Lanz.

–Se quiere establecer la moda –dijo– de que cuando a un funcionario no se le permite hacer libremente lo que quiere, se nos hace víctimas del más inaudito y bajo de los procedimientos tratando de chantajearnos con el tema del comunismo. Pero todo lo que sea promover aquí el fantasma del comunismo sin justificación alguna, es promover la agresión extranjera contra nuestro país.

El primer ministro recordó, y leyó, las numerosas declaraciones que ha hecho sobre el tema:

–Yo no soy comunista, ni tampoco el Movimiento, pero no tenemos que decir que somos anticomunistas para agradar al extranjero, ya que sólo tenemos compromisos con el pueblo de Cuba y sólo tenemos que responder ante ella de la fortaleza de nuestra posición, equidistante del capitalismo y del comunismo.

"Yo no temo caer en la órbita del comunismo internacional", agregó, "y para defender la Revolución no hemos ido a buscar apoyo en el comunismo internacional. Hemos ido a buscar en la opinión pública de los pueblos de América, que es donde tenemos que buscar nuestra fuerza.

"No tenemos por qué escoger entre el capital que mata al hombre de hambre y el comunismo que resuelve el problema económico, pero que suprime las libertades, las libertades más caras al hombre. Nosotros vamos hacia la realización de una Revolución con medios democráticos."

Afirmó que no se persigue al comunismo porque su gobierno está resuelto a permitir una absoluta libertad de conciencia. "¿Pretenden que se los persiga simplemente porque son comunistas? Entonces habría que perseguir al católico porque es católico; perseguir al protestante porque es protestante, al masón porque es masón, perseguir al rotario, perseguir a *La Marina* porque sea un diario de tendencia derechista o perseguir a otro porque sea izquierdista. Los que hablan de temores deben empezar por saber en qué consiste el respeto a todas las ideas."

–Cuando se empiece por clausurar un diario –insistió–, no podrá sentirse seguro ningún diario. Cuando se empiece a perseguir a un hombre por su idea política, no podrá sentirse seguro nadie. Cuando se empiece por hacer restricciones, no se podrá sentir seguro ningún derecho.

Agregó Fidel Castro que la Revolución era exclusivamente cubana, y que su color no era el rojo, sino el verde oliva de los uniformes del ejército rebelde.

Sobre la mesa del locutor, entretanto, se iban acumulando telegramas de adhesión. Otros, cada vez más numerosos, pedían la renuncia de Urrutia, quien seguía en su despacho del Palacio presidencial.

El pueblo cubano estaba asistiendo a un espectáculo inusitado: la crisis a puertas abiertas, con todas las cartas sobre la mesa.

Súbitamente el locutor anunció que Urrutia estaba convocando a los camarógrafos a Palacio, para hacer declaraciones. Fidel Castro sin inmutarse, siguió hablando.

EL TEMA RELIGIOSO

Afirmó que no tenía ni había tenido ningún problema con la Iglesia Católica ni con ningún otro credo. Citó las declaraciones de altas jerarquías de la Iglesia cubana en apoyo de la reforma agraria. Desmintió, casi despectivamente, el cable procedente de Ciudad Trujillo (y publicado en el diario *El Pueblo* de Buenos Aires), que lo acusaba de haber escrito una carta al revolucionario dominicano Jiménez Moya aconsejando el exterminio de la influencia católica en Santo Domingo.

El tema, imprevistamente, resultó en una nueva acusación contra Urrutia. Al reformarse la Constitución, en ausencia de Castro se había omitido de su texto el nombre de Dios. El autor de la supresión, que ocasionó agrias quejas contra el régimen revolucionario, era el propio Urrutia.

–Fue una proposición del señor Presidente de la República, innecesaria por demás –dijo Castro–, porque siempre por tradición se ha mantenido el nombre de Dios en la Constitución y siempre los oradores más elocuentes, como Sanguily y otros defendieron eso, porque es una cuestión de tradición y carecía de fundamento el quitarla, porque eso no estaba reñido con los principios revolucionarios, pero es que hay revolucionarios de comas o revolucionarios de conceptos, que encuentran muy revolucionario suprimir el nombre de Dios de la Constitución y que en cambio no sienten ningún entusiasmo por la Reforma Agraria y por las verdaderas leyes revolucionarias.

FINAL CON SUSPENSO

Mientras hablaba Fidel Castro, mucha gente se preguntaba cuál sería la actitud de Urrutia. Los periodistas formularon la pregunta al propio Castro.

–Esa es cosa de él –respondió–. Que forme nuevo gabinete, si encuentra gente que lo apoye. Que se quede, que se vaya, que gobierne o que no gobierne. No es cosa mía. Yo no puedo imponerle nada. No puedo derrocarlo. Tampoco puedo seguir con él. Por eso renuncio.

–¿Cuál es su status legal a partir de la renuncia? ¿Únicamente comandante del Ejército Rebelde?

Hubo risas y aplausos en la sala y en la calle cuando el primer ministro renunciante contestó:

–Bueno, ese cargo todavía no me lo han quitado. Pero es que me lo gané en la Sierra Maestra.

La transmisión duraba ya más de tres horas, cuando los acontecimientos empezaron a precipitarse. Primero se anunció desde el Palacio Presidencial que Urrutia desistía de hablar por televisión. Después el locutor informó con expresión solemne:

–Aquí hay otro mensaje muy importante. Un memorándum escrito de puño y letra del doctor Augusto Martínez, ministro de Defensa, dirigido al comandante Raúl Castro, que dice lo siguiente: "Raúl: el presidente renunció. Quiere irse para la casa de un cuñado, quien pide que le den seguridades. Dice el Presidente que no se va de Cuba y que no hará declaraciones".

Después de seis meses y diecisiete días de mandato, Manuel Urrutia había sido volteado por un discurso de tres horas y cuarenta y cinco minutos.

A los tres menos cuarto salió de Palacio en su automóvil particular, con su esposa, tres hijos y un ayudante, rumbo a Bauta, a la residencia de su cuñado el doctor Víctor Llaguno.

El ministro de Educación, doctor Armando Hart, declaró: "El pueblo debe mantenerse tranquilo y ni molestar al doctor Urrutia en cualquier lugar de la República donde se encuentre".

El propio Fidel repitió varias veces: "Yo, hubiera preferido que esto no pasara, pero no había más remedio".

Al día siguiente comentó el diario *Excelsior:* "Fue un día amargo para el doctor Urrutia".

AHORA DÓRTICOS

Entretanto, el Consejo de Ministros reunido en sesión permanente, había designado nuevo presidente a Osvaldo Dórticos. Sus datos: nacido en 1919 en Las Villas, educado en el Colegio Champagnat de Cienfuegos, egresado en la Universidad de La Habana. Hasta su ascenso a la presidencia era presidente del Colegio de Abogados de Cuba y ministro de Leyes Revolucionarias en el gabinete de Castro. Comentó Fidel: "Ahora no habrá problemas con la firma de las leyes ya que es él mismo quien las ha redactado".

Era muy pasada la medianoche cuando Castro abandonó los estudios de CMQ. No se habían producido desórdenes. La muchedumbre se retiraba cantando jubilosamente los estribillos revolucionarios.

El Consejo de Ministros rechazó la renuncia de Fidel. Pero el guerrillero de Sierra Maestra parece resuelto a pensarlo, y hasta el momento de escribir esta nota no la ha retirado, aunque nadie duda de que su poder y su prestigio son mayores que nunca, y que el gobierno revolucionario de Cuba ha salvado quizás el más difícil de los escollos que encontró hasta ahora en su camino.

EN CUBA, WALSH no sólo organiza la agencia de noticias Prensa Latina (junto con Jorge Masetti) sino que comienza a pensar en términos de "la revolución latinoamericana cuya semilla está en Cuba", como escribirá años después. En el caso de Walsh no se trató de un compromiso abstracto sino de una colaboración efectiva con los servicios de inteligencia cubana. El más memorable de los episodios de esta época es la decodificación de un mensaje cifrado a partir del cual Walsh descubre los planes de invasión a Cuba por parte de agentes norteamericanos con base en Guatemala. La CÍA, cuentan, decretó que eso probaba el trabajo de la inteligencia soviética en la isla. Walsh también denuncia la puerilidad de un conjunto de ocho notas de un enviado especial de Clarín *(aparecidas en ese mismo diario) como una gigantesca operación política destinada a provocar la ruptura de relaciones con Cuba y su consiguiente aislamiento. Y todo lo hace a partir del análisis de documentos, el señalamiento de contradicciones, la correlación de información. En 1961, cuando se publican los tres artículos que a continuación se reproducen, Walsh tiene 34 años y una sólida formación profesional que decide poner ahora no al servicio de* La Nación *sino de la causa revolucionaria, que no abandonará hasta su muerte. Su prosa, que ha urdido ficciones, que ha descripto con precisión y eficacia los climas que envuelven y definen a las personas, que ha perseguido la verdad a través de laberintos argumentativos de obstinado rigor, que ha ironizado sobre la literatura y los lenguajes, recupera el tono moral y judicial, como si se tratara de Cicerón, a quien se dice que, años después, solía citar y seguramente ya leía. Su prosa periodística muestra ahora también dos direcciones: un tono íntimo, para contar las cosas que les pasan a las personas comunes y corrientes y el tono sentencioso, amenazador y declamatorio para denunciar las arbitrariedades e hipocresías del poder que, a partir de su experiencia cubana (evaluada por él mismo, sin embargo, de manera diferente según las épocas), tendrá predicados constantes: imperialista, colonialista, contrarrevolucionario.*

NO TE FIES DE UN ENVIADO ESPECIAL

(La Habana, octubre). Desde el anciano Repetto hasta Rogelio Frigerio, todos los que en la Argentina creían políticamente oportuno pronunciarse contra Cuba, hablaban –hasta hace poco– *ex cathedra.*

El método tenía sus inconvenientes. Obligaba a generalidades teóricas que estaban, por así decirlo, remanyadas. Supongo que fue entonces cuando surgió la idea de mandar algunos enviados especiales que pudieran decir, al menos, que estuvieron en la calle Zanja, o comieron en la Bodeguita del Medio. Con eso y algunas postales del Morro, se lograba la atmósfera necesaria para poder mentir con la impunidad del "yo estuve".

El primero que vino fue un cronista hispánico radicado en la Argentina. Misteriosamente, lo que escribió en una revista donde alguna vez he trabajado revertía al anchuroso mar de la generalización barata: el comunismo, la Iglesia, todas esas cosas. Por lo que deduje que, en cuanto persona, no tenía nada contra lo que pasaba en Cuba; lo que podía tener en contra, era como enviado especial. Aun la referencia a la "formación marxista" de Fidel Castro parecía menos una maldad que una divertida distracción: como todo el mundo sabe, Fidel se educó con los jesuitas.

Pero después vino otro que –éste sí– puede definirse como flor de mentiroso. Me refiero a un señor Chirusi, o Ciruzzi, por quien acabo de enterarme, después de un año y tres meses de estar en Cuba, de que hay "Nubes Rojas en la Noche Cubana". Tal el título de una nota que publica en *Clarín* el 11 de octubre, y que al parecer forma parte de una serie.

Con gran curiosidad por presenciar ese fenómeno meteorológico, y aprovechando que es de noche, me asomo a la ciudad. Miro la curva suave del Malecón, con sus luces verdes, presiento el contorno semioculto de la bahía, observo los rascacielos del Vedado y el relumbrón de la Ciudad Vieja, algunas boyas en el Golfo de México, el destello del faro del Morro.

Nada. Lo único que pienso, es lo que he pensado tantas veces: que si hay en el mundo una ciudad fácil de ser amada, es La Habana.

No veo las nubes rojas que vio Chirusi. Me pregunto si las habrá visto en el letrero de neón del "Two Twelve", en la calle Consulado, adonde creo que lo llevaron.

Vagamente me pregunto si las nubes rojas serán una metáfora. Yo creía que esa clase de metáforas estaba fuera de uso.

Después me pregunto, simplemente, si Chirusi no es un macaneador. Entonces lo leo con más atención.

Claro, yo comprendo. Este hombre viene impresionado de entrada. Le han dicho que aquí la cosa es terrible, y él se siente un héroe de película. Apenas sale del aeropuerto, ve signos alarmantes, que interpreta dirigidos contra él, Flash Gordon Chirusi.

Escuchemos su emocionante relato:

"No bien abandonamos las instalaciones del aeropuerto, apareció ante nuestra vista un cartel desalentador: 'No te fíes... de un extraño'. A partir de entonces, las seis palabras teníamos que encontrarlas hasta en los lugares más sorprendentes. Seis palabras que, como otros tantos candados, cerraban nuestra boca cada vez que decidíamos entablar charla con nuestro invitado, el Cabo rebelde. *La advertencia de marras nos recordó a otras similares en países en guerra, donde trata de formarse una conciencia de discreción para impedir, dentro de lo posible, la acción de espías y saboteadores ".*

¡Joño!, como dicen aquí. Experiencia fuerte la que ha tenido que pasar este Flash Gordon Chirusi, que viene a Cuba con una misión especial, y nomás desembarca, se enfrenta con esos amenazantes canelones urdidos seguramente por INIT en combinación con la NKVD, más el Gosplán y el G-2, me llevo uno.

Pero el cartel lo obsesiona a Chirusi. ¿Si no lo obsesionara, cómo podría ponerlo de subtítulo en su nota?

Chirusi ha ido a comer y se ha encontrado (naturalmente) con checos y con chinos. Este encuentro le permite siniestras inferencias y un alegre olvido: los 30.000 chinos que viven aquí desde hace años. Pero el tema totalitario lo persigue:

"Salimos de la cafetería y no podemos menos de sonreír cuando a la luz rojiza de un cartelón de propaganda leemos: 'No te fíes... de un extraño'.

Ya antes ha descubierto:

"El automóvil sigue su marcha. En todo el trayecto se suceden los canelones con leyendas como éstas: 'Patria o muerte', 'Venceremos', 'No te fíes... de un extraño...'".

Pero aquí, confieso que yo estoy intrigado. En el tiempo que estoy, creo que he visto todos los carteles de La Habana. Pero éste, no te fíes de un extraño, no te fíes del asrepórter, no te fíes de Chirusi, que viene a descubrir el secreto de Cubanacán, ése juro que no lo he visto. Entonces le pregunto a un amigo:

–Che, decíme, ¿qué es "No te fíes... de un extraño"?

–¡Qué va a ser! Una película.

Compro el diario, y al fin descubro el anuncio que tanto alarmó a Chirusi: "Columbia Pictures presenta: 'No te fíes... de un extraño', en megascope, con Gwen Watford y Patrick Alien...".

¿Hace falta seguir? ¿Hace falta explicar que el artículo, la serie, todo lo que escriba sobre Cuba este señor Chirusi es la versión novelada de una imaginaria aventura?

Claro que él mismo lo dice cada vez que repite lacrimosamente: "Ésta no es La Habana". Claro que no lo es.

Contáte otra, viejo. Ésa, ya la vimos.

GUATEMALA, UNA DIPLOMACIA DE RODILLAS

Un cable de United Press, fechado en Washington el 23 de febrero último, dice que "los Estados Unidos han sometido a diligente estudio una petición recibida del gobierno de Guatemala para que se celebren conversaciones formales inmediatas sobre la infiltración comunista en Latinoamérica a través de Cuba".

La gente desprevenida podría pensar que Guatemala es un país independiente, que sigue una política exterior autónoma. Creo que los documentos que mostraré disiparán esa ilusión. Y que serán una pieza importante el día en que algún guatemalteco se proponga escribir la historia del senil general Ydígoras.

Pero, desde luego, estos documentos no atañen sólo a Guatemala. Atañen también a Cuba, país al que constantemente se acusa de "intervenir" en los asuntos de otros países latinoamericanos, pero que en realidad es objeto de una dilatada y vergonzante confabulación de otras cancillerías "hermanas", como enseguida se verá.

Atañen también a Estados Unidos, empeñado con respecto a nuestros países, y particularmente con respecto a la pequeña isla, en una ciega política imperial. Espero que los documentos "altamente secretos" que aquí se publican por primera vez sean un aporte para la historia todavía inconclusa de esa política del gran garrote, que no ha terminado con Kennedy como supone alguna gente ingenua.

Y atañen, finalmente, a toda Latinoamérica. Porque la pequeña vergüenza, la pequeña sumisión, la pequeña intriga que exhibiremos, no son más que un paradigma. Otros gobiernos que no mencionaremos ahora, también las cultivan a espaldas de sus pueblos.

A la larga –pensamos– todo será inútil: todo este siniestro acomodo con el gran imperio contra la pequeña nación. Pero entretanto es bueno sumergirse en la vergüenza de ser latinoamericanos –de saber que otros latinoamericanos hacen esto– para que algún día podamos superarla.

Los papeles que me propongo revelar son una parte de la correspondencia cablegráfica cursada del 14/11/60 al 26/1/61 entre el gobierno guatemalteco y sus embajadores en Washington y en la OEA.

Estos mensajes no fueron robados, como se estilaba en las antiguas novelas de espionaje. Fueron simplemente monitoreados en algún lugar del Caribe, y llegaron a mis manos por medios que aún no puedo revelar.

La intercepción de radiocomunicaciones es una operación bastante corriente, aunque el gran público –que suele fiar sus más tiernos sentimientos a la fragilidad de un telegrama– lo ignore. Teóricamente pueden realizarla no sólo los gobiernos y sus servicios de informaciones, sino cualquiera, que disponga de un receptor de radio-teletipo: basta sintonizar la frecuencia de la estación emisora, y el "teleprinter" escribe en una banda de papel el mismo mensaje que a millares de kilómetros de distancia está esperando el destinatario.

Algunas cancillerías utilizan un canal propio de radioteletipo, y otras acuden a las compañías cablegráficas comerciales. Para el caso, no hay ninguna diferencia: todo lo que anda suelto por el aire puede captarse si se dispone del receptor adecuado.

El gobierno de Guatemala (y otros) utiliza los servicios de la Tropical Radio, nombre de la compañía norteamericana que sirve a Centroamérica.

Naturalmente, las cancillerías usan –desde el siglo XVI– el lenguaje cifrado para su correspondencia. Todos los mensajes de que voy a ocuparme, salvo uno que fue enviado con la prisa del miedo, están escritos en clave.

Una antigua afición por la criptografía (sobre la que ya hace años escribí algunos artículos) y cierta dosis de paciencia, me permitieron, *a)* descubrir el sistema básico de cifrado que usa, y que usará hasta el momento en que aparezca este artículo, el gobierno guatemalteco; *b)* determinar las distintas claves

convenidas con las distintas embajadas, y *c)* recuperar la nueva clave cada vez que el gobierno de Ydígoras la cambiaba.

LA VOZ DEL MIEDO

El 13 de noviembre de 1960 estalló en Puerto Barrios una sedición que en cuarenta y ocho horas fue aplastada con ayuda de aviones norteamericanos estacionados en la "base secreta" de Retalhuleu, llamada más tarde a adquirir notoriedad periodística cuando el *New York Times* la descubrió como trampolín de operaciones contra Cuba.

(No era la primera vez que pilotos norteamericanos realizaban ejercicios de guerra sobre suelo guatemalteco: ya habían mostrado su puntería destripando civiles en 1954.)

El aterrado general Ydígoras sólo pensó en pedir ayuda a sus amos, aunque luego se demostró que aquél era un movimiento puramente interno de militares derechistas. Su embajador en Washington solicitó la intervención directa del Departamento de Estado, y el general Eisenhower, como se recordará, ordenó el patrullaje naval y aéreo de la zona del Caribe.

Más tarde Ydígoras pretendió disimular esta afrentosa declinación de la soberanía guatemalteca. El gobierno norteamericano se vio obligado entonces a divulgar el pedido expreso de intervención que le había dirigido el embajador guatemalteco.

El embajador, desde luego, no se había excedido en sus funciones. Simplemente se había limitado a cumplir las instrucciones recibidas por cable. Ese mensaje fue despachado el 14 de noviembre a las 12.52, hora de Guatemala, vía Tropical. Fue monitoreado (es decir, captado y registrado) en algún lugar del Caribe, y la fotocopia de ese monitoreo aparece ahora aquí.

Dice el interesante radiograma en su primera parte, escrita en claro:

ETAT DELEGUATOEA WASHINGTONDC

1788 SÍRVASE PONERSE DE ACUERDO CON REPRESENTANTE NICARAGUA ANTE CONSEJO OEA PARA PEDIR CONJUNTAMENTE CONVOCATORIA REUNIÓN DE CONSULTA MINISTROS DE RELACIONES EXTERIORES DE ACUERDO ARTÍCULO SEXTO TRATADO INTERAMERICANO ASISTENCIA RECÍPROCA... OBJETO CONSIDERAR PELIGRO EN QUE SE HALLAN REPÚBLICAS GUATEMALA NICARAGUA EN VISTA MOVIMIENTOS ARMADOS PATROCINADOS FIDEL CASTRO Y DESCARADA INTERVENCIÓN SU GOBIERNO HA OCURRIDO ESTAS REPÚBLICAS. SUGIERA QUE POR LA NECESIDAD URGENTE TIENE NUESTRO PAÍS DE QUE LA ORGANIZACIÓN TOME LAS MEDIDAS APROPIADAS, DEBE CONSTITUIRSE EL CONSEJO Y ACTUAR PROVISIONALMENTE COMO ÓRGANO CONSULTA DE CONFORMIDAD ARTÍCULO DOCE. COMO MEDIDAS CONCRETAS DEBE TOMAR EL ÓRGANO PROVISIONAL PIDA PATRULLAS AÉREAS Y NAVALES PARA EVITAR DESEMBARCOS PROYECTADOS EN NUESTRAS COSTAS, Y COMISIÓN QUE VENGA A ESTA REPÚBLICA PARA CONSTATAR RELACIONES ENTRE MOVIMIENTO REBELDE Y GOBIERNO CUBANO. HAGA NOTAR QUE MOVIMIENTO REBELDE INICIÓSE CON ASESINATOS JEFES MILITARES Y RECALQUE QUE APODERAMIENTO PUERTO BARRIOS ES PARA RECIBIR AYUDA FIDEL CASTRO, SABIÉNDOSE QUE BARCO CUBANO SE APRESTA SALIR RUMBO DICHO PUERTO CON PERTRECHOS Y HOMBRES. RECUERDE QUE GOBIERNO GUATEMALA CON FECHA NUEVE MAYO AÑO EN CURSO PIDIÓ A COMISIÓN INTERAMERICANA DE PAZ QUE ENVIARA COMISIÓN A CUBA Y GUATEMALA, PARA CONSTATAR PREPARATIVOS DE INVASIÓN EN LA PRIMERA CONTRA LA SEGUNDA. ACTÚE CON LA MAYOR ENERGÍA. INFORME.

La acusación contra Cuba era tan infundada, que ni siquiera los turbios hermanos Somoza quisieron secundar a Ydígoras en la convocatoria de una reunión de cancilleres.

Pero la verdadera esencia de este cable está en las sesenta letras finales, escritas en clave. Es ahí donde el régimen de Ydígoras se desnuda.

UN POCO DE CRIPTOGRAFÍA

Es imposible, en un simple artículo, extenderse en explicaciones técnicas sobre los métodos para descriptar mensajes en clave. En un manual que tengo a mano, tales explicaciones abarcan cien páginas... Para los entendidos, basta decir que la cancillería guatemalteca utiliza (hasta el momento de aparecer este artículo) un sistema de sustitución literal variable en sus dos variantes principales (Vigenere y Beaufort) que se usan caprichosamente según una clave periódica incoherente de diez letras, con trasposición variable de columnas.

Para los no entendidos, es suficiente aclarar que el mensaje de sesenta letras que estamos tratando presenta, una vez descriptado, este aspecto:

CLAVES (mayúsculas en Vigenere,
minúsculas en Beaufort)

d s t R G a p y j w
O E G X G I L Q W K
p o n g a s e i n m
Z P L R Z M N K W D
e d i a t o c o n t
D Q A F Z T B M J E
a c t o t h o m a s
R S G E V A Y Y H I
m a n n p a r a c o
P B Q Z T A Y G P W
o r d i n a r s u a
B Q L F T D S B M Z
c c i o n x x x x x

Póngase inmediato contacto Thomas Mann para coordinar su acción

Como puede advertirse, el gobierno de Guatemala acudía al subsecretario del Departamento de Estado para combatir un levantamiento interior.

Pero esa misma noche, el régimen de Ydígoras iba aún más lejos. En su despacho cifrado número 1793, emitido a las 20.53, recomendaba a su embajador en Washington:

SOLICITE AYUDA EN MAR Y AIRE A GOBIERNO ESTADOS UNIDOS CON PROPÓSITO SE EVITE REBELDES RECIBAN DENTRO LÍMITES GUATÉMALA REFUERZOS O

ABASTECIMIENTOS DEL EXTERIOR PTO CONVIENE PONERSE ACUERDO DEPESTADO PTO ESTA GESTIÓN HÁCESE EJERCICIO PLENA SOBERANÍA PTO ACTÚE INMEDIATAMENTE.

"Ponerse de acuerdo con el Departamento de Estado" no le costó trabajo al embajador guatemalteco quien lo hizo a través de Thomas Mann, uno de los más tenaces intervencionistas contra Cuba, a quien Kennedy ha conservado en su gabinete.

Un portaaviones y varios cruceros y destructores norteamericanos zarparon inmediatamente hacia Guatemala, por orden de Eisenhower, quien en esta oportunidad no se molestó en consultar a la OEA. Los militares de Zacapa y Puerto Barrios, que probando su verdadera filiación se habían negado a dar armas a los civiles, fueron implacablemente bombardeados desde el aire, y debieron rendirse o escapar.

LAS "SANCIONES" CONTRA TRUJILLO

La política norteamericana frente a Cuba, a partir de mayo de 1959 (fecha en que comenzó la reforma agraria) se propuso tres objetivos básicos: *a)* convencer al resto del continente de que el gobierno cubano es una dictadura comunista; *b)* sobre esa convicción, promover su aislamiento diplomático; *c)* articular una acción colectiva para derrocar a Castro, so pretexto de defender al hemisferio occidental.

Para lograr el primero de esos objetivos, el Departamento de Estado tuvo como aliados naturales a las agencias noticiosas norteamericanas y a la gran prensa mercantil de nuestros países. Pero el aislamiento diplomático resultó más difícil porque algunos gobiernos comprendieron que la situación cubana es el más perfecto argumento para el chantaje que alternado con la sumisión constituyen las dos caras de su "política" ante Estados Unidos.

El argumento que esos gobiernos invocaron fue que, aun admitiendo que Castro fuese un dictador, no se lo podía derrocar sin antes derrocar a otro dictador que fue instalado por la marinería norteamericana en Santo Domingo, que lleva treinta años en el poder y que se llama Trujillo.

Venezuela se convirtió en el campeón de esa tesis por razones obvias: entre ellas, una bomba de procedencia dominicana que hizo saltar el automóvil del presidente venezolano y por poco lo mata.

Este infortunado episodio obligó a Estados Unidos a perder un tiempo en la partida ajedrecística empeñada contra Castro. La conferencia de Costa Rica, que había sido cuidadosamente planeada para condenar a Cuba, debió en cambio ocuparse de Trujillo. Venezuela presionó y obtuvo sanciones, mientras que Cuba apenas fue objeto de algunas efusiones verbales.

Pero los Estados Unidos, que eran los únicos que podían aplicar sanciones reales a Trujillo, no lo hicieron. Peor aún: le acordaron la cuota azucarera que le habían quitado a Cuba.

YO TE DOY UN VOTO, VOS ME DAS UN VOTO

En estas condiciones la maniobra en dos tiempos ideada por Estados Unidos no podía prosperar, y así lo hizo saber la cancillería venezolana. Empezaron laboriosas negociaciones, en las que al parecer el subsecretario Thomas Mann se inspiró en su homónimo, el novelista de *Las cabezas trocadas.* Se trataba de trocar la cabeza de Fidel por la de Trujillo.

Venezuela denunció que Trujillo preparaba una invasión contra su territorio, y pidió que se investigara en la propia República Dominicana. Trujillo aceptó alegremente. Cuando el presidente Ydígoras, un poco perplejo, le pide por mensaje cifrado a su embajador en la OEA "Sírvase explicar en qué se beneficiaría

Dominicana" con tal investigación, la repuesta es obvia: se trata de crear un precedente contra Cuba, y obligarla a que acepte la jurisdicción de las comisiones investigadoras en su suelo.

El mensaje cifrado número 201 enviado por el embajador guatemalteco en la OEA a su cancillería, el 2 de diciembre de 1960, aclara la cuestión:

ACABO ENTREVISTARME THOMAS MANN QUIEN DÍJOME DEPARTAMENTO ESTADO HA PEDIDO VENEZUELA AMPLÍE DENUNCIA PARA INCLUIR CUBA Y HACER INVESTIGACIÓN MÁS COMPLETA SEGÚN TRATADO RÍO PTO DE ACUERDO SU CABLE 1274 CONTINUARÉ GESTIONES EMBAJADORES COSTA RICA PANAMÁ PTO RUÉGOLE COMUNICAR TEXTO PRESENTE CABLE PRESREP.

Venezuela, sin embargo, insiste en que las sanciones contra Trujillo deben ser reales, y pide que se amplíen. Estados Unidos debe ceder, por lo menos en las formas. El delegado de Guatemala en la OEA, que se mueve activamente tratando de anudar los distintos hilos de la confabulación, comunica a su cancillería el 17 de diciembre, por mensaje cifrado número 224:

EMBAJADOR LOBO (DE BRASIL) DÍJOME HOY MÉXICO HONDURAS ESFUÉRZANSE EXTENDER SANCIONES DOMINICANA POR DECISIÓN CONSEJO OEA PTO MANIFESTÓME ESTADOS UNIDOS HA VARIADO ACTITUD Y AHORA FAVORECE PUNTOS VISTA VENEZUELA MÉXICO HONDURAS *POSIBLEMENTE CON OBJETO VENEZUELA RESPALDE ALGUNA ACCIÓN CONTRA CUBA* PTO DEPARTAMENTO JURÍDICO UNIÓN PANAMERICANA EMITIRÁ DICTAMEN SOBRE COMPETENCIA CONSEJO ADOPTAR TAL DECISIÓN PERO ESPÉRASE TAL DICTAMEN SEA DESFAVORABLE PUNTOS VISTA MÉXICO HONDURAS... BRASIL URUGUAY ARGENTINA CHILE ESTIMABAN DECISIÓN EXTENDER SANCIONES NO CORRESPONDE A CONSEJO SITUACIÓN ESTÁ FLUIDA CONTINUARÉ INFORMANDO.

Esta vez, sin embargo, los Estados Unidos parecen dispuestos a hacer el juego de Venezuela, a condición de que Betancourt los respalde luego contra Cuba. El cambio de actitud coincide con la designación de Philip Bonsal –hasta entonces embajador en Cuba– como delegado norteamericano a la OEA. El 20 de diciembre el delegado guatemalteco en la OEA comunica a su cancillería, por mensaje cifrado número 229:

MAÑANA COMISIÓN ENCARGADA ESTUDIO EXTENSIÓN SANCIONES CONTRA DOMINICANA PRESENTARÁ SU INFORME AL CONSEJO OEA PTO DICHO INFORME NO SERÁ VOTADO MAÑANA PTO EN ÉL RECOMIÉNDASE GOBIERNOS AMPLÍEN SANCIONES AUNQUE DECISIÓN HACERLO ASÍ O NO ES POTESTATIVO CADA GOBIERNO AMERICANO PTO HOY SOLICITÓME FORMALMENTE EMBAJADOR BONSAL APOYO NUESTRO GOBIERNO DICHO INFORME PTO ENTIENDO DEPARTAMENTO ESTADO HACE GESTIONES DIFERENTES CANCILLERÍAS *OBJETO RESPALDAR VENEZUELA Y SENTAR PRECEDENTE CONTRA CUBA* PTO HOY ENVIÉ DOS NOTAS CANCILLERÍA EXPLICANDO ASUNTO.

Naturalmente, las gestiones del Departamento de Estado tuvieron éxito. Los votos ya están canjeados. Ahora será más que interesante –a la luz de estos documentos– observar la actitud que asume Venezuela en la próxima conferencia de Quito.

LA PRÓXIMA JUGADA

El odio infantil de Ydígoras a la Revolución Cubana no se agota en estos juegos. En los ratos que le deja libre la tarea de proteger a sus embajadores toxicómanos (uno de ellos, Mauricio Rosal, fue recientemente condenado a diez años de cárcel en Estados Unidos) o de adaptar a las necesidades guatemaltecas la nueva ley francesa de represión del periodismo, se dedica a cumplir con pintoresca tozudez el papel de agitador contra Cuba que le ha asignado el *State Department.*

En este papel, sin embargo, estuvo a punto de ser aventajado por el delegado argentino a la Junta Interamericana de Defensa, general Villarruel. La maniobra está todavía en desarrollo, pero apunta bastante lejos. Se trata en suma de expulsar a Cuba de la Junta, e inmediatamente crear esa policía interamericana que ha de ser la panacea contra las revoluciones sociales. Villarruel pretendía que Cuba renunciara a una presunta alianza militar con Rusia. Ydígoras fue más lejos: quiere que Cuba sea expulsada de la Junta, quizá para que tantos ilustres generales como allí se reúnen no tengan que escuchar las lindezas que de ellos dice el único delegado que alguna vez estuvo en combate, el comandante Moleón.

El 5 de enero de este año, en mensaje cifrado 008, el embajador guatemalteco en la OEA comunicaba a su cancillería este informe relativo a la próxima conferencia de Quito:

REPRESENTANTE URUGUAYO COMUNICÓME AYER POSICIÓN SU CANCILLERÍA PARA AMPLIAR PROGRAMA UNDÉCIMA CONFERENCIA EFECTO CONSIDERAR PENETRACIÓN COMUNISTA AMÉRICA Y GRAVE SITUACIÓN PLANTEADA JUNTA INTERAMERICANA DEFENSA PTO INSTÓME NUESTRA CANCILLERÍA HICIERA CONSULTAS SOBRE PARTICULAR CON CANCILLERÍA URUGUAYA PTO POSIBLEMENTE CORONADO LIRA (EMBAJADOR DE GUATEMALA EN LA ARGENTINA) PUEDA GESTIONAR MONTEVIDEO BUENOS AIRES QUE ARGENTINA SOLICITE INCLUSIÓN TEMA SITUACIÓN JUNTA INTERAMERICANA DEFENSA PARA PRIMERO VINCULAR MÁS ESTRECHAMENTE ESTE ORGANISMO A LA OEA SEGUNDO LOGRAR PRONUNCIAMIENTO CATEGÓRICO SOBRE LEGÍTIMA DEFENSA COLECTIVA CONTINENTE TERCERO REITERAR CONDENACIÓN COMUNISMO Y CUARTO EXPULZAR (SIC) GOBIERNO CUBANO JUNTA INTERAMERICANA PTO EMBAJADOR ARGENTINO DÍJOME AYER CREÍA CONVENIENTE AMPLIAR CONFERENCIA Y PROMETIÓME COMUNICARME REACCIÓN SU CANCILLERÍA PTO DUELE A TÍTULO PERSONAL CREÍA INMEJORABLE ARGENTINA PROPUSIERA INCLUSIÓN TEMA SOBRE JUNTA INTERAMERICANA EN VISTA SU DELEGACIÓN MILITAR HABÍA TOMADO INICIATIVA PTO EMBAJADOR ECUADOR COMUNICÓSE ANOCHE CONMIGO Y DIÓME IMPRESIÓN NO FAVORECE IDEA AMPLIAR PROGRAMA CONFERENCIA POR TEMOR ELLO PROVOQUE POSTERGACIÓN MISMA PTO CONTINUARÉ INFORMÁNDOLE SOBRE REACCIÓN OTROS REPRESENTANTES.

Obsérvense las intenciones: no son mejores que la ortografía del señor embajador.

El 13 de enero el delegado guatemalteco insiste, en mensaje cifrado 024:

MI NOTA 243 Y CABLE OEA 008 HOY HABLÉ CON EMBAJADOR ARGENTINO SOBRE CONVENIENCIA INCLUIR SIGUIENTE TEMA PROGRAMA CONFERENCIA QUITO COMILLAS MEDIDAS NECESARIAS PARA AFIANZAR LA SEGURIDAD POLÍTICO GUIÓN MILITAR DEL CONTINENTE FRENTE A LAS ACTIVIDADES EXPANSIONISTAS DEL COMUNISMO INTERNACIONAL EN RELACIÓN CON LA COMPOSICIÓN DE LA JUNTA INTERAMERICANA COMILLAS PTO GUATEMALA PANAMÁ PERÚ O COLOMBIA ARGENTINA Y URUGUAY PUEDEN SOLICITAR INCLUSIÓN DICHO TEMA FUNDAMENTÁNDOSE EN PETICIÓN 2 ABRIL 1959 JUNTA INTERAMERICANA COMA EN INFORME Y RESOLUCIÓN 15 DICIEMBRE 1960 DICHO ORGANISMO COMA EN TERCERA RESOLUCIÓN CUARTA REUNIÓN CONSULTA MINISTROS RELACIONES EXTERIORES Y EN PLAN MILITAR GENERAL DE LA JUNTA PTO POSIBLEMENTE PERÚ NO ACEPTE PORQUE NO QUERRÁ COMPROMETER SU ASISTENCIA CONFERENCIA PERO PODRÍA HACER GESTIONES BOGOTÁ PTO SOLICITUD TENDRÍA

MUCHA FUERZA SI SUSCRIBIÉRANLA CINCO PAÍSES AMERICANOS PTO AMPLIARÉ AÉREO DETALLES MI INICIATIVA.

Quedamos enterados, pues, de cómo se gestó la maniobra. La cancillería guatemalteca ha contribuido –involuntariamente, sin duda– a iluminar el escenario de la política latinoamericana.

Podría seguir. Pero creo que ya queda de manifiesto la índole de esta política servil y su conexión con el gobierno norteamericano.

Sólo agregaré un detalle pintoresco: los motivos que tuvo el régimen de Ydígoras para ser el primero en reconocer a la siniestra camarilla militar que a fines de enero tomó el poder en El Salvador, sobre los cadáveres de decenas de estudiantes masacrados en la calles. Dice así el mensaje cifrado número 107 del 26 de enero, dirigido al embajador Alejos y firmado por el "Señor Presidente":

COMUNIQUE DEPARTAMENTO ESTADO QUE SIENDO UN MOVIMIENTO REIVINDICADOR DE LA CONSTITUCIÓN Y MUY ANTICOMUNISTA EL QUE ESTÁ REALIZANDO EN SAN SALVADOR EL NUEVO DIRECTORIO CÍVICO MILITAR PRESIDIDO POR EL CORONEL ANÍBAL PORTILLO MI GOBIERNO LO RECONOCERÁ HOY ANTES DE MEDIODÍA PTO INFORME IMPRESIÓN CAUSE RECONOCIMIENTO.

No sé qué impresión causó ese reconocimiento en Washington. En otros lugares la impresión era muy clara: el viejo cómplice de Ubico, el adecuado sucesor de Castillo Armas empezaba a sentirse bien acompañado.

LA ULTIMA PIRUETA DE ALLEN DULLES EN ARGENTINA

Los servicios de informaciones lanzan su más ambiciosa maniobra internacional como hundir a Lechín y rasguñar a Castro ¿Militares argentinos dejan de intervenir en Paraguay para intervenir en Bolivia? Adiós a Allen Dulles.

La más fantástica operación de inteligencia militar, con proyecciones incalculables, está culminando en estos momentos simultáneamente en La Paz, Lima, Buenos Aires, Miami y Washington.

Su objetivo inmediato es la ruptura provocada de la Argentina con Cuba. Su objetivo secundario, facilitar la toma del poder por la derecha boliviana y el resurgimiento de la casta militar en ese país.

Participarían en ella por lo menos un servicio de informaciones argentino, exilados cubanos en Miami e indudablemente la CÍA (Agencia Central de Inteligencia) norteamericana.

Dos de las etapas del operativo se han realizado ya con relativo éxito, a tal punto que el público no las ha relacionado entre sí hasta el momento en que escribo esta nota, 28 de setiembre.

La primera etapa consistió en la publicación casi simultánea en Lima y Buenos Aires de sensacionales denuncias sobre tráfico de alcaloides.

La segunda fue la renuncia a su cargo por un oscuro funcionario consular cubano, que apareció después en Miami, con presuntos documentos robados a la embajada de su país en Buenos Aires.

El nexo entre estos dos episodios aparentemente desvinculados son los nombres de dos funcionarios bolivianos que figuran tanto en las denuncias sobre tráfico de drogas como en los documentos de Miami. El candor con que esa coincidencia ha sido pasada por alto, hasta este momento, por la prensa seria, es profundamente conmovedor.

La revelación de esa coincidencia estaba planeada como el detonante de la tercera etapa, que era la ruptura de relaciones con Cuba.

PRIMER MOVIMIENTO

El 19 de julio de este año, *La Razón* publicó un artículo sobre el consumo de drogas en nuestro país, donde se afirmaba que "uno se los cerebros máximos del tráfico de drogas es nada menos que una altísima figura de la legislatura nacional". El autor del artículo era el periodista Francisco Mario Vucetich.

El artículo formaba parte de una campaña moralizadora iniciada anteriormente por ese vespertino y, al parecer, no estaba *todavía* vinculado al plan que comentamos.

Once días después un avión Constellation derribó en Santa Cruz de la Sierra, Solivia, a un caza Mustang de la fuerza aérea boliviana y al ser obligado a aterrizar se comprobó que llevaba un contrabando que al parecer incluía armas.

Este incidente puso en marcha la maniobra.

El 4 de agosto Vitalio de la Torre, cónsul cubano en Buenos Aires, renunció a su cargo por discrepancias ideológicas con su gobierno y se acogió al asilo. He conocido fugazmente al señor de la Torre; en una breve conversación que tuve con él en 1960, me confió que hacía más de veinte años que no pisaba Cuba. En la función consular había representado al gobierno del general Batista durante siete años.

El 12 de agosto lo que podríamos llamar operativo "Carambola" está en plena marcha. Esta vez la liebre salta en Lima. El diputado de Falange Boliviana Mario Gutiérrez declara a *La Prensa* de **es** ciudad: "Bajo el régimen de Paz Estensoro, Bolivia es una gigantesca fábrica de cocaína que está sirviendo para el tráfico de armamentos y la preparación de futuros fidelazos en la propia Solivia, en el Perú, en Chile y en Argentina".

Ahora empieza a funcionar la orquesta. El 23 entran los violines: *La Razón* publica en primera plana unas "Graves revelaciones del Diputado Outes". No se crean que no son graves. Son terribles, y no deben ser pasadas por alto en lo que tienen de concreto, aun cuando es obvio que la denuncia de Outes ya está siendo instrumentada para fines de política internacional.

Pablo Outes, diputado provincial de Salta (UCRP), afirma que la cocaína consumida en nuestro país procede de Bolivia, que los traficantes y pasadores son una veintena de personas a quienes nombra, que entre los complicados están el gobernador de Salta, Bernardino Biella, y el diputado nacional Jorge Raúl Decavi. Esta es la parte que podemos llamar concreta e investigable de su denuncia.

La segunda parte, que a nuestro juicio es instrumentada, es la que deja abierta la entrada a otros componentes de la orquesta. Consiste en la mención de dos nombres: el jefe de policía de Bolivia, coronel Luis Gayan Contador, y el funcionario boliviano José Requena, que según Outes dirigen el contrabando desde el lado boliviano de la frontera. Conviene retener esos dos nombres. Un mes después saldrán como conejos de la galera del mago, es decir la CÍA, a diez mil kilómetros de distancia. De Requena dice Outes que "puede decirse que tiene en sus manos el dominio de ambas fronteras". Reténgase también esta frase. Reténgase por último el nombre del ingeniero Guzmán, vicegobernador de Salta, "persona que viene trabajando con tenacidad y con sus propios medios privados en la investigación... del tráfico de drogas".

Pero la parte más interesante de la denuncia de Outes son dos frases que revelan quiénes son los que están aprovechando el caso en el plano internacional. La primera frase dice: "Viendo que no existía posibilidad alguna de encontrar colaboración por parte de los diputados, que responden directamente al gobernador Biella, abandoné ese camino y *busqué el apoyo de una institución nacional"*.

La segunda frase dice: "Pero he contado con colaboraciones diversas de particulares y *de una determinada institución nacional"*.

¿Cuál es esa institución? Outes lo calla pudorosamente.

Veinte días más tarde, el 12 de setiembre, entran los trombones.

Es una impresionante denuncia del vicegobernador Guzmán. Da no menos de cuarenta y cinco nombres de traficantes, pasadores y cómplices del contrabando de cocaína. Más que denuncia, es un verdadero *dossier*, arquitecturado con prolijidad que llamaríamos militar.

Se explica. El propio Guzmán lo explica: "He colaborado con el delegado de la Policía Federal, con el jefe del destacamento de la Gendarmería Nacional, con el *jefe en Salta del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE)..."*. Parece que ahora sabemos cuál es la "determinada institución nacional" a que se refería Outes.

Una vez más hay que distinguir en la denuncia de Guzmán, o preparada para Guzmán, el elemento original que se refiere al tráfico de drogas en sí, del elemento espurio agregado para forzar un cambio en la política internacional de nuestro país.

La denuncia de Guzmán, o preparada para Guzmán, apunta más alto que la de Outes. Menciona a Gayan Contador y a los hermanos Requena, pero su objetivo inmediato es el vicepresidente de Bolivia: "El hombre que desde hace diez años se halla al frente de este inagotable filón de dólares no es otro que Juan Lechín Oquendo". Lechín, dice Guzmán, "es un eficaz servidor del comunismo internacional". Ahí está la madre del borrego. China, dice Guzmán, exporta opio. La legación de Checoslovaquia en Bolivia, dice Guzmán, es una fábrica de cocaína. Está en todas este Guzmán.

Sin embargo, Lechín es poco. El "dossier" preparado para Guzmán es más ambicioso. "Paz Estensoro", dice Guzmán, "tampoco ignora lo referente al avión pirata, el cual antes de su reciente captura efectuó numerosos vuelos al exterior, llevando cocaína; *al regreso iba cargado con armas y municiones procedentes de Cuba, las que eran entregadas a agentes subversivos de Argentina, Chile y Perú"*.

Henos aquí, pues, en el punto final de la trayectoria de esta campaña sobre las drogas. El punto en que va a fundirse con la campaña contra Cuba, para obligar a Frondizi a romper relaciones con Castro. Durante cuarenta días han marchado cada una por su cuenta. Ahora convergen.

Lo malo de estos cerebros de la guerra psicológica, de estos subdesarrollados maestros de la intriga, de estos desposeídos heredados de Indochina vía coroneles franceses, es que piensan que el público es idiota. Y que nadie lee y recorta los diarios, sino ellos. Y que una campaña de un servicio de informaciones no se puede oler a una legua de distancia.

Al avión capturado en Bolivia a fines de julio pertenecía a la Lloyd Airlines, empresa norteamericana. La carga era embarcada por la Florida Freights, empresa norteamericana. Los televisores que transportaban eran norteamericanos. Su punto de partida y de regreso en los numerosos vuelos que realizó era Miami, ciudad norteamericana. Su piloto se llamaba Robinson, y era norteamericano. Si llevaba cocaína, pues, llevaba a Estados Unidos, quizás al mismo Santos Lavorante o al mismo George Raft (sí, el actor) que fueron sacados a patadas de Cuba en los primeros días de la revolución. Y si traía armas, las traía también de Estados Unidos, quizá de la misma compañía Interarmco con la que el Ejército argentino ha realizado tan buenos negocios.

En este punto, la denuncia de Guzmán es totalmente falsa, y totalmente puesta al servicio de los verdaderos agentes de la subversión y de la guerra psicológica que envenenan el aire de este país.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Mientras *La Razón* publicaba la denuncia de Guzmán, Vitalio de la Torre sacaba el obligado pasaje para Miami. Alrededor del 20 de setiembre se encontraba allí.

El dirigente anticastrista Tony Varona anunciaba una dramática conferencia de prensa donde se mostrarían documentos sustraídos de la embajada cubana en Buenos Aires, "por un diplomático cubano que rompió con Fidel Castro". El diplomático era don Vitalio.

A último momento, sin embargo, la conferencia se canceló, por intervención directa del Departamento de Estado. "El escándalo de la publicidad", explicó la United Press, "sería desagradable para Frondizi", que en ese momento se encontraba en Estados Unidos. Y agregaba la agencia norteamericana: "Si ante la creciente gravedad que plantea el contenido de los documentos, Frondizi se ve precisado *a romper sus relaciones diplomáticas con el gobierno de Fidel Castro,* inmediatamente la propaganda comunista echaría a volar la versión que fue por presión del imperialismo yanqui".

El mismo día, sin embargo, los inquietos exilados cubanos lograban que el *Washington Daily News* publicara un resumen de los documentos. Se trataba de presuntas cartas e instrucciones dirigidas al embajador cubano en Buenos Aires, León Antich, por el subsecretario de Relaciones Exteriores de Cuba, Carlos Olivares. *Y en ellas, desde luego, aparecían los dos nombres sabiamente plantados en el camino por las denuncias de Outes y Guzmán.*

Según la United Press, "en una carta se decía a Antich que se pusiera en contacto con un coronel *Gayan Contador* y un señor *Requena.* La carta informaba a Antich que esas dos personas *estaban encargadas de la frontera",* (recuérdese la frase del diputado Outes), "entre Bolivia, Argentina y Brasil... La carta encarecía que las entregas se ocultasen... La carta no revela en qué consistían las entregas...".

La confabulación está a la vista. A un mes de distancia, los nombres citados por Guzmán y por Outes aparecen citados en Miami. Los argentinos ya no creemos en estos milagros.

Todo se hace más claro cuando el 26 la UP divulga un extracto de las ciento setenta piezas de que se dice consta la "documentación", y esta documentación prevé un "plan" cubano de quince puntos, y el punto 8 de ese "plan" dice: "Utilización de la red de contrabando de drogas con base en Bolivia para introducir armas y material de propaganda en la región norte de Argentina".

Era aquí adonde querían llegar la CÍA y sus corresponsales en Argentina. A forzar una ruptura con Cuba, casi idéntica a la que en 1960, con análogos documentos falsificados, provocaron en el Perú. Si el presidente Prado se prestó a la maniobra, Frondizi le hizo decir a Prío Socarras que estaba durmiendo, cuando el famoso ladrón de veinte millones de dólares le fue a llevar los documentos.

Esto desencadenó el alud. En el momento en que termino este artículo llueven documentos por todas partes. Colman las primeras planas. Toda la ciudad está empapelada de documentos.

En mi próxima nota demostraré que, en un sentido, son demasiados documentos. Y que en otro sentido, son demasiado pocos.

En uno de ellos, por supuesto, aparece lo que al comenzar este artículo me palpitaba que iba a aparecer, una carta de la cancillería cubana a Antich donde entre otras cosas le dice: "Trate de establecer contactos personales con el coronel Gayan Contador y el señor Requena, los que, como hubo de informarle el Comandante Dr. Ernesto Guevara, son quienes *manejan la zona fronteriza".*

¿No les suena esta frase? Es la que ha pronunciado el diputado Outes.

Una simple ojeada a este diluvio de papeles revela contradicciones tan fabulosas que desde ya me atrevo a decir que los he de pulverizar en mi próxima nota. Para ello no necesitaré siquiera las fotocopias –que el Frente de exilados cubanos sólo ha entregado aquí a la prensa adicta. Me bastará con lo publicado en los diarios.

Por ahora apenas he de señalar un absurdo tan grueso que por sí solo destruye toda esta presunta documentación. Es el "documento" 318 que según *La Prensa* del 30 de setiembre está fechado en julio de 1961, y según *La Prensa* del día siguiente está fechado el 30 *de junio.* Pasemos por alto el detalle de que el 30 de junio Antich no estaba en Buenos Aires. Lo increíble es que este "documento" atribuye a Borlenghi la dirección –por cuenta del gobierno de La Habana– del movimiento peronista de izquierda.

El argentino que redactó este "documento", el mismo que habla de no "quemar" a Palacios, no sólo ignora que en Cuba no se habla el lunfardo, sino que *Borlenghi fue arrestado en La Habana al producirse la invasión de abril, e inmediatamente deportado por extranjero indeseable,* condición que conquistó por su amistad con el exiliado Pardo Liada.

El miércoles 27 de setiembre Kennedy relevó de su cargo a Alien Dulles, el jefe de la Agencia Central de Inteligencia, mundialmente famoso por la "Operación Guatemala", por el avión U-2 derribado en Rusia y por el célebre fiasco que en honor a sus organizadores ha pasado a la historia como la "Batalla de los Cochinos". Lo que estamos presenciando no es otra cosa que la última hazaña del desenfrenado conspirador y de sus atentos corresponsales en nuestro país.

A nosotros nos tocará desmontar alguna de las meditas del engranaje. Lo haremos con mucho placer.

FIN DE LA PRIMERA NOTA

LEA EN EL PRÓXIMO NUMERO: 2° NOTA.*

* No se ha podido confirmar la existencia de la anunciada segunda nota. (N. del E.)

EN 1966, CON 39 AÑOS CUMPLIDOS, Walsh publica su primera nota en Panorama *Si se hiciera una historia del periodismo gráfico en la Argentina que contemplara sobre todo los grandes momentos de modernización y variación estilística, en todos ellos aparecería el nombre de Walsh y en todos ellos aparecería* marginalmente. *En* Leoplán *Walsh colabora cuando la revista está lejos de los momentos de gran masividad de la década del cuarenta. Pero también es cierto que Walsh imprime en* Leoplán *algo que prenuncia el "nuevo periodismo " de los años sesenta, ese periodismo del cual* Primera Plana *y* Panorama *son ejemplos paradigmáticos. Y después estará también en* CGT *y en el* Semanario Villero *y en* ANCLA *y en* Cadena Informativa. *En* Panorama *Walsh escribe notas que son, en principio, un poco excéntricas en relación con el tono general de la revista y que pueden pensarse en correlación con los libros de cuentos que publica por esos años* (Los oficios terrestres *es de 1965, año en el que publica también sus obras de teatro,* Un kilo de oro *aparece en 1967). Años después, siendo ya famoso (como periodista y como escritor, como investigador y narrador), responderá a la pregunta "¿Por qué ha dejado de ejercer el periodismo?" formulada por la revista* Extra *(dirigida, como es notorio, por Bernardo Neustadt) con una contundente respuesta: "Sólo me interesa escribir para muchos. No quiero escribir para ejecutivos. Esa es hoy la técnica periodística. A veces me tientan con cifras respetables, pero puedo resistir la tentación* ". *En el seno mismo del "periodismo para ejecutivos " (ese efecto de la época cuya burla estaba ya en el Manolita de Quino), Walsh planifica una serie de notas que constituyen, junto con* Operación Masacre, *el momento más alto de su producción periodística. Las "grandes notas" publicadas en* Panorama *en su primera época (Walsh fue despedido el 31 de mano de 1972, según telegrama del 28 de febrero de ese año) suman un total de diez, publicadas entre abril de 1966* y *diciembre de 1*967. *Esas notas aparecen aquí agrupadas en dos series diferentes, la primera de las cuales se reproduce a continuación y que toma como objeto de investigación el noreste argentino (Misiones, Corrientes, Chaco). A las notas de* Panorama se *agrega una nota publicada en* Adán *en noviembre de 1966 ("Viaje al fondo de los fantasmas") y una nota aparecida en* Georama *en 1969 ("Las ciudades fantasmas"), que se reproducirá más adelante pero que debe leerse en relación con éstas. En todas sus excursiones antropológicas, Walsh es acompañado por el fotógrafo Pablo Alonso (salvo en la nota para* Adán, *fotografiada por Barabino), que produce reportajes gráficos de gran calidad (parte de ese material fotográfico aparecerá en un volumen de iconografía, actualmente en preparación). Y en todas sus narraciones, Walsh incorpora al hombre de la cámara como un personaje más, o como una instancia necesaria para armar el punto de vista del relato. Walsh dice "fuimos ", "llegamos ", "vimos ". Es, seguramente, ese plural al que aludía en la respuesta a* Extra. *Muchas cosas podrían decirse de las notas siguientes: que son ejemplos perfectos de "antropología cultural", que están magistralmente narradas, que se hacen cargo de la palabra de los informantes o entrevistados tratando de respetar la textura y el ritmo de sus frases. Cada vez, Walsh describe situaciones y lo que a las personas (comunes, corrientes) les pasa en esas situaciones, por cierto ajenas al mundo de los modernos ejecutivos que, al menos imaginariamente, tendía a constituir, por el sesenta, el mercado de lectores. La modernidad latinoamericana, parece argumentar Walsh, no está parejamente repartida.*

CARNAVAL CATE

CORRIENTES: MOMO SE MOJA LOS PIES

El señor Boschetti miró al cielo y dijo:

–Con tal que no llueva. Parecía preocupado.

–Si la luna se hace con agua –agregó–, estamos perdidos.

Desde setiembre a febrero había llovido día por medio en Corrientes. Había grandes zonas inundadas y las pérdidas eran tremendas: 90% del algodón, 60% de tabaco, 80% de arroz. Pero lo que desesperaba al señor Boschetti era la posibilidad de que las lluvias arruinaran, además, el carnaval.

El próspero comerciante en farmacia y presidente de la comparsa Ara Berá no estaba solo en esa inquietud. Lo acompañaban decenas de organizadores, centenares de comparseros, millares de espectadores. En vastos galpones crecía un mundo de figuras mitológicas de yeso y de papel maché; los talleres de electrotecnia armaban para las carrozas centenares de tubos de cristal; de las tiendas a la calle se derramaban cascadas de lentejuelas y canutillos, arroyos de *strass*, perlas y piedras de colores. Las modistas y bordadoras profesionales no daban abasto y legiones de madres de familia cosían hasta altas horas de la noche.

Este frenesí encontraba chica la ciudad, se extendía a Buenos Aires donde pagaba 5.000 pesos el metro de lame francés; a Brasil, de donde importaba los últimos instrumentos de percusión para las escuelas de samba, o los más ruidosos *fagüeles;* a Alemania, de donde viajaba un grupo electrógeno comprado especialmente para iluminar una de las carrozas.

Alentando esa fiebre, en cada casa, en cada barrio, en cada oficina pública palpitaba una conflagración que comprometía a la ciudad entera.

BARBUDOS EN EL GALPÓN

–Los odio –dice la muchacha–. Los mataría. Los quemaría.

Sus labios tiemblan y en sus ojos oscuros arde una pasión furiosa. Se refiere, por supuesto, a la comparsa rival.

Durante enero y febrero el curso normal de la vida se detiene en Corrientes. Familias unidas por vieja amistad dejan de visitarse, noviazgos se rompen, negocios se suspenden, la agria política desaparece y una imponente ola de rivalidad, excitación, entusiasmo, sacude a la hermosa ciudad.

Protagonistas de esa lucha son las dos grandes comparsas que en seis años han resucitado el carnaval correntino para convertirlo en el más suntuoso, contradictorio y –por momentos– divertido espectáculo del país.

Ara Berá y Copacabana libran una guerra que amén de la competencia específica por el triunfo incluye la rivalidad económica, el espionaje, la diplomacia, la acción psicológica, y que encuentra su símbolo final en las descargas de explosivos que en los días de corso atruenan las calles.

En la campaña electoral de 1965 los partidos suspendieron toda actividad durante quince días porque sus actos no podían competir con las apariciones de las comparsas. Después, en las urnas hubo votos a favor de Copacabana y votos para Ara Berá.

La división alcanza los más altos estrados oficiales. En 1966 afectó espectacularmente al Ministerio de Obras Públicas, donde el ministro Ricardo Leconte era partidario influyente de Ara Berá mientras el subsecretario ingeniero Piazza integraba la comisión de Copacabana.

Con obvia lógica la psicosis bélica llega a los cuarteles y se realimenta en ellos. *Panorama* presenció este año el estallido en plena fiesta de cargas de TNT y pólvora, con mechas de incentivamiento que usa el Ejército para salvas y que, desde luego, no se compran en el quiosco de la esquina porque su proveedor es la Dirección General de Fabricaciones Militares. Como las dos comparsas desplegaron análogo poder de fuego, cabe deducir que su influencia en el sector viril de la sociedad es equivalente.

En el ámbito femenino, la guerra era más dulce, más material, más insidiosa. María Elvira Gallino Costa de Martínez, madre de Kalí I, reina de Copacabana, admitía haber "saqueado" las tiendas de Buenos Aires para realizar el vestuario de su hija, a un costo total de un millón y medio de pesos, solventado por el magnate naviero José G. Martínez.

Diego Ruiz, comerciante en automotores, gastó apenas 600.000 pesos para vestir a su hija, Graciela, de Ara Berá.

Por la radio los adversarios se desafiaban o se burlaban sin nombrarse en audiciones cotidianas. Una sutil diplomacia llevaba a las comparsas a los bailes de los barrios más lejanos en busca de aliados o del vasallaje de reinas menores.

Oficialmente nadie sabía qué temas presentarían las comparsas, qué tamaño tendrían las carrozas, cómo irían vestidas las reinas. Sobre este secreto prosperaba el espionaje y los más descalibrados rumores.

Recientes símbolos de la guerra revolucionaria estaban presentes en el custodiado galpón donde el pintor y director interino de Cultura, Rolando Díaz Cabral, armaba la carroza de Ara Berá. Rolando y sus comparseros se habían dejado la barba, y amenazaban no cortársela si perdían el premio carroza.

–Es un sacrificio –admitió Rolando–. En Corrientes la barba no se usa, y cuando usted sale a la calle, se expone a que le digan cualquier cosa.

El estado de emergencia provincial, que el gobierno había decretado poco antes por causa de las lluvias, estaba olvidado. El estado de catástrofe pertenecía al futuro de los papeles, de los borrosos planes de ayuda, y a la entraña del Paraná que en esos días iniciales de febrero se mantenía estacionario en su altura crítica, superior a los seis metros. La ciudad, alegremente le daba la espalda.

LA ERA DE LOS SANABRIA

Inútil acordarse del carnaval de los negros –hoy nostalgia de blancos– en el barrio Cambá-Cuá, de los corsos de La Cruz, o del Monumental Salón donde se jugaba a baldazos hasta que el agua llegaba a los tobillos. Hace diez años la fiesta estaba muerta, como en el resto del país.

Una cara, una frontera, de Comentes está vuelta hacia Brasil. En Libres, río por medio con Uruguayana, sobrevivían las carrozas, las comparsas, el son de los tambores. En 1961 los Sanabria, poderosos arroceros del lugar, los llevaron a Corrientes.

De este modo surgió Copacabana y con ella el Nuevo Carnaval. Fue de entrada un núcleo de gente rica, despreocupada, *caté.*

–Somos trescientos, pero trescientos bien –dice la señora Martínez.

El origen de Ara Berá es más incierto. Una versión que Copacabana propaga con evidente regocijo arguye que inicialmente fueron un grupo de "chicos" rechazados de la comparsa fundadora por su escasa edad.

–Es falso –niega indignada Ara Berá–. Tuvimos la misma idea y salimos al corso la misma noche.

Hasta aquí la historia con su germen de revisionismo. Olga Péndola Gallino (Copacabana) da una versión menos ortodoxa:

–Las comparsas las hicimos las chicas, porque cuando llegaba el carnaval los muchachos se iban a los barrios a bailar con las negritas.

En 1961 cada comparsa cabía en un camión. Hoy, necesita tres o cuatro cuadras para desplegarse. Los treinta comparseros de Ara Berá se han convertido en 430. Los de Copacabana, en 270. (Sin contar los grupos infantiles, que duplican esas cantidades.) El precio de un traje ha subido de 170 pesos a 20.000.

Para 1962, la competencia estaba firmemente establecida, con tres premios en disputa. Ara Berá ganó el de comparsa; Copacabana, los de reina y carroza. El esquema se repitió en años sucesivos, salvo un empate en comparsa en 1964.

Con la competencia nació la incontenible hostilidad. En 1962 un encuentro casual de ambos grupos (que ahora todos tratan de evitar) terminó a bastonazos en el Club Hércules. En 1964 Ara Berá, descontenta con el fallo, renunció ruidosamente al premio compartido. En 1965, Copacabana bailó de espaldas al gobernador y al jurado en la noche del desfile final.

Este año la lucha debía ser a muerte. Con idéntica firmeza, Copacabana y Ara Berá anunciaban que no admitirían fallos salomónicos ni el reparto disimulado de premios.

La consigna era todo o nada y, por consiguiente, el aniquilamiento del enemigo.

¿CATÉ O NO?

El mote de *caté* ("bien") que el público aplica a Copacabana provoca fogonazos de fastidio en Ara Berá:

–Nosotros somos tan *caté* como ellos, aunque ellos tengan ganas de largar más plata.

Un análisis superficial indica, sin embargo, que existe una diferenciación, siquiera sea en forma de tendencia. Los directivos de Copacabana se han reclutado preferentemente en la oligarquía terrateniente de ilustres apellidos (Sanabria, Goitia, Meana Colodrero); los de Ara Berá, en la ascendente burguesía de comerciantes y profesionales.

El esquema ayuda a comprender las características de ambos grupos. Ara Berá funciona todo el año con la eficacia de una empresa, ensayándose en los bailes y cobrando cuotas a sus asociados. Copacabana se dispersa el último día del corso, y un mes antes del nuevo carnaval su comisión directiva sale a juntar entre los amigos el millón que hace falta para poner la comparsa en movimiento.

Los triunfos ganados antes de 1966 apuntaban en el mismo sentido. Ara Berá ha sobresalido en comparsa, trabajo de equipo. Copacabana, en carroza y reina, valores individuales.

Más reveladora es la actitud del público. Pocos niegan la mayor popularidad de Ara Berá, aunque algunos la atribuyan a su nombre guaraní ("luz del cielo"). Copacabaneros sarcásticos les reprochan haber usado en sus protestas de 1964 carteles que decían "Ara Berá con el Pueblo", permitiendo que los siguieran imprevistas muchedumbres que coreaban el estribillo, completándolo: "Y el pueblo con Perón".

Voceros de Ara Berá aceptan estos favores casi en tono de disculpa. El único que asume claramente el compromiso de la popularidad es el coreógrafo Godofredo San Martín:

–Me gusta que la gente aplauda y se sienta con uno –dice–. Al fin y la cabo, el carnaval es el único espectáculo gratis que se le da a este pueblo.

REINAS VOLADORAS

Los instrumentos de la escuela de samba hicieron una brusca parada, las luces se apagaron y cinco mil personas alzaron la vista al cielo. Una enorme exclamación llenó el estadio del club San Martín.

Del otro lado del muro y de la calle, un vasto pájaro blanco rodeado de globos y flores avanzaba suspendido a diez metros sobre las atónitas miradas y en él se balanceaba Graciela Ruiz (16 años, alta, rubia), vestida con un traje de raso natural rosado y adornos de plumas y lentejuelas. Después los reflectores

de las fumadoras y la TV hicieron visible el aparejo que la llevaba desde un primer piso vecino hasta el escenario donde iba a ser coronada como Graciela de Ara Berá.

Sobre el redoble de tambores y el estallido de las bombas de luces, el público corea hasta la fatiga el estribillo "A-rá-be-rá so-lo" mientras Graciela sonríe y saluda y "en su corazón alocado", como dijo un emocionado cronista de *El Litoral*, "bulle una fiebre demasiado preciosa, casi alada, que la embarga, y tanta beatitud que le causa su cetro, perla sus mejillas bajo el manto del nocturno estival".

A una semana del primer corso, el golpe resultó duro para Copacabana, que aún debía coronar a su reina. Se rumoreó que Marta Martínez Gallino (Kalí I) descendería sobre el estadio en un helicóptero. Se dijo que sobre las tribunas caería nieve artificial. Pero la víspera del primer corso Kalí surgió bruscamente ante sus adictos entre columnas de fuego y humo en lo alto de una tribuna, ante el mar de admiradores.

Otro mar golpeaba ese 19 de febrero a las puertas de la ciudad.

El Alto Paraná venía creciendo desde el 6. La onda se sintió en Corrientes el 16, cuando el río subió a 6,11. Ahora estaba en 6,40 y creciendo. En Formosa había llovido 600 milímetros y 15.000 personas estaban ya sin techo. Junto con los carnavales, se iba perfilando la más grande catástrofe del Litoral argentino.

LAS COMPARSAS EN LA CALLE

El gigantesco zurdo Maracanhá y sus hermanos menores los zurdos y los bombos marcan el ritmo de samba que colma la noche y anuncia a la comparsa. La vanguardia de artillería instala sus morteros bajo el arco luminoso que invita al Carnaval Correntino y dispara sus primeras bombas de estruendo, sus cascadas de luces que se abren en el cielo, sus salvas de *foguetes* Caramurú: ha empezado el espectáculo que la ciudad aguarda desde hace meses.

En trescientos palcos, doce tribunas y los espacios que dejan libres en los 1.800 metros de la Avenida Costanera, 50.000 personas aplauden. Cuando el grupo de acróbatas dirigidos por el "Gran Cacique" Godofredo San Martín hace su demostración inicial ante la tribuna de Ara Berá, el público estruja hasta el agotamiento los lemas partidarios. Frente a Copacabana, el grito que se oye es:

–¡Al circo! ¡Al circo!

De este modo empieza la gran batalla. Ara Berá este año es una tribu sioux en desfile de fiesta. Astados brujos y hechiceras, rosados flamencos, bastoneras multicolores abren camino al grueso de comparseros ataviados de indios: las muchachas llevan trajes bordados en lentejuelas, polleras de flecos de seda y enormes tocados de plumas; los hombres visten de raso dorado y bailan empuñando un hacha.

En contragolpe con los grandes tambores, se oyen ahora los instrumentos menores de la escuela de samba, colocada en el centro: la *cuica* de raro sonido, los chucayos y tamborines, el *cuxé y la frigideira*, los panderos y el *recu-recu.* Siguiendo los cambiantes ritmos de samba lento, batucada o marcha, la comparsa baila desde que entra hasta que sale.

Copacabana 1966 presentó una fantasía titulada "Sueño de una noche de verano" con tema de cuento de hadas que incluía el catálogo completo de las fábulas: princesas, cortesanos, aves mágicas, un rey imaginario. Su escuela de samba era más débil, su coreografía más nebulosa, su vestuario más heterogéneo.

Cuando apareció la carroza, Rolando Díaz Cabral corrió a afeitarse la barba. Su optimismo era fundado, aunque todavía faltaban dos días de corso. Cada objeto estaba perfectamente terminado en la carroza construida por el carpintero Mario Buscaglia, pero la línea de conjunto (importante en un artefacto de tres acoplados y cuarenta metros de largo, tirado por dos tractores) era catastrófica; una dilatada llanura donde vagas ensoñaciones de liras y cisnes nunca terminaban de ponerse de acuerdo con otras ensoñaciones de hadas y aves del paraíso.

La carroza de Rolando, en cambio, crecía armónicamente: de una verídica piragua conducida por un indio, a través de una simbólica ofrenda, hasta llegar a la embarcación real que, aunque históricamente licenciosa,

daba al todo una línea sabia y ajustada. Por las dudas que alguien no reparase en tales menudencias, la carroza de Ara Berá superó en ocho metros a la de sus adversarios.

UN ROSTRO EN LA MUCHEDUMBRE

–¡Guampudo!

El grito dirigido al Gran Brujo de los Sioux colmó de carcajadas la tribuna de Copacabana. Una hora después y cien metros más lejos Ara Berá se desquitaba con voces de falsete al paso de un gigantesco arlequín de ceñido traje:

–¡María Pochola!

Enfrentadas Costanera por medio, las tribunas 5 y 10 eran la culminación de la fiesta. Copacabana ondulaba de banderas, de pañuelos, de brazos levantados. Ara Berá agitaba un vasto letrero, ensordecía con una sirena de barco, tapaba a la escuela de samba adversaria con una campana de bronce.

Sobre estos vaivenes crecían de pronto, como una marea, los encontrados nombres partidarios. Cuando el entusiasmo alcanzaba su climax, conatos de baile espontáneo desbordaban la calle.

Fuera de las dos mil personas que colmaban las tribunas partidarias, la actitud del grueso del público era ambivalente. Estaban allí desde temprano, se apiñaban en las veredas, aplaudían, pero la fiesta se les escapaba. Eran espectadores del show, no partícipes de una alegría colectiva, como si estuvieran presenciando un partido de fútbol ente húngaros e italianos.

A prudente distancia, en calles vecinas, hombres vencidos, mujeres con resto de pánico en los ojos, chicos semidesnudos miraban con asombro el paso de las comparsas. Eran los primeros evacuados de Puerto Vuelas y Puerto Bermejo, sepultados bajo las aguas, que acampaban entre colchones y desvencijados roperos.

Una parte del pueblo correntino desfilaba sin embargo en las comparsas menores, donde muchachas morenas que acababan de dejar el servicio o la fábrica arrastraban sobre el pavimento los zapatos del domingo; en las carrozas de barrio, con sus reinitas calladas, sentadas, humildes; en las murgas que a veces parodiaban ferozmente el esplendor de los ricos; en las mascaritas sueltas que solemnizaban el disparate y en los vergonzantes "travestis".

Una triste figura de luto, disfrazada con la ropa de todos los días, de mezclado invierno y verano, sol y lluvia, insospechada imagen de tiempo, se paseaba metódicamente frente a la alegría, se santiguaba ante cada tribuna, y la absolvía con inaudible conjuro.

–¿Usted de quién es, señora?

La vieja se quita el cigarro de la boca y su cara se pliega en muchas arrugas.

–Yo soy independiente, m'hijo.

LAS FALDAS REALES

Bailar a siete metros de altura: sonreír. Bailar sobre una plataforma de sesenta centímetros de lado: saludar. El tocado pesa ocho kilos: sonreír.

Las luces duelen enfocadas en la cara, los bichos enloquecidos en la noche tropical se cuelan por todas partes. Hay mariposas y cascarudos invisibles desde abajo: mover suavemente las piernas bajo la catarata de lame, la reina impávida ondula sobre el mundo ondulante.

Hay hileras de chicos morenos sentados en el cordón de la vereda, con sus enormes miradas, su admiración, sus palmoteos. Algunos están descalzos: pobrecitos. Las piedras brillan en sus ojos, las piedras verdes y rojas y cristalinas.

Hace quince años que baila, desde los cinco: español y clásico.

También habla francés y canta. Su autor preferido es Morris West. La sonrisa le sale natural, no necesita repetir "treintaitrés", como algunas.

Detrás de la oscura masa de gente está el río, también oscuro. Lejos, del otro lado, unas luces pálidas: Barranqueras, dicen que está inundada. Aquí mismo el agua lame el borde de la escalinata, en la Punta San Sebastián. Pero no va a subir, el murallón es alto.

Copacabana, miles de banderas: cantar. Ara Berá, gestos burlones y aplausos aislados: una sonrisa especial para ellos, un fulgor adicional de majestad inconmovible. Y que rabien.

El palco: su madre que grita, gesticula. Su padre, tranquilo como siempre, casi invisible. Su padre tiene un petrolero. Quiso llevarla al Japón, pero ella quiso estar aquí, y no en Japón; aquí, y no en Buenos Aires; con su comparsa y no en Europa: porque es comparsera de alma.

El palco del Gobernador, el jurado del que toda la comparsa desconfía. ¿Se atreverán? Entretanto, sonreír, bailar frente a las cámaras de TV, los fotógrafos, los periodistas, el mar de luces blancas.

Ahora dan la vuelta, puede aflojarse un poco, espantar un bicho, sonreír con menos apremio. Del otro lado viene Graciela, las carrozas se cruzan. El tocado es lindo, una gran nube de plumas blancas que parecen incandescentes. Sólo que ahí gastaron todo. Graciela baila y sonríe, como ella. Ella o yo. Pero Kalí se siente segura, recamada de piedras, mecida en sus cincuenta metros de tul.

Los dioses son caprichosos. A esa hora los seis jurados del corso unidos por telepática convicción anotaban en sus tarjetas un nombre casi desconocido que no era el de Kalí y no era el de Graciela.

FINAL DEL JUEGO

Ser jurado del corso es en Corrientes la manera más sencilla de perder una reputación.

–Aquí nadie puede ser neutral –dijo a *Panorama* el doctor Raúl *(Pino)* Balbastro, traumatólogo, presidente de Copacabana.

Sobre esta hipótesis, Copacabana había exigido un jurado "foráneo": Ara Berá se opuso. Copacabana amenazó retirarse. A último momento, con intervención del Intendente y del Gobernador, se llegó a una transacción: el municipio designaba a tres jurados locales; el Gobernador invitaba a tres "foráneos". Entre los primeros estuvo el general Laprida, comandante de la I División.

En la noche del 26 de febrero más de 6.000 personas se congregaron en el Club San Martín para escuchar el veredicto. Las comparsas en pleno cubrían las tribunas y en el estrado de honor aguardaban Graciela y Kalí, mientras en una reducida oficina del club se apiñaban nerviosamente doce personas entre autoridades, jurados y delegados.

Una veintena de reinas de barrio y de comparsas menores tenían derecho a competir por el reinado de carnaval. Todas fueron debidamente coronadas, agasajadas, fotografiadas. Pero nadie, en la calle, les daba la menor chance.

Se abrió la urna y se extrajo el primer voto, Favorecía a Ana Rosa Farizano, reina del barrio Cambá-Cuá. Un voto "foráneo", alcancé a pensar, mientras se abría el segundo, también favorable a Ana Rosa. Y el tercero y el cuarto, hasta llegar a seis a cero. El doctor Balbastro palideció apenas.

En cinco minutos estuvo consumado el desastre de Copacabana. Premio de carrozas: Ara Berá. Premio de comparsa: Ara Berá.

Al leerse el fallo, Kalí I consiguió mantener una impávida sonrisa mientras su mano izquierda desgarraba suavemente el tul de su vestido.

El desastre era más completo de lo que parecía a primera vista. Cuando encontramos a Ana Rosa (hasta ese momento no teníamos de ella una sola foto, una declaración), nos dijo:

–Siempre he sido partidaria de Ara Berá.

En una votación de rara unanimidad el jurado había conseguido lo que parecía imposible: dar a Ara Berá los tres premios, dos en propiedad y uno a través de una reina alisada.

En esos tensos momentos del último sábado de carnaval los altavoces del club llamaban con urgencia al prefecto Blanco, que era uno de los miembros del jurado. Pero no se trataba de corregir los fallos ni de modificar su cuidadosa redacción. Como prefecto general de la zona, era el encargado de dirigir las operaciones de salvamento, rescate y defensa contra la inundación.

Formosa estaba tapada. En el centro de Resistencia, río por medio, se andaba en canoa. Había 75.000 evacuados. "La economía litoraleña", dijo un sobrio despacho de prensa, "ha quedado destruida."

En el centro de ese mundo en derrumbe, Corrientes era una isla de fiesta.

LLUVIA Y SORDINA

Los voceros más moderados de Copacabana aceptaban los fallos de comparsa y carroza. El de reina los enfurecía. En casa de los Meana Colodrero, la desolación era indescriptible, los llantos femeninos menudeaban, y la señora Gallino de Martínez amenazaba dejar sin petróleo a Corrientes...

En pocos minutos, sin embargo, la comparsa se reorganizó y tuvo su momento más feliz. Reunida en pleno en la calle, prorrumpió en un baile espontáneo y ardoroso, entre el estruendo de las bombas que habían reservado para el triunfo. El doctor Balbastro cruzó su coche en la calle cortando el tránsito. Los automóviles de Ara Berá o de la Comisión Central del Carnaval que intentaron pasar fueron detenidos, zamarreados, abucheados. Cuando quiso intervenir la policía, el subsecretario Piazza la sacó con cajas destempladas.

A esas altas horas de la noche correntina, las linotipos terminaban de componer fatídicos titulares: *"Se extiende la inundación", "Remolcador hundido en Barranqueras", "Fiebre amarilla en Corrientes ".*

Copacabana sólo pensaba en vengar el agravio. El domingo no saldrían al desfile triunfal de las comparsas. O mejor, saldrían llevando de reina en carroza a una mona, propiedad de los Meana Colodrero.

El gobierno municipal se anticipó. Con exquisito sentido de la oportunidad, decretó la suspensión del desfile... por solidaridad con los inundados.

NÚMEROS, ARGUMENTO Y DEFENSA

Contra un fondo de pobladas tribunas se deslizaba una triste murga de inundados, campesinos en ruinas, electores desengañados. El versito decía:

Sobre la gran fiesta
de máscara y farsa
paseó su tristeza
la agraria comparsa.

De este modo satirizaba Chaqué, el filoso humorista de *El Litoral,* el contraste entre el lujoso carnaval ciudadano y la miseria del campo.

El gobierno provincial y el municipio aportan a los corsos una suma próxima a los diez millones de pesos. Las dos comparsas principales gastan en trajes catorce millones; en trajes de reina, dos millones; en carrozas, dos millones y medio; en cohetería, medio millón. Total, 29 millones.

Como dato comparativo puede citarse el presupuesto que anualmente dedica la provincia de Corrientes a la enseñanza media y artística: 28 millones 200 mil pesos.

En cada oportunidad que se le presentó, *Panorama* propuso el argumento a los comparseros. Alicia Gane (Copacabana) opinó que la pasión y el entusiasmo que Corrientes vuelca en su carnaval podrían canalizarse mejor, pero que entretanto, es importante comprobar que existen. El pintor Rolando Díaz Cabral sostuvo que el carnaval da a los numerosos artistas que trabajan en él la posibilidad de una comunicación masiva.

–Aquí usted hace una exposición y la ven cien personas. Una carroza la ven cien mil. Y una carroza también puede ser arte. El coreógrafo San Martín coincide y va más lejos:

–Con suprimir el carnaval –dice–, no se eliminaría uno solo de los males que sufre el pueblo correntino. Al contrario, se le quitaría la única diversión gratuita.

Pero ¿hay diversión? El interventor municipal, capitán Belascoain, pone en pasado esta definición: "Un producto de escenario donde el lujo y la rivalidad se enseñoreaban". Por ahora, eso es presente, a pesar de sus loables propósitos de "devolver el carnaval al pueblo, para que lo viva conforme a su propia manera de divertirse".

LA ISLA DE LOS RESUCITADOS

Dos enviados de Panorama *–Rodolfo Walsh y Pablo Alonso– pasaron una semana con los leprosos de la Isla del Cerrito, en la selva chaqueña, donde los monos aúllan como el viento y las víboras miran de cerca una larga hazaña. No era el paraíso, pero tampoco era la Isla del Diablo. Era una historia humana y una aventura humana. Desde estas páginas, los últimos parias del siglo XX asumen un rostro y reivindican una voz.*

A ese hombre no se le podía dar la mano, aunque uno terminara por sentirse su amigo. A esa muchacha no se la podía tocar, aunque su bonita cara de campesina sonriera y sus pechos bajo el vestido floreado fueran una inmemorial tentación. Todas las noches, cuando salíamos de la *zona y* volvíamos "a casa", Pablo y yo nos lavábamos las manos. Si uno se olvidaba, el otro coreaba el improvisado *jingle:*

"Agua y jabón, agua y jabón "

que era la receta exclusiva con que el mítico cabo Cardoso venía defraudando durante veinticinco años al bacilo de Hansen, ácido-alcohol-resistente.

Después nos enjuagábamos simbólicamente por dentro con ginebra y caíamos rendidos, a soñar cada uno sus sueños, sus biblias, sus diálogos con una nueva cara del mundo, hasta que los carayás aullaban a las seis de la mañana como un viento sostenido y voluntario.

En la ciudad de Corrientes, una semana antes, habíamos hablado con el director del Sanatorio Aberastury, uno de los cinco leprosarios que existen en el país. El doctor Iglesia autorizó el viaje y nos dio la llave de su propia casa en El Cerrito. En la madrugada siguiente viajamos a Paso de la Patria y embarcamos en la decrépita lancha que diariamente hace el cruce.

La boya Kilómetro 1244 marca sobre el Paraná la ubicación de la selvática isla de 12.000 hectáreas. Geográficamente pertenece al Chaco, pero un decreto del año 1926 la declaró reserva nacional, y leyes posteriores la adjudicaron al Ministerio de Salud Pública de la Nación.

Sobre la loma que le da nombre, los grandes edificios del sanatorio se divisan desde lejos en la temprana luz del sol. A ambos lados, la costa boscosa desciende hasta niveles de inundación, albergando los ranchos de los setecientos pobladores isleños a quienes la presencia del leprosario no ha conseguido intimidar.

En la confluencia misma del Paraguay y el Paraná, está el puerto. Allí el agua hierve permanentemente con sorda furia y los colores de los dos ríos –uno rojizo, otro azulado– no se mezclan nunca.

El camión que venía a recoger el personal de guardia nos llevó por el pavimento de un kilómetro hasta el sanatorio, donde viven y trabajan, en cuarenta grandes edificios, noventa y cinco empleados y 241 enfermos de lepra.

Con ellos íbamos a convivir una semana. Antes de salir de Buenos Aires, se nos dijo que usaríamos guardapolvos, gorros y guantes. No fue así, por suerte. En todos esos días entramos y salimos libremente de la *zona,* hablamos con los enfermos, visitamos sus pabellones y sus ranchos, nuestros grabadores y cámaras fotográficas reposaron en sus camas o en sus sillas.

No había otra forma de hacer el trabajo. En última instancia, nos ateníamos al dictamen del doctor Iglesia:

–La lepra es la menos contagiosa de todas las enfermedades infecciosas.

UN ROSTRO ANTIGUO

La zona de reclusión abarca unas diez hectáreas con veinte grandes pabellones. Un alambrado la separa del *bajo* o zona limpia, donde se distribuyen los edificios de la administración y vivienda del personal sano. Con sus naranjos, sus palos borrachos, sus canteros de teresitas y penachos dobles, su césped cortado, el sanatorio parece un gran parque. La edificación es excelente. Todo está limpio, cuidado, paradisíacamente ordenado.

–Pero vean primero lo peor –dijo el doctor Obregón, usando con nosotros una especie de psicología quirúrgica.

El pabellón de imposibilitados (cuarenta hombres y mujeres) era realmente lo peor, la desgracia sin atenuantes, la carne del hombre sometida a una lenta explosión, que arranca acá una mano y allá un pie y termina rodeándose de fealdad, ceguera, desesperanza, locura. Por más que uno haga, es difícil aceptar el mal gratuito en su formidable aparición. Uno se pregunta qué espíritu ordenador pudo planear –permitir– una cosa como ésta. No hay réplica, por supuesto, y es preciso aferrarse a algunas reflexiones salvadoras, algunos tibios consuelos.

El espíritu del hombre, por ejemplo, parece invencible cuando en el extremo de la aflicción se amuralla en el humor. Pronto hubo risas en el pabellón mientras el lenguaraz Gabino Lodi, de cincuenta años largos, contaba sus tres viajes a la muerte (tres operaciones) y su firme intención de "seguir mucho tiempo con el mono arriba". O al considerar a ese pedazo informe de ser que apodan *Gandhi y* del que todos se ríen en sordina, pero que persiste en sus ejercicios de concentración espiritual, en sus secretas abluciones, en sus diálogos rituales con un tiempo silencioso que se le escapa por cada una de sus llagas.

Después habló la razón:

–Este es el pasado –dijo el médico–. Son las reliquias de la era presulfónica.

EL MILAGRO SECRETO

Cuando en la década del treinta aparecieron las sulfas, nadie sospechó que cuarenta siglos de historia formal de la lepra iban a dar un vuelco.

Se conocía el bacilo causante del mal (Hansen); la descripción de síntomas figuraba desde la remota antigüedad en centenares de textos médicos y literarios; las formas benignas (tuberculoides), malignas (lepromatosas) e intermedias estaban clasificadas; pero en la curación no se había avanzado un paso.

Hacia 1950 las sulfonas madres y las sulfas lentas, administradas en inyecciones o comprimidos diarios, eran ya el tratamiento de rigor, y el viejo aceite de chalmugra –único paliativo conocido– ingresaba en el olvido.

Los resultados fueron tan espectaculares que se habló de curación definitiva. Empezó entonces una polémica que dura hasta hoy y que parece depender de matices verbales.

Todos aceptan, efectivamente, que en la mayoría de los casos el tratamiento detiene el avance de la enfermedad, y que en los casos más favorables la hace retroceder hasta que el bacilo desaparece. En ese momento el paciente está negativizado o "blanqueado". No es contagioso ni debe ser recluido, aunque tenga que seguir tratándose.

La resistencia de muchos médicos a hablar de curación se basa en lo prolongado del tratamiento. La lepra tiene el período de incubación más largo conocido, hasta veinte años, aunque el término medio oscile entre seis y ocho años. Hay que desandar ese largo camino.

Además, las sulfas son tóxicas: atacan el hígado y los riñones. Por último, la precocidad del diagnóstico y la internación parecen esenciales para un tratamiento eficaz. Contra esto conspiran en Argentina la ignorancia y la miseria de las zonas rurales donde cunde la lepra; una legislación reaccionaria que

explícitamente divide a los enfermos en ricos y pobres y pretende arrancar a éstos de sus casas policialmente, sin ocuparse de sus familias; y por último, una política sanitaria digna de un clásico país subdesarrollado.

El interjuego de estos factores es lo que en última instancia decide si un enfermo individual se "cura" o no. Tal vez cabe decir que la lepra es curable, aunque raramente sea curada. Pero la posibilidad está ahí.

En los cinco internados con sus dos mil enfermos, en los escasísimos dispensarios, en la mente de los ochenta leprólogos que existen en el país para atender a treinta mil personas afectadas, una imagen infamante de la lepra se ha ido derrumbando poco a poco.

Pero de algún modo es como si todo eso transcurriera en secreto, en el consternado silencio que la mera palabra inspira. Afuera, es como si nadie quisiera enterarse, como si el miedo, el desprecio y la ignorancia consumieran el corazón de los sanos.

–Hay que cambiar la imagen de la lepra –dice el doctor Harvey, subdirector del Cerrito–. Sin eso, nosotros no podemos hacer nada.

SÍNTOMA Y CALVARIO

Gabina Sánchez salió una mañana a cortar leña para su rancho. Cuando se hincó en el suelo, le brotó sangre de la rodilla.

–Sangre pasmada –dijo la curandera y le recetó unos yuyos.

A Isaías Obregón le aparecieron unos granitos en la cara. A Beatriz Tamayo, una mancha, cuando tenía siete años.

Fructuoso Agüero trabajaba en un alambrado, hace diez años: sintió como un "golpe de aire" en el ojo izquierdo y perdió la vista de ese lado.

Los síntomas varían, pero las historias convergen: una mujer, un hombre, un chico, viven ese momento crucial en que el mundo cambia para siempre. Casi invariablemente las víctimas pertenecen a un mismo sector social, la gente más desamparada de las provincias cálidas y pobres (índice en Corrientes: 7 por mil; resto del país: 1,5 por mil). La lepra baja a lo largo de los ríos tropicales y como sólo se contagia de persona a persona a través de un contacto prolongado y estrecho, ataca con preferencia a los que viven hacinados, en malas condiciones higiénicas y alimenticias.

¿Qué hace esa gente?

Algunos huyen, aterrados.

–Usted los ve ambulando por los caminos –dice el doctor Iglesia–. Cuando llegan a un pueblo, paran en las plazas, debajo de los árboles, como vagabundos, porque nadie quiere acercarse a ellos y ningún hospital los quiere recibir.

Otros disimulan y se quedan, hasta que la gente los reconoce por las manchas, las orejas hinchadas, *lafacies leonina*.

Entonces empieza el calvario.

–Parece que todo le mira a uno –dice con su golpeado acento paraguayo Ramona Chamorro, de 26 años.

–No le quieren recibir la plata –apunta el ex agricultor Antonio Winkler.

Y aun este insulto supremo para uno que fue poseedor, palidece ante la ofensa infligida a su hermano José, expulsado sin más trámite de su pueblo por la policía de Colonia Lisa (Chaco).

La queja está en todas partes. En los que no quieren salir de paseo aunque les den permiso. En los que no quieren irse aunque los den de alta. En el carpintero Vicente, que maneja las herramientas con los muñones de sus manos y no quiere dar su apellido "porque yo una vez estuve en la sociedad".

–Es una enfermedad muy vergonzosa –dice, repite este hombre joven, minuciosamente pulcro, incansablemente activo–. Usted no sabe dónde meterse.

La voz desciende como si tanteara las paredes de un pozo, la mirada retrocede hacia aquella mañana, la ropa colgada en una silla, y él desnudo entre las paredes blancas y lisas del consultorio, oyendo la palabra serena del médico...

ALCARAZ: EL DESPRECIO

...que tenía quince días para arreglar mis cosas, y que si no me presentaba, su deber y la policía... pero yo le contesté:

–No hay necesidad, doctor.

Y me vine esa tarde.

Cuando yo era yo, vivía en Santa Ana, provincia de Corrientes. Si usted conoce el pueblo, ha de recordar esas calles anchas como plazas, que siempre están cubiertas de pasto y la estación donde pasa el Económico. Ahí jugábamos de chicos con los Cañete y los hermanos Montero.

Con Juan íbamos a la doctrina, en la iglesia que hicieron hace más de cien años. A veces salíamos a hondear con goma, o a bolear cuervos. Así fue como al Ambrosio lo dejó medio sordo a Juan, cuando se le rompió la soga y le pegó con un hueso en el oído. Zapateaba Juan, y el Ambrosio déle reírse hasta que vio la sangre.

Cuando llegué a sexto, cerraron el grado. Entonces tuve que trabajar, en el matadero. Traía animales, desollaba las reses. Toda la noche, desde la una de la madrugada hasta mediodía. Ganaba diez pesos diarios y tenía once años.

Juan Romero era mayor que yo, un hombre. Un día desapareció y los hermanos y la mujer dijeron que estaba trabajando en Buenos Aires. Le cuento porque después lo encontré.

El servicio lo hice en la Armada, en Buenos Aires y en La Plata. Con Avelina Ramírez íbamos al cine los sábados, o salíamos con las chinitas. Era mi mejor amigo y me escribe hasta hoy, aunque yo esté acá adentro.

Cuando salí, me vine al Chaco, al ingenio de Las Palmas. Siempre he sido fuerte para el trabajo, pero ahí empecé a sentir un decaimiento en todo el cuerpo, y después me salieron granos en la cara y en el brazo. Lo peor fue cuando vi que se me caían las cejas al lavarme la cara. El médico me dijo que el hígado, pero ya tuve un mal palpito, y me vine al especialista.

Entonces resultó que era la lepra, la famosa. Era miércoles 22 de julio de 1960, a las once, hora del día.

Fui a ver a mi mamá. Lloró mucho, pero ya no quise quedarme, ya tuve mucha vergüenza, ya no quise saber más nada. En el cruce de Santa Ana tomé el ómnibus, y en Paso Patria la lancha. Llegué a las seis de la tarde y entré en el pabellón uno.

Me trajeron la comida, pero yo no cené. Fumé dos atados de cigarrillos en un rato nomás. Leía un diario que traje y de reojo miraba a la gente que venía entrando: alguno no tenía más la nariz, y alguno no tenía más la mano. Ay, ay, ay, yo no sabía qué hacer.

Esa noche pensé en tirarme al río. Mientras lo pensaba, me quedé dormido. Entonces soñé que no tenía más nariz, me levanté de un salto y me toqué la cara. Bueno, después amaneció, como siempre.

En la cocina me encontré con Juan Romero, el desaparecido. Me abrazaba y yo le dije:

–Así que vos estabas acá.

Los primeros días, era una tristeza. Pensaba en mi gente, y en Celestina, que era tan linda y tenía una cinturita así. En un año nos íbamos a casar. Le escribí, pero no le dije la verdad: le dije que me iba a trabajar al Paraguay.

A los cuatro meses salí por primera vez, y fui a verla. Le hablé bien, le conté todo. Lloró, es claro. Después hablé con los padres. Me querían mucho, pero cuando oyeron lepra, cambió la cosa. Ya me mostraron desprecio, y al fin me pidieron que me fuera.

No la vi más, ni la quiero ver, ni la busco cuando salgo. La desgracia más grande ya la tengo. Yo creo que ésta es la enfermedad más jorobada, y hay que tolerar todo.

La esperanza, es lo que no se pierde. Uno quiere vivir, y se olvida. Mire, aquí he trabajado de todo: en la cocina, en el archivo, en la intendencia. Fui conociendo a la gente, después tuve una compañera. Con ella hacemos dos sueldos, y siempre alcanza para una camisa, y a veces para un lujo.

El rancho, yo lo hice. Corté la madera y la acarreé a hombro. No gasté más que el clavo y el alambre.

El tratamiento lo sigo puntualmente. Ahora no tengo más esta manchita y ese alargamiento de la oreja, que se arregla con cirugía.

Cuando quiero salir, salgo. Por un día o por quince, nunca me niegan el permiso. Voy a mi pueblo, veo a mi viejita, paseo por Corrientes. A veces me olvido que soy leproso, y a veces me acuerdo, y a veces me hacen acordar. Le hablé de mi amigo Juan. De chico, él dormía conmigo y estábamos siempre juntos. La última vez que lo encontré en Santa Ana, yo le digo:

–¿No querés tomar una cerveza? Y él me dice:

–Sí.

Bueno, entramos en el bar y en el mostrador compré una cerveza, y tomé yo primero, como de costumbre, porque somos de confianza, ¿no?, y me olvidé que yo tenía esa enfermedad, tomé yo primero la cerveza y después le pasé la botella. Entonces él dijo:

–No, toma nomás, que yo voy a pedir otra.

Aquel sueño de la primera noche, no volví a tenerlo. A veces sueño que estoy con una amiga. A veces que peleo con un amigo: me encaja él una puñalada, le encajo yo otra. O con una víbora que quiere morderme, pero yo la mato, porque nunca disparé. Y muchas veces sueño que alguno llega y me ahorca, y así me encuentro afligido, afligido.

Ya no pienso en matarme. Lo pensé una vez y no quiso el destino.

Algún día voy a salir. Me iré para siempre, en el camión hasta el puerto, en la lancha hasta Paso Patria, en el ómnibus hasta Santa Ana...

LAS NUEVAS RAÍCES

El hacha brilla al sol y el árbol se derrumba. Es Eusebio Rodríguez, Nicasio Acosta o Ramón Vázquez, el que se para un momento a limpiarse el sudor del torso desnudo, y a mirar el claro ganado a la selva. De aquí salen diariamente doce metros cúbicos de leña para las cocinas y el horno de la panadería.

Las lluvias han inundado un potrero y hay que cavar una zanja para desaguarlo. Es Onofre Ortiz el que dice entre dos golpes de pala:

–Aquí el enfermo trabaja más que el sano.

En una pieza oscura hay doce hombres sentados en el suelo. Cada uno tiene una pila de mazorcas a su lado y desgrana el maíz con la mano. Se oye un ruido monótono, áspero, isócrono:

–El que nació burro sabe qué paso debe llevar –explica entre risas el capataz.

Hombres a caballo arrean ganado, mujeres sentadas cosen a máquina, oficinistas llenan sus planillas. Los internados hacen la mayor parte del trabajo en la colonia. Una partida del presupuesto a la que llaman "peculio" paga sus sueldos, que oscilan alrededor de los seis mil pesos mensuales.

De algún modo esa vasta actividad reproduce el mundo exterior, incluso en las protestas, la sorda rebeldía, el testimonio de las injusticias. Los sueldos se atrasan, la ropa no llega, la comida es mala, "hay hermanitos

que no tienen un centavo para comprar la leche". La cooperativa, que en los papeles pertenece a los enfermos, en la práctica funciona como un almacén caro, manejado por los sanos, sin rendir cuentas, ni dejar ganancias, ni conceder a sus presuntos dueños créditos mayores de 500 pesos.

Con todo, los ciento dos hombres y mujeres que en El Cerrito se ganan duramente la vida constituyen una minoría privilegiada. Son, casi siempre, los que tienen su rancho, preparan su comida aparte, compran su ropa, sus cigarrillos o su vino, viven "concubinados" y son acaso menos pobres de lo que serían afuera.

A veces llega un día en que el médico les dice:

–Puede irse. Le doy el alta. Y oye esta respuesta:

–No quiero irme.

Porque esa es su casa, su tierra, su gente.

LOS HIJOS DE LA ISLA

"Queda prohibido el matrimonio entre leprosos" dice brutalmente el artículo 17 de la ley 11.359.

Los leprosos no se casan: se juntan. Allí, como en las zonas rurales de donde procede el setenta por ciento, no hay sacerdote ni registro civil.

La hilera de quintas que se extienden a lo largo de dos kilómetros a espaldas del sanatorio son la antítesis de la villa miseria. Los ranchos de barro y paja están blanqueados, en los jardines hay flores, en los fondos se extienden plantaciones de mandioca, tabaco, banano, cultivadas en los ratos libres o los fines de semana.

De este modo viven alrededor de cincuenta parejas y unos veinte hombres solos. Teóricamente cada uno está inscripto en un pabellón. En la práctica son gente libre, que trabaja para un patrón –el sanatorio– y una vez por mes se presenta para la revisación de rutina. Este replanteo espontáneo de los términos normales de la vida es la mayor hazaña humana en El Cerrito.

A veces, en reuniones o bailes, hay borracheras, amagos de pelea. Entonces intervienen el comisario y sus tres agentes –internados– que tienen facultad para imponer arrestos. El contrabando, la quiniela y la pequeña usura no deforman demasiado el cuadro.

Entre 1960 y 1964 nacieron en el sanatorio 26 niños. La lepra no es hereditaria. Para evitar el contagio se aparta al recién nacido de la madre y se lo envía a la colonia infantil "Mi Esperanza", en Buenos Aires.

El índice de nacimientos bajó radicalmente de ocho en 1964 a dos en 1965, cuando los médicos comenzaron a esterilizar a las madres que lo pedían, mediante una ligadura de trompas.

–Y sí –dice Ramona Falcón, de 19 años–, yo le pedí. Y para qué, una queda a sufrir acá, y las criaturas se van.

Sentada en la cama, hojea una fotonovela. Por momentos, su vida se le presenta también así, como una fotonovela donde ella ama, y es amada, y es feliz, y despojada, pero incluso en los cuadros más duros consigue sonreír con una invulnerable sonrisa, la que traía cuando llegó...

RAMONA: EL AMOR

...a los trece años. Al principio me asusté porque creí que me iban a traer sola, pero cuando supe que venía con mi hermano, estuve más contenta. La primera que enfermó fue mi hermana, y después mi madre. Otro hermano se fue y no vino más. Eramos cinco en un ranchito de una sola pieza, y ahora quedó mi padre solo.

Él se afligió, sí que no. ¿No ve que yo era la más chica?

Mi padre trabajaba en una ladrillería. Se levantaba a las cinco de la mañana y volvía de noche. Yo le esperaba con la comida. Es alto, rubio, de ojos azules.

Yo le extraño, y extraño la junta: Gabriela y Estela Salcedo, con ellas salíamos en bicicleta y los sábados íbamos a la matine del Rex. Vivíamos en Pueblito Buenos Aires, ¿conoce?, es un barrio en Corrientes.

Al principio no me hallaba aquí. Después, en los bailes, me iba a mirar porque no tenía edad, hasta los dieciséis años no me dejó el director que baile. Pero ya antes de eso conocí a Ornar y me fui a vivir con él.

Era un alto, rubio, buen mozo. Veintitrés años tenía. Buenito, callado. Allá para el fondo teníamos un ranchito. Un año nomás estuve con él, después le dieron de alta y se fue, y no me escribió más y tuvo otra señora afuera.

Le extrañé, sí que no. Alrededor de dos meses, hasta que dejé de extrañarle y me fui con Felipe. A éste le quise mucho. Mire que Ornar era el primero, que le podía querer más, pero no. Felipe, él con todos se daba. Rato que estaba de balde, rato que se iba por ahí tocando guitarra. Tocaba punteado y cantaba.

El primer hijo, no quiso reconocer él. Me enojé, por un rato: a mí no me dura el enojo. Los dos últimos, ya reconoció él. Un varón y dos nenitas, rubios también. Alcancé a verlos cuando los tuve después se los llevaron. Ni tenerlos un rato, ni tocarlos, ni nada. Y sí, después le mandan la foto, y le dicen cómo están y que aumentaron de peso. Pero no es lo mismo. Una siempre los extraña.

A Felipe le gustaba tomar. Yo le retaba: Terehó coágüi, le decía, que se vaya. Pero él no se iba, porque no sabía guaraní, y se moría de risa. Cuando yo anduve grande de la última, se emborrachó una vuelta y cayó preso. Estuvo siete días y tuve que pedir al administrador por él. Lo sacaron entonces. Pero ya no quiso quedar más, porque él dice: "A mí me gusta tomar, y cada vez que tomo, me meten preso, entonces me voy", dice. Pidió su traslado a Posadas y se fue. Allá tiene otra señora, y sí, pero qué, hay que olvidarse.

Todos se van y me dejan. Ahora ando afilando con otro, pero éste es morocho. Me salieron mal los blancos...

EL TEJIDO SOCIAL

Expulsados del mundo, menos de la mitad de los leprosos del Cerrito han reconstruido el tejido social a imagen y semejanza de ese mundo. El que trabaja, gana dinero; el que tiene dinero, puede levantar su rancho; el que tiene un rancho, puede cultivar una quinta, llevar una mujer.

Pero igual que afuera, no todos tienen y no todos pueden.

Los fondos del peculio alcanzan para emplear a cien enfermos. Los ciento cuarenta restantes se convierten en desocupados, y así reaparecen las clases en el seno mismo de una sociedad de parias.

Teóricamente, la administración rota las vacantes. En la práctica, van siempre a los más dotados, los más hábiles, los menos enfermos.

Ser desocupado en el leprosario agota los límites de la desdicha. No es sólo el tedio, la sensación de inutilidad; es la desposesión misma.

Los que están en el peculio donan el cuatro por ciento de sus sueldos a los que no están. Pero esto también se parece demasiado a las formas que asume la caridad en el mundo exterior.

Las cifras de desocupación coinciden prácticamente con las cifras de los que deben aceptar la comida del sanatorio: ciento tres hombres y veintinueve mujeres. En ellos la queja asume acentos dramáticos:

–Estos hombres son unos desalmados –dicen simplemente refiriéndose al personal sano de la cocina–. El guiso sin sal; el cocido sin azúcar; la polenta cruda; los fideos sancochados.

Los que trabajan son felices. El sanatorio les da cuatro galletas y medio kilo diario de carne por persona, que pueden preparar a su gusto y a su tiempo, con las verduras de su quinta.

En términos de amor, de sexo, de simple compañía humana, la desigualdad se recorta sobre el mismo esquema, agravado por una circunstancia aparentemente fortuita. El número de hombres (164) es más de dos veces superior al de mujeres (77). Se comprende con facilidad que la posesión de una mujer sea particularmente codiciada. Se comprende también que las mujeres prefieran a los mejor dotados, los más fuertes y, por supuesto, a los que trabajan y tienen un rancho.

Para los demás, es la soledad, agregada a la pobreza y a la lepra. Entre estos solitarios, estos descontentos, se recluían los que tienen el ojo puesto en el ancho río y en la fuga.

NOSTALGIA Y FUGA

Lo encontramos una tarde de mucho calor, en camiseta, acodado a una cerca en el confín del camino donde sólo transitaba el polvo bajo la luz verdosa de los árboles.

Su mirada perdida veía pasar muchedumbres, autos, espejismos.

–¿Saben lo que yo quisiera? –dijo de golpe–. Quisiera estar sentado en la vereda, en un bar de la Avenida de Mayo, tomando una cerveza.

Nos miramos con Pablo y creo que el mismo deseo nos unió a los tres: irse, dejar esto, volver –¿por qué no?– a esa vereda que tanto extrañaba Bibiano Acuña. Sólo que para nosotros habían pasado cuatro días, y para este correntino aporteñado que lustraba como una magia algunas palabras del lunfardo –laburo, poligriyo– habían pasado muchos años, borrando el recorrido de la línea de ómnibus en que fue chofer, inundando la cancha de San Lorenzo y ahogando a sus multitudes, agriando para siempre los tangos de la orquesta de D' Arienzo.

Nos volvimos, nos íbamos ya sin nada que decirle, y todavía la voz cansada insistió con esta frase insólita:

–Buenos Aires, qué ciudad tan sagrada... –pero ya no hablaba con nosotros: los autos seguían desfilando, los tacos de una muchacha hacían sonar las baldosas, las vidrieras estaban llenas de billetes de lotería.

Cada uno elige el lugar, las circunstancias, las caras que extraña y que, en algún momento, se vuelven nostalgia intolerable: una vez cada diez días, término medio, un hombre o una mujer emprenden el camino de la fuga.

Unos pocos se apoderan de un bote y cruzan simplemente a Corrientes, al Paraguay, al Chaco. Los más aprovechan un permiso de salida y lo prolongan indefinidamente. De este modo se fueron del sanatorio, entre 1960 y 1965, un total de doscientos cuatro internados.

Algunos vuelven a los pocos meses, acosados por su enfermedad. Algunos reaparecen en las colonias de Posadas, Diamante, General Rodríguez. A otros, se los traga el mapa.

Esos eligieron una forma de protesta. Otra, casi insondable, se esconde entre las paredes de madera labrada a hacha, bajo los hermosos naranjos, donde vive este asceta de sesenta años, de larga melena, que ahora está sentado a la puerta de su rancho.

–Cunumí –dice–. Cunumichito.

Alza en sus brazos al perro manchado que es el más grande masticador de víboras y lleva ciento doce en su haber: pesado, glorioso y bichoco.

–Cunumí –dice el hombre, y las arrugas que bordean los ojos casi amarillos se triplican en sonrisa.

Algún día don Pedro Vallejo se decretó solo y para siempre, renunció de un golpe al amor, la dependencia, la amistad, se sumergió en los reinados inferiores: las plantas, el perro, el filo de la azada, el olor de la tierra, su roto lenguaje interior, donde los verbos se alargan en incesante contemplación, los tiempos se cambian, y él es él, pero es yo y es todos.

Deja el perro y mira la inmóvil franja de agua. El hombre mira...

VALLEJO: LA SOLEDAD

...miro salir el yacaré. A la hora de la siesta sale ahí en la Laguna. Es grande y viejo y solo, como yo. Porque francamente, señor, acá no quiero compañera, y estas mujeres no sirven más que para pelea. A mí me gusta demasiado cualquier cosa, pero tiene que ser, nicó, respetuosamente. Así que yo solo nomá, desde que llega acá, ya hace veinte años y algo, hace su ranchito y principia a levantar su quinta, porque demasiado me gusta la quinta, y todo este árbol, todo es mi plantaje.

Yo siempre, señor, estuve al lado e la madera, y allá en San Lorenzo trabajaba de leña, y más antes, trabajo de durmiente y de rollizo, porque la labranza de madera con hacha é, y aunque sea de noche, no le voy a errar el golpe.

Y bueno, un día viene el patrón y me dice:

–Pero usté, Vallejo, está enfermo. Jaechupé, *le digo yo:*

–¿Por qué, patrón? Yo nicó no me he dao cuenta de que es enfermo.

Me dice él:

–No, si usté es enfermo de esta enfermedá. Le digo yo:

–Pero bueno, si usté sabe de que tiene esta enfermedá, ¿por qué no busca forma para internarme alguna parte, patrón?

Entonces resulta que el patrón tiene un compadre, haragán él, y cuando necesita plata, va y le pide. Y un día, el patrón le dice de venir a matarme, por mi enfermedá. Y un derrepente, sábado a la tarde, viene este hombre. El finao, bah.

–Yo vengo a matar, Aña membú.

Yo sentaba acá al lado e la puerta y me levanto a conversar con él.

–Y ¿por qué, señor? –jaechupé–. *Yo nicó no tengo ninguna falta a usted.*

Pero ya él largó el caballo, con el revólver en la mano, y me pega acá, enterito en este cinto. Y yo saca también el arma porque sabe que es deveras y que necesita defender la vida. Y le pego acá garganta, Aña membuí.

Con un solo balazo se arregló.

Bueno, después fui a la cárcel, y después acá.

Yo nunca, señor, trabaja en el perculio, porque no garantían los caraí *el trabajo del perculio. Así que planto mi mandioca y vendo mis naranjas y ni un yuyo quiero en mi quinta, y mi rancho siempre en medio e la quinta. Alguna changuita siempre le buscan los compañerillos, para ganar unos reales, y yo no fuma ni gasta de lujo, para qué quiero lujo.*

Una vuelta me dice un compañero:

–¿Por qué pa no se va pasear allá en tu pueblo? Y le digo yo:

–Pero, ¿y dónde va llegar, dónde va ir a parar este hombre?

–Porque afuera arecó, *tenía una señora, pero ya fallezó, y también dejé un muchacho de catorce años, y yo le mandé cantidá de carta, pero nunca, nunca contestó. Así que yo encuentra de que no está allá ninguno de los che gente.*

Y otra vuelta me dice el director:

–Pero usté, don Vallejo, debe tener su propiedá. Y le digo yo:

–No nada, señor, nada, completamente nada.

Y por eso, nicó, vivo aquí tranquilo y no molesto, y a veces naide no habla a mí ni yo a naide. Si para mí es todo igual, señor, pero si alguno viene y me pide una mano, le doy, porque para mí es todo hermanaje, y yo toda la vida digo a ellos que más vale es pariente todo lo que está acá en este lugar pero ellos no creen,

cada cual tiene su capricho y hay muchos contrarios por causa del vino y las mujeres. Así que yo solo sigo nomás, y es Hunda señor mi quinta...

LOS HOMBRES DE BLANCO

De los veintinueve enfermos que inauguraron el Sanatorio Aberastury, hoy sólo quedan dos. Del personal, queda el cabo Cardoso.

Hace más de un cuarto de siglo que este hombre bajo y corpulento, que "debería ser médico" (admiten los doctores) se arremanga cotidianamente, lava úlceras, raspa o amputa con el bisturí y hasta ensaya una cirugía estética, sin usar guantes ni desinfectarse con otra cosa que agua y jabón, porque "la lepra no se cura a distancia" y "el alcohol, por dentro".

Los pabellones del Cerrito empezaron a construirse en 1927. La inauguración se realizó precipitadamente, por motivos políticos, en 1939. Entretanto los monos se habían apoderado de los edificios y no querían irse. Las víboras pululaban, y a las cinco de la tarde las nubes de mosquitos imponían reclusión tras el alambre tejido de ventanas y galerías.

–Nunca he visto nada igual –dice Cardoso, como si todavía no pudiera creerlo.

La historia del Cerrito transcurrió desde entonces con variada fortuna. El trabajo de los enfermos convirtió en jardín un pedazo de selva. Hacia 1945 la población se había estabilizado en sus niveles actuales de 230 a 250 internados que representan los casos más graves de la zona de influencia (correntinos: 47 por ciento; chaqueños: 20; el resto, en partes iguales, son paraguayos, fórmesenos, santafecinos).

El leproso no muere por consecuencia directa de su mal, sino por alguna enfermedad intercurrente, o por deficiencias hepáticas, cardíacas, etc., pero la estadística de mortalidad es el testimonio más impresionante de la eficacia de los nuevos tratamientos. En 1943 murieron en el Cerrito treinta enfermos. En 1965, apenas cuatro. De 1940 a 1965 fueron dados de alta ciento treinta internados.

El servicio médico-asistencial es hoy el mejor en la historia de la isla. Diez médicos y siete enfermeros, bajo la dirección del doctor Manuel Iglesia, cumplen un trabajo sin fallas, sobre el que *Panorama* no pudo recoger una sola queja.

Esa tarea es más valiosa si se advierte que en algunos aspectos debe contrariar la ley. El artículo que prohibe el matrimonio es pasado por alto por los que se concubinan con la tolerancia de la dirección. Pero esa tolerancia debería convertirse en colaboración activa para que el enfermo reconstruya su vida, tenga una pareja y levante su casa.

–Es lo único que puede retenerlos aquí –señala el doctor Obregón.

La deficiencia más grave, ya se dijo, es la desocupación que afecta al sesenta por ciento de los enfermos.

La solución radica en el Ministerio de Salud Pública de la Nación, que asigna anualmente al Sanatorio Aberastury un presupuesto de 40 millones de pesos, hoy insuficientes.

La mayoría de los médicos son correntinos y discípulos del doctor Iglesia, inclusive el doctor Sakamoto, hijo de japonés.

Peter Palamazczuk, en cambio, un anciano vigoroso y calvo que se incorpora marcialmente cuando entramos en el comedor y se sienta con una reverencia cuando nos hemos sentado, evoca una imagen instantánea, y acaso engañosa, de viejas películas.

Esa imagen no es grata, a primera vista, en el exceso de su antigua cortesía, en el resabio de autoridad que habita un cuerpo sometido a duras pruebas.

Este hombre está rodeado de leyenda: alguien cree saber que fue director de la obra social de Krupp, alguien ha visto una foto en que su ayudante llevaba la Cruz de Hierro, y a su alrededor resbalan las

conjeturas sobre un presunto título nobiliario o una alta jerarquía militar. *Herr* Palamazczuk sonríe, pero "solicita excusas por no responder".

Una nueva leyenda, más verificable, ha crecido sobre la vieja. Su nombre es el primero que acude a los enfermos del Cerrito.

–Palamachú –dice memorablemente el hachero Ramón Vázquez– es muy lastimoso.

El hombre que inspira esa lástima y recibe ese agradecimiento es el mismo que en Paso de la Patria curó un árbol desahuciado hasta hacerlo revivir, el que han visto internarse en bicicleta o en burro por caminos que ningún médico transita, y el que guarda las telas de colores con que recónditas tribus de Formosa y Paraguay retribuyeron simbólicamente sus curaciones.

Las heridas del árbol sanan, y las llagas de la lepra. Pero la memoria del hombre, tal vez, está siempre en carne viva.

PALAMAZCZUK

...En la vuelta del río está la red: es redonda y tiene dos alas. Por el río viene un pez: entra en la red y no puede salir. Eso ocurría sesenta años atrás, pero en mi cabeza ocurre ahora. El lugar se llamaba Wolynien; la aldea se llamaba Reñenietz. El país se llamó Polonia, y después Rusia, y después Alemania. Mi padre era polaco, mi madre alemana. Yo elegí: Alemania.

En los momentos más duros de mi vida, siempre veo las colinas boscosas que bajan de los Cárpatos, y allá abajo el sol en el trigo. Mi padre era dueño de la tierra, de los campos de remolacha, de avena, centeno. Los chicos de los campesinos jugaban con mis hermanos, conmigo. Mi padre era justo en su autoridad. Mi padre decía: "Aprende a comer papas. Si te dan faisán, mejor para ti".

Después, ciudades. Dresden, la ciudad de mi madre. Berlín, donde empecé medicina. Viena, cuya alegría alcancé a presenciar, no a compartir. La primera guerra, cífrente ruso, Lemberg.

Si alguna vez volviera, volvería a Praga, la ciudad dorada, sus viejos muros, la universidad alemana que fundó Carlomagno. Allí me recibí. Recuerdo a un hombre flaco, lampiño, de mediana estatura. Nunca hablé con él, pero comíamos en el mismo restaurante, en la Waslavsten Haremes. Se llamaba Kafka.

La guerra otra vez, la frontera que se mueve en el Cáucaso, las iglesias de Kiev, la retirada en la nieve a 43 grados bajo cero, y los motores de los tanques que no andaban ni siquiera con alcohol puro.

Mi cuerpo también está marcado, como el de ellos. Cuatro veces, en Rusia y en Italia. Aquí el brazo quedó colgando de unos hilos. Montecassino. No oí caer la bomba. Desperté a mil quinientos kilómetros. La retaguardia, Breslau. Pero ya no importaba, porque todo estaba perdido. Alemania vencida y mi familia muerta.

Para todo hay palabras. Para la lepra hay palabras. Para la guerra no. Ninguno de nosotros salió vivo. La guerra es la verdadera lepra. Pero en eso no quiero pensar: en el medio del río, está la red.

VIEJAS HISTORIAS

A la hora de la siesta en los ranchos donde los amigos se visitan y circula el mate; por las tardes bajo el alero de los pabellones cuando hombres y mujeres tocan la guitarra y cantan; por la noche en el bar donde crepitan los billares y dialogan las barajas del truco: siempre hay un silencio en puerta y un lugar para los fantasmas, la sangre derramada, las cosas que no volverán a ocurrir.

Ahí nomás, cuando cavaron la loma apareció el general brasileño en su uniforme de gala, estiradito y muerto desde los días de la Triple, cuando tuvieron aquí su arsenal. Allá, bajo un árbol, encontraron una onza de oro y desde entonces el cocinero Gómez anda de noche con un aparato que le vendieron para descubrir tesoros. Y esa última cruz del cementerio es la del finado Larrosa Núñez un hombre guapo como pocos.

Todo el mundo sabía que Larrosa y Pablo González se iban a topar alguna vez. Y ese día, cuando se desafiaron en el comedor, los dejaron salir porque nadie lo quería a González y creyeron que Larrosa lo iba a matar aunque no llevaba más que la mitad de un cuchillo de mesa contra el facón del otro. Y así pudo ser: Larrosa lo volteó de una trompada y lo iba a rematar en el suelo, pero entonces apareció la mujer de González y le sujetó los brazos. Ahí acabó Larrosa con ochenta y siete puñaladas "mal contadas", y para el matador no hubo cárcel sino traslado a otro leprosario.

Antes, no se enterraba a los muertos, se los quemaba en el crematorio. Cuando murió el padre Bocasini, guardián de La Merced en Comentes, que en su vejez enfermó de lepra, también lo llevaron al horno. Hubo escándalo al trascender la noticia, y hasta se dice que llegó protesta del Vaticano. Pero la época del crematorio acabó –cuenta el carpintero Vicente– cuando el finado Tomás Benítez no quiso por nada del mundo entrar en la parrilla. Y después que lo persuadieron, con muchos empujones, se vio que el hombre tenía *guaran* (gualicho) porque el horno dio un estampido y se rajó para siempre...

El personaje más extraño que pasó por el Cerrito es un internado que nunca llegó a estar leproso: Pancho, el hombre-mono. Las descripciones y las fotos coinciden en su aspecto simiesco. Fue capturado hacia 1917 en Vences Rincón (Corrientes) por el mayor Mesa, célebre perseguidor de gauchos, quien lo encontró desnudo y trepado a un árbol. Por ese entonces era un chico, pero nunca aprendió a hablar. No sabiendo qué hacer con él, lo llevaron al viejo lazareto de Comentes, y de ahí al Cerrito, donde vivió apaciblemente muchos años, hasta que murió en una operación de hernia. Todos recuerdan su carácter dulce y su aptitud para predecir la lluvia mediante una serie de sordos gruñidos.

La desesperación frente al carácter casi demoníaco que tenía antiguamente la enfermedad hizo nacer la creencia de que una picadura de víbora podía curarla. En los comienzos del sanatorio, varios internados afrontaron la ordalía. Tratados a tiempo, no murieron, aunque tampoco sanaron. Hoy nadie cree en esa terapéutica, pero los yuyos siguen gozando de confianza. Prácticamente no hay un enfermo que no tome la hoja de *paicu,* o el cogollo del *tapecué,* que es bueno para el hígado, o el universal "remedio fresco" que se prepara con raíz de una rastrera que llaman yerba tostada, molida y agregada al mate.

ADIÓS AL CERRITO

–A ver cuándo vuelven –decían candorosamente.

–Hasta pronto –respondíamos cruzando los dedos, aunque no por ellos.

Durante siglos la lepra fue tenida por castigo divino. Hoy no se puede ignorar que es un castigo humano. Su agente natural es el bacilo de Hansen. Su coagente es el hombre, y específicamente cierta clase de hombre, que es también el responsable de la anquilostomiasis que parásita al setenta por ciento de la población correntina; del analfabetismo para el que ni siquiera hay estadísticas ciertas; de las migraciones que nadie se molesta en estudiar; de la miseria que roe a todo el noreste argentino.

–La lepra ataca casi siempre a la gente pobre, mal alimentada, que trabaja de sol a sol. Hay zonas de la campaña donde viven siete u ocho en una pieza. Eso es lo único que necesita la lepra. Si uno se enferma, póngale la firma que vendrá la chorrera de criaturas leprosas.

No es la voz de un peligroso agitador, la cansada voz que dice esas palabras. Es el dictamen técnico, inapelable, del doctor Iglesia, director del Cerrito y presiente del Jockey Club de Corrientes, que no da rodeos para acusar al latifundio, al desgobierno, a la pavorosa indiferencia de los ricos.

–Hay que quitarse la venda –concluye–. Si no, la quitarán otros.

La opción parecía singularmente tentadora cuando en esos mismos días el gobierno y los partidos chaqueños se unían en una campaña de alcance nacional para recuperar la Isla del Cerrito. Objeto: instalar un hotel de turismo y un casino. Aparentemente los leprosos (inclusive los leprosos chaqueños), habían invertido un cuarto de siglo y trescientos veinte muertos en despejar la selva y convertirla en un prado, en un pueblo, en una comunidad, para que, en su lugar, un grupo de millonarios hicieran sonar alegremente las fichas de la ruleta.

A mediodía, en la lancha gris, salimos del puerto y de la isla. Bajo el sol aplastante, el Paraná y el Paraguay se juntaban y hervían sin mezclarse.

EL EXPRESO DE LA SIESTA

El trencito paró junto al linyera que descansaba
al costado de la vía.
–Si venís de fogonero –le gritó el maquinista– te llevo hasta
Corrientes.
El otro meditó antes de rehusar. –¿Sabe lo que pasa? –dijo–. Que estoy apurado.

¡ A TODO VAPOR!

El 9 de febrero de 1966 la locomotora 682 del Ramal 060, Ferrocarril Urquiza, salió a las nueve de la mañana de la capital correntina arrastrando seis vagones de pasajeros y cuatro de carga y correspondencia.

Su destino era Mburucuyá, a 178 kilómetros de distancia. Llegó el día siguiente a las 10.47 de la mañana, empleando veinticinco horas cuarenta y siete minutos, con un promedio algo inferior a siete kilómetros la hora.

No es un caso excepcional, sino apenas reciente, en la historia del tren más chico, más lento, más exasperante y más divertido del mundo.

–Pura estación y poco tren –nos dice el conductor del taxi que a las cinco de la madrugada nos deja frente al edificio de lo que, para los correntinos, será siempre el Ferrocarril Económico o, simplemente, "el trencito".

Minutos después pasamos junto a la diminuta locomotora que junta la presión necesaria para arrastrar los cincuenta y cuatro ejes del convoy. La vía es sorprendente: extendiendo esta revista abierta sobre ella, faltaría muy poco para tapar los dos rieles, separados por 60 centímetros.

Todo lo demás, ténder, vagones, furgón, está hecho a escala. El único coche de primera, en que nos sentamos con diecisiete pasajeros más, tiene diez asientos dobles y diez simples. Tres luces mortecinas lo alumbraban. Pero aun antes de arrancar, las caras eran invisibles: toda la gente dormía, acurrucada en fantásticas posiciones, como ahorrando fuerzas para el improvisado trayecto.

A las 5.30 el silbato perforó la noche y el trencito se puso en marcha con un descomunal fragor de ejes.

DIÁLOGOS DE FURGÓN

En las *Confesiones de un opiómano* hay un pasaje que siempre me pareció el producto de una confusión entre sueño y realidad. Describe De Quincey una calle londinense, tortuosa, estrecha y tan dotada de voluntad propia que finalmente pasa por la cocina de una casa particular.

Algo parecido experimenté en el trencito. íbamos aún por los oscuros suburbios de Corrientes, las ventanillas rozando una cerca, cuando tuve la sensación de que atravesábamos el dormitorio de una clínica o un hospital. Ahí estaban las camas al alcance de la mano, las pacíficas caras de los enfermos durmiendo bajo una luz verdosa, y nosotros circulando entre ellos. Después me expliqué: la puerta de ese misterioso lugar estaba abierta y era tan ancha que parecía no haber pared. Pero hoy me pregunto si esa explicación es válida y si el trencito, como aquella calle de Londres, no pasa por donde puede.

Amaneció. Avanzaba entre yuyales, a medio metro de un alambrado, con velocidad y ritmo de galope. En los coches de segunda el amontonamiento de bolsas, paquetes, sandías, cajones con animales, pasajeros dormidos, era aun mayor que en primera. Pero en el vagón estafeta todos estaban despiertos. Nos

acomodamos entre las bolsas de galletas y las pilas de sacas vacías. Una de ellas tenía una inscripción con este melancólico ruego:

Retourner á Barcelona.

El foguista Antonio y el ajustador Lyfinchuk, el estafetero y los guardas tomaban mate, pero el maquinista Pedro Segovia –fuera de servicio– se desayunaba con una botella de aperitivo Lusera, recitando antes de cada trago:

–En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo –según él, porque era devoto, y según los demás, porque estaba "bautizado dos veces".

Era Segovia un hombre enorme, aparatoso, de aire terrible, aunque inocente como una criatura, con una vasta cabeza y una gorra de vasco muy chica. A pesar del calor llevaba dos camisetas bajo la chaqueta azul.

–Comparado con antes –dijo Segovia–, esto es una flor. Cuando había un descarrilamiento teníamos que zambullirnos en el agua para poner los gatos. Los durmientes eran de palma, en vez de quebracho. Usábamos leña verde y las más de las veces recorríamos un kilómetro y ahí nomás nos quedábamos.

–Pero eso –objetó con acento guaraní el hijo de rusos Lyfinchuk– fue por el tiempo en que Jesucristo era guarda hilos. Don Pedro Segovia fingió enojarse.

–Yo no soy de muchas índoles –tronó–, pero hay que respetar la una distancia a la otra distancia.

Los demás lo azuzaron. Con candorosa crueldad querían hacerlo retroceder a otra historia que siempre terminaba por hacerlo llorar. Pero don Pedro guardó silencio, y lo único que pudieron sacarle fue esta remota sentencia:

–La máquina no tiene libro.

Ocho años atrás, en el kilómetro 7, la máquina había tumbado y matado a su mejor amigo, Desiderio Sánchez.

LOS PELIGROS DE PAULINA

–Va yendito el tren –dice sentada en el estribo Rosalía Salazar, esta vieja de cara increíblemente joven, a pesar de las innumerables arrugas.

Es cierto, y no hay mejor manera de decirlo: el tren va yendito. Hemos dejado atrás Santa Ana con sus anchísimas calles de césped, el Riachuelo inundado y cubierto de grandes hojas de victoria regia, San Luis del Palmar con su corte de viejas y chicos vendiendo chipá, dulce de guayaba, pasteles de queso.

Sólo teníamos veinticinco minutos de atraso. Pero a las 8.35 se cortó el tren, al zafarse un pasador, y hubo que retroceder en busca de los vagones perdidos.

La peripecia es habitual, uno de los infinitos riesgos que acechan al trencito y que tanto divierten a los correntinos, por lo menos en el comentario posterior. Hay otros más insólitos: a veces el viento sopla con fuerza, aplasta el pastizal contra las vías y la máquina se para porque las ruedas patinan. Y alguno más dramático: el 21 de diciembre de 1965 un temporal tumbó al agua a la 681 –conducida por Segovia– en el ramal a General Paz, que desde entonces está interrumpido.

En el kilómetro 49 empezamos a navegar, literalmente. El invencible trencito cruzaba una zona inundada de treinta cuadras, con el agua hasta los estribos. Algunos pasajeros bajaron en canoa. El camino lateral había desaparecido.

–Por aquí no pasa ningún colectivo– se jactaron los alegres ferroviarios.

Pero luego se acumularon los tropiezos. A las once de la mañana, en el kilómetro 73, la máquina perdió una pieza y hubo que ir a campearla. Dos horas después ocurrió el accidente más espectacular: la 682 atropello un ternero de no más de un metro de alzada, y saltó de los carriles. Con un dispositivo de fierros,

palos y palancas improvisado sobre el lugar se la indujo a volver a su sitio, después de muchos resoplidos y contramarchas.

Herlitzka, Cernido Cué, el enorme estero de La Maloya, de trágica fama: una verde sábana de ciénaga donde no se ve un árbol en veinte kilómetros a la redonda. Pero a las tres de la tarde (horario fijado: 11.27) estábamos en Lomas de Vallejo. Ahí la vía se bifurca: un ramal va hacia el este a General Paz, uno de los pueblos más antiguos y pintorescos de la provincia. El otro da una gran vuelta en dirección suroeste, hacia Mburucuyá.

EL PAÍS RECÓNDITO

A medida que uno se interna en la provincia, el tipo humano se transforma. Cuando en San Luis del Palmar subió el gaucho Altamirano, con sus altas polainas de colores, su tirador de cuero –pariente del chiripá– y sombrero con barbijo, parecía una excepción. Después esta clase de hombres, imponentes en su estatura y en su aspecto, se convierte en la norma, y uno tiene la sensación de viajar en el tiempo más que en el espacio. En las últimas estaciones, son verdaderas asambleas da gauchos las que acuden a la estación y forman en semicírculo a cincuenta metros de distancia.

Aun el elemento más moderno confirma el cambio. Un absorto pasajero pegaba el oído a su aparato de transistores escuchando la emisión en guaraní de una radio paraguaya. (Las radios correntinas son demasiado "sofisticadas" para transmitir en el verdadero idioma de los hijos del país.) Y en el tren, ya no se hablaba otra cosa.

Los vagones se han reducido a tres, y los pasajeros de primera también a tres: Graciela González, que después de dos años de ausencia vuelve de Buenos Aires a visitar a su padre; su prima Cristina que regresa del fastuoso carnaval correntino; y un conscripto de aeronáutica, igualmente de visita.

El trencito no lleva gente a estas etapas finales del campo. La saca: las sirvientitas que necesita la Capital, los peones que reclaman las fábricas, los jinetes que requieren los escuadrones de seguridad para las represiones urbanas. El paupérrimo interior correntino, donde cien pesos son un jornal, después que pasó el vendaval histórico de los ingenios, las forestales, las algodoneras, hoy exporta su gente a falta de otra cosa.

LOS INTRÉPIDOS FOGUISTAS

En Puisoye abordamos la locomotora, construida hacia 1900 en los talleres de 32 Cheapside, London, según reza una chapa de bronce. En el ténder el foguista Antonio va acumulando al alcance de la mano los trozos de quebracho que alimentan la caldera. El maquinista Campos tira de un alambre y el silbato suena. Después mueve a la izquierda la palanca del regulador y nos ponemos en marcha entre pastizales, lagunas, campos amarillos con su fondo de palmeras contra el cielo grisado por grandes nubes de tormenta: un paisaje dulce que varía hasta el infinito.

Cada diez minutos, la locomotora consume quince trozos de quebracho de medio metro de largo. Nos prestamos de foguistas, y el respiro permite a Antonio correr sobre los techos de los vagones, volver con la pava, dar un salto sobre el vagón-tanque y cebar unos mates.

Las chispas de la máquina nos tiznan la cara, nos perforan la camisa y alguna más grande quema como un tiro. Pero el calor y el fuego tienen su compensación: cuando pasamos bajo las ramas de los árboles que se cruzan sobre nuestras cabezas, caen baldazos de agua. Dicen que es porque antes ha llovido.

El trencito se vuelve cada vez más familiar, más íntimo. Maquinista y fogonero saludan a la gente sentada ante sus ranchos, reciben y transmiten encargos a viva voz. A lo lejos se ve sobre el costado de la vía una mancha blanca que crece hasta convertirse en un hombre con la mano extendida. El maquinista tira de la

gran palanca roja a su derecha: es el freno, y esa es la manera de abordar el trencito en pleno campo, como si fuera un taxi.

Todo se bambolea, jadea, sopla, chifla, humea dentro de la locomotora. Las agujas de los manómetros tiemblan como moribundos, chorros de agua hirviente brotan de válvulas y junturas que Antonio ajusta pacientemente con una llave, sin perder nunca su apostura de caballero británico. Pero estos campos ondulados bajo el sol oblicuo –bananales, mandiocales, ráfagas de monte cerrado– son el último esplendor del paisaje. Doblamos una curva final y entramos triunfalmente en Mburucuyá a las siete y media del crepúsculo. Hemos tardado apenas catorce horas.

En el andén no había casi nadie: dos o tres personas y una hilera de gallinas expectantes que con el descenso del único pasajero, subieron ordenadamente a picotear los restos de comida que quedaban en los pasillos.

Dormimos en Mburucuyá, pueblo de largas calles y silencios. Pensábamos volver por el mismo camino y pedimos que nos despertaran a las cinco. Pero el dueño de la fonda se retrasó diez minutos, y cuando salimos al patio estrellado, oímos al trencito que perforaba la noche a la distancia, con su jadeo estrepitoso, burlón, invulnerable.

Con esta hazaña quedamos incorporados a la historia del trencito: somos, Pablo Alonso y yo, los únicos que hemos conseguido perderlo. Nos vengamos viajando en ómnibus y tardando tres horas para volver a Corrientes.

"Ese medio cómodo, rápido y barato de comunicación y transporte", decía en 1891 el gobernador Ruiz, refiriéndose a los trabajos iniciados cuatro años antes por Eugenio Minvielle y continuados por Francisco Bolla para construir una vía férrea que uniera el ingenio azucarero Primer Correntino, en San Luis del Palmar, con la capital de la provincia.

El decreto que otorgaba la concesión a Bolla fue ya un símbolo del trencito. Dictado en 1890, por un increíble olvido escapó a la publicación en el Registro Oficial, donde sólo apareció *veintinueve años después*.

Para entonces todos los ramales del Primer Correntino, o Ferrocarril Económico, estaban terminados. Entre 1890 y 1892 –dice el historiador Hernán Gómez, de quien extraemos estos datos– "se construyeron doce kilómetros de vías" y se inauguró el tramo Corrientes-San Luis del Palmar. En 1898 quedó librada al servicio la línea del Ingenio a la capital.

Pero en 1904 la empresa quebró y el gobierno dispuso su caducidad y el levantamiento de vías. En 1908 la adquirió Carlos Dodero, que al año siguiente empezó los trabajos de los ramales a General Paz –inaugurado en 1911– y a Mburucuyá. La empresa Dodero fracasó a su vez, y el Económico fue sucesivamente a manos del Banco Francés del Río de la Plata y del gobierno provincial, hasta que fue nacionalizado en 1946.

Hoy, en sus tres viajes semanales de ida y tres de vuelta, las ocho locomotoras del trencito transportan mensualmente unos tres mil pasajeros. La carga despachada de Corrientes oscila de 40.500 kilos (enero 1966) a 92.000 kilos (junio 1965); y la carga recibida, de 12.000 kilos (diciembre 1965) a 58.500 kilos (agosto 1965). Se despacha harina, arroz, aceite, yerba, vino. Se recibe maíz, naranjas, almidón de mandioca.

No es demasiado. Pero en muchas zonas del campo, es lo único que se mueve.

Es cierto que el trencito ya nunca llega a horario. Cuando eso ocurría, en la antigüedad, el paisanaje lo festejaba disparando sus revólveres al aire. Pero también es cierto que siempre llega, porque un tren casi mágico, como este, va tripulado por gente casi mágica, como la que nosotros conocimos. Y es indudable que el día que desaparezca, desaparecerá con él un objeto de cariño para muchos, y acaso el único tema que infaliblemente hace sonreír a cualquier correntino.

SAN LA MUERTE

Las palabras se hacen borrosas en la tinta del papel escrito o tiemblan en la voz de los fieles que a la luz-y-sombra de las velas se arrodillan bajo la mirada sin pupilas de una figurita esquelética, que en los ranchos más humildes del Paraguay y el nordeste argentino preside el destino de sus habitantes, combina sus amores, los guarda de peligros o los hace ganadores en el juego.

La gente lo llama el Señor de la Muerte.

Su forma es la representación clásica de esa alegoría: un esqueleto sentado o de pie que a menudo lleva una guadaña. Millares de fieles le rinden un culto semisecreto, que culmina el 15 de agosto con las "misas" que le ofrecen ante los altares de las capillas privadas.

¿Desde cuándo? Las primeras referencias bibliográficas son las muy recientes publicadas por los investigadores chaqueños Raúl Cerruti y José Miranda. Pero el culto es antiguo, a juzgar por el aspecto de algunas imágenes y por el testimonio de viejos devotos cuyos recuerdos se remontan a más de medio siglo.

En la campaña correntina o el cinturón de villas miseria que rodea a Resistencia, en pueblos de Formosa o ciudades de Paraguay, el Señor de la Muerte –o San la Muerte– es amado, temido, premiado, castigado, invocado para bien o para mal. Algunas de sus devociones no se diferencian de las más apacibles del culto cristiano; otras se aproximan al vudú, y de ellas no se habla o se habla con un temblor en la voz.

VIDA Y MILAGROS

–Allá arriba está él –dice la paraguaya Fabiana Irala, señalando con la mano un rincón del rancho oscuro, donde hay que agacharse para entrar.

La figurita tallada se vislumbra apenas en la vitrina semicubierta de trapos negros que corona el altar. Después, sobre la mano de Fabiana, se define en líneas toscas y vigorosas, con las costillas pintadas de negro y una sumaria guadaña o báculo de metal en la mano derecha.

Para pedirle algo, hay que sacarle el bastoncito y prenderle una vela. Pero si es algo importante, taparlo con un paño negro y tenerlo en un rincón hasta que se cumpla.

–¿Qué le piden?

–*Te* da todas las cosas, señor, todo lo que vos queras. Milagroso é. Cura, pero de toda enfermedá. Hace salir gente de la cárcel y es bueno pal amor.

(Le prendimos tres dedos de vela.)

El santo de doña Fabiana cumple los requisitos de la ortodoxia: tallado en hueso de cristiano y bendecido siete veces por un sacerdote. Esto es lo más difícil, pero Fabiana no tuvo necesidad de llevar la figurita escondida dentro de una vela o de otra imagen:

–A mí me lo bendició el padre cura de San José.

Hay algunos que lo usan para mal "y le tienen infiel", explica en Villa Federal, Resistencia, la *médica* Trinidad López, que tiene un santito de hueso y otro de plomo, muy visitados, El enemigo señalado por el conjuro "se seca y se muere". Pero ella –aclara– sólo los tiene para proteger su casa.

En Bañado Sur, ciudad de Corrientes, encontramos las dos imágenes más perfectas del Señor de la Muerte. De unos ocho centímetros de alto, estaban talladas en palosanto por el mismo artesano anónimo. Representaban a la muerte sentada, pero había sutiles diferencias: una era más enjuta y apretaba las sienes entre las manos; en la otra, las manos sostenían la mandíbula.

–Este es el Señor de la Muerte –aclaró la propietaria–. Aquél, el Señor de la Paciencia.

El fetiche entronca pues con una figura del culto cristiano, y en muchos lugares se los nombra indistintamente. Quisimos fotografiar las dos piezas de notable artesanía, junto con un par de hermosas tallas policromadas de Santa Catalina y San Antonio. Pero la señora Irma se opuso.

–Él se enoja –explicó.

UNA SONRISA BURLONA

La mujer arrodillada pronunciaba las invocaciones, y una docena de devotas con cirios en la mano respondía en un coro atenuado y plañidero. La pirámide del altar crecía en niveles de importancia, con sus santos de yesería, su Baltasar negro, sus estampas litografiadas y hasta un raro "display" donde figuraban San Martín, Belgrano y Gardel entre floreros de vidrio y ramilletes de plástico. Coronándolo todo en la capilla particular de Cecilia Medina, un Señor de la Muerte cincelado en plata presidía desde su trono, con irónica sonrisa, ese mundo de caras oscuras, de miradas expectantes y ropas muy pobres.

Era "el señor de los buenos y de los malos matrimonios", el que obliga al ladrón a devolver su robo, el que dispone que el amante desdeñoso "en la cama en que duerme se encontrará afligido", el que impide a la amada "aular con ningún hombre", el que es invocado "por los cuatro vientos del mundo".

Decenas de fórmulas circulan en cuartillas rudamente manuscritas, centenares de milagros se le atribuyen, millares de velas arden en su honor.

¿Pero quién fabrica esa misteriosa figurita? La *médica* Asunción Ramírez nos mandó a los confines de la ciudad y de la tarde en pos de un santero que no existía. Lo buscamos luego en direcciones equívocas de remotas callejas polvorientas, en erróneos recuerdos, desconfianzas, evasivas.

En Resistencia conocimos, por supuesto, a Carlos Maule, un artista *pop* "avant la lettre" que rodeado de cadáveres de máquinas, frustradas heladeras y restos de armas de fuego, construye en su taller mecánico singulares esculturas de bronce y de chatarra. Maule talla en hueso de vaca ("el hueso humano es mal material") un San la Muerte estilizado y sobrio.

–Es milagroso –afirma burlonamente–. Me siento a hacerlo con una copa de coñac al lado. En cuarenta minutos termino la copa y termino el santo. Tengo para una botella más. ¿No es un milagro?

Las imágenes de Maule son veneradas en más de un oscuro rincón en las rancherías chaqueñas. Pero aún no habíamos encontrado al artista *naif* que toscamente talla las facciones de la muerte en un palito de ruda o un segmento de tibia y cree en su oscuro sortilegio.

Del otro lado del río, la doctora Alicia Gare iba a ponernos en presencia de uno de estos raros artesanos.

EL SANTERO

–Me buscaban a mí –dice con su voz tranquila y servicial.

Ha entrado con nosotros por el portón de la vieja penitenciaría de Corrientes y viste de calle. Pero el envoltorio de papeles que trae bajo el brazo guarda las ropas azules del recluso Cirilo Miranda, que es él, condenado a veinte años de cárcel por un crimen apasionado y salvaje, de superflua memoria aunque él lo recuerde mientras desgrana día por día los dos años y cuatro meses que le faltan para salir en serio: y no como ahora, que ha ido a hacer "un trabajito particular para afuera", según se acostumbra en este presidio.

Entre los canteros verdes y los muros rosados del patio, Miranda despliega sobre un banco las figuras de su arte, la docena de santitos y de historias que, de golpe, son una insólita lección de antropología práctica. Por supuesto, allí está el Señor de la Muerte.

Ya no sabe Cirilo Miranda cuándo empezó a manejar el formón romo, el buril de punta casi invisible, la sierrita minúscula que son sus únicas herramientas permitidas. Sabe que le enseñó a entallar don Julio Conti "uno de los reclusos más viejos, creo que ya no existe más", y que el primer San la Muerte que copió se lo trajeron de Paraguay, pero se lo piden de todas partes porque es muy milagroso y el que lo invoca "suele salir a flote de sus trámites de apretura".

–Porque resulta –dice– que el Señor la Muerte es la imagen de la calavera de Nuestro Señor Jesucristo. ¿No ve que uno de los crucifijos grandes que llevan los padres curas tiene una calavera, sin ojo, sin nariz, ahí en la cruz?

La mano con el buril se desliza ahora, segura, sobre el oloroso pedacito de palosanto con que el preso cumple su más reciente encargo. Pero también talla en hueso, y si es hueso de cristiano, mejor, porque "ése ya está bendecido dos veces".

¿Conoce las oraciones? Conoce, y aquí lleva una, señor. ¿Sabe que hay una para no caer preso?

Eso no sabe, y se ríe, y si hubiera sabido no estaría aquí, pué, y se vuelve a reír contagiando al racimo azul de penados que se han reunido a nuestro alrededor contra el fondo de rejas y de muros rosa, y que al fin saben en qué gasta Cirilo Miranda sus largas horas en la celda sin decirles nunca una palabra porque ésta, señor, si se quiere, es una cosa secreta.

RETABLO INSÓLITO

Puestos sobre el banco los santitos hablan desde el fondo de una mitología inédita, de un pueblo ignorado. El preso de tez oscura les presta su voz.

Ahí está la mujer crucificada, versión femenina del Cristo:

–Santa Librada, que está en la cruz, pué. Ahí el prodigioso cazador, montado en un tigre:

–Ese es el San Son.

El misterioso hombrecito que lleva una taba en la mano derecha y "un puñao e plata" en la izquierda:

–Ese es un famoso pal juego. Lo llaman Lamodei. Y el domador de un toro:

–Prendido a las guampas. Es San Marco, que está para dominar la cuestión de animales salvajes.

Ahí por fin la conmovedora pareja de santos tomados del brazo, unidos en el tierno amor de la madera:

–San Alejo, señor, que le dominó a Santa Marta, la virgen más hermosa que se ha conocido en el mundo.

Solamente la perversa, la inquietante y peleadora Santa Catalina está ausente porque su devoto Cirilo Miranda sabe que no es buena tenerla –aunque la haga para otros– ni prenderle velas, ni darle confianza, y sí solamente pedirle, en los momentos de aflicción, que sus enemigos y autoridades no tengan ojos para verle ni boca para hablarle ni manos para pegarle ni pies ni corazón para ofenderle.

Así sea.

VIAJE AL FONDO DE LOS FANTASMAS

El hombre que fue a esperarme al aeropuerto de Cambá Punta, en Corrientes, era un antiguo poblador de esa región, un tipo experto, con una de esas caras sacadas de un cuento de Hemingway. "Así que piensa entrar al Ibera", me dijo. "Si puedo", contesté. "Qué equipo trae", quiso saber. "Esto" (le mostré una bolsita de plástico con el cepillo de dientes y la máquina de afeitar). "Entrar es fácil", me alentó. "Lo difícil es salir."

Nos miramos, con el Mayor, en la penumbra de la isla. El agua contreaba sobre el junco en plena laguna Trin y pleno estero del Ibera, y sé que tuvimos al mismo tiempo la misma idea: robarles por un rato la canoa grande a los baquianos y cazar nosotros el yacaré.

Ellos se habían ido con el fotógrafo, en el bote chico. Antonio botaba y Varbona llevaba la escopeta y la linterna; buscaban la luz roja, insomne, que dibujaban los ojos del yacaré, el gran poblador de esas regiones. Eran como las nueve de la noche y el silencio y la canoa, blanqueada por la luna, descansaban a nuestro pies en el canal. Volvimos apurados a la casa. Peco dormitaba sobre el catre de lona, bajo los altos naranjos. Tal vez nos reímos, o el Mayor hizo algún ruido con los cargadores del fusil, porque la alta silueta se levantó de un salto.

–¿Adonde van? –y en seguida, comprendiendo–: Me llevan –dijo.

Ya se calzaba las botas.

Nos tomamos el vino que había quedado de la comida y salimos. El Mayor traía su Mauser 1909 y Peco manejaba el botador de tacuara, como vimos hacer a Antonio, el baquiano, esa mañana. Para salir del angosto canal tardamos el doble que los baquianos, pero al fin recibimos el viento y la luna en la cara y nos reímos en silencio.

Pensábamos no alejarnos de la orilla del embalsado y volver apenas cambiara el sudeste. Yo empuñaba la linterna y barría el junco lejano, esperando esa respuesta rojiza, los ojos que nunca vinieron. Rato después fui el primero en sentir cómo el agua se filtraba a través del colchón de paja verde que cubría el fondo de la canoa. Me paré de un salto y metí la mano en el enjaretado. Había diez centímetros. Nos miramos buscando algo para achicar, hasta que el Mayor señaló las botas de goma que yo llevaba puestas. Me saqué una y empecé, mientras Peco viraba la canoa.

LOS COLCHONES FLOTANTES

Ahora botaban los dos, pero el viento nos apretaba contra el juncal, obligándonos a recorrer cada accidente de la orilla. La arboleda de la isla se nos había perdido media hora antes. En algún punto lejano vimos un fogonazo sin ruido: debía ser el flash del fotógrafo. Yo contaba mecánicamente mis movimientos; ya llevaba más de cien golpes con la bota, y el agua crecía siempre.

–Parece que hay un rumbo –dije, y se rieron. Tres kilómetros al norte, el baquiano Varbona vio los destellos de nuestra linterna.

–Deben ser los gringos –resumió.

Éramos. El Mayor respondía al arduo nombre de Néstor Lucas Brailterd Poccard, que los correntinos de la ciudad reducían a Pocar, y nosotros, a "Che, Mayor". Peco, el abogado de Resistencia, se llamaba Eric Edwin Tissembaum. Era el mismo que me había ido a esperar al aeropuerto de Cambá Punta, que me había

dicho aquello de que "Entrar es fácil, lo difícil es salir". Y ahora, cinco días después, parecía que iba a tener razón.

Recordé involuntariamente los datos que conocía del lugar: allí la laguna tenía dos metros quince de profundidad, y el embalsado en partes sostenía, y en partes no, el peso de un hombre. En un hueco de un albardón vimos los ojitos brillantes de un pichón de nutria, al alcance de la mano, pero no hicimos el menor esfuerzo por capturarlo. El agua seguía entrando.

ALGO PARA RECORDAR

Después, en un recodo, apareció la arboleda de la isla. Oímos voces. Parado al borde del canal, sobre el colchón flotante que es la sustancia misma del estero, el fotógrafo Barabino preparaba el flash y decía:

–Aguántense un poquito más que los saco.

Segundos después recibía su castigo: metió el pie en un pozo que no figuraba en sus mapas, y casi se va al fondo. Le entró agua en la cámara y el testimonio de nuestro ignominioso regreso se perdió.

De a uno en fondo pasamos al otro bote. No me di vuelta a mirar lo que pasaba con la canoa, pero el Mayor me asegura que terminó de hundirse cuando desembarcamos.

Temíamos que Varbona estuviera irritado por nuestra salida, pero más bien se le notaba un gesto divertido que no comprendimos. Esa mañana habíamos atravesado con la canoa averiada toda la laguna Trin y la Medina, seis personas y el equipo, sin la menor dificultad. La embarcación tenía a proa un rumbo de veinte centímetros de diámetro que Varbona, supimos después, tapaba con barro antes de salir en cada viaje.

Dormimos al raso. Los mosquitos me habían picado en el Tigre, me picaron luego en Corrientes y en Mercedes, pero esa noche de noviembre no había mosquitos en el Ibera.

Sé que soñé y que un nuevo paisaje, laberíntico, arrasador, angélico en la tersura de sus flores y el cristal de sus aguas, demoníaco en el irresistible crecimiento de raíces, hojas, espinas, púas, dientes, había entrado para siempre en la materia de mi sueño. Por ahí tengo un camino siempre abierto al Ibera.

EL ROSTRO DE LA LEYENDA

La balsa que unos viejos de carbón de ceniza taciturna movían a mano sobre el río Corrientes; los campos de Caá-Guazú donde Paz le dio un baile a Echagüe; el santuario del gaucho Gil que a la orilla del camino devuelve en curaciones y milagros populares su oscura muerte de matrero; las calles rojas de Mercedes, centro ganadero, 25.000 habitantes, seis o siete cuadras pavimentadas, dos prostíbulos legales y otros clandestinos; la próspera siesta de Curuzú Cuatiá, donde fuimos a buscar a Chacho Puyol para que nos llevara a casa de su madre, al borde del estero. Mercedes otra vez, y el calor, y las suaves cuchillas verdes. Todo eso quedaba atrás mientras el jeep se bamboleaba, ya de noche, por un camino que alternaba durezas de basalto con hondonadas de manteca. Nos quedamos en un pozo y hubo que sacar el jeep casi a pulso. La pick-up que nos prestó Vialidad regresaba ya a Mercedes, sin intentar el cruce del último tramo. Siete horas para hacer 60 kilómetros: ese camino empezó a explicarme el enigma del Ibera.

A medianoche estábamos en La Armenia, donde Armenia Sandoval de González, viuda de Puyol, mantiene una finca, un puesto sanitario y una vieja tradición de delicadeza y hospitalidad. Esa casa centenaria con su techo de palma y su recóndito aljibe fue nuestro campamento y nuestro mirador sobre el estero, que empezaba una legua más lejos. Capivarí se llamaba ese paraje, que tiene unos 1.000 habitantes y es la cuarta sección del departamento de Mercedes. Al elegirlo como punto de entrada a las dos lagunas meridionales –Trin y Medina– seguíamos la ruta clásica de las expediciones. Por allí habían pasado Azara y D'Orbigny, y el capitán Uhart. Es seguro que en doscientos años casi nada había cambiado. Cada uno de esos

hombres desafió un mito y encontró una realidad menos peligrosa y más bella. Pero, sobre sus evanescentes rastros, la leyenda volvió siempre a cerrarse, como la vegetación insobornable del estero.

La capital correntina alimenta asiduamente el espejismo. De sus 150.000 habitantes, unos cien, quizás, se han internado alguna vez en el Ibera. Los demás creen saber que islas enteras cambian de lugar, que las plantas acuáticas se cierran imprevistamente sobre cualquier embarcación, que en inaccesibles refugios viven centenares de forajidos, que la piraña devora al nadador y la yarará fulmina al intruso.

LAS ESPALDAS LIVIANAS

Eso era lo que veníamos a ver. En la ciudad de Corrientes nos movimos rápido. Cuatro meses antes, una expedición de Vialidad y del Ejército, encabezada por el mayor Braillard y el ingeniero Romero Fonseca. había perforado una vez más el mito. En pocas horas conseguimos que el mayor Braillard estuviera dispuesto a ahogarse en beneficio del periodismo, como antes estuvo dispuesto a hacerlo en beneficio de la ciencia.

Romero Fonseca proyectó sus slides y su impecable información técnica. Ángel Mórtola, presidente de Vialidad, puso a nuestra disposición los recursos de la más importante repartición provincial. Unos minutos de conversación nos aseguraron un Cessna del Aeroclub Mercedes.

La expedición Braillard-Romero había rendido tributo a la leyenda. Veinticinco hombres de oficialidad y tropa, seis técnicos de Vialidad, toneladas de equipo y armamento, incluyendo una barcaza de desembarco, ocho días de exploración bajo rigurosas medidas de seguridad y supervivencia, 200.000 pesos de costo por parte de Vialidad, y otro tanto, quizá, de Ejército.

Gracias a ellos, sabíamos ahora que ese despliegue era innecesario para nuestros fines. Pero triunfaba la inclinación al dramatismo.

En la lista de cosas imprescindibles que me esbozó un joven oficial figuraban la vacunación previa y el suero antiofídico; la pastilla antipalúdica y el cloro para el agua; el carbón vegetal y los borceguíes de cuero; la carpa y los mosquiteros. Por supuesto, no llevamos nada de eso, y nos alegramos cuando hubo que caminar.

DESDE EL AIRE

El Cessna llegó a recogernos a la pista de cuatrocientos metros de La Armenia y poco después, despegamos hacia el estero. Casi en seguida se dibujó ante nosotros la forma redondeada de laguna Trin, con su cuello de cisne al noroeste y, más lejos, la alargada laguna Medina: un paisaje de almanaque, la apoteosis del kodachrome, pero real y palpitante en la tibieza de la mañana, con el pausado movimiento del oleaje, los manchones de oro pulverizado de las plantas acuáticas florecidas sobre el azul de las lagunas y el aleteo de una garza blanquísima midiendo la transparencia de la altura.

Lo demás era el embalsado, el engarce inacabable de los espejos de agua: una llanura de felpa de tonos ocres y pardos que condescendían al verde en las arboledas, parecidas a los montes de las estancias.

En realidad, si uno se distraía un momento podía creer que volaba sobre campos incultos, y no sobre las más vastas extensiones de vegetación embalsada, flotante, conocidas por el hombre en todo el mundo.

En torno a uno de esos montes el piloto descubrió un círculo y luego tomó distancia para una pasada rasante. Era la isla del Disparo, nuestra meta del próximo día. Desde treinta metros de altura vimos gente asomada a una choza y manos que saludaban en un paisaje de naranjos, timbóes y guayabos. El mensaje del Mayor para Floriseldo Varbona, que habría de ser nuestro baquiano, cayó entre zapallos de la huerta, mientras el Cessna enfilaba al noreste, rumbo a la isla de los Villagra, en la laguna Trin.

El sobrevuelo esclarece el interrogante de la vida humana en el estero. La unidad habitable es siempre una isla arbolada, a veces cultivada, generalmente redonda, de una a veinte hectáreas, rodeada de embalsado, donde el poblador abre y mantiene a serrucho un canal de cien a quinientos metros de largo y del ancho de su canoa, que lo comunica con el espejo de agua y de ahí con algún "puerto" o cabecera en tierra firme. Donde hay isla sin canal, no hay población permanente, aunque haya vivienda. En el estero cerrado no hay ni quiere haber vida humana estable: sólo el paso transitorio del cazador que con la sobria "provista" en la maleta se interna durante días o semanas, caminando sobre el anegadizo colchón del embalsado, en busca de la nutria o el lobito, del yacaré o el carpincho.

LAVADO DE CEREBRO

Uno de estos cazadores es Bernardino Díaz. Resulta extraño verlo, con su aspecto y su habla de gaucho, atravesando el campo a pie, una nutria en cada mano. Uno busca por costumbre el caballo, que no existe porque este hombre es la adaptación del paisano al estero, donde el caballo es inútil.

Díaz es un gaucho cazador, y esto quiere decir caminador. Cada quince días deja el rancho que ocupa con su madre, compra sus provisiones y "se mezquina" para adentro llevando sus trampas y su chuza. Solitario anda sobre el embalsado distancias que resultan enormes.

–¿Con qué camina?

Sorprendido, se mira los pies.

–Y... con alpargatas, nomás.

Pero lo más seguro es que ande descalzo. El embalsado cede al pisarlo, y el agua sube hasta los tobillos o la mitad de la pierna. El cazador tiene una forma especial de caminar, curvando el pie para repartir mejor el peso sobre el lecho de plantas. Si el piso se hunde demasiado, tiende una tacuara y la usa de puente o fabrica unas muletas (ñandupuí) que crean nuevos puntos de apoyo. Come lo que lleva o lo que caza. Cuando lo agarra la noche en descampado, corta junco y hace una "cama" que permanece seca.

En medio de esa vegetación torrencial e indiferenciada, cada mata, cada árbol distante tienen para él un significado preciso. Si se extravía, le basta observar un rato la marcha que describe la sombra de un palito. De noche se guía por las estrellas. Alguna vez estas cosas le fallan: el hombre simplemente no sabe dónde está. Entonces se tiende boca abajo y olvida todo, vacía su cabeza de recuerdos y sensaciones. Entre lo que olvida, está aquello que lo ha confundido. Cuando se para de nuevo, ya está orientado; él no sabe cómo, pero es así.

Con estos métodos, Bernardino Díaz llega a internarse diecisiete leguas en el estero, en viajes que duran hasta veinte días.

LAS ISLAS FLOTANTES

Por la noche el Mayor convocó a "reunión de oficiales", desplegó sus cartas y explicó la ruta. El equipo ya escaso que traíamos se redujo al mínimo: una manta y un arma larga por persona.

A las cinco de la madrugada el jeep nos llevó entre espinillos y senderos fangosos a la última tranquera de la estancia de Tressens. De allí seguimos a pie un kilómetro entre malezales que de golpe se convertían en selva sobre el barro. En esta marcha de una hora vimos salir el sol. A las 6.50 estábamos al borde del estero, en el punto convenido donde nos esperaban los baquianos.

Un palmar exuberante cubre allí la costa. El embalsado marginal tiene mil quinientos metros de ancho, y el canal que lleva a laguna Trin nace frente a una isla que llaman del Cerrito.

Floriseldo Varbona, 35 años, era un hombre corpulento, rubicundo, de ojos chicos y maliciosos. Llevaba ropa de gaucho: bombacha oscura y rastra metálica. Antonio Ugarte, 32, bronceado y taciturno, bombacha y camisa clara y un exótico casco de corcho.

En la canoa de Varbona entrábamos cómodamente los dos baquianos y los cuatro expedicionarios. Antonio empuñó el botador y nos internamos en el angosto canal, bajo una nube de garzas, caracoleros y chajás. El camalote florecía hermosamente en racimos lilas y en las orillas prevalecía el junco que llaman piríancuá.

En algún recodo del canal donde el avance es difícil aprovechamos para bajar y pisar el embalsado. La sensación es extraña: eso nos sostiene y se hunde al mismo tiempo, como un colchón de resortes. Su superficie exuda agua que crece despacio. En realidad es una masa de tallos y raíces que pueden tener hasta dos metros de espesor. No apoya en el fondo de la laguna y por eso cede. Con el tiempo y la pausada acumulación de tierra acarreada por el viento llegan a crecer pastos terrestres; luego arbustos y árboles; para entonces lo que empezó como masa vegetal acuática, se ha diferenciado en isla o "puerto" en tierra firme, cuando no en raro y casi mítico "mogote" (isla arbolada flotante) que alimenta las pesadillas de los agrimensores.

HISTORIAS DE GRINGOS

A las 7.40 entramos en laguna Trin. Antonio, parado a popa, lanzaba el botador por delante, en dos golpes lo hacía tocar fondo y proyectaba la canoa en largos y rápidos avances. Las aves habían desaparecido o se mantenían lejanas: apenas si en el junco cantaba un bailarín o ardía la brasa de Juan Soldado. Cuando el Mayor quiso probar su Máuser, debió elegir un biguá a ciento cincuenta metros de distancia. Le pegó en la cabeza.

–Zapallo –comentó Varbona, aunque no pudo disimular la admiración.

El espejo de la laguna era simplemente azul, pero su entraña desplegaba una transparencia de acuario. Grandes masas musgosas de ortigas simulaban bosques sumergidos entre cuyas copas se veían, hasta un metro de profundidad, pececitos plateados y violetas. Después entramos en esa zona que desde el aire aparece como grandes manchones de oro. Aquí domina una planta de hoja flotante, chata y acorazonada, con un tallo filiforme y florcitas amarillas apenas sumergidas.

Antonio botaba en silencio, mascando su tabaco en cuerda, marca Quebracho, "que ataja el hambre y es bueno para los dientes", pero Varbona sostenía con nosotros un punzante duelo. A través de las cámaras fotográficas, del grabador sospechoso, del Máuser infalible, se sentía sometido a un cotejo o una inquisición y contragolpeaba en ráfagas de filoso humorismo.

–Póngame ojos azules y cabello crespo –dijo cuando el fotógrafo anunció que iba a sacarlo en color, y a mis preguntas iniciales contestó en oleadas de risueño guaraní:

–Es que somos dos clases de gringos –explicó después–. Ustedes son unos gringos, y nosotros somos otros gringos. Nosotros porque hablamos en guaraní, y ustedes no están entendiendo. Y ustedes, porque nos hablan en difícil, y nosotros no entendemos.

Hechas estas salvedades, oída su voz grabada –que le produjo inocultable placer–, restablecido el equilibrio y pagados los tributos al amor propio, el esterero se comunicó con nosotros mejor que cualquier hombre de la ciudad.

LAS PIRAÑAS AUSENTES

La laguna tenía ahora reflejos de acero. Un furtivo strip-tease nos había dejado en calzoncillos mientras mirábamos con ansiedad el agua donde nadie se baña.

–Alguna vez me tiro en el invierno –admitió Varbona– para acordarme de que sé nadar. En verano, nunca.

En la cara predatoria y los dientes filosos de la palometa reside esa maldición bíblica, acuñada en infinitas historias y en casi ningún testimonio. La palometa, se dice, ataca animales y cristianos, y después de la primera sangre se abalanza en cardumen, dejando apenas los huesos pelados de la víctima. Peco Tissembaum se tiró, nadó, volvió, sin que el fotógrafo pudiera registrar la catástrofe que presagiaban los rostros adustos de los baquianos. A las diez dejamos la orilla este de la laguna y cruzamos en línea recta a la Isla del Disparo.

Ahí donde cada cosa tiene su historia, la Isla del Disparo se llama así porque en un tiempo vivieron tigres, y después llegaron hombres, y en el encuentro alguien disparó: unos dicen que los hombres, otros que los tigres, pero al final –como siempre– quedaron los hombres. De los tigres del Ibera no restan más que la memoria y las enormes trampas que se herrumbran en algunas casas viejas.

Los hombres eran ese rancho de dos piezas de barro "estanteado" con bosta de vaca y techado con paja, donde vi una cama de barrotes niquelados, dos catres, un mortero y las viejas ollitas negras de fierro, entre cueros y bolsas de maíz para las gallinas. La familia de Varbona se había ido a Concepción.

Comimos algo y a mediodía salimos de nuevo con rumbo noreste. Nos internamos en el correntoso canal Tuya, que une las dos lagunas, luego en el arroyo Caí y por fin en la laguna Medina.

LOROS PELIGROSOS

–¿Violencia? –dice con su voz tranquila el hombre vestido de paisano–. Pero mire, aquí nunca hubo nada de eso.

La mirada de Justo Aníbal Miño, comisario de Capi varí, remonta un tiempo interior que lo desborda, llega a los "guaycuruses" y sus extinguidas guerras, vuelve en busca del primer maestro, que mataron por 1860, y no encuentra memoria de sangre o delito hasta hace cosa de quince años, fecha en que –confiesa avergonzado– alguien robó un ternero.

En la casa de don Miño, que es también comisaría, no hay calabozo. Le pregunto qué hace con los delincuentes.

–Pero vea, don, es que acá no tenemos de eso. Acá es toda gente muy tranquila.

–¿Nunca detuvo a nadie?

–Bueno –recuerda el comisario, y su gesto paternal se ahonda en declives del rostro pausado–, una vez detuve a uno, porque andaba de a pie y no era conocido. Pero resultó buen hombre, ¿sabe?, así que lo solté.

–¿Ninguna muerte violenta? –exijo.

–Ah, sí, mire –me dice don Miño con su acento socarrón–, el año pasado un viejo de setenta años se cayó del caballo por accidente, y se desnucó, pobrecito.

–Seguro que tampoco hay borrachos –concluyo, casi exasperado.

–Algún que otro, pero mire –dice–, mire, si uno se emborracha en un baile, yo al otro día lo traigo y lo converso, y a ese hombre, dentro de mi escasa cultura, yo trato de llevarlo a fondo. Difícilmente vuelve a hacer otra. Porque los tengo amenazados, sabe, con unos árboles grandotes que hay en la escuela, y si me repiten, pues los llevo y les hago cortar los árboles.

Don Muiño sin duda es mejor comisario que su antecesor, que –dice más tarde Santiago Alvarez, abriéndose la camisa y mostrando la cicatriz en el pecho– le pegó un balazo a traición. Pero eso fue hace más de diez años, y Santiago alcanzó a igualar la cuenta en el terreno sin enriquecer los cementerios de Capivarí.

Doña Armenia Sandoval, desde su puesto sanitario, tiene una visión menos beatífica que el comisario. "A veces" le llegan lastimados en riña, y recuerda a un tal Díaz, herido de bala. Pero admite que en los siete años

que lleva atendiendo la sala no ha habido ningún caso de homicidio, "y ningún muerto aquí, tengo el alto honor de decirle".

En las prolijas y abnegadas planillas donde la señora Armenia viene anotando desde 1958 sus diagnósticos y medicaciones, busqué la respuesta a los más serios interrogantes sobre el Ibera. Descubrí que las picaduras de víboras y arañas, las mordeduras de yacaré y de palometas, son casi inexistentes. En cambio predominan las infecciones y llagas, el reumatismo, los forúnculos, la colitis. O sea que la pobreza, la falta de higiene y la mala alimentación son, en el Ibera como en otras partes, los enemigos más temibles. La *pora*, los fantasmas, las serpientes de fuego, huyeron hace tiempo del Ibera. Si de pronto se oyen en las lagunas unos gruñidos misteriosos, y un tanto bestiales, lo más probable es que sea la radio a transistores del cazador, transmitiendo el boxeo del Luna Park. Hasta un hombre iletrado aunque de fina inteligencia, como Varbona, puede dar una interpretación casi psicoanalítica del pombero, el rubio seductor de las siestas correntinas:

–Eso es ilusión o es sueño –dice–. Uno a veces sueña que duerme con otra mujer. Bueno, ellas también sueñan.

Dentro del estero, no encontré a nadie que creyera en delincuentes fugitivos. Para vivir allí hay que ser cazador, y el cazador no acepta vecindades que lo comprometan.

Hay, es cierto, algunas serpientes de gran tamaño. La curiyú mide hasta cuatro metros, pero no es venenosa ni ataca al hombre.

De todos los peligros que se atribuyen al Ibera, el único que acaso deba examinarse más a fondo es el de la palometa. Por supuesto no se trata de la piraña, como pretende la fantasía urbana. Los pobladores del estero ni siquiera conocen la palabra piraña. Pero en torno a la palometa, hay un respeto unánime.

–Es un mito más –contradice en Corrientes el ingeniero Romero Fonseca–. La palometa, o cualquier pez, puede atacarlo si usted está quieto, pero no lo atacará si nada.

El ingeniero Alberto Escarrá, del INTA de Mercedes, agrega que todos los veranos se baña con sus hijos en laguna Ibera, frente a Colonia Pellegrini, y nunca fue atacado.

El doctor Tissembaum y el mayor Braillard sustentaron en la práctica la misma opinión al bañarse en lagunas Trin y Medina.

–Lo que no haría –aclara Escarrá– sería bañarme desnudo.

Alude así a la creencia de que el órgano viril y los dedos de las manos y pies suelen ser los blancos de la agresión.

La pregunta se vuelve más intrigante si tenemos en cuenta que la palometa es vieja conocida en el Delta y Río de la Plata, donde no ataca a los centenares de miles de bañistas que coinciden con ella en el verano.

Es posible que alguna variedad de mayor tamaño cause en Corrientes alguno de los accidentes que se le atribuyen. Es posible asimismo que el redondo y achatado pez cargue con la culpa de todas las agresiones acuáticas. Pero también es probable que un estudio científico serio termine por despojar a la palometa de su sanguinaria aureola.

ULTIMAS GOTAS DE MERCURIO

Ya no son cuencos azules, son planchas de mercurio tendidas al sol, descamándose en vahos blanquecinos en la tórrida siesta, renaciendo siempre tras el móvil horizonte del avión. El topógrafo Bellingheri señala a lo lejos una raya blanca: es laguna Fernández que viene hacia nosotros, sin un bote ni una vela ni una casa ni la sospecha de un hombre. El estero amarillo se raja en venitas celestes y las islas parece que flotan en paisajes de nubes donde cielo y tierra están confundidos para siempre. Hemos volado cuarenta minutos, rozando apenas el borde del gran desierto, hasta alcanzar la raya de polvo de la ruta 14, que viene salvando arroceras y malezales y al fin se para al borde de laguna Ibera, donde la bolsa da el salto de mil quinientos metros a Colonia Pellegrini, cuadriculada en el esquematismo de sus chacras. Enfilamos hacia el norte y durante

quince kilómetros el acero fundido del espejo retiene la mirada. Cuando el piloto Goñi vira la máquina, estamos de regreso y, con el sol a la espalda, la Ibera toma una repentina negrura de petróleo. Cinco minutos después ya es inútil buscarla. Y tres semanas después, mientras releo estas líneas, es de algún modo como si nunca hubiera estado allí, como si la invencible vegetación del Ibera se hubiera cerrado también sobre esta historia.

¿QUÉ ES EL IBERA?

El sistema del Ibera (incluidos los esteros del Río Carambolas) cubre 7.150 kilómetros cuadrados, casi la décima parte de la provincia de Corrientes, sin duda, la zona de esteros más grande del mundo. De esa superficie apenas 400 kilómetros cuadrados son lagunas y riachos. La más conocida y accesible es la laguna Ibera; la más grande, la Luna. *Adán* exploró la Trin y la Medina, y sobrevoló la Fernández y la Ibera. Las lagunas Galarza, Paraná –y otras de menor extensión– completan el panorama. El resto es embalsado, un colchón de paja, ramas y barro que flota sobre el agua.

A las lagunas Trin y Medina se entra por Concepción o por Capivarí. La ruta 14 atraviesa por balsa el extremo sur de la Ibera, en Colonia Carlos Pellegrini. La ruta 12, a Posadas, bordea el estero por el Norte. Al río Carambolas se entra por la antigua misión jesuítica de Loreto.

Atravesando en el corazón de la provincia, el Ibera es un formidable obstáculo para las comunicaciones. La expedición Vialidad-Ejército (julio del '65) tenía como fin principal el estudio de un camino que a través del estero uniera Concepción con ruta 14 y Mercedes. El costo sería tan formidable que el ingeniero Romero Fonseca se ha limitado a sugerir dos terraplenes en las terminales y una balsa Concepción-Capivarí. Hay, por cierto, proyectos más grandiosos: disecar el Ibera, o a la inversa convertirlo en un vasto lago o construir una serie de diques aprovechando los levantamientos paralelos que parecen surcarlos. La realización de uno o varios de esos proyectos beneficiaría a una zona de 30.550 kilómetros cuadrados, con 100.000 habitantes, que abarca los departamentos de Santo Tomé, San Martín, Paso de los Libres, Mercedes y Alvear. Esta zona alberga 1.200.000 cabezas de ganado vacuno, 1.340.000 lanares, 1.000.000 de porcinos, 65.000 equinos. Produce 30.000 toneladas de arroz, 2.000 de yerba y 550 de té. Gran parte de esta producción transita caminos pésimos, en rústicos carretones. El transporte de una tonelada de arroz de las zonas marginadas a los centros de consumo llega a costar 8.500 pesos (costo normal: 1.500 pesos).

La población interna del estero no figura en los censos. La exploración realizada por *Adán* permite asegurar que es ínfima. Aunque hay centenares de islas teóricamente habitables, sólo unas pocas están de hecho habitadas. En la laguna Trin hay dos, en la Medina, otras dos; al sobrevolar la Fernández, *Adán* observó una que podría estar poblada. La existencia de vivienda en esas islas no da certeza de población: los cazadores tienen refugios temporarios.

Nelson Goñi, 30 años, 3.000 horas de vuelo como instructor del Aeroclub Mercedes, estima que hay 70 núcleos poblados en todo el estero. Elias Masso, piloto de la gobernación, reduce esa cifra a 15. El ingeniero Romero Fonseca se inclina más por este cálculo que por el de Goñi. La diferencia podría radicar en el sistema de "refugios", que no son viviendas permanentes. Si promediamos estos datos y atribuimos 6 personas a cada núcleo habitado, los 250 pobladores del estero del Ibera nos dan uno de los coeficientes demográficos más exiguos del país: algo más de un habitante cada treinta kilómetros cuadrados. En resumen, el Ibera es uno de nuestros más vastos desiertos.

LA ARGENTINA YA NO TOMA MATE

"Se jugaba mucho al ajedrez", escribió Horacio Quiroga en 1927, "y se bromeaba pasablemente. Pero el tema constante, la preocupación y la pasión del país era el cultivo de la yerba mate, al que en mayor o menor escala se hallaban todos ligados".

Cuarenta años después, desde Oberá a San Pedro, o desde Puerto Iguazú a Posadas, era difícil encontrar a alguien que bromeara, pasablemente o no.

–Misiones ha perdido su alegría –explicó sencillamente Osvaldo Rey, el maestro de Mbo-Picuá.

Al borde de caminos y picadas el polvo rojo se acumulaba sobre las hojas verdes de los yerbales que, por primera vez en medio siglo, no veían llegar la muchedumbre de los tareferos. El Paraná transcurría sin barcos y los edificios sombríos de los secaderos estaban desiertos. Sobre los viejos emplazamientos de los jesuítas y los largos pueblos que creó el auge de la inmigración, descendía una calma engañosa.

"La pasión y la preocupación del país" se había transformado, en 1966, en una amarga conjetura. El imperio de la yerba de cultivo que en cinco décadas se expandió en proporción de 140 a 1, se resquebrajaba por innumerables fisuras.

Para algunos era el fin: un alemán-brasilero de El dorado macheteaba furiosamente a ras del suelo su yerbal intacto. Para otros, una sorpresa más de este país incomprensible: al japonés Yamato se le caían los brazos, en su chacra de Garhuapé, frente a las plantas que eran suyas y no eran suyas, puesto que el gobierno prohibía cosecharlas. En los juzgados de Posadas se amontonaban los recursos de amparo contra el decreto que en marzo de este año interdijo la zafra.

–Yo me sublevé el 27 de junio, un día antes que los militares –explicó risueñamente el suizo Roth, que en Santo Pipó estaba cosechando contra viento y marea.

Las gremiales de productores echaban la culpa a los gobiernos; dirigentes políticos, a las gremiales; comerciantes, a todo el mundo; tareferos sin trabajo, no sabían a quién echarla.

–Acá no hay reclamos –resumió un oscuro paraguayo contemplando su machete inútil–. Si protesta, le dicen comunista y le sacan a patadas.

Las disquisiciones históricas sobre la yerba no prosperan en Misiones; allí la historia se llama Pilsudski o Benes; apila cadáveres fantasmales en el Marne o en Fort Douaumont; viste de ajadas plumas a la *kronprinzess* o retrocede llorosa a las calles ensangrentadas de Petersburgo.

Muy pocos entre estos hombres preocupados, perplejos, agobiados, se reconocían protagonistas en una guerra silenciosa iniciada hace tres siglos y medio.

ESA LARGA HISTORIA

El avión que tres veces por semana sale de Iguazú rumbo a Posadas vuela breves minutos sobre una región de selva donde no se distingue un sendero, una casa. En esos bosques, que se adensan y prolongan hacia el norte, crece todavía en manchones un árbol alto y esbelto que los guaraníes llamaron *caá* y los españoles yerba y que ha sido el motivo central en la historia del Paraguay, de tres estados brasileños y de una provincia argentina.

La yerba figura en las crónicas más antiguas y en las listas de saqueo de todas las batallas; hace la riqueza de los encomenderos y después de los jesuítas; mueve contra éstos las invasiones de los "mamelucos" paulistas; su comercio o su cosecha son prohibidos por los primeros gobernantes de estas tierras y por los últimos: desde Hernandarias hasta el doctor Illia, pasando por Belgrano.

La expulsión de los jesuítas y la destrucción de los últimos pueblos de las Misiones por el general brasileño Chagas, en 1817, ponen fin al cultivo de la yerba en la Argentina, que no se reanuda hasta 1904. Diez años después la producción misionera alcanza su primer tope de mil toneladas. Era una gota en el mar

de yerba que entraba de Brasil y consumía el país. Pero ya había comenzado el formidable aluvión inmigratorio que iba a convertir los 50.000 habitantes de Misiones en los 450.000 de hoy. Con ellos crece la fiebre de la yerba. Las mil toneladas de 1914 llegan a tres mil en 1919, a nueve mil en 1924, amenazan volver a triplicarse en el quinquenio siguiente. Entonces los exportadores brasileños aliados con los importadores de Buenos Aires obtienen del gobierno de Alvear un decreto que rebaja en un treinta por ciento los derechos de importación. Lisandro de la Torre desbarata esa maniobra desde el Congreso. El "trust de Curityba" acude al *dumping* y se produce la primera crisis falsamente llamada de superproducción. En 1935 el Congreso dicta la Ley 12.236 de la que surgen la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM), encargada de fijar anualmente la política yerbatera, y su apéndice, el Mercado Consignatario, que recibe la producción bajo prenda agraria y la comercializa. El mecanismo rige hasta hoy.

En 1937, antes que esos organismos entraran a funcionar, la producción misionera superó por primera vez el consumo nacional, que era de 102.000 toneladas.

La CRYM y el Mercado salvaron al productor misionero de los vaivenes del precio, pero consagrando el statu quo. Los exportadores brasileños se quedaban con una tajada del mercado nacional que por entonces era del cuarenta por ciento. Esto no podía hacerse sin limitar la producción misionera que en 1938 superaba ya ampliamente al consumo del país, y así, por decreto, se redujo la zafra de ese año al sesenta por ciento, creándose el sistema de cupos que regiría hasta 1952.

El resultado de estas y otras medidas es que en el período 1937-1966 la Argentina ha importado, sin necesidad, ochocientas diez mil toneladas de yerba canchada, que a precios de hoy significan treinta mil millones de pesos.

Este es el regalo que Misiones, una provincia con 55 kilómetros de caminos pavimentados, ha hecho al Brasil.

LA DUCHA ESCOCESA

Alternativamente fomentada y desalentada, la producción yerbatera debía desembocar en la crisis actual. La Ley 12.236 impedía nuevos cultivos. Hacia 1952, la decadencia de las plantaciones viejas había hecho caer la producción por debajo de los niveles de consumo. La "congelación" de plantaciones se extiende, sin embargo, hasta 1957, y entonces se pasa al extremo opuesto. Se autoriza a todo el mundo a plantar. Cuando el presidente Aramburu firma ese decreto, la superproducción tiene fecha cierta e inevitable: 1963.

De 60.000 hectáreas plantadas, se pasó a 140.000, con una capacidad productiva de 250.000 toneladas anuales, mientras el consumo del país se mantenía estacionario en 130.000 toneladas.

Faltaba el último acto de esta tragedia. En 1961, bajo el gobierno del doctor Frondizi, se negocian en Montevideo las listas de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC. Los negociadores brasileños consiguen que la yerba mate figure en las listas de libre importación.

Mientras Misiones se debatía en su única crisis auténtica de superproducción, seguía entrando yerba importada: 26.000 toneladas en 1962, 23.000 en 1963, 27.000 en 1964, 30.000 en 1965.

Los stocks del Mercado Consignatario se triplican. A fines de 1965, sobran para el consumo de dos años. Los productores misioneros, desesperados, piden que se prohiba la cosecha, y el doctor Illia accede.

EL SACRIFICIO

De las escasas plantaciones misioneras que superan las cuatrocientas hectáreas, una de las más hermosas y antiguas es la "María Antonia", cerca de San Ignacio. Espesuras del viejo monte cubren todavía un tercio de sus 1.500 hectáreas, escondiendo ruinosas fortificaciones –un fragmento, quizá, de la llamada "trinchera

paraguaya"– y sombreando el camino elevado que hicieron los jesuítas al borde del Paraná y que aún se usa. Todo esto, inclusive el edificio señorial, pertenece hoy a Andrés Haddad. un argentino sesentón e infatigable nacido en Siria, que admite haber empezado con un capital de veinte centavos, y que preside el Centro Agrario Yerbatero Argentino (CAYA), una de las tres gremiales de productores.

–Los molineros importadores del sur nos han llevado al desastre –sostiene don Andrés–. El yerbatero brasileño no invierte un centavo, entra en el monte y poda el árbol. Pero a nosotros, cada hoja nos ha costado dinero.

La yerba es un cultivo exigente. Antes de plantar, hay que desmontar el terreno, descoibarar, rozar, arar, disquear. Requiere un año de vivero antes de trasplantarla y cinco años de cuidado para que empiece a producir.

Después vienen los gastos de la zafra, la secanza y el canchado, o molienda rudimentaria. Sólo entonces el colono entrega la yerba al Mercado Consignatario y recibe, en concepto de prenda financiada por el Banco de la Nación, una suma inferior al costo. Su ganancia queda remitida al cobro del saldo prendario que le llega con dos, tres y hasta cinco años de atraso en moneda ya desvalorizada.

–Antes –sostiene Haddad–, el colono recibía hasta el ochenta por ciento del precio al prendar la yerba. Hoy, apenas recibe el cuarenta.

El Mercado adeuda a los productores más de dos mil millones de pesos en prendas atrasadas desde 1961. Esa deuda sumada a los casi cinco mil millones que se pierden al no cosechar en 1966, resumen la crisis de Misiones.

A don Andrés, la decisión de no cosechar tomada por el CAYA, la ARYA y la Federación de Cooperativas, y avalada por el gobierno, le cuesta veinte millones de pesos.

Pero otros no se resignaron.

"COSECHISTOS" Y EXPORTADORES

La primera rebelión partió de Corrientes. Los Navaja Centeno, propietarios en Virasoro del más grande y moderno establecimiento del país, apelaron judicialmente la inconstitucionalidad del decreto prohibitivo y ganaron rápidamente el pleito.

Otros los siguieron: La Plantadora en San Ignacio, Mate Laranjeiras en Puerto Esperanza, Yerbales en San José.

En la Industrial Paraguaya (SAIFI), uno de los gigantes yerbateros, el secadero estaba trabajando a todo trapo.

–Nosotros somos "cosechistos" –dice jovialmente el administrador, Mr. Bramford, un inglés de cara rubicunda y pelo color arena.

SAIFI no tuvo necesidad de apelar: la CRYM le dio permiso de cosechar para exportación.

–¿Al Líbano? –pregunto.

Mr. Bramford guiña un ojo, quizás involuntariamente.

–Al Líbano –dice.

En el puerto que lleva su nombre, Víctor Menocchio afilaba las cuchillas de la máquina de cosechar inventada por él y se disponía a podar ochenta hectáreas, también para exportación.

En Santo Pipó, Santa Ana, San José, los pensamientos de otros "cosechistos" confluían mágicamente en los países árabes que, al parecer, se aprestan a consumir en un año más yerba mate que en toda su historia pasada, aunque nada prueba que Argentina esté por superar sus niveles ínfimos de exportación.

Pero el noventa y cinco por ciento de los yerbales y secaderos estaban parados.

LOS DE ABAJO

Emilio Korach renguea todavía. Era colono, y este año debió pasar a peón. El primer día de trabajo en la planta metalúrgica del Zaimán, se quebró una pierna.

–¿Y cómo va? –le digo. El hombre mira su yerbal.

–Estoy aplastado –responde pausadamente–. Nací aquí en San Ignacio, tengo cuarenta y siete años, y usted me ve así. Nunca pude llegar a nada, porque simplemente he sido un agricultor honesto y sigo las leyes que dictan los gobiernos. –Su mirada clara se ahonda al resumir la experiencia de su vida.– El agricultor misionero, con el asunto yerba mate, no tiene ninguna chance.

A todo lo ancho de Misiones, quince mil colonos repiten lo mismo en todos los tonos, con vestigios de todos los idiomas.

–Uno no sabe dónde cair, miquirido –rezonga Víctor Dumansky, viejo y ciego, junto al único hijo que queda a su lado de los trece que tuvo–. Yo recorrí todo mundo miquirido, año mil noveshento once vino aquí, estuvo en Pampa, estuvo en Mendoza, estuvo en San Luis, todos los catres pasé. Y ahora yerba no te pagan miquirido, prenda atrasada te pagan con cuntagotas.

–No hay prata –murmuran absortos los japoneses de Colonia Lujan–. Colonos, mucho pobrecitos.

A Albino Nerenberg lo hallamos trabajando en un aserradero de Irigoyen.

–Cuando viene bien la agricultura –dice mordazmente–, hago estas changas.

–¿Bien?

–Pésimo –admite–. Pero los agricultores chicos no somos delicados. Clavamos los dientes en la pared, y dejamos el estómago colgado por ahí.

Eugenio Duda tiene apenas ocho hectáreas. Al no cosechar, pierde "apenas" 30.000 pesos.

–Pero es todo lo que iba a cobrar este año. La chacra de Felipe Villalonga es aun más pobre: él no cosecharía aunque lo dejaran.

–El año pasado me dieron un cupo de mil kilos. ¿Qué quiere que haga con mil kilos?

El polaco Saleski ha venido a Santo Pipó con su tractor. No quiere comentar la situación.

–Misiones va a venir capuera –profetiza enigmáticamente.

Parecería que no se puede descender más. Pero se puede. Por debajo del agobio de los pequeños colonos se extiende, casi insondable, el hambre y la desesperanza de veinticinco mil peones rurales.

LOS HEREDEROS DEL MENSÚ

Ahí están, hormigueando ente las plantas verdes, con sus caras oscuras, sus ropas remendadas, sus manos ennegrecidas: la muchedumbre de los tareferos. Hombres, mujeres, chicos, el trabajo no hace distingos.

En un yerbal alto como éste, el jefe de la familia trepa al árbol y con la tijera poda las ramas que su compañera y su prole cortan y quiebran en un movimiento incesante, separando la hoja del palo y amontonándola en las ponchadas –dos bolsas abiertas y unidas– que cuando estén llenas se convertirán en "raídos".

No hay cabezas rubias ni apellidos exóticos entre ellos. El tarefero es siempre criollo, misionero, paraguayo, peón golondrina sin tierra.

Se acercan, nos rodean mansamente, y no tenemos que preguntarles siquiera para que caiga sobre nosotros el aluvión de su protesta:

–*Estamos todos abajo* –dicen.

–*Nuestro jornal no sube.*

–El familiar no te pagan.

–Estamos atenidos.

–Apenas se gana para el pan.

–Si uno come medio kilo de carne a la semana, ya es lindo.

–Estamos a mate cocido.

–No tenemos ropa.

–Jodiaos, eso es lo que estamos.

Se quitan la palabra de la boca en su apuro por transmitir esa angustia a alguna parte, a algún mundo desconocido, antes que llegue el patrón, el capataz, el camión que ya viene por la picada cargando los raídos.

Pero todavía hay tiempo para que las caras cobren nombre. Es Oscar Vallejo, descalzo y trepado a un árbol, el que dice:

–Somos tres y no sacamos dos mil kilos por semana. Diez mil pesos mensuales. Para tres.

Es María Antonia Torales, de 12 años, que debería estar en la escuela, pero no está, y gana 125 pesos diarios. Es la gorda Ciriaca González:

–Esto no es ganancia. La quebranza es muy fina.

Porque ahora hay que cosechar con el cinco por ciento de palo, en vez del quince.

Es Máxima Vera, una muchacha envejecida de hermosos ojos agatados, que nos muestra las manos casi negras.

–Curte que da gusto, no hay jabón que saque. Es Fernando Cáceres:

–No somos nada, no tenemos defensa. Aquí no hay sindicato ni leyes ni feriados.

Es Mario Vallejo:

–No sabemos adonde reclamar, si a la policía, a la gendarmería, a quién.

Es Valentín Núñez que concluye:

–Si protestas, te echan a patadas.

Y ya llega el camión por la picada, el capataz, los cargadores reclamando:

–¡Raído! ¡Arriba! ¡muchachos!

Cuatro pares de brazos levantan al sol, como una ofrenda, la ponchada de yerba, la gran riqueza de Misiones construida sobre un mar de sufrimiento.

URUES Y GUAIÑOS

En la playa del secadero, los camiones vuelcan su carga verde que los horquilleros embocan en la cinta transportadora. De ahí la hoja sigue a los grandes tubos de la sapecadora, calentados a temperatura constante, de donde sale a los pocos segundos, ya con su perfume característico, tras perder el cuarenta por ciento de agua.

Pero la secanza a fondo, se hace en el barbacuá.

Parados sobre la gran estructura con forma de bote invertido, el *urú* Marcelino Brites, y su ayudante el guaiño Sanabria, parecen demonios semidesnudos, sudorosos y raquíticos, mientras con la horquilla cambian de capa los cinco mil kilos de hoja verde que se acumulan sobre el enrejado de palos de monte.

Un homo subterráneo insufla en el oscuro galpón una corriente continua de aire quemante.

–¿Cuánto dura el turno?

–Veinte horas –dice el urú sin cesar de mover la hoja con un ritmo y un orden que solo él conoce–. Hasta que termine la secanza.

LA TORTURA DEL BARBACUÁ

La temperatura es tan alta que parece imposible aguantar más de unos minutos. Pero, ¿qué quiere decir alta? *Lo* sabremos en el "catre" –una especie de barbacuá perfeccionado y plano– de la Industrial Paraguaya. Allí el termómetro colocado junto a las bocas de fuego marca inequívocamente: noventa grados centígrados, que significan setenta grados arriba, donde trabajan los secadores.

–Es poco –se lamenta Mr. Bramford, y no sabemos si bromea cuando añade:

–Lo ideal es ciento veinte grados abajo y cien arriba.

Arriba, la escena parece arrancada de un sueño. Sobre una altiplanicie de hojas que se pierde en largas penumbras, flotan los vahos blanquecinos de la yerba secada, su perfume bruscamente intolerable. Como sombras de otro mundo armadas de horquillas, se mueven media docena de hombres.

Este, que sin duda es el trabajo más insalubre del mundo, es también la cumbre del oficio del peón yerbatero, la suprema ciencia y la suprema recompensa: el urú gana la extraordinaria suma de 67 pesos la hora.

El sesenta por ciento de la yerba de Misiones se seca de este modo. El resto, en instalaciones mecánicas de secanza rápida. Pero todo el mundo sabe que la yerba de catre o de barbacuá tiene otro sabor...

DESOCUPACIÓN Y ÉXODO

Estos hombres son afortunados: tienen trabajo. En El Porvenir de los Barthe, cerca de Posadas, quedaban treinta peones, de los cien que trabajaban normalmente en esa época. En la María Antonia, sobre cien peones estables, trabajan cuarenta. En Puerto Menocchio, cuarenta sobre ochenta. En Gisela, veintidós sobre ciento veinte.

–Tengo que inventarles trabajo –nos dice el administrador Lutjohan–. Más no puedo mantener.

En San Ignacio, hablamos con el comandante Rogelio Fortunato, jefe del escuadrón 11 de Gendarmería Nacional. –Aquí hay hambre –dice con un rescoldo de indignación en la voz–. Aquí hay miseria, hay desocupación, hay éxodo. Aquí estamos dando diariamente de ocho a diez frazadas, porque la gente pasa frío. Aquí hay familias donde entre seis comen diez mandiocas en todo el día.

En marzo el gobierno radical pretendió demostrar que la prohibición de la zafra no acarreaba desocupación. En Santo Pipó, donde se denunciaban trescientos desocupados, la encuesta gubernamental sólo pudo descubrir a dos.

–¡Pero yo le voy a hacer hablar los ranchos mudos! –exclama, justamente en Santo Pipó, este hombre sólido y enérgico, impecable en su traje blanco de médico, enormemente versado en el problema yerbatero, que presidió hasta junio la Cámara de Diputados de la provincia.

El doctor Comolli nos lleva a recorrer las casas vacías de El 26, el "conventillo" desierto de La Invernada, la escuela 140, donde acaban de suprimirse dos grados porque cincuenta alumnos se han ido, los restos de los ranchos derrumbados por los peones paraguayos que vuelven a su país.

¿Qué otra cosa puede hacer esa gente? Voltea su rancho, amontona las tablas en una canoa y se va, con su atadito de ropa, su mujer, sus hijos nacidos en la Argentina, que la Argentina expulsa.

Pero la predicción es segura: el año próximo, cuando se vuelva a cosechar la yerba, faltarán brazos en Misiones.

¿HAY SOLUCIÓN?

Enunciar en pocas líneas una solución para los problemas misioneros sería insensato. A los males estructurales de la provincia, la falta de caminos, el consumo de energía eléctrica más bajo del país, las cíclicas crisis yerbateras, se suman otras desgracias parciales y acaso inevitables, como la catastrófica caída en el precio internacional del tung.

Pero en torno de la yerba, todos creen que se puede y se debe hacer algo. Y nadie duda de que, en la base misma de lo que se puede y se debe hacer, está la prohibición, absoluta y para siempre, de importar yerba por cualquier vía que sea.

No bastará con eso. La capacidad productiva duplicará durante muchos años el consumo del país. Las zafras deberán ser reguladas, el tambaleante Mercado reconstruido. Habrá que extirpar los yerbales improductivos porque su bajo rendimiento influye en la determinación del costo y, por lo tanto, en el precio. Algunos rinden menos de 500 kilos secos por hectárea, cuando el suizo Alberto Roth obtiene diez veces más. inclusive en yerbales viejos, mediante un cultivo ejemplar.

ABRIR MERCADOS

Aun así, será insuficiente. En medio siglo la industria yerbatera no ha invertido un centavo en propaganda eficaz, en investigación. La Comisión de Propaganda de la GRYM es inoperante, con un presupuesto inferior a los cuarenta millones anuales. Para competir con otras infusiones y bebidas, el mate necesitaría un presupuesto publicitario diez veces superior, nada exagerado si se piensa que el mercado de consumo asciende a diez mil millones.

El consumo per cápita disminuye año a año; de diez kilos en 1930, a menos de seis en la actualidad. Para muchos, el mate con bombilla está condenado, salvo en las zonas rurales. Hay que buscar nuevas formas de presentar el producto. Es preciso abrir mercados a la exportación.

Nada de esto podrá hacerlo Misiones con sus propias fuerzas. El colono misionero ha demostrado que es buen negocio financiarlo. Esto se ha hecho hasta la explotación. Por una vez, podría hacerse de otro modo.

Si cada uno de esos objetivos se cumple, es posible que el cultivo yerbatero sobreviva. De lo contrario, se habrá perdido definitivamente la guerra iniciada hace tres siglos por los "mamelucos" paulistas contra los viejos pueblos de las Misiones.

KIMONOS EN LA TIERRA ROJA

Vinieron de lejos con sus tractores y sus canciones.

Nueve años más tarde enfrentan la secular desgracia del campesino japonés: no era esta la tierra prometida.

Sobre la tierra roja que se abre muy cerca en perspectivas de selva, las muchachas bailan vestidas con el kimono y el *obi* multicolores y tocadas con grandes sombreros de paja. El tiempo, el sol y el agua han propiciado la cosecha que las conmovidas voces agradecen al cielo en su canto, mientras las manos miman el movimiento de sembrar.

Las campesinas que en la media luz del crepúsculo reviven las antiguas invocaciones mágicas se llaman Yashiko Takeichi, Aíko Kanmuse, Sachiko Kawamura, Yoshiko Kotó, pero sobre el fondo de la fotografía que registra su danza, se recorta sombrío en el cielo un lapacho.

Porque esto no es Japón. Esto es Misiones.

Cuando Pablo Alonso y yo nos vamos esa tarde de Colonia Lujan, llevamos la pena de no quedar más tiempo con esa gente maravillosa y desdichada. Y en los lugares más imprevistos me asalta la melodía del *kono ionó haná,* desgarrando la tarde; me sonrío con la seriedad imperturbable del niño Sinichi; o dialogo sin palabras posibles con la viejita Yatsuda que perdida quién sabe en qué brumas de separación y congoja cose sus paquetes para irse.

Es ya mucho después, traqueteando en un ómnibus por imposibles caminos, a la salida o entrada de un pueblo cualquiera, ocres de polvo o amarillos de tedio y fatiga, que oigo a Pablo murmurar entre sueños:

–La princesa.

Y sé sin duda posible que está nombrando a Yukíe, y que la está viendo como yo la veo, quitándose las sandalias para entrar en su cuarto, sus manos pasando los hojas del cuaderno de música o su cara bellísima diciendo palabras que nunca podré comprender.

EL PAÍS DE LA PROMESA

Sobre la ruta 14, a mitad de camino entre Posadas y Puerto Iguazú, se extienden las 3.100 hectáreas compradas en 1957 por el gobierno japonés para radicar noventa familias emigrantes. El pueblo más próximo es Garhuapé, y el centro de influencia Puerto Rico.

La forma en que llegó aquí Shigemori Matonaga resume la forma en que llegaron los demás. Campesino en la provincia de Niasaki, era dueño de cuatro hectáreas. Le ofrecieron treinta en la remota Misiones. ¿Misiones? Le mostraron películas en colores donde se veían naranjales parejos, suaves colinas cubiertas de pinares, arboledas de tung con sus flores rosadas. Vendió su chacra, pagó la primera cuota de la tierra desconocida que valía dos mil dólares y se vino con su familia de siete personas.

Lo que no le dijeron fue que la mitad de su chacra estaba cubierta de monte, que las piedras que afloran en la tierra harían trizas las rejas del arado, que las lluvias arruinarían una y otra vez su cosecha de tabaco.

A Sadehiro Yamato le pintaron un cuadro aún más idílico. En poco tiempo se haría tan rico que tendría un auto negro, y su mujer un auto rojo, y sus hijos un auto verde. Tres años después mira contrito en grabador Hitachi en que va quedando estampada la historia de su desilusión.

–Yo grabador antes tengo –dice–. Vendí. Máquinas de foto, dos tengo, también vendí Radyo, motobizicureta, térra de japonés, todo vende. Este año motor vendo, nada queda.

Había traído sus máquinas, sus vehículos, sus equipos electrógenos. Hoy sólo quedan tres jeeps, un tractor. Los hombres aran la tierra con lentos bueyes, las mujeres acarrean el agua con baldes sujetos a largas pértigas, lámparas de kerosén parpadean de noche en las casas.

–Todos pensando cómo vivir –dice en la administración este hombre de lentes redondos que enmarcan unos ojos pequeños y oscuros donde late una misteriosa alegría–. Colonos muy pobrecitos, si Misiones no ayuda colonia, levanta colonia.

Suso Sekiya ríe brevemente tras este enunciado dramático. Todo el mundo sabe que Misiones –que atraviesa la peor crisis de los últimos treinta años– no puede ayudarlos. En realidad, la colonia se está despoblando sola. El año pasado se fueron quince familias, a Posadas, a Buenos Aires, o de regreso al Japón. Este año, otras quince.

En Puerto Rico, el comerciante Osvaldo Brandt explica lo sucedido:

–Iniciaron cultivos a largo plazo: tung, citrus, madera. Esas plantaciones rinden después de varios años. Se quedaron sin dinero, nadie los financió, debieron vender las máquinas para vivir. Es una lástima porque en poco tiempo más hubieran salido a flote.

En el invierno de 1966, el éxodo general era una certidumbre, a menos que ocurriera un milagro.

EL PÁRAMO

Llegamos por los caminos de la colonia a una chacra reducida a malezal donde vive la familia Nisiuchi. Una choza fabricada con rezagos de láminas de madera (regalo de la cercana laminadora) tiembla a impulsos del viento.

El padre está afuera, trabajando. La señora Nisiuchi, vestida con unos pantalones remendados, se encorva al caminar, mira de soslayo con una sonrisa desdentada.

–No hay prata –repite sin cesar, abarcando el desolado paisaje–. Capuera todo, todo.

Ese "todo" explosivo, casi monosilábico, define el mundo reducido a páramo, las esperanzas perdidas en días y noches de trabajo sobre surcos y liños, la miseria ensañada en los seis chicos (dos argentinos) que revolotean a su alrededor.

Llegamos después a un increíble, altísimo, desventrado galpón de láminas y paja, que es al mismo tiempo casa, gallinero, secadero de tabaco. Una vieja de cabello blanco y cara dulce se pasea en la brumosa penumbra hendida de rayos de sol, extraviada y sola y triste como un fantasma.

–Yendo –dice–. Yendo.

Es lo único que se le entiende antes que vuelva a una elegía insondable que recita para ella sola, caminando, tocando los cajones donde ha embalado todas sus cosas, bajo el techo altísimo, las paredes finas como papel por donde se cuela un viento agrio y frío.

Se ríe como una loca cuando descubre a Pablo agazapado tratando de fotografiarla. Ahora está sentada en una cama, cosiendo un pequeño zurrón en que embala su ropa. Se ha puesto anteojos y sigue murmurando esa honda letanía, hasta que de pronto surgen nítidas en castellano esas dos palabras "Marido morir", seguidas nuevamente por el flujo indescifrable: *mágoga rokuni*... Esta es la señora Yatsuda, olvidada hasta de sí misma, un símbolo, una sombra, regresada a una edad infantil en que canturrea y camina por un prado, allá lejos, y es feliz porque nadie se ha muerto.

Su hijo nos cuenta la misma historia de todos. El tabaco. La lluvia. Setiembre planta tabaco. Marzo cosecha tabaco. Julio vende tabaco. Pero lluvia siempre, lluvia pudre tabaco. Sonríe esa sonrisa inexpugnable, y es tal vez un momento de debilidad lo que tiene cuando dice:

–Aquí, amigos tan pocos.

En la chacra de Yatsuda, la fruta del tung se pudre en el suelo. Los que plantaron y debieron aguardar seis o siete años para cosechar, han contemplado, impotentes, la caída descomunal del precio. Yamato sacó 75.000 pesos por sus dos toneladas de tabaco, pero sus gastos del año ascienden a 200.000. Sasaki obtuvo 240.000 pesos, necesita 350.000. Nomata ha vuelto la espalda a su plantación de yerba, cuya cosecha está prohibida este año y se defiende con un pequeño almacén. Yamato, nuevamente, mira su pequeña plantación de yute y dice con resignado humor:

–Con yute hacer piola. Con piola, ahorcar. Pero otros resisten todavía.

LOS QUE SE QUEDAN

Frente a la casa de ladrillos y madera de Hidesaburo Hayashi, se extiende la mancha negra de la fruta del tung tendida a secar. Con su mujer Yoshíe y su hijo Tomotada, tienen dieciocho hectáreas que este año dio su primera cosecha y les permitió asociarse a la tungalera de Santo Pipó. En el establo gruñen veinte cerdos y doce lechones. Los Hayashi admiten que hasta ahora trabajaron solamente para comer, pero el año próximo ha de alcanzarles para desmontar el resto de su chacra.

Ellos están a salvo.

También parece estarlo este anciano salido de una estampa que camina doblado en inverosímil ángulo recto. Se llama Takahei Shin y tiene 75 años. Sus hijos nos dicen que aún no piensan irse. Estuvieron cuatro años en Santo Domingo y se vinieron porque había muchas revoluciones. El viejito entra en la cocina, se arrima en cuclillas al fuego donde hierve una olla negra, y la sonrisa con que dice "Gracias" cuando nos vamos parece también animada por un antiguo fuego.

En el patio de la familia Ida hay un jeep, y en el interior de la casa la familia termina de almorzar: la sopa de puerros *(misusiru),* el arroz con palitos, y a modo de té, un mate cocido verde y transparente en jarritos de porcelana.

Harumi Ida tenía dieciocho años en 1937 cuando fue a pelear a China como soldado raso. Cuatro años después regresó a su patria y quedó de guarnición en Shikoku hasta el fin de la guerra. Cuando volvió a su ciudad natal, su casa no existía y su familia había muerto. La ciudad era Hiroshima.

En la casa de Harumi, uno entra con la prisa algo insolente que demanda un fatigado oficio; sale haciendo instintivas reverencias y juntando los pies. Hay algo intangible que va más allá de la certera cortesía de cada movimiento, cada palabra, como si entre estos campesinos la palabra cultura reasumiera su significado original.

Les pedimos que canten y vemos, ya sin asombro, que los cinco miembros de la familia leen música. Ahí están todos juntos alrededor de la mesa, el reposado Harumi, la apacible señora Yoshiko, la hermosa Yukíe, el serio Ryuske y el joven Shogi pulsando una guitarra. Unidos de pronto en el recuerdo del país que dejaron, cantando con voces tiernas y afinadas a la luna que asoma sobre el viejo castillo en ruinas: *Kosyo no tsuki.*

La familia Ida llegó hace apenas un año. En ellos las esperanzas están intactas, como los tabiques de madera de su casa, el motor eléctrico, el jeep, la firme sonrisa de Harumi y sus hijos.

SINICHI Y COMPAÑÍA

En la galería de la escuela, Kasuya Hoka nos habla en un castellano claro aunque sacudido por corrientes eléctricas. Kasuya tiene diez años, una belleza de porcelana y una malicia jocunda y desaforada.

Por el camino se acerca una pequeña silueta, con su portafolios bajo el brazo.

–Ahí viene Sinichi –dice Kasuya.

–Ah –le respondo–. ¿Es tu amigo?

–No –dice Kasuya–. Es Sinichi.

–Pero es tu amigo.

–No –dice Kasuya–. Es mi enemigo.

A diferencia de Kasuya, Sinichi tiene una seriedad impávida. Camina y se mueve con cierta rigidez ceremoniosa que ya es elegancia ancestral.

–Buen día, Sinichi –le digo.

Los ojos de Sinichi se dilatan de asombro (no hemos sido presentados). Parece que va a sonreír, pero se contiene y es apenas un gesto imperceptible de diversión e intriga lo que se dibuja en sus labios. Hace una pequeña reverencia y contesta:

–Buen día.

Sinichi tiene doce años. Lleva la casaca negra, abotonada hasta el cuello con dorados botones repujados de emblemas, que usan en su país los escolares.

–Así que Kasuya es tu enemigo –le comento.

–No –responde Sinichi–. No es mi enemigo.

–Él dice que sí.

–No –dice Sinichi–. Es medio enemigo. En el Nordeste argentino los maestros rurales están acostumbrados a resolver problemas difíciles. Quizá ninguno más arduo que el que se les presentó a los esposos Kiang cuando en 1963 se hicieron cargo de la escuelita provincial número 86, que sirve a la colonia. César Kiang es argentino y desciende de japoneses de Okinawa, pero no hablaba una palabra de japonés. Su mujer, Myriam Acevedo, es correntina.

Los chicos no entendían castellano y la comunicación con ellos parecía imposible.

–Les contaba cuentitos, siguiendo el método común –recuerda Myriam–. Yo veía esos ojos enormes y fijos, después los primeros bostezos. No comprendían nada y se aburrían. Apelé a los dibujos y las cosas mejoraron. Pedí diccionarios y poco a poco aprendí el japonés. Hoy los chicos de sexto grado estudian con los de primero inferior y les sirven de intérpretes.

El hijo mayor de los Kiang tiene ocho y estudia en la misma escuela con los sesenta japonesitos. Se llama César Antonio, pero ellos lo han rebautizado Koshi. Resulta curioso oír a este pequeño correntino de pelo rubio hablar en japonés con sus compañeros. Por supuesto Koshi está desarrollando precoces aptitudes filológicas. Gozosamente nos explica que "Aña" quiere decir diablo, tanto en japonés como en guaraní.

El éxodo de la colonia preocupa a los Kiang.

–Ahora que las cosas iban bien en la escuela –comenta César– empiezan a irse.

VOCES EN EL CREPÚSCULO

Hay una flor (decía la canción) que crece igual que las demás pero sin que nadie la vea y que muere con lágrimas. Es la flor del primer amor.

Hubo un samurai que volvía de tierras lejanas con su compañero herido y juró morir con él, y al pisar su patria se hizo el harakiri junto al cadáver del guerrero.

Hubo un guardafaro que tenía una hija, y la hija contemplaba todas las tardes el mar por donde debía venir su prometido que nunca volvió.

La tarde se desgrana en antiguas canciones, lentas y mágicas danzas sobre la roja tierra misionera, brillos de marfil de las manos, belleza hierática de las caras, esplendor de las sedas bajo el último sol. Una sombrilla roja está caída en el suelo. Aíko Kanmuse baila por última vez con sus compañeras. Mañana se irá para Buenos Aires.

En las sombras iniciales de la noche flotan con punzante ironía las palabras extrañas que agradecen a la tierra la buena cosecha. Porque eso, también, parece ahora una leyenda.

EL PAÍS DE QUIROGA

A treinta años de su muerte, San Ignacio no guarda buenos recuerdos de Horacio Quiroga. Pero en otros lugares de Misiones, la historia cotidiana reafirma el valor de su obra.

El hombre barbudo oyó cantar a los monos del otro lado del río, y dijo:

–Va a llover.

Y preparó los tachos para juntar el agua, porque en su casa escaseaba el agua a pesar de toda su fabulosa ingeniería. Este hombre había hecho un jardín sobre la roca, a fuerza de pico, astucia y dinamita; tenía pileta de cemento donde se enroscaba Anaconda; con pieles del monte confeccionaba tapados para su mujer y zapatos para sus hijos; fabricaba canoas y peces de cerámica, alambiques, retortas, aguardiente; manejaba ácidos, taladros, esmaltes. Recogía orquídeas. Con sus manos extraía el veneno a la yarará, criaba búhos, celestitos y coatíes, cultivaba yerba y caña de la India. Dominaba cien trabajos, pero ninguno le servía para que el agua subiera a su meseta. El agua debía bajar del cielo. Por eso el hombre barbudo prestaba atención a las señales, y cuando oyó cantar a los monos dijo:

–Va a llover.

Y sacó los tachos para recoger el agua.

Y llovió, como dijo el hombre barbudo que conocía a los monos.

Pero llovió de la mitad justo del río para el otro lado, que era el Paraguay. Y de la mitad justa del río para acá, que era la Argentina, no cayó una gota.

Esto ha quedado como un chiste sobre el hombre que conocía a los monos. Y es un chiste, pero algo más, porque nadie como ese hombre ha pensado tanto en las lluvias.

–Cómo se mojaba don Quiroga –dice esta vieja sonrisa, acurrucada junto al fogón, más acá de vidrios empañados–. Cuanto más llovía, más salía, más se metía al monte.

En el monte no estaba solo. Con él corría desesperadamente Orgaz, el jefe del Registro Civil, emplazado a entregar sus planillas en Posadas, viendo en el horizonte "los golpes de agua lívida que rayaban el cielo". Con él deliraba y se moría lentamente, Subercasaux bajo el estruendo del cinc, dejando a sus dos hijitos abandonados. A su lado malparía Carlota Phoening y se arrastraban Joao Pedro y Tirafogo en busca de la tierra prometida mientras el diluvio "transformaba las picadas en sonantes torrenteras rojas".

También a nosotros las lluvias, que nos perdonaron quince días en el interior de la provincia, nos alcanzaron en San Ignacio. Misiones es una isla bajo el temporal que disuelve momentáneamente en tedio y encierro el propósito que nos trae: ver qué queda, a treinta años de su muerte, del hombre que alzó en torno de San Ignacio una construcción más inmaterial, duradera, que la ordenada piedra de los jesuítas.

PAISAJE, AUSENCIA

La casa está allí con sus piedras desnudas, su mágico círculo de palmeras, el busto del hombre barbudo en cuyo pedestal los estudiantes de visita declaran fugitivos amores, el letrero que pretende rememorar a "un peón" debajo de un árbol raquítico. Hay una hora precisa de la tarde en que el sol pone una explosión de azafrán sobre el Paraná, que visto desde esa altura es un lago apacible encerrado entre lomas amarillas y verdes, y por un momento uno puede suponer que lo está viendo con la mirada de aquel hombre hirsuto y terrible que San Ignacio ya hubiera olvidado –salvo por sus excentricidades inquietantes o risueñas– si el resto del país no se empeñara en recordárselo.

Pero es una ilusión. El mundo de Horacio Quiroga ya no está en ese pueblo tranquilo, disperso y polvoriento. No es que San Ignacio haya cambiado mucho; es que sus personajes se han evaporado, y si existieran no se quedarían. Los encontraríamos tal vez mercando madera en la selva brasileña, ambulando con los trovadores de la frontera, remendando los alambiques domésticos que en el Alto Uruguay destilan citronela y menta, asomados al Moconá, la segunda catarata de Misiones (dos mil metros de ancho), que pocos argentinos conocen.

En San Ignacio, Quiroga se ha vuelto anécdota, que es como decir olvido, conmemoración escolar –último fruto del tedio–, homenaje de notables, que es autohomenaje. De toda su gente, los hombres y mujeres que quiso, odió, retrató, sólo encontramos a uno para quien conocer a Quiroga fue el favor más grande de la suerte. Perdido en el monte, en un rancho cuyo único esplendor es la glorieta de isipó, Juancito Juárez fabrica muebles y guitarras con las herramientas que pertenecieron al escritor. Entre sus escasos bienes guarda una primera edición de *Los Desterrados* dedicada a su padre, Isidoro Escalera, uno de los primeros amigos de Quiroga. Alto y enjuto, a los 53 años conserva algo del asombro que le inspiraba en su infancia aquel hombre que le enseñó a dibujar, a embalsamar animales, y para quien construyó su primer violín.

REPROBACIÓN Y LEYENDA

Era un hombre ejemplar, trabajador. Una gloria de la literatura. Lo consideramos un poco nuestro. Etcétera.

Pero el chico que en el otoño de 1966 disparó el primer hondazo contra la casa-museo de Quiroga interpretaba un sentimiento más generalizado y sincero. Cayeron los vidrios en sucesivas cascadas antes del saqueo que dispersó fotografías, herramientas, cartas. La era de los homenajes había concluido y por debajo de las reticencias y los clisés se afirmaba la versión auténtica: en San Ignacio, Quiroga es ignorado, menospreciado, a veces detestado.

–Quiroga fondo no era malo –farfulla un viejo colono ruso–, era loco.

–Lo agrandaron después de muerto –dice un poderoso terrateniente–. Inventaba cada fábula...

–Cada uno tenemos nuestra taras –disculpa el portero de la escuela.

Un par de actitudes y una docena de anécdotas (algunas falsas) nutren esa hostilidad. El maligno burro de Bouix, muerto por Orgaz en "El techo de Incienso", procreó legiones de animales baleados por el hosco habitante de la meseta. Quiroga araba de frac (sic) y comía cosas raras. En los carnavales usaba una fumigadora para empapar a los transeúntes desde su fortacho. Juez de paz, se olvidaba de inscribir los nacimientos y hasta hoy sigue apareciendo gente que no estaba anotada en ninguna parte.

–Éramos amigos –dice el alemán Max Bóse–, pero él se olvidaba. Un día quise cruzar su campo, y me corrió a tiros de escopeta.

Hay el próspero colono puede cruzar sin miedo el campo: es su campo.

EL TESTIGO

La reserva, el distanciamiento de Quiroga, pueden rastrearse en los personajes en que él mismo se retrató. Orgaz hablaba poco y escuchaba con atención insolente. En el pueblo no se le quería. Una "barrera de hielo" lo separaba de "los gentiles hombres de yerbas". Entre Moran, el personaje de *Pasado amor, y* los pobladores de Iviraromí (San Ignacio) hay también una "sima insalvable". Subercasaux *(El Desierto)* no podía conseguir sirvienta porque su laconismo "exasperaba y cansaba a las muchachas".

Quiroga, ciertamente, tuvo amigos-personajes: una extraña junta de fracasados, románticos, mutilados, aventureros. Son los desterrados, los destiladores de naranjas, los fabricantes de carbón, "los pobladores con alguna cultura de Iviraromí: diecisiete en total", los diecisiete jugadores de ajedrez, separados de los otros, de los "analfabetos de rapiña" (dice duramente), ocupados en amontonar tierras, riquezas y aristocracia pueblerina.

Aquellos fracasados geniales eran el fermento intelectual de una sociedad que experimentaba la transformación más extraordinaria que haya ocurrido en una provincia argentina. Baste recordar los 50.000 habitantes de 1914 convertidos en los 450.000 de hoy: las mil toneladas de yerba que la provincia producía, multiplicadas por cien antes de 1937; los míseros barriles en que el alucinado doctor Else pretendía destilar naranjas, prefigurando la planta de la Citrex que en 1967 exporta 600.000 dólares en jugos cítricos.

Sobre la violencia primitiva se asentó un orden; detrás de los pioneros, los pacíficos burgueses; los hijos no quieren reconocer en la iconografía familiar los retratos llameantes de los padres; y algunos de los sobrevivientes prefieren contemplarse retocados con pincel eléctrico en un marco *bombé y doré*...

–Sí –admite Pablo van der Thorpe, secretario de la municipalidad–, papá y Quiroga eran íntimos amigos. En una novela, no sé cuál, creo que lo nombra.

Habla de "Van Houten", que es un cuento. Y Pablo van der Thorpe es hoy propiamente Lo-que-queda-de-Van-Houten, así llamado (el padre) porque "le faltaba un ojo, una oreja y tres dedos de la mano derecha".

Situado en el centro de ese formidable cambio, convertido él mismo en misionero, Quiroga tomó partido por lo que espiritualmente era el elemento transformador, pero socialmente no rozaba los niveles del prestigio: individuos consagrados al alcohol, la invención, la nostalgia. Han desaparecido, sobre todo en San Ignacio, y la actual sociedad ignaciana repudia sigilosamente la imagen y al autor.

Esa es una de las dimensiones del vacío. Hay otra.

LA BRECHA

–Pero ése no va a sopapear más a nadie, gringo *aña membuí* –dice el mensú de "La Bofetada" tras despachar a su patrón Korner.

Quiroga parece que no toma partido, pero la historia que cuenta lo toma por él. Al fin y al cabo Korner pierde la vida mientras que el mensú sólo pierde "la bandera" –es decir la patria– mientras huye al Brasil.

"Los Desterrados" enfrenta casi del mismo modo al negro Joao Pedro y al "extranjero" que aparece "terriblemente azotado a machetazos, como quien cancha yerba de plano".

–Olvidóse de que eu era home como ele... –dice Joao Pedro–. E canchel o franceis.

La historia colectiva siguió un curso distinto al de estos desahogos individuales. El gringo quedó como dueño de la tierra y el peón es siempre criollo: misionero, paraguayo, brasileño. La brecha es étnica y cultural, amén de social, y las historias que la reflejan resultan odiosas "en una región que no conserva del pasado jesuítico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo, y la inviolabilidad del patrón".

Esto es sin duda lo que quiere decir el terrateniente de San Ignacio (hombre amable, por lo demás) cuando afirma que "las novelitas de Quiroga no eran útiles a la colectividad".

MUERTE, RESURRECCIÓN

Un impromtu de pavimento une Posadas con San Ignacio, y termina allí nomás. Largas calles de tierra discurren entre tantos baldíos como casas viejas. Esta fue la zona de la primera fiebre yerbatera que luego se desplazó hacia arriba, dejando una secuela de abandono y plantaciones agotadas. San Ignacio es lugar de

turistas que acuden a ver las ruinas. Para reencontrar el país de Quiroga hay que subir el Paraná, o llegar al Alto Uruguay cruzando la sierra central.

Algunas cosas no alcanzó él a verlas: las plantaciones de tung que han dado a Misiones su único paisaje de invierno, los cultivos de té, los agricultores japoneses de Colonia Lujan, esa calle larguísima que es El Dorado. Pero esas cosas se integran con la visión que él tuvo, porque este país nuevo es de algún modo el país viejo, y aquí todavía hay lugar para el descubrimiento y la aventura.

En el puente del arroyo Tabay, cruzamos un camión que lleva una antigua caldera de locomotora. Pienso: ahí va un inventor, alguien que usará la caldera para algo que sólo a él se le pudo ocurrir. En Santo Pipó, un pequeño colono suizo cuidaba las lombriceras con que prepara el "abono viviente" que ha dado fama internacional al método Roth de conservación de suelos. Víctor Menocchio, en el puerto que lleva su nombre, nos mostraba su secadero alimentado por el palo de descarte de la yerba, y guardaba aún en secreto su invento más ambicioso: una cosechadora que realiza el trabajo de cincuenta hombres.

Misiones nació bajo el signo de la invención, porque debió crear de la nada la maquinaria de su industria madre, que no existía en Europa. Cada colono es en potencia un Drever, un Rivet, un doctor Else. Y la fantasía inventiva del propio Quiroga es su rasgo más típicamente misionero.

NUEVAS HISTORIAS

San Ignacio duerme, el famoso bar de las ruinas donde nacían las historias ha desaparecido. Pero otros pueblos velan a lo largo de las rutas, y en sus boliches y paradas llenos de ajetreo y ambición se oyen cuentos penetrados del viejo sabor quiroguiano. Es ya la historia de la curandera que hace soplar a la parturienta una vela puesta sobre su vientre y le pregunta: "¿Estás rendida?", hasta que el chico nace. La cuenta entre carcajadas un soldado en un puesto perdido de gendarmería. Son los indios cainguás que Osvaldo Rey sacó del monte y llevó a un escenario escolar para que bailaran sus perdidas danzas: al principio no querían subir, y después no querían bajar. Es la inquietante figura del "indio Moro", monstruo de gran sombrero y ojos en espiral, que sumerge un niño en una pileta. El dibujo, de tremenda fuerza en su ingenuidad, cuelga sobre el bar de Montecarlo, y su autor –el lavacopas– no quiere venderlo por ningún oro del mundo.

Es el tiroteo de anécdotas con que nos recibieron una noche en "La Taba", hotel y panilla de Puerto Rico, el hotelero Suano, el bolichero Brandt, el comerciante Rovotti, el maestro (ex diputado) Rey.

–Yo –dijo Suano– empecé con trescientos pesos y un boliche que se llamaba "Argentino hasta la muerte". Iba a la ruina hasta que me avivé y le cambié el nombre. Qué p..., si acá eran todos gringos. Miraban el cartel y se iban a otra parte.

–Contales de la mina que descubriste.

–Con un chileno descubrimos una mina de wolfram. Estaba justo debajo de la cocina de un tipo que se llamaba Chuster. Le pusimos La Acertada. ¿Vos sabes lo que es el Libro de Pedimentos? No. Bueno, vas al Correo, pedís el Libro de Pedimentos y anotas la mina. Desde el año 17 estaba ese libro ahí y nadie descubría nada. Ya íbamos a empezar la explotación cuando vino el Ministerio de Agricultura y puso un letrero: Zona Reservada. Nos arruinaron el negocio y ellos nunca sacaron nada.

–Yo fundé el primer club de fútbol –dice Brandt–. Parece fácil, ¿no? Tiene que ver la guerra que nos hacía el cura, por los pantalones cortos.

–No era por eso –explica Rey–. Esos negros salían a la cancha con pantalón corto y un 44 en la cintura.

Es, en fin, el personaje clásico de la picaresca misionera: el juez de paz, que en este caso se llamaba Sequeira. Anotaba las coimas en el almanaque. Se inmortalizó al obligar a los colonos a marcar los chanchos, a cinco pesos por cabeza. El recuerdo de su heroica muerte enciende un huracán de risas:

–No pudo frenar la bicicleta en un repecho. Lo frenó un árbol. Sí: las historias existen y no hay más que pararse a escucharlas. Pero un oyente como Horacio Quiroga tardará en nacer, si es que nace.

EL 14 DE MARZO DE 1957, un día después de haber entregado el último artículo sobre "Operación Masacre" a Revolución Nacional *(el artículo apareció en la edición del 26/3/57), Walsh inscribió los originales de esa serie de notas en el Registro de Propiedad Intelectual bajo el rubro "Artículos de interés histórico". Confiaba, entonces en las operaciones de lectura de la historia, entendida un poco como disciplina analítica pero sobre todo como un aparato (futuro) de consagración. Es a partir de esa investigación y de ese libro que Walsh encuentra, como hemos dicho, su destino de escritor. Pero es en "2-0-12 no vuelve" (de diciembre de 1955) donde hay que encontrar los primeros indicios de una pasión historio gráfica que va puntuando su obra periodística. La siguiente nota (publicada en agosto de 1967) se propone como "una historia íntima de la revolución de setiembre* de 1955/, *vista desde el bando de los vencidos" y seguramente servía, en la imaginación de Walsh, como contrapartida de aquel artículo elegiaco. Es, también, un artículo que sintetiza sus experiencias de investigador cuasipolicial y de agente de espionaje aficionado, actividades por las cuales manifestó predilección durante toda su carrera y que orientarían su vida a partir de la década del setenta. Las dieciséis páginas del artículo son en su gran mayoría transcripción y análisis de radiogramas. Aquí reproducimos sólo las tres páginas iniciales de la nota y un breve apartado de la página 23.*

VIDA Y MUERTE DEL ÚLTIMO SERVICIO SECRETO DE PERÓN

El nombre de la persona que me dio la carpeta KEES debe permanecer, desgraciadamente, en reserva. Sus comentarios hubieran sido más autorizados que los míos.

KEES fue el último servicio de informaciones creado por el gobierno peronista antes de su caída. La carpeta que da cuenta de sus actividades entre el 7 y el 19 de setiembre de 1955 contiene ochenta y un partes especiales, numerados del 349 al 430. Se deduce la existencia de cuatro carpetas anteriores, que no han llegado a mis manos.

KEES probablemente empezó a operar después del fallido alzamiento del 16 de junio. Los motivos de su creación son conjeturales. Es verosímil que Perón desconfiara de los servicios militares de información.

El KEES no llegó a tener acción propia. Actuó principalmente como centro de escucha –y quizá de control– de las transmisiones que se efectuaban, a través de la R.R.P.F. (Red Radioeléctrica de la Policía Federal), la Dirección Nacional de Seguridad, el Comando de Represión y la propia policía.

Ocasionalmente monitoreó las redes del Ministerio de Marina, Prefectura y policías provinciales. Prestó cierta atención a los panfletos callejeros y las transmisiones de radios comerciales, principalmente uruguayas. Solamente en un caso –paradero de un marino retirado– encontramos al costado del parte una anotación a lápiz:

"Detener y allanar domicilio". Y más abajo, en tinta: "Se cumplió". Los partes 427 a 430 del 19 de setiembre, que describen el bombardeo de la Marina a Mar del Plata, traen anotaciones a lápiz que dicen: "Pasado a comando J." o bien "Pasado a Comando J. y Gral.". El Comando J. es probablemente el comando de la junta militar a raíz de la renuncia de Perón. La identidad del "general" es hipotética pero fácilmente presumible...

Sin duda el interés mayor de estos documentos es que muestran cómo se vivió la revolución del '55 desde adentro de los organismos encargados de reprimirla. Un elemento accesorio de interés es que ilustran, aunque sea de modo incompleto, cómo actúan algunos servicios de informaciones. A KEES le servía de pantalla una repartición municipal. Contaba, sin duda, con personal adiestrado, militar o policial. La información era repartida en hojas dactilografiadas y copiadas al carbónico, cuyos destinatarios eran seguramente Perón y algunos de sus ministros y funcionarios claves. El sistema de copia permite suponer que el número de ejemplares era escaso, alrededor de media docena.

La transcripción integral de la carpeta KEES demandaría un volumen de 200 páginas. Aquí seleccionaré los partes más importantes, que *constituyen una historia íntima de la revolución de setiembre, vista desde el bando de los vencidos.* En caso necesario completaré esa visión unilateral con breves referencias a testimonios producidos por el otro bando, en particular el relato de Luis Ernesto Lonardi, en su libro *Dios es Justo.*

"ESOS MARINOS"

Para nosotros, la historia empieza a las 20.45 del 7 de setiembre de 1955, cuando KEES emite su parte especial 349 que consta de seis puntos. El primero carece de importancia: informa sobre la huelga médica en Paraná. El segundo es curioso: la R.P.N.M. (Red de la Prefectura) informa al Consejo Federal de Seguridad con carácter de "urgente" y reservado la llegada a Punta Arenas de una fragata inglesa. Ese arribo se ha producido veinte días antes, el 18 de agosto, fecha en que –se agrega– fue hallada a bordo del vapor francés

Laenneo en el Río de la Plata *"la pasajera clandestina Lidia Olmos del Campo de Zavala Ortiz...* siendo entregada a las autoridades del Uruguay". Los movimientos de la escuadra inglesa y de la esposa del conocido dirigente político son anécdotas. Lo que cabe subrayar es la morosidad de la información que daba la Prefectura al Consejo.

Lo que sigue tiene un significado retrospectivo que no escapará a quienes recuerden cuál fue el último asilo de Perón en la Argentina:

"4° R.P.N.M. Hora 18.30. Radioconversación entre Prefectura Central y Subprefectura Corrientes:

"Comentes: Despacho día 23 de agosto ppdo. se refería a que ese mismo día, horas 13.45, había pasado por el puerto Corrientes, aguas abajo, una cañonera paraguaya con nombre ilegible."

El punto siguiente del parte aborda ya en forma directa uno de los problemas que más debieron inquietar al gobierno: la actitud de la Marina después de la derrota del 16 de junio:

"5° R.P.N.M. Hora 18.45. Radioconversación entre Prefectura Central y Subprefectura de Bahía Blanca:

"Bahía Blanca: Información sobre aviones establecía que los aviones eran armados por personal militar, no permitiéndose la intervención de personal civil y que circulaban rumores de que los aviones saldrían el día 3 del actual para Buenos Aires.

"Central: Comprendido. ¿Y sobre esos marinos qué hay?

"Bahía Blanca: El día 6 y 7 del corriente habrían sido detenidos en Puerto Belgrano y trasladados a esa Capital el capitán de fragata Sánchez Moreno, comandante de una fragata, el capitán de fragata San Pietro, segundo comandante del 9 *de Julio y* el teniente de navío Cúneo, comandante del remolcador *Diaguita.*

"Central: Muy bien. ¿Qué barcos habían salido?

"Bahía Blanca: En vez del 9 *de Julio* salió el *17 de Octubre y* también *La Argentina."*

Los aviones eran de la base Espora. Allí estaba concentrada toda la aviación naval, tras el desmantelamiento de Punta Indio. Cuando el 13 de agosto escaparon de Espora los tenientes de navío Collet y Corbera, el gobierno ordenó la suspensión de los vuelos y el desarme de los aviones. La medida se revocó un mes más tarde. Los pilotos estaban casi totalmente comprometidos con el nuevo alzamiento en marcha.

KEES era y siguió siendo hasta el fin un servicio incipiente. No tenía, al parecer, personal ni equipo para manejar más de una situación importante. De ahí que abandone enseguida esa punta del hilo conspiratorio, interrumpiendo la escucha de la Red de Prefectura y concentrándose en la red policial. Lo que pasa es que por la R.P.F. se tramitan mensajes más urgentes: *algo se está moviendo en Córdoba.*

LOS ESPEJISMOS

¿Por qué triunfa o fracasa un movimiento militar? Al margen de la relación de fuerzas, la estrategia, etc., es la información o "inteligencia" la que desempeña a menudo un papel decisivo. Puesto que la revolución del '55 triunfó, ya no es astuto sorprenderse de que los servicios de informaciones y seguridad encargados de detectarla hayan fracasado. Cabe preguntar, en cambio, por qué fracasaron. Una parte de la respuesta es, a mi juicio, que persiguieron tres espejismos.

Para estudiar el primero, hay que remontarse al discurso que pronunció Perón el 31 de agosto de 1955, poniendo término a la pacificación iniciada en julio, prometiendo responder a la violencia con una violencia mayor y asegurando que "cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos".

Algunos oficiales del ejército conspiraban ya. Uno de ellos, el general Dalmiro Videla Balaguer, portador de la medalla peronista de la lealtad, decidió esa misma noche sublevar la Escuela de Artillería de Córdoba y con ese fin mandó un emisario, Torres Fotheringham, que naturalmente fue rechazado. Videla Balaguer y los cuatro jefes que lo secundaban debieron huir, pero los servicios de seguridad del gobierno los convirtieron en

su objetivo número uno, cuando en realidad carecían de fuerzas propias y estaban desvinculados de la verdadera conspiración.

El segundo espejismo fue el coronel retirado Juan Francisco Castro, ex ministro de transportes de Perón.

El tercer espejismo fue el general Oscar Silva, edecán de Uriburu en el '30, más tarde director del Colegio Militar y embajador en España. Hasta 1954 gozaba de la confianza de Perón.

Durante la primera quincena de setiembre casi todos los esfuerzos del Consejo Federal de Seguridad, la Policía Federal y la Policía cordobesa se concentraron en localizar y detener a estos tres hombres. El azar quiso que Silva y Castro estuvieran efectivamente en la provincia de Córdoba, lo mismo que Videla Balaguer.

El general Silva fue detenido el 14 de setiembre, a las 19.30. El coronel Castro, al día siguiente. Ya era tarde para buscar a los verdaderos conspiradores. Ninguno de los dos ha figurado hasta ahora en las historias publicadas de la revolución del '55, a la que prestaron este involuntario servicio.

Por natural compensación, tampoco aparecen en las carpetas del KEES, hasta el 16 de setiembre, el general Lonardi, Ossorio Arana, Rial, Señorans, ni Aramburu...

UN HOMBRE

Entre los muchos episodios pintorescos desperdigados a lo largo de la carpeta KEES, hay uno especialmente jocoso. Consta en un parte de la policía de San Javier (provincia de Santa Fe) al director general de policía de Rosario. Es del 18 de setiembre y dice así:

"A su 6168 informo: 16.00 horas entró detenido X. X. *(omitimos el nombre del protagonista)* quien en oportunidad de realizarse Feria Rural subió a la tribuna diciendo: 'Pido un minuto de silencio por los que están muriendo por la libertad', agregando: 'Me proclamo jefe de la revolución en San Javier y los invito a la rebelión, citando exclusivamente a las mujeres de San Javier para una reunión esta noche, para festejar el triunfo de la revolución".

LAS PRIMERAS NOTAS DE PANORAMA *presentaban el mundo rural (o selvático) del noreste argentino. No importaba tanto que allí vivieran el amigo de Kafka, japoneses hipercultivados o rigurosos escritores, como la relación que esas personas entablaban con un ambiente primitivo y misterioso. En la serie cuyas primeras notas a continuación reproducimos, en cambio, el foco es la vida cotidiana en una gran ciudad. "El matadero" es "campo en la ciudad, a sólo cien cuadras del Obelisco ", como reza una volanta de la nota (fotografiada, esta vez, por Pablo Alonso, Francisco Vera y Eduardo Frías). "Las carnes que salen del frío" (con fotos de Eduardo Frías) profundiza la investigación de la nota anterior: lo que allí era un puro ejercicio de lenguaje (de una precisión y una imaginación infrecuentes en un* magazine, *aun en el sesenta), aquí se complica con el análisis económico al que, cada vez más, comenzará a prestar atención Walsh. Lo mismo sucede en las notas siguientes: la última que aparece en* Panorama, *sobre los puertos (fotos de Pablo Alonso); la que publica en* Georama *en setiembre de 1969, sobre el Delta (lugar en el que ha encontrado "refugio" para escribir y traducir desde su regreso de Cuba: "El Tigre es mi método de trabajo", declarará años después a* Extra), *las que publica en* Siete Días *(ya en el setenta) sobre la provisión de energía eléctrica y aguas corrientes en Buenos Aires. ¿Cómo es que suceden, parece preguntarse Walsh, estas cosas tan naturales como asar un bife, abrir una canilla, encender un televisor o salir a pasear? ¿Cuál es la base, y quiénes son los responsables, de lo que, para nosotros, es siempre posible? En este punto su proyecto parece brechtiano, al pretender materializar aquello que parece una mera idea de consumo cotidiano: la carne, el agua, la luz, el aire. "Lo esencial", escribe en un plan de nota para* Siete Días, *"además de una explicación técnica correcta, es el* trabajo humano *implícito en la producción y distribución del agua ". Esa será su perspectiva constante y por eso insiste en las cifras que con ese trabajo se relacionan.*

EL MATADERO

CAMPO EN LA CIUDAD

Al hombre no lo vi, pero la punta de una bota estribada empujó la puerta por donde asomaron un poncho colorado y la voz del resero que sin desmontar pidió una ginebra en el bar de Mala Cría.

En realidad se llama Malaquías este español que ha de haber nacido con el siglo y creció en Mataderos, pero a sí mismo se nombra Mala Cría en la jarana de las cosas que cuenta y el respeto de los hombres a quienes sirvió en estas mesas: Lalor, Duhau, Alvear y De la Torre y los gerentes de los frigoríficos, incluso "el viejo Swift", aunque para éste no falte un descreído y hasta un guaso.

En plena ciudad el asfalto da un hombre de a caballo y otro hombre de cuchillo, que en un tiempo fueron uno solo, que nació y murió en el campo. El hombre de cuchillo ha dejado de ver el sol o la neblina, mientras a su alrededor rugen los cuatro pisos del frigorífico, pero el jinete sigue libre y su grito es el de siempre –¡jo, jo, jóooh!– mientras pecha y aparta la hacienda en las treinta hectáreas cubiertas de corrales blancos y calles barrosas o polvorientas que forman el mercado de Liniers.

Hasta el año '30 se faenaba aquí mismo. "Se enlazaba el novillo", recuerda un viejo, "se tiraba con una soga el brete y se trabajaba en el suelo".

Alrededor de las playas de matanza crepitaban las parrillas, donde porteños noctámbulos acudían en la madrugada a comer achuras extraídas de reses todavía humeantes. Entre los desolladores agachados andaban con sus latitas los mucangueros, recogiendo desperdicio de sebo y de tripa que vendían por ahí. El más famoso se llamó Justo Suárez, y las trompadas que dio y el amor desgraciado y el derrumbe de su vida siguen imborrables en la memoria de las gentes.

–Lo estoy viendo –dice desde lo alto de su caballo, Florencio Novoa–, un muchachito descalzo, antes de ser lo que fue, que todos saben qué fue, y que para nosotros sigue siendo.

Otros lo recuerdan a Justo haciendo guante en el "Coraje Bosindú", midiéndose con su hermano El Molino "que era tan bueno como él", y después en la hora de su triunfo, cuando paró frente a la Recova del Matadero en un auto, que parecía un incendio porque era todo colorado.

Pero Justo pasó, con las parrillas, mucangueros, viejas playas de matanza. Ahí no más al lado surgió el Lisandro, que no se llamaba así, porque don Lisandro de la Torre estaba vivo y dando esa gran batalla que iba a perder y ganar aunque no esté terminada de ganar.

Desde entonces, de la vaca se aprovecha hasta la bosta, y los pelitos de la oreja, que sirven para hacer pinceles.

RESEROS TODOS

El resero se salvó, aunque no en el monumento de bronce que contempla con ceguera la Avenida de los Corrales, no en las monedas de diez pesos que lo muestran, el caballo al paso, el poncho arrugado y desteñido por las lluvias y los soles. Mírelo, si tiene la moneda: ese hombre traía un arreo, y las últimas tropas que llegaron por arreo han de ser del '35 según los memoriosos, según don Carlos Matteri, mayordomo del Mercado, cuyo padre fue mayordomo del Mercado, cuyo abuelo fue mayordomo del Mercado, y que nació aquí mismo en la Recova. Después vinieron los camiones.

Se salvó, aunque a medias, en esas treinta hectáreas que al fin apenas dan para un galope. Contentos de llamarse reseros, desde patrones millonarios hasta simples mensuales y algunos ingleses que compran para

los frigoríficos. Pasan criollos nuevos y viejos de poncho y de sombrero oscuro, chiquilines de blue-jeans y chaquetas de cuero, indescriptos sombreros téjanos y hasta guardapolvos de almacenero. Debajo hay un recado, a veces una silla, y debajo hay un caballo, y por delante hay un trabajo. "Porque ésta", dice Florencio Novoa, "no es una escuela de equitación, es una escuela donde se aprende a trabajar a caballo, que es una cosa diferente".

Quinientos camiones descargan diariamente veinte mil animales en los muelles que dan a la Avenida del Trabajo. Vienen de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Pampa. En la madrugada la enorme tropa de todas las razas y pelajes humea, muge, huele. Recibir el ganado en los muelles, conducirlo al corral del consignatario que ha de subastarlo, no dejar que las tropas se mezclen, pesar y pesar a prueba: es un trabajo sencillo, "para la gente que está acostumbrada".

LA PERSONA...

Entre casillas más o menos modestas y mordidas por el tiempo, las oficinas de Pedro y Antonio Lanusse tienen pinta de chalet inglés. Aquí donde cada uno exhibe su historia y su orgullo, el de esta familia que gobierna la firma consignataria más poderosa del país arranca de 1872 y se prolonga en la sonrisa juvenil con que Ricardo Lanusse (h) dice:

–Aquí en novillos, Lanusse es número uno.

–¿Dónde está el secreto?

–En el trato personal.

Unas 3.500 cabezas llegan diariamente a los corrales de Lanusse, donde trabajan cinco martilleros de la familia.

–Hay gente que nos consigna desde hace cincuenta años, sin conocernos, porque sabe que a las cinco de la mañana estamos defendiendo su plata.

Un resero hace mover los novillos para demostrar que están en buen estado. La campana que llama al remate ha empezado a sonar y de lejos o de cerca, al tranco o al galope, acuden los compradores.

...Y EL OJO

–A ver, cuánto valen los novillos, cuatrocientos tres kilos, rápido Armando, cuánto valen esos overos negros. Che, piensan comprar, o me vinieron a mirar, ¿cómo es el asunto? Cuatrocientos tres kilos. ¿Valen 58 pesos los novillos? ¿Valen cinco ocho? Vamos, muchachos, dejen la radio, vamos al remate.

Desde lo alto de la pasarela que domina el corral, el rematador hace sonar en vano el martillo frente al semicírculo de jinetes que sonríen con cara estática y burlona, mientras pegan el oído a las radios a transistores de largas antenas. Pero no escuchan música. El transmisor-receptor los mantiene en contacto con su oficina, que les pide novillos o vacas, consumo o conserva, y recoge de ellos las cotizaciones de cada remate.

Alfredo Gilbert, hijo de ingleses, ojos azules y fina ropa campera, introdujo allá por 1955 el walkie-talkie, que niveló las cotizaciones en los distintos sectores del Mercado, donde se realizan subastas simultáneas.

Hoy nadie quiso los overos negros:

–Entonces vendo los del fondo, los del corral catorce, ahí tienen treinta y seis novillos, quinientos kilos la prueba. ¿Cuánto vale el novillo? ¿Vale sesenta y dos? ¿Seis dos vale? Quinientos kilos. ¿Sesenta vale?

Alguien dijo que sí con un imperceptible movimiento de cabeza, y empezó la puja.

–Sesenta, y con diez –tronó el martillero–, con diez y con veinte, con veinte y con treinta, con treinta cuarenta, cuarenta medio, medio sesenta, setenta, ochenta noventa, ¿noventa me dijiste, Echegaray? Sesenta y un pesos, uno con veinte, uno y medio, medio sesenta, setenta ochenta, noventa dos, dos y con diez, ¿seguro que no, Negro? Sesenta y dos y se va.

Se fue. Quinientos kilos a sesenta y dos: 31.000 pesos el novillo.

¿Por qué éstos y no aquéllos? ¿Qué necesita un comprador, Mr. Gilbert?

Mister Gilbert sonríe, cuarenta años de Mercado a la espalda:

–L'esperiensia –dice. Que es el ojo.

–El ojo para el kilaje, señor –explica José Sicardi, capataz de la casilla de Gibson hermanos, siglo y medio de consignatarios en el país–. Porque un novillo de 380 kilos para abajo vale cinco pesos menos que uno de 381 kilos, así que usted tiene que estar calculando los tres o cuatro kilos de diferencia, y ése es el ojo del capataz de casilla.

–Pero vea –exagera un resero–, si acá hay gente que en una tropa de doscientos animales, al primer golpe de vista le están apartando los tres que pesan menos que los otros ciento noventa y siete...

Cinco sextas partes de la entrada diaria de vacunos vuelven a salir en camiones con destino a frigoríficos centrales, mataderos y pequeñas fábricas del Gran Buenos Aires. Los tres mil restantes ingresarán a los corrales de la CAP, pasarán por el baño de una pileta, empezarán a subir la oblicua rampa de cemento que conduce a la playa de vacunos en el cuarto piso del Lisandro de la Torre.

–Cuando el viento sopla de esa dirección –cuenta un resero– los animales no quieren subir.

De esa dirección, parece, les llega el olor de la sangre.

LA FAENA

Sobre unas rejillas de alambre, unos huesitos desnudos, pulidos y blancos, están secándose a setenta grados en la planta baja del frigorífico. Hace ocho horas formaban el pie de una pata, que estaba viva y caminaba, y sobre ella doscientos a quinientos kilos de animal jadeante, avanzando bajo la picana eléctrica por el último brete.

El lugar donde realmente empieza el matadero es la plataforma elevada en que un largo martillo de tres kilos, manejado por un hombre sudoroso y desnudo de la cintura para arriba, cae por turnos sobre la cerviz de los cuatro o cinco animales, tras los que se ha cerrado la compuerta.

El *toc* del golpe se pierde casi en el fragor de la fábrica: pero es un ruido que no se olvida. El ojo del hombre ha buscado en el tumulto el lugar exacto en la cabeza, que se mueve entre cuatro paredes de metales, los dos brazos se han alzado y uno sólo alcanza a ver la estría de acero en el aire y el animal que se desploma. Una puerta lateral se abre y la carga de vida agonizante o atontada cae desde dos metros de altura sobre el cemento.

El maneador con botas de goma y casco de acero que la espera en el piso verde de vómito, bajo la luz amarilla del sodio, ejerce el oficio más peligroso del matadero: ceñir un gancho alrededor de la pata, antes que caiga el contrapeso del guinche que alzará el animal en vilo. Alguno que parecía muerto se empinará de golpe como una masa ciega, y el hombre deberá pedir martillo a sus compañeros. Si yerra el golpe, habrá corridas y chistes en la playa. No hace mucho, una vaca saltó un brete, embistió un ventanal, se precipitó al vacío.

–Se suicidó –comentaron.

Inerte o pataleando todavía, el animal se incorpora a la hilera de reses colgadas de los ganchos de la noria, una cinta sinfín que circula a razón de doscientas por hora. A pocos metros de distancia, un golpe de cuchillo y un chorro de sangre grueso como un brazo, señalan el puesto del degollador.

CON LOS OBREROS EN LA NORIA

Bañador, cabecero, garreador de mano, volteador, rajador de pecho: unas treinta especialidades alineadas a lo largo de la noria, van a convertir la res en carne ganchera.

El matambrero es la cumbre de un oficio que suele heredarse, suma y síntesis del hombre de cuchillo. Recibe el animal, ya despojado de la cabeza y las manos y volteado sobre un catre (plataforma baja de madera), y con unas pocas pasadas rápidas, baja el sesenta por ciento del cuero.

Diez o doce catres alineados en cada una de las norias gemelas señalan otras tantas dotaciones, donde el matambrero trabaja agachado, un cuchillo en la mano, en la cintura otro y una chaira de afilar a veintidós vueltas por hora, menos de tres minutos por res.

–Ha de quedar todavía en playa alguno de los que llamaban cortadedos.

Pero no quedaba más que el recuerdo de un diálogo que pudo ser veinte años atrás:

–Che, Tito, córtame un dedo.

–¿Cuántos días querés?

A pedido, el cuchillo abría un tajo impresionante, inofensivo: media semana de licencia. Hoy un corte de esa especie es sancionado con "tarea liviana".

–Imaginesé, que a uno lo manden a barrer –dice este hombre oscuro y pausado, orgulloso de una vieja artesanía–. Sería un desprestigio.

Después del matambrero y el garreador de pata, el balancinero vuelve a encarrilar el novillo en los rieles de la noria. Cuartero, anquero, colero, tirador de garra, cogotero: cada especialista va completando el desollado hasta que el cuero se desprende intacto y cae por un tubo a la planta baja para ser limpiado.

La playa hierve de vapores, palpita con el ruido isócrono de las norias, hormiguea de hombres de ensangrentados guardapolvos blancos sobre un piso legamoso a pesar de las mangueras, mientras las reses de color rosa veteado de amarillo se deslizan a la sección despanzada. Tripas, mondongos, chinchulines caen por tubos a la sección menudencia. Los desechos van a graseria, la sangre a la planta anhidro. Nada se pierde: el frigorífico devora todo en una fabulosa digestión.

Pero ése es otro mundo y otra historia. Lo que ha quedado aquí, en las cámaras frías o el salón de ventas, son las medias reses limpias, revisadas por el veterinario, clasificadas por la Junta de Carnes. Su destino es la carnicería, en Buenos Aires, en Madrid, en Londres.

La faena de porcinos y de ovinos es la misma, más rápida. Los cerdos son ruidosos y duros: el martillo que los mata está armado de una clava. Las ovejas son estúpidas para morir, ariscas para entrar en los bretes. Un borrego o carnero adiestrado hace punta y las conduce a la muerte. Después vuelve, repite, vuelve. Consumada la cotidiana traición, se queda quieto, torvo, casi cabizbajo contra la estacada. Es el señuelo, el entregador, el "guacho". No lo matan nunca, por supuesto, y siempre tiene nombre propio.

MATADEROS Y SU GENTE

Tellier es el frente antiguo, pudiente y orgulloso de Mataderos: una avenida ancha y arbolada. Murguiondo es la espalda, una sugestión de pampa en el paisaje chato y gris, salpicado de triperías, fábricas de jabón, saladeros, curtiembres, pequeños frigoríficos. Rodó muestra la mole del Lisandro, siempre coronada de un humo graso, maloliente. Alrededor está el barrio, quieto en su aura bravía.

–La gente se envejece acá. Y si acaso se ubica mejor en otro sitio, vuelve cuando puede.

¿Por qué? Es difícil de explicar. Difícil que lo explique este peón de limpieza que gana veinte mil pesos al mes por un trabajo que –admite– nadie elige por su gusto. Difícil que lo explique incluso un matambrero, máximo artesano, que puede llegar a cuarenta mil, mientras le dure la cintura. Pero se quedan, y se heredan en el oficio de padres a hijos, y se conocen por los motes que se pusieron desde chicos –*Berija,* el *Chiche,* el *Poroto,* el *Toruno*– "y cuando se prende un fuego y se juntan seis", dice Florencio Novoa, "si cuatro no son cantores y guitarreros, son los seis".

Así que algo ha de haber, algo que tal vez no entienda del todo el hombre del centro que, desde Esteban Echeverría para acá proyectó en el hombre de cuchillo del suburbio prevenciones de violencia y de sangre que se disuelven apenas uno se para a conversar con él.

FECHAS Y CIFRAS

El frente y la historia del Mercado de Liniers dan a la calle Tellier. Dos franceses, y los dos inventaron algo en función de las vacas de nuestro país, y murieron de mala muerte. Uno, el conde Santiago, fundó con su hermano una fábrica de "pastillas de sustancia" que debieron ser el antepasado remoto del extracto de carne, y eso ocurrió veinte años antes que la Revolución de Mayo mandara fusilarlo. Otro, Charles Tellier, dedicó a la Argentina el primer frigorífico, que era un barco, y en 1876 mandó al país la primera carne congelada, que venía de Francia. Lo tildaron de loco y murió en la miseria.

La construcción del Mercado –torre y recovas laterales– data del noventa en adelante. Empezó a funcionar en 1900 y se inauguró oficialmente en 1901. Reemplazaba a los corrales viejos del Parque Patricios.

En el año 1966 entraron en el mercado 4.160.000 vacunos y 1.560.000 porcinos. Para 1967 se prevé una entrada récord de cinco millones de vacunos, con un total de ventas superior a los cien mil millones de pesos. El 73 por ciento de la hacienda llega en camiones, el resto en ferrocarril. La raza que predomina es el Aberdeen Angus (40 por ciento).Venden en el mercado ciento veintiséis consignatarios. Las ventas equivalen al 40 por ciento de las que se realicen en todo el país. Compran en el mercado trescientos cincuenta abastecedores y veinte frigoríficos. Trabajan por cuenta del mercado unas seiscientas personas, y alrededor de cuatro mil por cuenta de consignatarios y compradores.

El Mercado es organismo descentralizado de la Secretaría de Agricultura y Ganadería. Se sostiene con recursos propios y percibe, como retribución de servicios, el 0,6 por ciento de cada operación.

Es el centro concentrador más grande del país (se afirma que por el volumen de operaciones es también el mayor del mundo, no así por la extensión: el de Chicago tiene 200 hectáreas) y el regulador nato de todas las cotizaciones.

El frigorífico Lisandro de la Torre, contiguo al mercado, fue construido en 1929 y pasa por ser el más grande del mundo. Cambió varias veces de manos (municipal, nacional, nuevamente municipal) hasta que en 1960 lo adquirió la Corporación Argentina de Productores (CAP).

En 1966 faenó 630.000 cabezas vacunas, realizando el 87 por ciento de esa matanza por cuenta de usuarios o matarifes, a los que entrega la carne limpia y paga un adicional ("recupero") de hasta siente pesos por kilo a cambio de los subproductos que elabora por sí. Por la matanza de ovinos (134.000 en 1966) y de porcinos (147.000 de usuarios; 15.000 propios, en 1966) cobra un derecho de faena.

El grueso de la carne vacuna faenada en el Lisandro de la Torre se destina a consumo de Buenos Aires, del que cubre aproximadamente el 30 por ciento. Emplea, actualmente, unas 2.900 personas.

LAS CARNES QUE SALEN DEL FRÍO

La crisis de nuestra ganadería se agrava con el descenso de los precios: el "chilled" con destino a Inglaterra ha llegado a venderse a 81 pesos el kilo, más barato que la carne de cuarta categoría a los abastecedores de Buenos Aires.

Ha de estar lindo por allá –dijo el Colorado con tristeza aparente–. Debe hacer treinta grados en esta época.

La época era agosto: el hombre, correntino. En la bodega de la lancha, el termómetro marcaba también treinta grados, pero el Colorado vestía zuecos de madera y cuero, guantes forrados de frisa y una geología de suéteres debajo del guardapolvo y el delantal de loneta. Porque éstos era grados Fahrenheit, que no funcionan como los otros, y en resumen lo que hacía era uno bajo cero.

–En el río Uruguay –añoró Villalba–, el agua está clarita, se ve hasta el fondo.

Aquí un sol enfermo se desgaja en manchones de plomo fundido sobre la capa de petróleo del Riachuelo. De alguna manera, todo parecía necesario: las contradicciones de la memoria, el brío matutino del jefe divisional que bromeaba sobre las nostalgias, el ritmo incesante de la noria de bajada y el resfrío que fotógrafo y cronista iban a pescar en las cámaras de congelado. Lo que se estaba celebrando era un acto central en la vida del país, pero algo cotidiano, como casi todo lo que al fin tiene importancia: de las cámaras de "La Negra" en Avellaneda bajaban a la *CAP-Rosario* con destino en puerto al vapor *Nahuel Huapi*, con destino final a Barcelona y Genova, sesenta y tres toneladas de cuartos traseros y sesenta toneladas de cortes "pistola". Carne enfriada, en suma, que cuando va al Reino Unido se llama *chilled-beefy* forma el núcleo de nuestra historia económica; que ha enriquecido a algunos y empobrecido a muchos y provocado los grandes debates del siglo, con más de un muerto (sin hablar de Bordabehere), más de un ministro renunciante (sin hablar de Raggio) y más de una guerra y un acuerdo, abiertos o secretos, entre empresas. Porque las carnes refrigeradas son a la Argentina, para bien o para mal, lo que el café para Brasil, el azúcar para Cuba, el oro y los diamantes para Sudáfrica.

KOSHER Y PROFANO

Durante la guerra de los boers, un general inglés admitió que la carne argentina había salvado a su ejército. Lo mismo pensaba décadas más tarde Winston Churchill, dispuesto a ceder a los norteamericanos en todo "menos en carne de vaca y carnero". Lo mismo, tal vez, piensa hoy Moshe Dayan, con sus tropas desparramadas en Sinaí, Jordania, Siria.

–Compramos todo lo que haya –dice en Buenos Aires Benjamín Grunstein, miembro del equipo que faena la carne *kosher* (sagrada)–. Sin límite.

La espada rectangular de cincuenta centímetros de largo brilla en manos del rabino, hace un tajo de ida, otro de vuelta en la garganta del novillo postrado en la playa de matanza.

–Llevan solamente cuartos delanteros –explica el divisional de playa–. Creen que los traseros están contaminados por los genitales.

Del cuarto trasero que los israelíes desdeñan se obtiene, sacando garrón y vacío, la pierna pistola que prefieren los italianos. Son animales "tirando a ordinario" –overos negros y norteños–, más flacos que los relucientes y mestizados novillos *chulea* que se reservan para los ingleses.

Sagrada o profana, la carne sigue el mismo camino: desuello progresivo en la noria, inspección veterinaria, clasificación por la Junta Nacional de Carnes.

–Tres dos –dice el inspector y el empleado marca la media res con un sello que significa "calidad tres, grasa dos".

Hay cuatro calidades: primera (J), segunda (U), tercera (U2) y cuarta (N), y cuatro grados de gordura: desde el cero hasta el tres. Sobre el dictamen de la Junta, el clasificador de la empresa dispone el destino, que es consagrado por un nuevo sello. Este dice A E y significa "España enfriado".

Cronista y fotógrafo pueden ir ya en busca de su resfrío.

EL CORREDOR DEL "CHILLED"

–Nosotros estamos acostumbrados –dice jovialmente Osvaldo Marcóte, divisional de cámaras–. Pasamos; hasta diez horas adentro sin darnos cuenta.

Desde la sala de máquinas de la planta, cuatro bombas y seis compresores hacen circular sesenta mil litros horarios de amoníaco líquido por el sistema arterial de serpentinas de las cincuenta cámaras, camaretas y depósitos que forman el reino del frío.

Y del silencio. En una de los doce cámaras de *chilled* se alinean en sus ganchos seiscientas medias reses. La atmósfera es de mañana invernal y seca entre las paredes blancas. Cargar cámara, bajar la temperatura a 2° Fahrenheit, hacer el cuarteo o división: son las tres etapas de un proceso sencillo, concluido en cuarenta y ocho horas. El producto es el *Argentine chilled-beef–como* reza la leyenda impresa en la *stockinette* de algodón que le sirve de envase–, o "enfriado", el equivalente más próximo de la carne fresca.

En las cámaras de congelado los 18 centígrados bajo cero se cuelan rápidamente por las suelas de los zapatos y no hay flacos que no parezcan gordos. Marcóte entrechoca dos cuartos que suenan como madera.

–En setenta y dos horas congelamos divinamente –dice.

Personalmente, nos bastan setenta y dos segundos.

El congelado cristaliza los tejidos y los mantiene incorruptibles durante meses o años en las estibas que arman silenciosos obreros (sueldo medio: veinte mil pesos por mes.) En cambio el enfriado dura de treinta y cinco a cuarenta días. Hay que embarcarlo en seguida, y cualquier pretexto parece bueno para salir otra vez al *corredor del chilled-beef*, al encuentro de una comparativa primavera de cero grados porteños.

AZUL QUINQUELA

–Seis nueeeve... –canturrea pausadamente el balancero, y un operario anota el kilaje con tinta negra sobre la *stockinette*–, seis cuatro y medio... seis sieeete y la talla...

Eso quiere decir que han pasado por el riel diez cuartos colgados de sus roldanas hacia la plataforma de embarque, rectángulo de tablones por cuyo hueco central desciende oblicuamente la noria con su carga hacia la bodega de la lancha, seis metros más abajo.

A las siete y cuarto la carga está completa bajo la nieve de las serpentinas, el cuartel cerrado y el patrón don Santos en la timonera de la *Rosario* que empieza a moverse tironeada por los remolcadores.

El puente Pueyrredón se despereza y gime como un antiguo monstruo para darnos paso. "La Negra" queda atrás, "La Blanca" se yergue en un recodo, su gran mole inactiva, en los muelles del "Anglo" el *Paraguay Star* está cargando, en la dársena D intriga todavía el *Mishurinsk* con sus bultos misteriosos y sus cuatro mil toneladas de cueros en las bodegas, el *Kalymnos* ha completado y va a zarpar, en cada rincón del puerto los grandes barcos abren sus entrañas para recibir el congelado, el enfriado, las carnes enlatadas, la riqueza de un país. El cielo es azul ahora en el río, el sol ilumina tibiamente la perspectiva de fábricas, destilerías, rascacielos: una desconocida Buenos Aires.

En los despachos de los ministros, los escritorios de los gerentes, las asociaciones de productores, se barajaban ideas menos alegres. Todos coincidían en severos presagios para la ganadería argentina. Hablar de crisis no era ya un ejercicio de pesimismo.

LA ESTRUCTURA

Hay en el país casi cincuenta millones de vacunos, de los que se faena anualmente la cuarta parte. Un número apenas mayor de ovinos (matanza: diez millones) y unos cuatro millones de porcinos. Del total faenado, se destina algo menos del ochenta por ciento al consumo, y el resto a exportación, que constituye normalmente la mitad de las exportaciones agrícola-ganaderas, las que a su vez forman más del noventa por ciento del total vendido al exterior.

En 1966 salieron del país más de un millón de toneladas de productos ganaderos por valor de 537 millones de dólares. De esa cifra, poco más del sesenta por ciento corresponde a carnes y menudencias refrigeradas, y el resto a carnes enlatadas, cueros, subproductos y ganado en pie. A su vez el grueso de la cifra principal, el núcleo del negocio, está formado por carnes y menudencias vacunas refrigeradas: 277 millones de dólares.

Las ventas se realizan a tres bloques, en orden creciente de importancia: 1) Reino Unido, 2) Mercado Común Europeo (comprador principal: Italia), 3) Otros países (comprador principal: España).

El Reino Unido absorbía en una época la casi totalidad de nuestra exportación de carnes (noventa por ciento en el período 1910-1914). Hace diez años ese porcentaje era todavía del sesenta y seis por ciento, quedando el resto para los otros países. Hoy la proporción se ha invertido: setenta por ciento para otros países y treinta por ciento al Reino Unido.

Es un cambio significativo, que va acompañado de otros dos. El primero es la caída constante del volumen de nuestras exportaciones de carnes: de 670.000 toneladas en 1924 a 455.000 en 1966. El segundo es la aparición de pequeños y medianos frigoríficos exportadores en competencia con los cuatro grandes: Armour-Swift, Anglo, Wilson y CAP (Corporación Argentina de Productores). Esa competencia no incluye el mercado inglés, donde los grandes ejercen un virtual monopolio a través de las cuotas asignadas por la Junta Nacional de Carnes.

El reemplazo de Gran Bretaña como principal comprador parecía a punto de consolidarse definitivamente cuando en mayo de este año se anunció en Ginebra un acuerdo por el que la Comunidad Económica Europea rebajaba los aranceles que gravan la entrada de carne congelada argentina a cualquier país miembro. (Argentina, a su vez, rebajaba en un cincuenta por ciento los derechos de importación de artículos industriales.)

Los ganaderos no ocultaron su euforia. Un auge en la producción coincidiría, al fin, con un auge en los precios. El gobierno calificó el acuerdo de "trascendental". Bastaron pocas semanas para comprobar que no era trascendental y ni siquiera era acuerdo.

BRETONES FUERA DEL BRETE

El 26 de junio ocho mil campesinos bretones tomaron por asalto el municipio de Redon, batallaron con la policía, patibularon un cerdo, dejaron sentado que de ninguna manera consentirían una mayor entrada de carnes argentinas. El episodio permitió que el gobierno francés ejecutara lo que de todas maneras ya tenía decidido: vetar el *"acuerdo"* de Ginebra y de ese modo proteger su propia ganadería, artesanal, ineficiente y subdesarrollada –según la opinión editorial de *Le Monde*, el más serio diario francés– casi al mismo tiempo que el *premier* Pompidou anunciaba la liberalización de la economía interna y enrostraba a los productores: "Ustedes han vivido durante cincuenta años al abrigo de protecciones inadmisibles... hay que producir mejor,

hay que vender la mercadería al mejor precio, y ésa es la ley de la competencia y la única razón de ser del liberalismo".

Liberalismo de consumo interno, no obstaba a que Francia, principal productor ganadero en la Comunidad, impusiera esas "protecciones inadmisibles" en perjuicio de los ganaderos argentinos que por producir mejor y más barato veían alzarse murallas.

En julio el representante francés concretó el veto durante la reunión de ministros de agricultura de la Comunidad. Era un golpe duro, aunque no decisivo: se podía seguir exportando a Europa en las condiciones previas al falso acuerdo.

El verdadero rebote iba a producirse en el mercado más antiguo del mundo occidental –nueve siglos de existencia– que durante décadas ha permanecido ligado el precio de nuestras carnes.

LA "CATÁSTROFE" DE SMITHFIELD

A mediados de julio de este año la cotización del *chilled* en el mercado inglés de Smithfield descendía a 350 dólares la tonelada FOB. Traducido, esto significa que la mejor carne argentina, refrigerada, manipulada, cargada en el puerto de Buenos Aires, se exportaba a 81 pesos el kilo (122,5 correspondiente al valor de venta FOB menos 41,5 pesos en concepto de derechos a la exportación, impuestos y gastos): más barata de lo que se expende a los abastecedores de Buenos Aires la carne de ganchera de cuarta categoría.

El episodio era una dramática ilustración de la debilidad de nuestra política de carnes. La cotización en el Reino Unido no ha dejado de bajar en los últimos dieciocho meses: de 623 dólares en el segundo trimestre de 1966, a 517 en el tercero, a 509 en los cinco primeros meses de 1967, a 430 en el mes de julio, a 342 el día 20 de ese mes.

Estudios responsables señalan que por debajo de 524 dólares la tonelada, cuando el precio del novillo en Liniers supera los 70 pesos por kilo vivo, los exportadores venden "a pérdida": en otras palabras, que subvencionan el consumo inglés. La pregunta de por qué se resignan a esa operación es tan fascinante como las respuestas que ha originado.

La más usual argumenta que es preciso mantener, aun a pérdida, el excelente mercado inglés. ¿Es tan excelente? En 1966 se obtuvieron en el Reino Unido 511 dólares por tonelada de enfriado, y en Italia 829 dólares. *O sea, una diferencia de 318 dólares por tonelada.*

Cualquiera sea el país y el rubro que se tomen como punto de referencia, el resultado es que los ingleses pagan menos. Si consideramos las ventas totales de carnes y menudencias vacunas refrigeradas para 1966, incluyendo sólo aquellos países que compraron más de diez millones de dólares, obtenemos estas cifras:

La única excepción es aparente: Israel compra sólo cuartos delanteros, que en el Smithfield se

País	Dóls. *tn.*	*Diferencia con el R. Unido en dóls. x tn.*
Reino Unido	513	–
Alemania	588	+75
España	611	+98
Holanda	643	+130
Francia	670	+157

Italia	686	+ 173
Israel	493	-20

cotizan a la mitad de los cuartos traseros.

Inversamente podría alegarse que las cifras del cuadro no se refieren a rubros homogéneos: el Reino Unido compra cuartos compensados (traseros y delanteros), mientras que a Italia van preferentemente piernas pistola, que son traseros con un proceso algo mayor de corte. Pero esa diferencia resulta a su vez equilibrada por el hecho de que la hacienda tipo *chilled* Reino Unido, mestizada y gorda, es más cara en el mercado de Liniers que los novillos cuarterones, overos negros o norteños –animales "tirando a flacos y ordinarios"–, que italianos y españoles consideran satisfactorios y hasta preferibles.

Dicho de otra manera, la exportación de medias reses al Reino Unido es la forma anticuada del negocio, mientras que la venta de cortes a los países europeos es la forma moderna y conveniente, porque con menos gastos, menos mestización, menos engorde, se obtienen precios superiores y se exporta más mano de obra. Pero en un caso o en otro, queda en pie la afirmación de que los ingleses pagan menos, y eso está particularmente demostrado por el ejemplo que parece desmentirlo: jamás se obtendrían en Smithfield, cuando el promedio de los compensados es de 513 dólares, los 493 que pagó Israel por los delanteros. Con esta salvedad: que al Reino Unido se vende en consignación, o sea a cobrar varias semanas después del embarque, al precio que la Divina Providencia disponga para el día de la venta, mientras que los otros mercados compran en firme.

Las diferencias se achicaron considerablemente en los primeros meses de 1967, pero volvieron a agrandarse con la llamada "catástrofe" de Smithfield.

Tales discrepancias son las que originan la segunda respuesta al enigma. Según esta hipótesis, los ingleses reexportan las carnes argentinas; o bien importan carnes argentinas y exportan las propias.

Una tercera solución soslaya esa posibilidad para concentrarse en la identidad de los exportadores argentinos y los importadores ingleses. Para esta hipótesis, decir argentinos o ingleses es una abstracción: de las cinco grandes empresas que exportan al Reino Unido, según las cuotas fijadas por la Junta, tres son norteamericanas (Armour, Swift y Wilson), una inglesa (Anglo) y sólo una argentina: CAP. Y los importadores "ingleses" son asociados o filiales de las mismas casas matrices que los exportadores argentinos: la Internacional Packers de Chicago (grupo norteamericano) y la Unión Cold Storage (grupo inglés).

Estas empresas se resignarían a recuperar ampliamente en la importación lo que pierden en la exportación, dejando de por medio un damnificado, el productor local, sin contar el efecto depresivo que la caída de Smithfield ejerce en las restantes plazas compradoras.

¿QUIÉN NOS COMPRA?

La frase "comprar a quien nos compra" debía tener siglos de antigüedad cuando la pronunció el príncipe de Gales en su visita a la Argentina. Pasaron más de treinta años antes que volviera a esgrimirla un funcionario de nuestra cancillería, a propósito del veto francés. Pero si el lema era impecable, el contexto resultaba oscuro: de hecho Francia compra a la Argentina más que la Argentina a Francia.

Aplicada a los Estados Unidos, en cambio, la sentencia se convierte en paradoja. A pesar del amplio saldo a su favor en la balanza comercial, la negativa norteamericana a adquirir productos ganaderos argentinos tiende a convertirse en secular. El pretexto es la aftosa, que no inquieta a los frigoríficos norteamericanos radicados aquí.

Las cifras son más elocuentes que los argumentos. En los últimos cinco años las compras norteamericanas de productos ganaderos han sido inferiores a las que en un solo rubro (cueros vacunos salados y secos: 128

millones de dólares) efectuaron la Unión Soviética y los países del Este europeo, que por cierto no son nuestros mejores clientes.

Frente al endurecimiento del Mercado Común Europeo, la decadencia del mercado inglés, el rechazo norteamericano, la ganadería argentina sólo parece tener tres salidas: 1) consolidar los mercados realmente productivos: Italia, España, Holanda, Alemania, Israel; 2) comprimir, en la medida en que den pérdidas, las ventas al tradicional mercado británico y modificar radicalmente la estructura de una actividad que durante décadas sólo se preocupó de satisfacer a ese mercado; 3) buscar mercados nuevos en Asia, América latina, África.

Si hace unos años estas fórmulas parecían sólo una vaga aspiración, hoy constituyen un imperativo de sobrevivencia.

–Arriba –dijo el enganchador sin hablar. Los que hablaban eran sus pulgares.

El pescante chirrió, las veinte sogas de la anilla se pusieron tensas, sacaron del riel de la *Rosario* los ganchos que alzaron los veinte cuartos. La lingada quedó un segundo inmóvil en el aire, describió un semicírculo, bajó pausadamente a la bodega refrigerada del *Nahuel Huapi.*

Sobre el roldanero descendían ya el cabo, la bola y la anilla. El roldanero no los miraba, empujaba con una mano y salía con la cabeza a diez centímetros debajo del peligro, que para él no era peligro, porque él tiene que sacar el gancho, bien o mal, pero tiene que sacarlo:

–Porque si el roldanero es lerdo, para toda la mano.

La mano de quince hombres no se paraba. Sobre las fundas blancas, recortadas en el cielo azul, lucía una contradictoria bandera: *Argentine chilled-beef.*

LA GUERRA SECRETA DE LAS CARNES

Los primeros frigoríficos argentinos fueron absorbidos a fines de siglo por el capital inglés; a partir de 1907 ingresaron los frigoríficos norteamericanos en lucha con los ingleses hasta llegar a un acuerdo; en la década del treinta, Lisandro de la Torre encarnó la reacción nacional con su célebre investigación de la industria frigorífica; vino luego le ley de carnes que consagraba el statu quo aunque admitía que los argentinos eran aptos para exportar sus propias carnes a través de una entidad que todavía era mítica: la Corporación Argentina de Productores. Su crecimiento gradual e imperfecto llegó a convertirse en una preocupación absorbente, según demuestran los documentos que publicamos.*

El capital de CAP se forma a través del aporte de los productores, pero el aumento de capital se oficializa por un acto de gobierno, que decide o posterga el traspaso de los fondos acumulados. En marzo de este año los frigoríficos extranjeros peticionaron al gobierno para que no se concretara la ampliación en siete mil millones de pesos del capital de CAP. Y lo hicieron en la forma que arriba se documenta, exigiendo por telegrama la "inmediata suspensión" del aumento ya acordado.

Los argumentos de los frigoríficos extranjeros constan. El breve espacio no debe quitar a la objetividad un resumen de la respuesta que dio CAP.

1) La afirmación de que CAP ha recibido doscientos cincuenta millones de dólares en los últimos treinta años "es de falsedad evidente". CAP ha recibido once mil ochocientos millones de pesos. "Jamás ha recibido un dólar del Estado ni de sus accionistas. Ignoramos en virtud de qué arbitrario cálculo las empresas frigoríficas competidoras pretenden transformar los pesos moneda nacional recibidos por CAP en dólares estadounidenses."

2) La afirmación de que los aportes transferidos en 1965 equivalen a $ 21 por kilo vivo exportado "es igualmente pueril".

*Se refiere a reproducciones de documentos que acompañan la publicación original. (N. del E.)

3) Los productores ganaderos accionistas de CAP "no son representantes de empresas monopolistas extranjeras ni sucesores de ellas".

4) CAP fue creada "para impedir la formación de un monopolio en la industria de la carne, integrado por los frigoríficos extranjeros".

5) Tanto CAP como los frigoríficos extranjeros reciben capital o crédito de sus accionistas. La desigualdad invocada no existe.

6) El procedimiento establecido por ley para integrar el capital de CAP "podrá o no ser del agrado de los frigoríficos competidores, pero no introduce de ninguna manera una desigualdad en el régimen jurídico bajo cuyo amparo, durante muchos años, los frigoríficos competidores han obtenido pingües ganancias".

Estos argumentos resultaron convincentes para el gobierno, que no revocó la medida. Para entonces la guerra secreta de las carnes se abría en otro frente. El Armour decidía dedicarse al abastecimiento del consumo interno y a la fabricación de conservas y solicitaba el traspaso de su "cuota" de exportación a su asociado el Swift. La opinión de que esa cuota debía ser redistribuida entre todas las empresas obligó a renunciar al secretario Raggio. Desde entonces el espinoso trámite viene realizándose prácticamente en secreto, sin más información que la denuncia de un semanario político y el trascendido de un semanario de noticias, que daban por concretado el traspaso. Tal cosa no había ocurrido, aunque llamaba la atención el sigilo en que se negociaba algo que, en otras épocas, habría provocado un escándalo nacional.

MAGOS DE AGUA DULCE

"PREFECRIOPLA A INTERSECCIÓN 9/30 XZRP N" 615 AN. SETIEMBRE DOS A PARTIR 1100 HS. PROHIBIDO NAVEGAR CANALES ACCESO BAIRES PARA BUQUES DE SALIDA POR ENTRADA ESSO PUERTO RICO. *PONTÓN INTERSECCIÓN CERRARÁ NAVEGACIÓN A BUQUES DE ENTRADA CUANDO ÉSTE SE PONGA EN MOVIMIENTO Y LIBERARÁ CANAL EN IGUAL SENTIDO 30 MINUTOS DESPUÉS. DIRECTIVAS ESPECIALES: SUBPREFECTURA DOCK SUD LIBERARÁ CANAL DE ACCESO CUANDO BUQUE VIRE KM. 9,8 Y CANAL SUD AMARRE COMUNICANDO INMEDIATAMENTE CIRCUNSTANCIAS DESTINATARIOS PRESENTES."*

LOS PRÁCTICOS DEL RÍO EN ACCIÓN

Il commandante Vittorio Petra no se come los cigarrillos porque saliendo de la timonera está prohibido fumar, pero hunde las manos en un sobretodo impecable, cuyos bolsillos ya deben estar rotos cuando los brazos se ponen derechos y se pegan al cuerpo.

Mentalmente se está tragando el puerto. Si hablara, repetiría la imprecación de los capitanes de ultramar cuando entran en Buenos Aires: *tutti pazzi*.

Pero *Il commandante* Vittorio Petra tiene un buen dominio de sus nervios y guarda un silencio estoico mientras el *Esso Puerto Rico* –bandera panameña, tripulación italiana, carga venezolana, capital estadounidense– abanica la popa frente a la entrada de la Dársena D de Dock Sud, apoya en el fondo del Riachuelo, de donde surgen borbollones de barro negro, se escora y vuelve a enderezar, procurando un ingreso que debe ser impecable o catastrófico: no hay términos medios con un petrolero y gasero que desplazaba 60.000 toneladas antes de ser alijado dos veces y guarda todavía 10.000 toneladas de propano y butano: una especie de bomba atómica flotante.

Sólo un hombre a bordo parece no vivir el momento como las vísperas de Hiroshima. El capitán Buhler, práctico del puerto, calcula en términos de centímetros el desplazamiento de una mole de doscientos veinte metros de eslora, que sumados a los remolcadores y los cabos de remolque abarca tres cuadras y media de largo por treinta metros de ancho. La boca de la dársena tiene cuarenta.

–*Mezzo tímone* –dice el capitán Buhler, porteño de por aquí.

–*Mezzo timone* –repite como un eco el timonel.

El petrolero gira en cámara lenta frente a la boca de la dársena: entra de popa para tener la salida expedita "si pasa algo". Unos metros más, y enfrenta la piedra del murallón.

–*Avanti adagio* –dice el capitán Buhler.

El remolcador de proa vuelve a su tarea de hormiga.

–*Dietro molió adagio* –dice el capitán Buhler.

El *Esso Puerto Rico* va a entrar finalmente en el ojo de la aguja. Desde el puente, a dieciocho metros sobre el agua, la boca de la dársena apenas se ve, tapada por el palo y la cubierta, donde se despliega una red intestinal de cañerías rojas, azules, verdes, amarillas entre los botellones verticales de gas enclavados en las bodegas de petróleo. Para saber que nos movemos hay que mirar a los costados donde las piedras del murallón están desgastadas por el roce de otros buques. Pero éste no puede rozar. Aun a paso de hormiga

cualquier fricción empezaría a medirse en tonelámetros, pondría al rojo vivo las chapas de acero. En eso no se quiere pensar: cuando se piensa en eso ya no se habla del buque, sino de todo Dock Sud, cuyas refinerías brillan al sol.

Desde arriba el margen a babor parece haberse reducido a un par de metros. En la mejilla del *commandante* Petra palpita un músculo.

–*Tutto a sinistra* –dice el capitán Buhler, manejando el remolcador de proa con la sirena del barco, el de popa con un silbato–. *Mezzaforza* –dice y el telégrafo Chadburn vuela a la sala de máquinas, regresa instantáneo con la estridencia de la campanilla que indica entendido, ejecutado.

Los toques de respuesta del remolcador suenan lúgubres como un gemido animal.

El *Esso Puerto Rico* se enhebra ahora limpiamente en el dock, la proa deja atrás las mandíbulas de piedra. Veinte minutos después está amarrando.

–*Ferma la machina* –dice el capitán Buhler. La cara del *commandante* Petra está despejada, mira con placer la silueta de Buenos Aires, el humo blanco de las fábricas bajo el cielo celeste. Ha recuperado el juvenil humor peninsular y el dominio de su barco, *"chefaceva la campana, ding-dong"*, dice, riéndose al fin.

–¿A qué hora le dije que estaríamos atracados?

–A las cuatro y media –dice *il commandante* Petra.

El capitán Buhler mira su reloj. Son las cuatro y veinticinco.

ABORDAJES CON SANGRE

La ansiedad del capitán italiano reproducía quizá la de su compatriota León Pancaldo, que varó en estos mismo fondos lodosos del Riachuelo, perdió su carga y echó la culpa (y un pleito) al práctico Aguiar. Esto ocurría hace cuatrocientos treinta años, cuando Buenos Aires estaba recién fundada y antes que los indios la desfundaran.

Durante la colonia, los prácticos del Río de la Plata dependieron de la armada española. Uno de ellos, el teniente Oyarvide, "jefe de pilotos" con asiento en Montevideo, realizó en 1803 los primeros estudios de mareas, útiles hasta hoy. En 1824 se nombraron por ley seis pilotos para Ensenada y Buenos Aires, con seiscientos pesos anuales de sueldo. Por algún motivo no aclarado, esos pilotos se llamaban "prácticos lemanes" y así figuran en el reglamento de 1830.

Las tarifas del practicaje eran ya bastante elevadas el siglo pasado, a juzgar por la "copia del arancel" que reproducimos del diario *El Orden* (4 de agosto de 1858), y aumentaron cuando el río se pobló de vapores que traían las primeras máquinas y se llevaban las primeras lanas y carnes. El gaje del práctico –una bolsita de libras esterlinas– era un símbolo, disputado en ásperas contiendas. Decenas de prácticos con sus cúteres salían a la boca misma del Río de la Plata a esperar los barcos. Uruguayos y argentinos protagonizaban encuentros a menudo sangrientos. Los cúteres argentinos sorprendidos por una tormenta debían capearla sin poder entrar a puerto uruguayo, donde se les negaba hasta el agua. Muchos naufragaban. En 1895 se iba a pique el *Esperanza* con cinco prácticos a bordo; catorce morían en 1898 al hundirse frente a Punta del Este el cúter *No hay otro.* Cuarto de siglo después Leo Goti recordaba en su *Cronicón del Pilotaje en el Río de la Plata* que en un solo año habían perecido cincuenta y dos prácticos argentinos: el total existente apenas llegaría a ciento.

"Así acabaron y murieron los cúteres y los prácticos", dice el *Cronicón,* "en esas rutas de infierno".

El tratado argentino-uruguayo de 1891, que declaró libre la profesión de práctico y autorizó a las embarcaciones de ambos países a recalar en las costas del otro, acabó con esa guerra insensata, pero en los puertos del país la rivalidad seguía inextinguible:

"Los prácticos procedían como bárbaros", dice amargamente el *Cronicón.* "Uno moría de dos tiros de revólver en una taberna de Bahía Blanca; un cúter desaparecía en el puerto de Ingeniero White bajo las aguas

del canal con catorce barrenos hechos a traición por la fracción contraria durante la noche; en Buenos Aires se perseguían unos a otros en los diques, a guisa de fieras; en Rosario venían a las manos en los cafés... y en todos los puertos de la República el ser práctico era ser bandolero."

Hoy cuesta imaginarlo viendo a estos hombres reposados, casi todos mayores de cincuenta años, que conversan tranquilamente sus asuntos en las alfombradas oficinas de sus mutuales. Un plumazo del almirante Rojas Torres –prefecto general marítimo– acabó en 1915 con el caos, imponiendo el turno obligatorio. La aventura y el drama quedaron reducidos a los términos del oficio, se relatan en voz baja para no molestar a los que esperando turno en los pontones prefieren las tempestades del televisor o las módicas emociones de un póquer liviano. Allí es posible oír a Santiago Ottino evocando aquella noche de setiembre en Recalada, cuando lo embarcaron en el *9 de Julio,* lo sentaron frente a un marino de anteojos oscuros y jinetas de contraalmirante, le preguntaron si podía llevar la flota sublevada hasta el antepuerto.

–Poder, podía –dice don Santiago, y la llevó porque no había mucho que elegir– y así me hicieron héroe a la fuerza –y después que piloteó la flota y trajo a bordo a los generales de la Junta, se acabó la revolución y lo desembarcaron haciendo sonar las sirenas de todos los buques–. Creo que eran honores de almirante –dice, aunque no está muy seguro ni parece importarle demasiado.

VIDA EN LOS PONTONES

De noche, como quien viene de Europa, es la primera luz que se ve al entrar en el Río de la Plata. De día es una raya que se aplana contra el horizonte para esquivar los cañonazos que le estaban destinados cuando en 1889 lo botaron como acorazado *Independencia,* vocación que el tiempo destruyó hasta reducirlo a albergue de pilotos y *prefecturianos.* Anclado en el río a la vista de Montevideo y su cerro, bornea a la corriente que lo lame, lentamente roído por el salitre. Medio metro de coraza bajo el agua no atrae minas ni torpedos, sino gordos mejillones que las corvinas devoran.

Nadie baja al *barrio chino* donde se herrumbran las viejas máquinas de vapor, la oscuridad se estanca en laberintos, el agua gorgotea despacio en las sentinas. Nadie sube el *nido de cuervos* donde está el faro ni al *nido de paloma* de la cofa. En la pintura roja de los flancos grandes letras blancas anuncian: "Pontón prácticos Recalada".

Los veinte hombres que al mando de un oficial operan el pontón viven el tedio de una rutina que dura quince días, hasta que aparece el aviso *Albatros* con el trozo de relevo, los víveres y el agua dulce. Cuando el río se encrespa, el viejo acorazado baila, cruje, rompe muebles y vajilla. Hace cuatro años cortó la cadena del ancla, quedó al garete y sin luz en la tempestad, amaneció casi sobre la costa uruguaya. Tiempo después un carguero despistado lo hizo víctima de ignominioso abordaje, que estuvo a punto de partirlo en dos. Pero ya son sus últimos días: en puerto se apresta el ex transporte *Les Eclaireurs,* que lo reemplazará cuando asuma su final destino de hierro viejo.

En la sala de prácticos el almuerzo se sirve a las once, la cena a las siete, el café a cualquier hora del día o de la noche. Un pizarrón registra los buques de entrada y salida, el hombre y el turno de los pilotos que han de tomarlos y el camarote que ocupan. A veces hay tiempo para dormir. A veces para un cigarrillo.

Ocho a diez veces por día un barco que entra aminora apenas la velocidad, mientras la lancha del pontón sale a buscarlo –un punto en el oleaje–, lo alcanza, se pone a sotavento y lo acompaña en su avance. Por la borda, que suele parecer altísima, recortada en el cielo, desciende la escala real o una simple escalera de gato, y el práctico sube. Cuando hay *pesio* –mar agitado, noche y niebla– la maniobra puede terminar en una costilla quebrada o en algo peor. Cronista y fotógrafo tuvieron "mala suerte": el día era azul, el río tranquilo cuando volvieron a embarcar en el *Providence,* un hermoso *bull-carrier* noruego, de cubierta lisa como un portaaviones, 175 metros de eslora, en lastre a Intersección y Rosario.

–Fourteen knots. Nothing to starboard.

Aquí las órdenes se dan en inglés, se repiten sin urgencia en la timonera soleada. Navegar a catorce nudos con apenas veintidós pies de calado es más que nada un placer, pero el capitán Colombani, presidente de la Asociación de Prácticos del Río de la Plata –que excepcionalmente pilotea en esta mañana de sol– no olvida los peligros que oculta la faz inocente del agua rayada de gaviotas.

Saliendo de Buenos Aires el canal de acceso corre hacia el sudeste, hasta el kilómetro 37, donde ancla el ex acorazado *Libertad,* hoy pontón Intersección, tan cargado de años como su gemelo de Recalada. Ahí convergen el canal de Martín García, que sirve a la navegación del Uruguay y el Paraná, y el Intermedio.

La profundidad determinante del canal de acceso es de veintiocho pies y medio (un pie igual a treinta centímetros), se mantiene mediante dragado y aumenta o disminuye con la marea. Tiene unos ochenta metros de ancho.

El canal Intermedio va del kilómetro 37 al 117. Su profundidad y su ancho son mayores, pues se mantiene dragado por acción de la corriente.

El canal de Punta Indio completa el sistema. Durante unas diez millas sigue el mismo rumbo que el Intermedio. Pero a la altura del par 21 de boyas dobla abruptamente hacia el este, en dirección a Montevideo.

Ese lugar, el Codillo, es el que quita el sueño a los prácticos. A partir de ahí la corriente fluye de través y el buque debe compensar la deriva con el abatimiento: navegar oblicuamente. Pero un abatimiento de diez grados llega a duplicar la manga (ancho), que en algunos barcos es ya de treinta metros. La distancia entre boyas sobre la superficie del canal es de ochenta, pero en el fondo se reduce a treinta y un buque grande navega prácticamente encajonado.

–Para cruzarse con otro –dice el capitán Colombani–, usted debe ponerle proa como si lo fuera a embestir, hasta que llega a mil metros de distancia. Sólo entonces empieza a recostarse contra su veril. Pero después que sacó la proa, tiene que sacar también la popa, porque el otro está haciendo lo mismo.

Este paso de "ballet" exige una precisión absoluta. Un error no se enmienda, porque aun dando toda máquina atrás una mole como ésta seguirá avanzando dos kilómetros y rompiendo lo que halle en su camino.

–Pasamos –dice el práctico Tomasevich–, pero con cada masaje de corazón...

Los canales, se admite, fueron hechos para otro tipo de barcos en la época dorada del trigo o las carnes. O más bien se construía especialmente para navegar en el Río de la Plata. Hoy las grandes empresas navieras lanzan al mar colosos que superan las cien mil toneladas, proyectan otros que llegarán a doscientos mil. Esos buques simplemente no podrán entrar en Buenos Aires, ni aun paralizando el resto del tráfico, como sucede ahora con el *Esso Puerto Rico* o el *Eugenio C.*

Barcos que calan hasta 32 pies entran en Buenos Aires, y salen, por canales de 29 pies. Avanzan literalmente arando el fondo, desplazando con la quilla hasta un metro de barro.

–De golpe usted encuentra un lomo de burro, el barco se escora a un lado y a otro. Usted mira alrededor y piensa que hay una tormenta, pero el día está tranquilo como hoy.

Sigue tranquilo cuando en el kilómetro 83 pasamos junto a las boyas verdes que señalan los cascos hundidos del *Biguá,* el *Marionga Kairis,* el *Ciudad de Asunción.* Ninguno de ellos, nos aclaran, llevaba práctico, y no se registran en los últimos años accidentes graves debidos al practicaje. Pero nadie quiere convertir esa certidumbre en pronóstico del futuro.

Los prácticos, que suelen denominarse a sí mismos, "el almirantazgo de los capitanes", están orgullosos de esa especie de operación mágica que les permite navegar en seco, abriendo canales por su cuenta, reemplazar por el olfato comunicaciones defectuosas, argumentar victoriosamente contra los pronósticos meteorológicos, argüir con un dejo de burla que lo único que sirve para orientarse es el dedo, estacionar un gigante de tres cuadras de largo como si fuera un Volkswagen. Pero no hay uno solo de ellos que no tema una catástrofe, que no sueñe con las dragas que en Maracaibo o en el Golfo abren canales de cuarenta pies sin dejar de navegar a doce nudos. ¿Palabras mayores? Quizá, cuando uno las oye sobre la cubierta del acorazado que sigue meciéndose, como hace ochenta años, ante un lejano resplandor nocturno llamado Buenos Aires.

Jurisdicción: El practicaje es obligatorio para buques de cierto calado en todos los puertos del país. Está reglamentado y administrado por la Prefectura Nacional Marítima, que otorga la patente de práctico, mantiene la infraestructura y percibe los aranceles. Zonas: 1) Puerto de Buenos Aires, puerto de La Plata y Río Uruguay. 2) Río de la Plata, Bahía Blanca y Necochea. 3) Río Paraná. Los prácticos de cada zona están agrupados en mutuales, nucleadas en la Federación Argentina de Prácticos.

Número: Se establece según el promedio de pilotajes en los últimos cinco años. Actualmente hay ochenta y tres para el río de la Plata, ochenta para el puerto de Buenos Aires, ciento seis para el río Paraná. Requisitos: Ser capitán de ultramar (o de cabotaje, para el puerto); antigüedad de título de cinco años; comando de buque durante tres años; navegación efectiva durante ocho años; examen teórico y examen práctico.

Status: El práctico en funciones reviste el doble carácter de profesional liberal que asesora al capitán del barco, y delegado de la autoridad marítima que vigila el cumplimiento de las leyes. Funciones: El práctico del Río de la Plata aborda el barco que entra en el pontón Recalada, a 204 kilómetros de Buenos Aires; lo conduce por el Canal Punta Indio y el Canal Intermedio al Pontón Intersección (km. 37), donde es relevado por el práctico de puerto o del río Paraná. Aranceles: La Prefectura cobra el practicaje a los usuarios; retiene el 59% para cubrir sus gastos; entrega el resto a los prácticos. Los aranceles se calculan sobre la base de la "unidad fiscal", que se determina tomando en cuenta la eslora, manga y puntal de un buque. Ganancia]: Cada asociación de prácticos constituye un fondo común del que paga a sus asociados, según el número de pilotajes. El módulo que garantiza un ganancial mínimo es de setenta y cinco pilotajes anuales por práctico. Corresponde aproximadamente a 200.000 pesos por mes. La cifra puede ser superior.

Prácticos especiales: Además del práctico obligatorio de turno, ciertas empresas navieras embarcan un "práctico de confianza" para conducir buques especialmente difíciles, como el *Eugenio* C o el *Esso Puerto Rico.* Son alrededor de diez en Buenos Aires, y pueden duplicar o triplicar los ingresos de un práctico ordinario. Datos comparativos: Prácticos del puerto de Nueva Orleans ganan entre 28.000 y 30.000 dólares por año. Costo del pilotaje de un barco tipo "Liberty" de 34 unidades fiscales en el puerto de Hamburgo: 916 pesos por milla; en el puerto de Buenos Aires: 265 pesos por milla.

A COMIENZOS DE 1968 WALSH VIAJA de nuevo a Cuba, donde se realiza el Congreso Cultural de La Habana. Participa, junto con Juan Carlos Portantiero y Francisco Urondo de la mesa sobre literatura argentina del siglo XX, en el contexto de un seminario que se propone trazar un Panorama actual de la literatura latinoamericana Las *intervenciones de Walsh demuestran su conocimiento y su posición crítica respecto del canon literario argentino. Por esa época (en febrero de 1968), Walsh publica su primer desgarramiento: se trata de un retrato en memoria del Che Guevara, cuyo asesinato le provoca "vergüenza, no de estar vivos –porque no es el deseo de la muerte, es su contrario, la fuerza de la revolución–, sino de que Guevara haya muerto con tan pocos alrededor". El texto, que reproducimos a continuación, prefigura las "Cartas" que, con motivo de la muerte de su hija Vicki y su amigo Paco Urondo, Walsh escribirá años más tarde (y que aparecerán en un volumen separado).*

GUEVARA

¿Por quién doblan las campanas? Doblan por nosotros. Me resulta imposible pensar en Guevara, desde esta lúgubre primavera de Buenos Aires, sin pensar en Hemingway, en Camilo, en Masetti, en Fabricio Ojeda, en toda esa maravillosa gente que era La Habana o pasaba por La Habana en el '59 y el '60. La nostalgia se codifica en un rosario de muertos y da un poco de vergüenza estar aquí sentado frente a una máquina de escribir, aun sabiendo que eso también es una especie de fatalidad, aun si uno pudiera consolarse con la idea de que es una fatalidad que sirve para algo.

Lo veo a Camilo, una mañana de domingo, volando bajo en un helicóptero sobre la playa de Coney Island, asomándose muerto de risa y la muchedumbre que gozaba con él desde abajo. Lo oigo al viejo Hemingway, en el aeropuerto de Rancho Boyeros, decir esas palabras penúltimas: "Vamos a ganar, nosotros los cubanos vamos a ganar". Y ante mi sorpresa: *"I'm not a yankee, you know"*.

Interminablemente veo a Masetti en las madrugadas de Prensa Latina, cuando ya se tomaba mate y se escuchaban unos tangos, pero el asunto que volvía era el de esa revolución tan necesaria, aunque hoy se presente tan dura, tan vestida con la sangre de la gente que uno ha admirado o simplemente quiso.

Nunca sabíamos en Prensa Latina cuándo iba a venir el Che, simplemente caía sin anunciarse, y la única señal de su presencia en el edificio eran dos guajiritos con el glorioso uniforme de la sierra, uno se estacionaba junto al ascensor, otro ante la oficina de Masetti, metralleta al brazo. No sé exactamente por qué daban la impresión de que se harían matar por Guevara, y que cuando eso ocurriera no sería fácil.

Muchos tuvieron más suerte que yo, conversaron largamente con Guevara. Aunque no era imposible ni siquiera difícil yo me limité a escucharlo, dos o tres veces, cuando hablaba con Masetti. Había preguntas por hacer pero no daban ganas de interrumpir o quizá las preguntas quedaban contestadas antes de que uno las hiciera. Sentía lo que él cuenta que sintió al ver por única vez a Frank País: sólo podría precisar en este momento que sus ojos mostraban en seguida el hombre poseído por una causa y que ese hombre era un ser superior. Yo leía sus artículos en *Verde Olivo*, lo escuchaba por TV: parecía suficiente, porque Che Guevara era hombre sin desdoblamiento. Sus escritos hablaban con su voz, y su voz era la misma en el papel o entre dos mates en aquella oficina del Retiro Médico. Creo que los habaneros tardaron un poco en acostumbrarse a él, su humor frío y seco, tan porteño, debía caerles como un chubasco. Cuando lo entendieron, era uno de los hombres más queridos de Cuba.

De aquel humor se hacía la primera víctima. Que yo recuerde, ningún jefe de ejército, ningún general, ningún héroe se ha descrito a sí mismo huyendo en dos oportunidades. Del combate de Bueycito, donde se le trabó la ametralladora frente a un soldado enemigo que lo tiroteaba desde cerca, dice: "Mi participación en aquel combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo". Y refiriéndose a la sorpresa de Altos de Espinosa: "No hice nada más que una 'retirada estratégica' a toda velocidad en aquel encuentro". Exageraba él estas cosas, cuando todos sabían lo que acaba de recordar Fidel, que lo difícil era sacarlo del lugar, donde hubiera más peligro. Dominaba su vanidad como el asma. En esa renuncia a las últimas pasiones, estaba el germen del hombre nuevo de que hablaba.

Guevara no se proponía como un héroe: en todo caso, podía ser un héroe a la altura de todos. Pero esto, claro, no era cierto para los demás. Su altura era anonadante: resultaba más fácil a veces desistir que seguirlo, y lo mismo ocurría con Fidel y la gente de la Sierra. Esta exigencia podía ponernos en crisis, y esa crisis tiene ahora su forma definitiva, tras los episodios de Bolivia.

Dicho más simplemente: nos cuesta a muchos eludir la vergüenza, no de estar vivos –porque no es el deseo de la muerte, es su contrario, la fuerza de la revolución–, sino de que Guevara haya muerto con tan pocos alrededor. Por supuesto, no sabíamos,' oficialmente no sabíamos nada, pero algunos sospechábamos, temíamos. Fuimos lentos, ¿culpables? Inútil ya discutir la cosa, pero ese sentimiento que digo está, al menos para mí, y tal vez sea un nuevo punto de partida.

El agente de la CÍA que según la agencia Reuter codeó y panceó a cien periodistas que en Valle Grande pretendían ver el cadáver, dijo una frase en inglés: "Awright, get the hell out of here".

Esta frase con su sello, su impronta, su marca criminal, queda propuesta para la historia. Y su necesaria réplica: alguien tarde o temprano se irá al carajo de este continente. No será la memoria del Che.

Que ahora está desparramado en cien ciudades
entregado al camino de quienes no lo conocieron

Buenos Aires, octubre de 1967.

VOLVIENDO DE CUBA, hace una escala en Madrid (los vuelos pasaban obligatoriamente por allí). Perón le presenta a Raimundo Ongaro, líder sindical. En mayo de 1968 está ya en Buenos Aires dirigiendo el semanario CGT, *que responde a los lineamientos de la CGT de los Argentinos, fracción disidente de la CGT que adscribe a Ongaro. El primer número del semanario apareció el primero de mayo de 1968 y decía: "Esta edición de* CGT *llega a la calle hecha sin dinero, a pulmón. Desde hoy es el órgano de los trabajadores, con el que los trabajadores deben colaborar, enviando sus noticias, sus quejas y sus denuncias, colaborando para que llegue, como sea, al último rincón de la República ". Con una evidente economía de recursos,* CGT *constituye uno de los mejores ejemplos de periodismo sindical de los que se tenga memoria, tanto por la diagramación (de una "modernidad" y una claridad inesperadas), como por la concepción periodística: además de los hechos sindicales de la semana, los análisis sectoriales de rigor, las campañas contra el "vandorismo ", la sistematicidad con que se analiza la actualidad universitaria, Walsh publica allí varias investigaciones, la más célebre de las cuales es* ¿Quién mató a Rosendo?(*publicada en mayo y junio de 1968). Reproducimos, de esa investigación, el capítulo 48 del libro, que apareció en la revista* Primera Plana *el 6 de mayo de 1969, seleccionado por el propio Walsh. Sin firma, pero identificadas por sus amigos y compañeros de trabajo, aparecen además las notas que se reproducen a continuación, en las que Walsh denuncia la tortura y los fusilamientos encubiertos como metodología sistemática de las "fuerzas del orden ". Años después, en el diario* Noticias, *cuya sección de policiales dirigirá, continuará con esta línea de investigación y denuncia, realizando estadísticas de los "muertos en enfrentamientos ". El periódico* CGT *se publica regularmente hasta el 25 de julio de 1969 (número 49). A partir de esa fecha y hasta febrero de 1970, se edita y distribuye clandestinamente. Son épocas en las que Walsh, una vez más, recurre a la doble identidad periodística: por un lado, las notas que ha venido publicando en* Panorama *y que no lo satisfacen a pesar de su repercusión. Por el otro lado, las campañas de* CGT, *que ahora lo monopolizan, y que comprometen su seguridad y su vida. Lo que en 1956, en la época de* Operación Masacre, *podía analizarse como un "exceso " de un determinado gobierno, es visto doce años después como manifestación descarnada del conflicto de clases, tal como una nota probablemente inspirada por Walsh pero seguramente no escrita por él, afirma: "Los Generales Fusiladores de 1956 son los Padres de los Generales Fusiladores de 1969".*

¿QUIÉN MATÓ A ROSENDO?

El 13 de mayo de 1966, en la pizzería La Real, de Avellaneda, un proceso de división en el gremialismo peronista estalló en tiroteo que dejó tres muertos. Uno de ellos era Rosendo García, lugarteniente de Vandor y aspirante a la Gobernación de Buenos Aires. En el bando opuesto cayeron un modesto obrero –Zalazar– y un hombre venerado en los círculos de la vieja "Resistencia " peronista: Domingo Blajaquis. Fueron procesados, de una parte, Vandor y sus acompañantes Gerardi (herido), Safi, Barreiro, Imbelloni. De la otra, los hermanos Raimundo y Rolando Villaflor, Francisco Gránalo y Francisco Alonso. La investigación judicial no prosperó, y la hipótesis dominante sostuvo que allí se intentó acabar con la vida del propio Vandor. El año pasado, el periodista y narrador Rodolfo Walsh (Operación Masacre, Un kilo de oro) *se propuso demostrar lo contrarío: que a Rosendo lo baleó por la espalda un miembro del grupo vandorista. Fruto de la investigación, adelantada en el semanario de la CGT opositora, es su libro* ¿Quién mató a Rosendo? *Con la autorización de Editorial Tiempo Contemporáneo, se reproduce el capítulo 18, que recoge una conversación grabada por Walsh con dos miembros de los grupos adversarios: Rolando Villaflor y Norberto Imbelloni. Imbelloni aportó los nombres de los ocho integrantes del grupo (Armando Cabo, Valdés, Taborda, Petraca, Acha, Anón, Rodríguez, Costa). La gravedad de las acusaciones de Imbelloni aparece en las últimas líneas de este capítulo de un libro cuyo tema profundo –señala el autor– "es el drama del sindicalismo peronista a partir de 1955".*

–Bueno, Imbelloni, mire: yo querría que usted me hiciera un relato de cómo pasaron las cosas esa noche en La Real. Desde que ustedes llegan, inclusive desde antes que ustedes llegan, si quiere; cuando van en el auto, cuando salen de la Unión Obrera Metalúrgica, ¿ eh ?

–Exactamente.

El hombre rubio y atlético había salido vistiéndose del baño de la casa de Lanús. Cuando saludó sin animosidad a Rolando Villaflor, me sentí aliviado. Era la noche del 25 de mayo de 1968. Dos años atrás, Imbelloni y Rolando habían cambiado furiosas trompadas y sillazos mientras a su alrededor crecía el tiroteo. Ahora estaban juntos, iban a reconstruir, en mi presencia, lo ocurrido.

Contrariamente a nuestras fantasías, Imbelloni no nos esperaba con una ametralladora, sino con un mate. Yo estaba publicando en el semanario *CGT* mis primeras notas sobre el caso. Quería saber los nombres de los ocho protagonistas que se habían esfumado. El "misterio" que resistió dos años se iba a develar ahora en cinco minutos.

Imbelloni era el hombre para eso. Distanciado de Vandor a raíz del cierre de la planta de automotores Siam, el 30 de setiembre de 1967 publicó una violentísima solicitada acusando a Vandor de ser "el único y verdadero culpable" de la muerte de Rosendo. Vandor acudió al juez y "en aras de las posibilidades de esclarecimiento de la muerte de Rosendo García, cuya memoria es sagrada e inviolable para el suscripto" pidió que se investigara la acusación. Citado, Imbelloni se retractó parcialmente. No podía afirmar que Vandor fuese el ejecutor material de Rosendo, tampoco podía afirmar lo contrario: se refería, sí, a su "responsabilidad moral".

Le pregunté a Imbelloni por qué se había retractado. Respondió que, falto de apoyo sindical y político, no tenía confianza en que se hiciera justicia. Lo preocupaba además la causa pendiente. ¿Pero hablaría ahora? Sí, ahora hablaría.

Prendí el grabador:

Periodista –*Ustedes salieron de la calle Rioja, y usted iba en el mismo coche de Vandor, ¿no es cierto?*

Imbelloni –Exactamente.

R: –*Aja. ¿Y qué pasó después?*

I.: –Bueno, llegamos al teatro Roma, donde había una cena de la Junta Nacional del Partido.

P: *–Con los diputados y todo eso.*

I.: –Exactamente. Ahora resulta que debido a que todavía estaba la cena, y nosotros ya habíamos cenado, fuimos con el compañero Rosendo hasta el bar de la esquina, la confitería Real. Cuando íbamos caminando con Rosendo por la calle, Vandor preguntó adonde íbamos. Entonces Rosendo le contestó que íbamos a tomar una copa a la Real... ¿Sigue preguntando usted?

P: *–No, no, no. Usted siga contando, nomás. Usted cuente todo lo que pasó.*

I.: –Bueno, al llegar a la Real ocupamos una mesa donde estábamos varios compañeros, entre ellos Luis Costa, Raúl Valdés, Armando Cabo, Anón ("Tiqui"), que está en el Secretariado, el compañero Gerardi, Rosendo, Vandor, Barreiro y José Petraca.

P.: –En las posiciones que están ahí marcadas en el plano, ¿no es cierto?

I.: –En las mismas posiciones que está marcado el plano ese que yo le confeccioné a usted. Bueno, ahí apenas nos sentamos en la mesa noté que el compañero Vandor estaba muy nervioso, los motivos los ignoro hasta ahora, entonces le preguntó Rosendo qué le pasaba, y le dijo: "De una mesa de ahí me están mirando, me están haciendo gestos", dice. "No se puede ir a ningún lado". Entonces Rosendo dijo: "Bueno, no te hagas problemas", dice. "No tenes necesidad de ponerte tan nervioso, y si no", dice, "qué querés, que nos matemos entre todos". Entonces entablamos una pequeña discusión con el compañero Barreiro, el cual decía de que en la mesa que señalaba se encontraban algunos compañeros que él decía que eran trotsquistas. Entonces le dije de que eso no era cierto, de que eran muchachos peronistas y de que estaba equivocado, que no echara más todavía leña al fuego. Entonces, Armando mandó llamar por intermedio de Taborda, que estaba sentado al lado de él, al compañero Julio Safi, que estaba en la cena esa. Ahora al llegar el compañero Safi desmintió categóricamente lo afirmado por Barreiro... Eh, a partir de ahí, fui al baño, conversé con alguno de los muchachos que estaban en la mesa opositora y me volví a sentar.

(La conversación a que alude Imbelloni fue un borrascoso incidente con Rolando, donde cambiaron insultos y amenazas. Cuando Rolando volvió a su mesa y contó lo ocurrido, el griego Blajaquis, hombre de gran prudencia, opinó que debían irse: estaban todos desarmados. En ese momento José Petraca, molesto por la atención despectiva con que lo miraba Raimundo Villaflor, se paró gritando: "¿Qué miras, guacho de m... ?")

I.: –Apenas me siento, se levanta este compañero José, porque había tenido unas miradas o no sé qué había tenido con un compañero de la otra mesa, y lo acompañé ahí, tuvimos unos cambios de sillas y de trompis, y en eso sonó el primer disparo.

R: *–¿Usted tuvo un cambio de sillas y de trompis con, acá con Rolando, no?*

L: –Sí, con Rolando.

Rolando –Porque él en ningún momento tuvo armas. Él, cuando se levantó el otro que nombró recién, él se me vino a mí, y conmigo se agarró a trompadas.

I.: –Ahora cuando estábamos en medio de la trifulca, si se puede decir así, sonó el primer disparo que fue hecho por el señor Taborda, con un arma, no sé por qué será, sonó con menos potencia que los tiros que le sucedieron, siendo igual 38 largo.

R: *–Cartucho defectuoso.*

L: –Exactamente. Después de eso sonaron casi una veintena de disparos. Eso parecía una guerra. Cuando cesó el fuego, que vi salir a Vandor corriendo, que todavía hacía fuego de la puerta del local...

P.: *– ¿El tiraba al salir?*

L: – Seguía tirando al salir.

P: *–¿ Usted sintió algún disparo cerca suyo?*

L: –Sí, por lo menos dos o tres disparos cerca mío, sí.

R.: –Eso hay una anécdota entre él y yo, ¿no? Porque resulta que nosotros dos en vez de estar agarrados a galletazos, yo lo agarré a Beto de los brazos. ¿Te acordás vos de ese pasaje?

L: –Sí, sí.

R.: –Y en eso sentí un ruido fuerte atrás mío. Y yo creí que me habían tirado un botellazo. Y yo me di vuelta y le dije "erraste, turro". Pero yo creí que era un botellazo, y no era porque ahí no hubo botellazos, ahí lo que eran balazos.

L: –Ahora cuando salimos, que ya había cesado el fuego, todavía estaban los compañeros Villaflor, Granato mucho después, estaba el compañero Rosendo García tirado, ya estaba casi muerto. Las únicas personas que se quedaron últimamente fueron de la otra mesa, y de los nuestros quedó nada más que Juan Ramón Rodríguez, y Acha, que Acha estaba sentado en una mesa a la izquierda nuestra, o sea entrando por Sarmiento, a la derecha, solo.

P: *–Que pidió un vaso de vino y una pizza.*

I.: –Exactamente. Ni más ni menos. Bueno, terminado eso, le grité al compañero Vandor que Rosendo estaba herido, y el compañero Vandor siguió su camino, que fue el sindicato, la Federación Municipales. Entonces cuando llegamos a la federación, para decirle de que vengan, que teníamos que llevar, que facilitaran un coche, le pedí el coche a Izetta, el cual lo negó rotundamente, y Vandor estaba llorando, llorando, que no lo podrá negar, no sé si lloraba de haber sentido que quizá él haya matado al compañero, o lloraba de miedo, no sé. Volvimos otra vez al salón de La Real con Tiqui y con Rodríguez, subimos al coche de Castillo, al Fiat 1500, de color azul, de Castillo, a Rosendo, al cual lo trasladó Tiqui y Rodríguez al hospital Fiorito. Entonces me encontré con Armando y le dije que iba a ir hasta el Fiorito a ver qué es lo que había pasado con los muchachos que estaban allí. Ahí me trasladé al hospital y del hospital me trasladé hasta el secretariado. Y ahí finalizó todo.

R: *–¿Y después, usted tuvo que transportar las armas?*

I.: –Sí.

R: *–¿ Y qué armas habían tirado?*

I.: –Bueno, habían tirado 45, una que se había trabado, con empuñadura blanca.

R: *–¿Esa de quién era?*

I.: –Bueno, ésa era de propiedad del secretariado.

R: *–¿Pero quién tiró con ésa?*

I.: –La tenía en uso, ésa, Tiqui.

R: *–Esa se le trabó.*

I.: –Sí, igual que Juan Ramón Rodríguez, que no tiró, que apareció ahí un revólver... el cual no pudo tirar porque se le trabó.

R: *–¿Y el arma de Cabo estada disparada totalmente?*

I.: –Esa sí.

R: *– Cinco tiros son ésos.*

I.: –Seis tiros.

R: *–Si es el especial de calibre...*

I.: –El corto, cinco tiros.

R: *–Cinco tiros. ¿Y qué otra había? La de Taborda, la de Vandor. La de Vandor, ¿cuántas balas tiró?*

I.: –Bueno, Vandor en la puerta de adentro de municipales estaba con el arma en la mano y la tenía totalmente descargada.

R: *–¿ Y todas esas armas fueron eliminadas después?*

I.: –Sí, fueron todas al secretariado y después se hizo cargo Armando Cabo.

R: *–Y en esa mesa que estaba atrás de los hermanos Villaflor, ¿quiénes me dijo que estaban?*

I.: –Estaban tres amigos nuestros y del gremio. Luis Costa era del gremio de la carne, el cual me lo había mandado Vandor a la CGT cuando fue el problema con Alonso. Y estaba Tiqui, y este muchacho amigo mío Juan Ramón Rodríguez, "Plomo". De ellos, "Plomo" tenía el arma inutilizada, a Tiqui se le trabó el cuarto tiro, y el otro, Luis Costa, también tiró tres o cuatro tiros. Todavía le quedaban tres o cuatro tiros en el cargador.

P.: *–¿ Y este Acha quién es?*

I.: –Acha es un hombre que está en el secretariado, pertenece al Policlínico Central y era muy amigo de Rosendo. Después de lo sucedido, lo ralearon directamente del secretariado, todo el mundo buscó de darle leña y separarlo. Era muy buen muchacho.

P.: *–¿Qué aspecto físico tiene?*

I.: –Morocho, petiso, de bigotes, no sé si los conservará todavía, pelo bien renegrido, ondulado.

P:*–¿YLuis Costa?*

I.: –Hoy en día es guardaespaldas de Vandor. Rubio, más o menos un metro ochenta, cara bastante lisa y cabello rubio liso.

P:*– ¿Y Tiqui?*

I.: –Bueno, Tiqui tiene una estatura mediana, anteojos, se distingue por anteojos con bastante aumento, y todavía me acuerdo de él una anécdota cuando le tiré los lentes de contacto que no sabía lo que era, y se los tiré. Está de guardaespaldas de Vandor, y aparte de guardaespaldas es el que le señala las fijas a Vandor y le lleva los boletos cuando está en el hipódromo.

P: *–Rodríguez.*

I.: –Bueno, "Plomo" es un pedazo de pan, que es el que tenía el revólver niquelado, un pedazo de pan.

P:*–¿YRaúl Valdés?*

I.: –Pertenece a la fábrica Philips, a la fábrica donde pertenecía Vandor. Sigue también como guardaespaldas de Vandor.

P: *–Nos falta Petraca, nada más.*

I.: –Bueno, José es un muchacho amigo del gremio, muy amigo de Armando, muy buena persona. Es un caballero, Josecito. Y estoy seguro que no tiró porque fue uno de los que me agarró a mí para que me tirara cuerpo a tierra cuando empezó el tiroteo. Que todavía me decía, cuando estábamos ahí me decía: "Qué desastre que es esto". Josecito Petraca.

(Norberto Imbelloni ha señalado en el croquis el lugar donde cayó Rosendo; recuerda ahora sus últimas palabras):

L: –Yo le metí la cabeza adentro, que el Fiat, vio, que es incómodo para ponerlo. Y Tiqui en vez de entrar primero él y después agarrarlo, se quería entrar juntamente con el cuerpo de Rosendo, y los dos no entraban. Cuerpo muerto, viste, en un Fiat atrás. Y Rosendo dijo: "Justo a mí me la fueron a dar".

(La imagen de Vandor llena todos los resquicios de la historia que, ya casi de madrugada, está llegando a su fin):

I.: –Lo de Rosendo, me lo dice cuatro veces que es una pistola 45 lo que lo mató. Ahí se deschavó solo Vandor de que fue el revólver de él que lo mató. Si no, ¿por qué me insiste? Porque el hombre de la duda era yo, si la misma noche me llama para decirme cómo había visto él la pelea, y para decirme, incluso después cuando lo estábamos velando, que apareció con un croquis diciendo que todos los tiros estaban contra el lugar donde estábamos nosotros sentados.

P.: *–No hay ningún tiro contra ustedes. En la zona de ustedes, ni un solo tiro.*

L: –Por eso. Y ahí me avivo yo. Porque Vandor sabe que yo sé que él lo mató.

LA SECTA DEL GATILLO ALEGRE

EL ENIGMA DE LA MATANZA

El comisario Miguel Etchecolás es un hombre sensato, buen observador. Cuando se hizo cargo de la primera de Avellaneda, su mayor preocupación consistió en evaluar el personal con que contaba. Del resultado final de esas cavilaciones dio cuenta *La Nación* del 23 de marzo de este año:

"Un curso de alfabetización para su personal fue iniciado en la comisaría primera de esta ciudad. A la inauguración de las clases asistieron el intendente y el párroco de la Catedral".

Si el comisario de la primera de San Justo, Antonio Recaré, hubiera seguido el ejemplo de su colega, quizás habría evitado los episodios que ocurrieron en su jurisdicción el 1° de Mayo. Obviamente es difícil manejar un personal que necesita ser alfabetizado –por lo tanto analfabeto–, y él mismo tuvo una prueba cuando el jinete que tras derribar a una mujer perseguía fusta en alto al fotógrafo Zenteno Zegarra, le echó encima su caballo: qué comisario ni comisario.

Don Antonio Recaré podría alegar que ese jinete era del escuadrón Güemes –famoso desde que asesinó a los obreros Mussi, Retamar y Méndez–, que no está bajo su jurisdicción: grandes domadores reclutados en el interior, que más que un curso de alfabetización necesitan un reformatorio.

La palabra reformatorio no es bien vista en San Justo, desde que en agosto del año pasado se ahorcó allí un chico escapado del Agote. Se llamaba José Camilli y tenía 19 años. Como todo el mundo sabe, la melancolía que inspiran las altas paredes de una celda fomenta negras ideas en los jóvenes débiles de espíritu, los ebrios, los chilenos carteristas y, en general, la gente sin familia que pueda reclamar por ella. Otro factor deprimente que acaso contribuya a la ola de suicidios en tales calabozos son las inscripciones que dejan los torturados. San Justo, en ese sentido, es un lugar inconveniente cuya frondosa historia puede remontarse a 1957, con el picaneo de los gremialistas Mitjans, Ramos, Rodríguez y Amoroso.

En los tres primeros meses de 1968, la Policía bonaerense mató en tiroteo a diez delincuentes, o presuntos delincuentes, sufriendo por su parte una sola baja. Este rendimiento de diez a uno es único en el mundo, y aun en el país: en el mismo período la Policía Federal registró un modesto dos a uno: cuatro pistoleros y dos policías abatidos.

Ninguno de los expertos consultados puede dar una explicación satisfactoria a la eficiencia provinciana, pero se aventuran tres hipótesis: a) el uso de la metralleta en todos los procedimientos; b) la orden de fuego contra cualquier desconocido o sospechoso que huye; c) la simple ejecución de pistoleros capturados.

Si esta eficacia desconcierta un poco, la de San Justo anonada. De los diez presuntos malhechores muertos en el trimestre, cuatro cayeron allí, sin bajas policiales. Ahora bien, San Justo es cabeza del partido de La Matanza, con quinientos mil habitantes. Si en el resto de la provincia se hubieran alcanzado los mismos índices, la cifra de delincuentes muertos en los tres primeros meses sería superior a la que se registra en todo un año en los Estados Unidos.

Una policía que según vimos el 1° de Mayo trata a manifestantes como si fueran ladrones, es posible que trate a los ladrones como si fueran condenados a muerte. Quizá convendría que algún juez investigara las reales circunstancias en que han muerto este año en San Justo, Osvaldo Herrera, Juan Esteban Roldan, Roberto Pierce y Severo Alagastino.

Aunque más no fuera para volver a felicitar o ascender a los agentes Domínguez, Fernández, Ontibero, Takch, Wernert, al sargento Suárez, y a otros que tanto trabajo tuvieron este 1° de Mayo en la plaza.

GATILLO ALEGRE

Si el manejo de la ametralladora resulta muy preciso por parte de los hombres de San Justo, deja bastante que desear en otros lugares de la provincia.

El 13 de septiembre de 1967, por ejemplo, al agente Serafín Borda de la primera de Lomas de Zamora se le escapaba una ráfaga que dio muerte a María Luisa Rodríguez de Wingandt, cuya única culpa fue pasar a su lado.

Dos días más tarde el agente caminero Gernetti persiguiendo por la ruta 2 a un automóvil que marchaba a velocidad excesiva, hizo un disparo de "advertencia". La advertencia entró por la espalda del ingeniero Luis Augusto Galli, profesor universitario.

Por la misma fecha los cabos Páez y Blas, de Lomas del Mirador, metralleta en mano, obligaban a arrodillarse en la vereda a dos peatones. Cuando la madre de uno de ellos, Rosa Grande de Dante, quiso intervenir, se "escapó" una ráfaga que la hirió de gravedad. "Un episodio que no resiste al análisis desde ningún punto de vista", editorializó *La Nación.*

El 29 de enero de este año un forcejeo entre el agente Ayala, de Olivos, y un presunto delincuente juvenil motivó que se "escapara" otra ráfaga, que hirió al transeúnte Carlos Romero, de 16 años.

De "penoso" calificaron los diarios el hecho en que el oficial Gardelín, que al parecer buscaba un delincuente, ametralló de noche una casa de Lomas de Zamora. Detrás de la puerta recibió la ráfaga una mujer embarazada: María Elena Dama.

Otro disparo de "advertencia" efectuado por el vigilante Díaz Berastegui al intervenir en una riña familiar en González Chávez puso fin, el 25 de abril, a la vida de Felipe Belén.

Para entonces ya se había producido el hecho cumbre en esta cadena de episodios: el ametrallamiento en Florida de los menores Seijo y Rodríguez Fontán, por una patrulla que encabezaba el oficial Araujo, ya procesado por su intervención en el asesinato de Felipe Valiese.

A primera vista, un torpe accidente más. ¿Lo es realmente?

MILONGAS CLASICAS

Así como hay apenas media docena de chistes básicos que admiten infinitas variaciones, la crónica policial bonaerense registra media docena de historias que pueden tomarse de modelo. Una de ellas es la siguiente: "En horas de la noche de ayer, una comisión de la comisaría primera de tal lugar observó a varias personas en actitud sospechosa. Al acercarse a interrogarlos, fueron recibidos por una descarga cerrada, generalizándose un tiroteo a cuyo término encontraron heridos de muerte a N. N., con antecedentes por robo, y X. X., cuya identidad se procura establecer. Junto al cadáver de uno de los malhechores se halló un revólver 38 con dos cápsulas servidas".

Si admitimos que los antecedentes los pone la policía, y el revólver también, esta historia cotidianamente admitida por todo el mundo es la misma historia de los menores Seijo y Rodríguez Fontán. Con la sola diferencia –que los matadores ignoraban en el momento de apretar el gatillo– de la edad y la condición social de las víctimas. Pero es un hecho que la comisaría de Florida inventó delincuentes a posteriori, y "encontró" un revólver.

Parece que la consigna fuera tirar primero y averiguar después. Quizás eso explique el diez a uno.

"HABLAR CON RENE"

La misma falta de cuidado que la Policía bonaerense pone en el uso de la ametralladora, se observa en el manejo que hace de la picana eléctrica. Como se sabe, es un instrumento delicado que requiere en el operador cierta calma para no incurrir en lamentables abusos frente al preso que no quiere confesar.

Sin duda esto es lo que ocurrió en el caso de Miguel Ángel Palacios, de 18 años. Detenido el 24 de febrero de 1967 por el subcomisario Riviello, fue llevado a la subcomisaría de El Palomar con sus amigos Miguel D'Andría y Alfredo Rojo. Estos dos fueron picaneados, pero de Palacios sólo se encontró, meses después, el cadáver.

Más suerte tuvo Luis Francisco Rudaz, fugazmente apodado "El Sátiro". Acusado de agredir mujeres en Avellaneda, en la brigada de investigaciones lo hicieron "hablar con Rene": conversar con la picana. Por supuesto confesó todo, y el 4 de julio de 1967 el jefe de la Policía provincial felicitaba alegremente por el "esclarecimiento" del caso al personal que había intervenido: comisario Simón, inspector Verhaz, subinspector Saracho, sargento Alaniz, cabos Becerra, Cortez y Rocha, agentes Zalazar, Lubo, Pastorini y Gómez.

Lástima que el 16 de julio Rudaz probaba su inocencia y era excarcelado por el juez. Los hombres de Avellaneda no se inmutaron: al día siguiente descubrieron "otro" Sátiro. Es probable que nueve meses más tarde el jefe de policía haya vuelto a felicitar a cinco de esos hombres –Alaniz, Cortez, Rocha, Pastorini y Gómez–, integrantes del equipo Diez a Uno, que mataron sin bajas propias a los delincuentes Humberto Moya y José Moro.

Pero si el Sátiro no era el Sátiro, ¿éstos serían delincuentes?

PATOTEROS SENTIMENTALES

La pena de siete años de prisión que un juez de Bahía Blanca solicitaba en julio del año pasado para el célebre comisario Polo y cuatro policías más, no detuvo el burocrático funcionamiento de la "patota", como se llama en cada comisaría y unidad regional al grupo de especialistas en picana.

En agosto el comisario Jacinto Canosa, de la cuarta de Mar del Plata, anunciaba la detención en Batán del secretario del gremio minero y alrededor de treinta personas más, acusadas de "comunistas". Diez días después el juez Viñas los dejaba en libertad e iniciaba un sumario por apremios ilegales.

El 28 de setiembre el guardatrén Nemesio Quilici fue detenido en San Vicente y llevado a la Segunda de Lanús, donde lo picanearon.

Una nueva condena de año y medio de prisión a dos torturadores de Bahía Blanca, dictada en octubre, no impidió que el mismo mes y en la misma ciudad se radicara una denuncia contra el oficial Vásquez y los cabos Balbuena y Ríos, que en Copetonas habían golpeado a siete vecinos, entre ellos un menor de trece años.

En marzo de este año la policía de Berisso detuvo y picaneó al obrero de la carne Marcelino Santillán. Como la patota es sentimental, quiso quedarse con un recuerdo suyo y le sacó un reloj de oro. En abril le pasó lo mismo a Ovidio Moreno, pero en vez de un reloj le robaron 15.000 pesos después de la sesión. Ocurrió, nuevamente, en la Segunda de Lanús.

Entretanto, la patota de Lobería mataba a golpes al obrero José Cardoso.

SUMA Y SIGUE

La vocación de violencia de los policías bonaerenses no se agota en estos episodios. Sus conflictos personales y aun sus pequeños incidentes cotidianos suelen resolverse por la vía del "arma reglamentaria".

En agosto del año pasado los agentes Zuloaga y Rojas, de Avellaneda, quisieron tomar un auto de remise conducido por Rubén Juárez, quien se negó a llevarlos porque estaban ebrios. Rojas sacó la pistola y lo mató de un tiro en la cabeza.

Un mes más tarde los agentes Zalazar y Medina, de la brigada de Avellaneda, fueron comisionados por un particular para que cobraran una deuda. Como el presunto deudor, Faustino Ibarbals, se negara a pagarles, Zalazar lo mató de un tiro.

En noviembre el agente Juan Boria, chofer del comisario de la cuarta de La Plata, asesinó a palos al marido de una mujer con la que tenía relaciones. Para ello debió secuestrarlo con la complicidad de otro policía, el agente Eusebio Raingo.

GENTE PELIGROSA

Un total de ocho funcionarios policiales bonaerenses fueron abatidos por la delincuencia en 1967. Las bajas producidas por el estado de ánimo que reina en la misma repartición fueron mayores: diez vigilantes se suicidaron entre el 26 de julio y el 31 de diciembre.

Es probable que en el momento de la decisión pesaran sobre ellos no sólo los sueldos de hambre que ganan, sino las tareas que les obligan a realizar. Es sabido por los psicólogos que el represor y el torturador no sólo destruyen a su enemigo, sino que terminan destruyéndose a sí mismos, moral y hasta físicamente.

Nadie está seguro cerca de estos hombres. En junio de 1967 el juez condenaba a once años de cárcel al policía Carlos Leguizamón, matador de su amigo Nicolás Alegre. El mismo mes el agente Derico de La Plata mataba a su amiga Florinda Ibáñez. En julio Luis Ángel Pérez hería grave con el arma de la repartición a su suegro, en Tolosa. En agosto el agente Santillán de Bahía Blanca mataba a su amigo Sanferreite, al limpiar el arma. En marzo de ese año, Salinas, de Olivos, mataba a su hermano y hería grave a su esposa.

Hombres violentos suelen tener parientes violentos. En el mes de enero el agente Contini desenfundaba la pistola en Mar del Plata para atacar a su suegra. La señora no se intimidó: con un pequeño revólver calibre 22 tuvo mejor puntería y lo mató de cuatro tiros.

Dijimos al referirnos a Tucumán que la violencia policial va siempre acompañada de corrupción. La secta del gatillo alegre es también la logia de los dedos en la lata. Pero esto será motivo de otra nota, siempre que no tropecemos en el camino con algún disparo de "prevención".

LA SECTA DE LA PICANA

PRIMERA NOTA

La picana eléctrica vuelve a ser el método preferido por la policía bonaerense para "esclarecer" delitos o perseguir al movimiento obrero. El caso Monte Grande es uno entre mil, y la brigada de Avellaneda no es la única. Policías que torturaron a policías. Se reabre la guerra entre la Federal y la bonaerense. Se conocen nombres, domicilios y hasta señas particulares de los torturadores. El único que los ignora es el doctor Borda.

"Romper la casa", en la jerga de la Policía bonaerense, tiene un significado literal. Es un método de allanamiento que consiste en voltear a patadas puertas o ventanas, detener a los ocupantes, robar lo que haya de valor. Se practica sin orden de juez, en horas de la madrugada.

Fortunato Grillo, un camionero de treinta años, estaba durmiendo en su casa de Guernica el martes 8 de octubre, cuando ocho hombres de la Brigada de Investigaciones de Avellaneda derribaron la puerta de la cocina y la ventana del frente. Cinco estaban armados de ametralladoras. Lo voltearon al piso y le ordenaron que se vistiera.

El mismo tratamiento y la misma orden recibió su hermano mellizo, José Grillo. Un amigo de ambos, Luis Aráoz, que pasaba allí la noche, despertó con una ametralladora en la cabeza. Le ataron las manos con una corbata y lo hicieron salir a la calle, donde había no menos de veinte policías en cuatro camiones de color celeste y un furgón Dodge, color crema. Al subir, lo vendaron con una toalla del dueño de casa. Los hermanos Grillo ya estaban adentro, también vendados. El furgón se puso en marcha.

El orden es difícil de establecer, pero unos minutos antes o unos minutos después los mismos hombres le rompieron la casa a Adán Liway, constructor, que vive en Lanús Oeste. Lo sacaron a golpes, delante de su mujer, lo subieron al mismo furgoncito Dodge, le cambiaron el pañuelo por un pedazo de tela y lo taparon con una manta.

Víctor Liway, hermano de Adán, vive en Valentín Alsina. También lo sacaron a trompadas, y cuando su mujer quiso intervenir, casi se la llevan. Lo vendaron con una franela de limpiar coches. El viaje duró alrededor de veinte minutos.

"EL DESTINO"

La casa ya se ha hecho famosa desde que el juez Ozafrain la allanó el 16 de octubre. Se llama, irónicamente, "El Destino" y está situada en las calles La Coloradita y Burzaco, de Monte Grande. Fortunato Grillo pudo verla al bajar porque tenía la venda mal puesta: "una prefabricada de dos piezas, cocina y baño, forrada en hardboard, con dos pilares de color blanco al frente".

Lo acostaron en una mesa de madera, de dos metros por uno veinte. Le pusieron una almohada en la boca y un cubrecama mojado entre la espalda y la mesa. El trapo húmedo es para favorecer la propagación de la corriente. En seguida empezaron a aplicarle la picana, mientras le preguntaban por todos los robos de la zona. Los torturadores en ese momento eran tres. El primero, un sujeto "gordito, alto, rubio, de pelo corto, más bien ñato"; el segundo se llamaba Barcia. El tercero se llamaba López.

Este es el agente Horacio López, conocido torturador de la brigada de Avellaneda, y miembro de la comisión que el 17 de marzo de este año "ejecutó" a los presuntos delincuentes José Alberto Moro y Humberto Eulogio Moya.

EL PARAGUAYO

–Esto es una cosa seria –oyó Aráoz–. Si te pones en pedo, no podes trabajar más para nosotros.

El torturador a quien apodan "El Paraguayo" trataba de disculparse con voz ronca. A pesar de ese tropiezo, la brigada trabajó bien con Aráoz. Lo desnudaron y lo ayudaron a subir a la mesa. Le ataron los pies con una cadena y las manos con goma de neumático...

–Ahora larga la lista de asaltos.

–¿Qué lista?

–No te hagas el piola. Vos asaltas con Grillo.

Aráoz negó mientras pudo. Después empezó a decir lo primero que se le pasaba por la cabeza. Lo vistieron y lo ataron con cadenas a la "cama" de hierro sin tapa que una semana después encontraría el doctor Ozafrain. Suspendido, no podía sentarse ni pararse; las ligaduras le desgarraban las muñecas. A su lado vio otros hombres en la misma posición. No hablaban. Apenas se quejaban. Cuando le sacaron la venda, descubrió a dos de sus torturadores: uno era el chofer del furgón, un individuo blanco, grueso, de 28 a 30 años; otro, morocho, pelo entrecano, de 38 a 40 años.

HACERSE AUTOR

–Dale despacio –oyó José Grillo y pegó un salto. La corriente le desgarraba el pecho.

–Canta –dijo la voz.

–No sé nada.

Otro salto. La picana subía a los labios, a la oreja.

–Subíle un punto –dijo la voz.

Le subieron varios. Al cabo de varias horas de sesión, estaba destrozado. Lo colgaron de la cama de hierro. La ligadura penetró profundamente en su muñeca izquierda. Probablemente quedará paralítico de esa mano.

La historia de Víctor Liway es sustancialmente idéntica. Mientras lo picaneaban, le preguntaron por el asalto a una carnicería y a varias estaciones de servicio.

–Hacéte autor.

Víctor Liway se hizo autor: no aguantaba el sufrimiento. Incluso dijo que había usado su propio coche para los asaltos. A patadas y trompadas lo metieron en una camioneta gris y lo llevaron a su casa para recuperar el dinero. Como no encontraron nada, salieron furiosos. Los golpes se multiplicaron en el camino de regreso. Lo estaquearon en el cepo, que resucita después de un siglo para gloria de la "revolución argentina".

Adán Liway describe la picana como "un aparato que tenía como uñas en la punta". Se la aplicaron durante veinte minutos.

EL HAMPA UNIFORMADA

Entretanto los nombres pronunciados al azar, en la desesperación del sufrimiento, traían a la casa nuevas víctimas.

A Jerónimo Manzanete, obrero de 49 años, fueron a buscarlo a su casa de Lanús Oeste, en la tarde del martes, dos policías de civil que lo metieron en una camioneta. A las cinco cuadras lo esposaron y le taparon la cara con una campera. La sesión de picana duró dos horas, intercalada con puñetazos en la cara y el estómago, mientras le preguntaba qué había robado, y a quién, y en dónde. Después lo ataron a un barrote, con las manos a la espalda. El castigo se repitió tres días con sus noches.

Carlos Romero, de 23 años, es cuñado de los hermanos Liway. Se despertó en la madrugada del miércoles 9 con un golpe en la cara, frente a ocho civiles armados. Su madre fue apartada de un empujón. Lo cargaron en un coche y lo golpearon los veinte minutos que duró el viaje.

–¿Conoces la picana? –le preguntaron mientras lo subían desnudo a la "mesa".

–No.

–Ahora la vas a conocer.

La conoció. Cuando se la pasaron por la boca, empezó a sangrar. Una radio funcionaba muy alto para que no se oyeran sus gritos. Romero se hizo autor de una cadena de asaltos a estaciones de servicio.

–¿Y la florería?

–Sí, la florería también.

–¿Y los bancos? ¿Y la ametralladora? ¿Y la carnicería?

Sí, todo. Lástima que no pudo dar los nombres de sus cómplices: no los conocía.

Ricardo Rodríguez fue el último en caer: el jueves 10, en su casa. Su relato es un calco de los otros.

En la madrugada del sábado 12 se trasladó a los torturados a la brigada de Avellaneda. Los hermanos Grillo, Aráoz y los hermanos Liway llevaban cuatro días sin comer; Manzanete tres días y medio; Romero tres días. Los policías se mostraron entonces gentiles. Manzanete pagó dos mil quinientos pesos por un sandwich de mortadela. Con los restantes detenidos, redondearon diez mil. A Romero le habían quitado su automóvil, y lo usaban libremente, demostrando lo que ya hemos afirmado en estas columnas: que los torturadores son siempre ladrones.

El sumario policial, irónicamente, está caratulado "Asociación ilícita y robos". Empieza con ocho confesiones. La de Fortunato Grillo está firmada en la casa de Monte Grande, con la misma mano derecha en que acababan de aplicarle la picana. A Víctor Liway le hicieron firmar un papel que le prohibieron leer. Adán Liway admite que "firmó todo porque estaba muerto de miedo". Aráoz: "Cualquier cosa". Romero: "Firmó un papel sin animarse a leerlo". En cuanto al pobre José Grillo, "apenas podía moverse" cuando lo trasladaron.

El 16 de octubre *La Razón* publicaba la foto de la "temible banda": ocho hombres desmelenados, hambrientos y muertos de miedo, que confesaban asaltos por valor de 25 millones de pesos.

Estos son los métodos. Los métodos que utiliza una jauría de hombres degenerados, un hampa de uniforme, una delincuencia organizada que actúa en nombre de la ley. El nombre completo de esa asociación delictiva es Brigada de Investigaciones de Avellaneda, y su jefe es: *el comisario Ernesto Verdum, domiciliado en la calle 12 de Octubre 234 de Avellaneda, con tres procesos abiertos por extorsión, cohecho y privación ilegítima de la libertad.*

LA SECTA DE LA PICANA

SEGUNDA NOTA

Explicamos en el número anterior los métodos que utiliza para "aclarar" delitos una organización delictiva, de carácter oficial, conocida con el nombre de Brigada de Investigaciones de Avellaneda, cuyo jefe es: el comisario Ernesto Verdum, domiciliado en la calle 12 de Octubre 234 de Avellaneda, con tres procesos abiertos por extorsión, cohecho y privación ilegítima de la libertad. *Queremos aclarar hoy que los procesos son, en realidad, cinco, e incluyen apremios y exacciones ilegales. Prosigamos ahora con la historia.*

LOS CONOCIDOS DE SIEMPRE

El jueves 10 de octubre el abogado de los hermanos Grillo presentó ante el juez, doctor Ornar Ozafrain, un recurso de amparo. Ante el pedido del juez, la Jefatura de Policía de La Plata –desempeñada por un militar– respondió con las mentiras de siempre: esos hombres no estaban detenidos, mientras bajo cuerda se ponía sobre aviso a la brigada. Eso provocó al día siguiente el traslado de los detenidos a Avellaneda; y el sábado, a la comisaría tercera de Temperley.

Afortunadamente hay y habrá siempre en la policía hombres que reaccionan con indignación ante las torturas. Uno de ellos pasó el informe que permitió al juez allanar el lunes 14 la comisaría de Temperley, donde encontró a los ocho detenidos en lamentable estado. El examen médico, que reseñamos en nuestro número anterior, probó sin lugar a dudas el tipo de castigo a que habían sido sometidos.

La confidencia de origen policial iba más lejos, suministrando la dirección exacta de la casa de las torturas. Allí se precipitó el 16 de octubre el juez, en compañía de Fortunato Grillo.

Aprovechando su detención, la brigada había desvalijado el domicilio de Grillo. Esto tampoco es nuevo: lo mismo había ocurrido con Juan Bautista Avelia, en Dock Sud. Lo cierto es que en el reducto de los torturadores, Grillo encontró ahora una serie de objetos de su propiedad –desde colchones hasta un mate con bombilla– con que los correctos funcionarios estaban amoblando su nidito.

Lo más importante, desde luego, no era eso, sino las dos mesas de tortura –buenas para faenar chanchos, como dijo un testigo– que el magistrado exhibiría más tarde ante los estupefactos periodistas. Millones de lectores han visto las fotografías, así que ahorramos la descripción.

Aun esto no era lo más importante, sino dos papelitos que el doctor Ozafrain tuvo el acierto de encontrar. Uno parece insignificante –la anotación de un partido de chinchón–, pero no lo es, porque en otro brutal episodio de torturas que era denunciado casi simultáneamente, la víctima, Humberto Castañares, recuerda que sus verdugos también jugaban un partido de chinchón. Señalamos la coincidencia al juez doctor Querello, que trata ese caso, y sirva ésta de atenta nota de remisión, como dicen en tribunales.

El otro papelito tiene un mensaje manuscrito que dice así:

"Crucci o Cortez esta caja de balas estaba en el suelo de la pieza última, le gastamos 5 balas. Decíle a Alaniz que deje la radio afuera y kerosén - Sardón".

La explicación de las balas es simple. Con un rifle 22, también robado a Grillo, los hombres de la brigada se entretuvieron en perforar latas el tiempo que les dejaron libre las partidas de chinchón y las sesiones de picana. Dejemos a Crucci por el momento en la heladera (mientras procuramos que él no nos ponga en la parrilla) y veamos quién es Cortez. Se trata de:

Manuel Eulogio Cortez, cabo de la brigada de Avellaneda, felicitado en junio de 1967 por el "esclarecimiento" del caso llamado del Sátiro, y no sabemos si felicitado en abril de este año por la "ejecución" de los presuntos delincuentes Moro y Moya.

¿Y el que iba a dejar la radio afuera? Es:

Zenón Alaniz, sargento primero de la brigada, con parecida foja e idénticas felicitaciones.

Dijimos ya en el número 2 de *CGT* (9 de mayo) que estos hombres eran torturadores, y relatamos el caso del infortunado Luis Rudaz, a quien la brigada calificó de "Sátiro" y picaneó de lo lindo hasta que el juez lo excarceló y tuvieron que buscar otro: lo encontraron al día siguiente.

Verdum, Alaniz, Cortez integraron con otros la comisión que dio muerte el 17 de abril de este año a los delincuentes José Moro y Eulogio Moya. Vista la irresistible costumbre de la policía bonaerense de matar delincuentes en proporción de diez a uno con sus propias bajas, reiteramos, agravada, la pregunta que formulamos hace seis meses:

Si el Sátiro no era el Sátiro, y si los camioneros torturados en El Destino no eran ladrones, Moya y Moro ¿serían delincuentes?

Uno de los acusados ante el juez Ozafrain parecía albergar las mismas dudas, y pidió que se reabriera aquella causa. Era el:

Oficial inspector Carlos Arturo Figueroa, domiciliado en Ignacio Cortina 2131, Valentín Alsina, y miembro precisamente de la comisión que con Verdum, Alaniz y Cortez, "ejecutó" a los presuntos delincuentes Moya y Moro.

¿Qué podía perseguir el inspector Figueroa con esta reapertura de la causa? Lo que consiguió: que el expediente pasara de las manos del doctor Ozafrain a las de otro juez, el doctor Madina, con quien espera, acaso inútilmente, tener mejor suerte.

La maniobra merece una explicación.

POLICÍAS TORTURAN POLICÍAS

En la defensa de los derechos humanos algunos jueces de La Plata mantienen desde hace años una honorable tradición. Baste recordar la brillante pesquisa del juez Hueyo en "Operación Masacre" o las acusaciones del fiscal D'Elía en los casos Valiese y Florida. El propio Madina, el fiscal Doglia y otros han hecho más de una vez honor a su magisterio. Todo hacía presumir a fines de octubre que el juez Ozafrain confirmaría esa trayectoria con un rápido esclarecimiento de los hechos. La Policía bonaerense tenía un motivo especial para pensarlo: *en junio último el doctor Ozafrain desafió sus iras, amparando un acto en homenaje a la Reforma y ordenando la detención del comisario Aceto que se había alzado contra su autoridad. En respuesta, la Escuela de Policía despojó al doctor Ozafrain de las cátedras que allí dictaba.*

Y esto explica la desesperada maniobra del inspector Figueroa para cambiar de juez.

Lo que quedó sin explicar es la furia con que la Brigada de Avellaneda se ensañó contra uno de los ocho torturados de El Destino. Se trata de *Víctor Augusto Liway, quien tiene la curiosa particularidad de ser empleado (mecánico) de la Policía Federal.*

Cuando Liway mostró su credencial, arreciaron los golpes. Cuando su mujer quiso intervenir, amenazaron llevársela. Cuando insistió en que él era de la Federal, se refirieron a esa institución en términos irreproducibles. Lo picanearon de tal modo que, no pudiendo resistir el dolor, confesó cualquier cosa.

De este modo parecía reiniciarse la guerra secreta entre ambas policías, sobre la que el periodismo especializado volcó en su hora ríos de tinta, y que habría dado origen a aquella famosa "serie sangrienta" que en 1964 pobló de cadáveres los caminos del Gran Buenos Aires y sólo terminó con el "suicidio" del Loco Prieto. Tampoco faltaron entonces las torturas infligidas por la bonaerense a miembros de la Federal, como los suboficiales Daumas, Farquarson y Rivero.

Esta vez, la réplica de la Federal fue contundente. El 26 de octubre la comisaría 33ª anunciaba complacida al periodismo que tras una rápida incursión a la provincia, se había detenido a una temible banda de

extorsionadores. Uno de sus jefes era *el oficial ayudante Oscar Rene Torne, de la Policía de la Provincia de Buenos Aires...*

UN SECUESTRO

Una denuncia urgente nos obliga a interrumpir momentáneamente la continuidad de esta serie:

El jueves 31 de octubre fue secuestrado en Isidro Casanova, entre las 18.30 y las 19, el compañero Osvaldo Scarlatto, de 17 años, militante de la Juventud Peronista de Matanza.

Como la policía de la Matanza está complicada juntamente con la brigada de Avellaneda en los casos de tortura que investiga el juez Guerello, se teme fundidamente por la vida de ese compañero que no había aparecido al cierre de esta edición, martes 5. La CGT se ha movilizado para dar con su paradero, sin perjuicio de denunciar con urgencia, en nivel internacional, esta serie infame de atropellos que asimismo se nutre a último momento con nuevos casos en Mendoza y Tucumán.

LA SECTA DE LA PICANA

TERCERA NOTA

Los jefes militares alemanes que hacia 1941 pretendían mantener aún la ficción de la guerra "caballeresca", miraban con cierto desprecio a los verdugos profesionales de las SS, la Gestapo y los policías "colaboracionistas" de los países invadidos. Custodiaban los centros de tortura, fingían ignorar lo que pasaba adentro, pero recibían los resultados. La consecuencia inevitable fue que llegado el momento, debieron torturar ellos mismos, cumpliendo la orden imperativa del mariscal Keitel. Las "tradiciones" heroicas, "el honor del soldado", la "pureza inmaculada de las armas alemanas" (todas esas cosas poéticas que en reciente discurso ensalzó el general Martínez Zuviría) cayeron al tacho de la basura, mezcladas con el vómito y la sangre de las víctimas. Al cabo de algunos años, que no fueron tantos, descubrieron que en Nuremberg los esperaba la horca.

El 10 de este mes, un general argentino, gobernador de Buenos Aires, interrogado sobre el clamor popular que exige cambios radicales en la Policía de la Provincia, contestó:

–No habrá reestructuración, porque no hay motivo para ello. Sólo unos pequeños retoques en la organización.

Como aquellos militares que acabaron tan mal, el general Imaz pretende ignorar que jamás en la historia de la provincia, y acaso del país, las torturas policiales alcanzaron un nivel comparable al de hoy: ni siquiera en la época del general Bonnecarrere y el coronel Fernández Suárez. Es de desear que el general Imaz no termine por recibir una orden como la del mariscal Keitel, para darse por enterado de lo que ocurre bajo sus narices.

Pero entre tanto el general Imaz, y el jefe de policía, coronel Navas, recogen los resultados, mientras el ministro de gobierno, doctor Navas, confrontado con las terribles evidencias de los torturados de Monte Grande, la resurrección del "cepo" y las denuncias que ahora llueven de todas partes, se permite el lujo de declarar a la prensa:

–Afortunadamente, las cosas no son como pudo presumirse en el primer momento.

¿Qué pudo presumir el doctor Navas? ¿Algo así como los campos de Belsen o de Auschwitz? Claro, aún no hemos llegado a eso. Los alemanes tampoco habían llegado, en 1940. Veamos por lo menos en qué parte del camino estamos.

LOS JUGADORES DE CHINCHÓN

–No se puede contar, porque es terrible. Yo no debería estar hablando con usted. Sí, tengo miedo. Todos los demás tienen miedo. Pero yo sé que hay que contarlo, tal vez así no sigan haciendo, tal vez paren por un tiempo. Uno no es nada en manos de ellos. De golpe me di cuenta que no tenía la espalda apoyada en la mesa, que volaba. Sí, a cada golpe de corriente daba un salto y quedaba como flotando. Con las muñecas atadas con gomas, estaqueado como un animal. "Habla, hijo de puta." Me pasaban la picana por la frente, por la boca, por los testículos. "Habla, que no podemos perder tiempo. Ya cayeron tus amigos." Me golpeaban con algo que no sé qué es, yo estaba vendado, después me di cuenta que debía ser una almohada, me la ponían sobre la cara y golpeaban. Duele mucho. "Dónde están las pistolas, dónde están las ametralladoras, habla hijo de puta." A mediodía me dieron un descanso, a lo mejor se tomaron ellos el descanso. Hablaban de mujeres, de fútbol, jugaban al chinchón. Después volvieron. Uno piensa en Dios, piensa en la madre, les dije que me trajeran un papel en blanco, que les firmaba todo. ¿Sabe lo que dijeron "Este es fanático", y me siguieron dando. "Ahora viene el jefe, él sí que te va a dar con todo." Se llamaban entre ellos coronel, capitán, comandante. Hacían chistes, "Ustedes de aquí salen más peronistas". Después no sé lo qué pasó,

perdí el control, supongo que me desmayé, porque uno me decía "A ver, mové las piernas. Ahora mové los brazos" y me sostenían entre dos. Pedí que me llevaran al baño, pero no pude hacer nada. Esa tarde trajeron a otros compañeros, yo no los vi, escuché las voces. Era un lugar descampado, no se oían coches. Esto fue el miércoles 3; no, el jueves 3; no, el miércoles 2.

–¿Por qué fue?

–No sé. Me sacaron de mi trabajo, en Lomas de Zamora. Me mostraron una chapa, dijeron que eran de Coordinación. Me metieron en un auto, me dijeron "agáchese", me ataron las manos y me vendaron con un pañuelo. Anduvimos un rato, hasta llegar a una casa. No la vi, sentí piso de madera. Me dijeron "Salta". Di un salto, caí sobre una mesa. Se rieron. "Estás ágil". Después me desnudaron y me hicieron acostar. "Bueno, ya te das cuenta de lo que te vamos a hacer."

Este es el relato de Humberto Castañares, torturado el 2 y 3 de octubre, junto con sus compañeros Elbio Caballero, Julio Oyóla, Raúl Durcodoy, Norberto Acosta y Miguel Félix, por los mismos "jugadores de chinchón" que una semana más tarde, en el mismo lugar, aplicarían la picana a José y Fortunato Grillo, Luis Aráoz, Adán y Víctor Liway, Jerónimo Manzanete, Carlos Romero y Ricardo Rodríguez.

Catorce casos documentados. Pero no son los únicos.

LOS PATOTEROS

Entre las causas que favorecen la impunidad de los torturadores, una de las más importantes es el silencio de las víctimas. Por lo general, sólo un militante con clara conciencia política llega a hacer la denuncia. El delincuente común, en cambio, suele callarse porque sabe que tarde o temprano volverá a caer en manos de la Brigada, y que no habrá nadie que alce la voz por él.

Inversamente, uno de los factores que suele levantar la tapa de la olla es la repugnancia que en ciertos funcionarios de carrera provocan estos métodos. El torturador, por otra parte, suele ascender con rapidez, debido a la multitud de "esclarecimientos" que obtiene picana de por medio, y de ese modo relega al policía honesto.

Hoy estamos en condiciones de informar sobre otros casos de torturas protagonizados por la Brigada de Avellaneda.

En setiembre de 1967, esta organización delictiva había perdido a dos de sus honorables miembros, Vicente Medina y Armando Zalazar, que no cayeron ciertamente a manos de pistoleros, sino de la justicia simple, como asesinos a sangre fría de Faustino Ibarbals.

La pérdida no impidió que ese mismo mes "la patota" torturase a Ramón Mieres, Juan Carlos Molina y Ornar Pereyra, acusados de delitos comunes. Participaron en esta "investigación":

El jefe de la brigada, comisario Ernesto Verdum.

El sargento Zenón Alaniz, felicitado en junio de 1967 por el "esclarecimiento" del caso del Sátiro (ver CGT *Nros. 2,27 y 28); miembro de la comisión que en abril de este año "ejecutó" a los presuntos delincuentes Moro y Moya; mencionado en el papelito firmado por el suboficial Sardón que encontró el juez Ozafrain en la casa de Monte Grande; y actualmente procesado por torturas ante el juez Medina.*

El cabo Manuel Eulogio Cortez, con los mismos antecedentes, y uno de los destinatarios del mensaje de Sardón.

El cabo Horacio Rocha, con los mismos antecedentes.

El agente Horacio López, ídem salvo las felicitaciones.

El agente Aldo Germán Pastorini. Iguales antecedentes.

El agente Abel Gómez. Iguales antecedentes.

Casimiro Gómez.

En febrero de este año, "la patota" tortura a Carlos y Leoncio Pelayo, Juan Carlos Torres, José Smith, Juan Guarderas, Antonio Fació. Poco más tarde, a José Maidana y Manuel Triviño. En abril a Rubén Noda, Mateo Moyano y Benjamín Zani. El mismo mes a Juan Carlos Selier, Vicente Mantovani, Alberto Castro, Oscar Vázquez, Pablo Gómez, Ernesto y Rubén Tacone, José Georgino, Aristóbulo Acosta, Andrés Pérez, Rubén Saeta y Ángel Scarfó. Las lesiones infligidas a Scarfó y Ernesto Tacone son tan serias que la Brigada, acudiendo a un recurso que de tan viejo figura en todos los tratados sobre torturas, declama que Tacone "intentó huir a través de una ventana" (como en el caso que ya hemos documentado de Juan Bautista Avella) y que Scarfó "se lastimó el abdomen con sus propias uñas".

En mayo, la picana se abate sobre Claro Aravena, Pedro Cualina, Osvaldo Iglesias, Agustín Lara, David Rodríguez, Juan Sánchez y José Tolosa. El interrogatorio es en esta oportunidad tan "hábil" que la banda confiesa nada menos que ciento setenta delitos.

En estos "esclarecimientos" participan, además del ya mencionado Casimiro Gómez:

El inspector Arturo Carlos Figueroa, miembro de la comisión que "ejecuta" a Moro y Moya. Acusado por las torturas de Monte Grande ante el juez Ozafrain, invoca ese expediente para pasar la causa al juez Medina.

El inspector Alfredo Lucio Reynoso, integrante de la comisión que realizó al procedimiento en casa de los hermanos Grillo y otros torturados de Monte Grande.

Rubén Ignacio Carrondi, acusado en el caso Monte Grande.

Suboficial Domingo Ángel Cepeda, ídem.

El suboficial Sardón, firmante de la nota dirigida a Crucci y Cortez, aparecida en la casa de las torturas (ver CGT *N° 28).*

El agente Luis Pérez, miembro de la comisión que "ejecuta" a Moro y Moya en abril. Miembro de la comisión que hiere grave a José Esteban Gainza el mismo mes.

Llegamos así a los dos episodios más recientes, el de Lomas de Zamora sobre el que el juez Querello mantiene un silencio que se justificará solamente si de su investigación surge el castigo ejemplar que merecen los verdugos a sueldo del Estado; y el de Monte Grande, cuya nómina de implicados se completa con:

Los suboficiales Antonio Crucci, Ángel Cáceres y Silvio Altamira; los agentes Andrés Robledo y José Campodónico.

Veinte nombres conforman por ahora "la patota" de Avellaneda: no son los únicos. Los cincuenta detenidos que aquí mencionamos, tampoco son los únicos. Del juez Querello, del juez Madina, dependen que sean los últimos, al menos por un tiempo.

La patota no tiene límites ni tiene frenos, como lo atestigua Jorge Ramón Diab, que al caer el mes pasado en manos de la Brigada de Avellaneda, escuchó estas palabras:

–Cieguito, esta noche vas a la parrilla.

A él no tuvieron necesidad de ponerle la venda. En efecto, era ciego.

LA SECTA DE LA PICANA

CUARTA NOTA

Ahora, Ernesto Verdum es un hombre de 40 años. Sigue siendo bajo, morocho, pero no tan delgado como cuando era oficial principal en la comisaría de San Justo. En aquel entonces –hace ya ocho años y medio– estaba apadrinado por el propio comisario, un oscuro personaje llamado Juan Carlos Méndez Paz, de quien era colaborador directo, y en la jefatura de Policía de la Provincia era observado como un oficial prometedor. De inspector en la seccional 1 de Avellaneda, pasó en enero de 1957 a la 2 donde ascendió rápidamente a oficial principal; en el momento de la historia, daba los últimos toques a su preparación como jefe de la oficina judicial de la comisaría de San Justo. Todavía viajaba en colectivo por lo general, en compañía del joven oficial Luis Bidone, y se animaba a vivir en la Capital Federal, en la calle Larraya 3847.

El aprendizaje en la oficina judicial resultó invalorable para Verdum. Allí aprendió de tanto tomar declaraciones, que no había problema en que se le iniciaran procesos siempre que pudiese salir bien parado. Y en la media docena de demandas judiciales iniciadas en su contra a lo largo de esos ocho años, y en las cuales se lo acusó de buena parte de los delitos contenidos en el Código Penal, utilizó al máximo su experiencia saliendo airoso de todos ellos. Evidentemente, hizo bien sus primeras armas.

Hombre curioso, este Verdum. El primer proceso judicial en su contra, lo hizo hacer él mismo. Estos son los hechos.

Poco después del mediodía del 8 de julio de 1959 la señora Rosa González de Cheppi acudió en estado de aborto a la casa de la obstétrica Ana Fixman, en la avenida Luro al 6300, de Matanza. La operación se complicó y la médica decide llevarla con el auxilio del marido de la paciente a la asistencia pública de San Justo, y ésta se muere. La doctora Fixman es entonces llevada detenida a la comisaría de San Justo, pero allí, en vez de registrarla en el Libro de Entradas y alojarla en un calabozo, como indica el trámite de rigor, prefieren mantenerla incomunicada en el cuarto de oficiales. Había una buena razón. Cuando deposita sus efectos en la entrada, la detenida tenía 16.500 pesos, de los de hace diez años, y que no terminan en el mismo cajón que el lápiz de labio que llevaba en la cartera, sino en el bolsillo del oficial principal: Ernesto Verdura, actualmente comisario de la Brigada de Avellaneda y jefe de la banda de torturadores, con tres procesos abiertos por extorsión, cohecho y privación ilegítima de la libertad, domiciliado en la calle 12 de Octubre 234 de Avellaneda.

Luego, el mismo Méndez Paz lo justificaría: "Preferí que el dinero quedase en posesión de un oficial responsable como Verdum, ya que en la caja de los efectos personales no estaba seguro". ¡Linda comisaría manejaba el comisario Méndez Paz! Por algo registra un proceso por violación de derechos y deberes del funcionario público. Lo abultado de la suma hizo suponer a Verdum de que podía conseguir mucho más, y estando la detenida incomunicada era mucho más cómoda de presionar. Luego de un rato, Verdum y el comisario la llevaron de regreso a su casa "a buscar el feto", pero sólo agarraron todo el material obstétrico del consultorio –en abierta violación a las más elementales normas jurídicas– "como elemento de prueba". Al día siguiente, la comisaría comienza el "ablande". "Su situación es muy delicada", asustó Verdum a la señora Fixman, "y creo que la van a juzgar por asesinato.

"Si quiere, le traigo al único abogado que la puede salvar". Desesperada por una incomunicación que ya duraba 24 horas. Fixman acepta el trato, y aparece el abogado Valentín José Efrom, cuya primera pregunta es: "¿De cuánta plata dispone? Yo le cobro 50.000 pesos por sacarla de aquí', le aclaró. En su portafolios, el previsor abogado llevaba un escritorio ambulante, y allí mismo redacta el poder y hace dos pagarés por veinte y treinta mil pesos, dejando la fecha en blanco.

Luego se justificaría ante el juez: "Como es costumbre en esta parte de la profesión, dada la irresponsabilidad material y moral de los detenidos, acostumbro llevar en mis portafolios un talonario de pagarés, papel de oficio, estampillas y demás enseres. Si no le puse fecha a los pagarés, es porque no acostumbro hacerlo hasta el momento de su presentación al cobro".

Luego de haber firmado, Verdum permite la visita del esposo de Fixman. Éste, al enterarse de la situación, acude a una relación política, el senador provincial Miguel Barbarito, amigo personal del comisario Méndez Paz, y que consigue que le sean nombrados abogados a la Fixman, pero desentendiéndose del problema cuando ésta pasa a juez. A Efrom el asunto le empieza a no gustar, y primero amenaza a Fixman: "Si no saca a ese senador del baile o prescinde de mis servicios, la hago joder con la cana pasándola por abortera". Luego, en una entrevista con los nuevos abogados, accede a devolver el pagaré de veinte mil pesos, quedándose con el de treinta mil. Pero al final no devuelve ninguno –"en concepto de honorarios" adujo– y pide treinta mil pesos más, en efectivo "para arreglar la policía".

Cuando el asunto pasa a juez, Verdum y Efron construyen su defensa: en ella, se proponen probar que Efron contrajo como cliente a Fixman en el patio de la comisaría, sin que mediara presentación alguna de Verdum, ya que no se conocían o recordaban haberse visto alguna vez, pero no estaban muy seguros. Para ello, necesitaban dar una razón verosímil de la presencia de Efrom en la comisaría de San Justo y utilizan hábilmente una coincidencia. El 9 de julio de 1959, día de la entrevista Fixman-Efrom, fue decretada una amnistía para todos los detenidos por causas leves; pero en San Justo no fue liberado –contrariando la orden– Juan José Vivas, acusado de vagancia.

Efrom asume entonces la teórica defensa de Vivas y demanda rápidamente a Verdum, antes que se inicie el otro juicio, de "privación ilegal de la libertad". Como era de esperar, las dos causas son sobreseídas.

Eran los primeros tiempos de Verdum. Ahora, aunque no pueda asomar la nariz por la Capital Federal debido a su batalla con la Policía Federal, tiene montado un gigantesco aparato que abarca toda el área sur de la provincia bonaerense y cuyos réditos le valieron el apodo de "detective millonario" –una banda de torturadores que se "encargan" de solucionar cualquier robo no aclarado y que cuentan para ello con casas como la descubierta en Monte Grande, curiosamente utilizada por la gente de Verdum. Sin embargo, su posición no es demasiado segura. El esmero que pone en la tarea de no vincularse ya más en forma directa a las torturas o la extorsión, sería inútil si no estuviese respaldado por jerarcas del Ejército Nacional. A ellos, Verdum les sirve porque no es capaz de hacer otra cosa más que la que hace, utilizar el aparato policial como medio de agresión y de represión.

VUELVE LA SECTA DEL GATILLO Y LA PICANA

El 28 de febrero, el jefe de la Policía Federal, Mario Fonseca, era un general contento. Así al menos se lo confesó al inspector Schuler, mientras inauguraban las instalaciones del Círculo de Jefes y Oficiales de la Policía Federal, ex Círculo Policial. No le faltaban motivos. El rubro presupuestario destinado a los aumentos policiales había sido distribuido razonablemente: 25.000 pesos para cada miembro del personal jerárquico, en desmedro del personal subalterno, que sólo recibirá 4.000 pesos. Además, existiría una diferencia a favor de la Federal, con la Policía de la Provincia, disimulada en los términos del escalafón.

Pero el mismo chimento llegó a la jefatura de La Plata, donde no se pusieron tan contentos: las presiones que ejercieron sobre Borda para que equiparara el presupuesto del personal jerárquico obligaron al ministro a dilatar largamente la publicación de los aumentos.

Un error de apreciación, sin duda. La Policía bonaerense fue el cuerpo policial que más al pie de la letra cumplió los deseos oficiales, evitando caer en los molestos escándalos de Córdoba, donde se reveló la existencia de la Brigada Fantasma, un cuerpo formado por veinticuatro policías a los cuales se les otorgaba total impunidad a cambio de su lealtad a los fines políticos del oficialismo.

Desde el 1° de enero al 20 de marzo, la Policía de la Provincia de Buenos Aires hizo méritos: liquidó a quince delincuentes sin tener un solo muerto entre sus filas. Un promedio de 15 a 0. Además, hirió a otros ocho delincuentes, mató un civil, hirió a cuatro, torturó a dos. La Policía Federal, en cambio, fue más cautelosa con el gatillo. Sólo mató a dos delincuentes a cambio de ningún muerto. Parece que este año los únicos policías que arriesgan su vida son los del resto de las provincias, donde los resultados fueron la vida de siete a cambio de veintisiete delincuentes muertos.

Pero, aparte de las estadísticas, fueron descubiertos a lo largo y a lo ancho del país desde principio de año:

10 policías torturadores.

3 policías extorsionadores.

2 policías violadores de menores.

3 policías que mataron por causas personales.

9 policías ladrones.

2 comisarios procesados por irregularidades.

1 policía que mata por ineptitud en el manejo del arma.

3 policías procesados por privación ilegítima de libertad.

2 policías se suicidaron.

También lo hicieron dos presuntos delincuentes momentos antes de ser detenidos y la policía mató, en un descuido, a un menor de edad que no era delincuente.

Por supuesto, no fue en la Policía de la Provincia que ocurrió el error en el manejo del arma; ya con el primer herido del año demostró su pericia. El día de Reyes, una comisión del destacamento de Villa Fiorito le metió un balazo en la mano al empleado de farmacia Juan Cristóforo Coria: no le gustó la forma que tuvo de sacar sus documentos.

Tampoco se perdió una vieja costumbre, los violentos incendios en villas miseria: el 13 de enero, en la jurisdicción del comisario Ernesto Verdum, un torturador a cargo de la Brigada de Investigaciones de Avellaneda, diez casillas fueron quemadas a las 5.20 de la mañana, quedando cincuenta personas sin techo: el mismo diario *La Razón* afirmó en su edición de ese día que el incendio podría haber sido intencional. Tres días después, ardían tres de las 1.000 casillas que componen la villa miseria El Monte, en Quilmes; si el

siniestro no fue mayor se debe a la pericia del cuerpo de bomberos de la zona, que afirma públicamente su temor a los incendios en la villa, no sólo por frecuentes, sino por el peligro que representan. Durante el mes de febrero, se incendiaron otras dos villas miseria: todas en provincia.

La policía tuvo, sin embargo, algunas bajas: los asesinos del obrero tucumano Ramón Jerónimo Apaza (ver *CGT* número 30) –detenido sin causa en una esquina el 26 de octubre de 1967 y golpeado hasta la muerte por reclamar recibo por los 1.250 pesos que le habían sacado al entrar a la comisaría–, los oficiales José Dante Gramajo y Wenceslao Celestino López, fueron condenados a 15 años de prisión por el juez Jacinto Cámara. Por la misma causa, fueron sentenciados a un año de prisión, condicional, los policías Santo Benito Díaz, Francisco Félix Brandan, José Mario Ríos, Segundo Benjamín Corbalán y Ángel Segundo González.

Pero un mes antes del fallo del juez Cámara y en la misma Tucumán, otro obrero fue muerto de la misma forma por la policía. El 2 de febrero a Ja noche, José Francisco Salinas, de 45 años, estaba junto a su madre y otras personas tomando el fresco frente a su casa, en un barrio de San Miguel de Tucumán, cuando una comisión policial, sin motivo alguno, se abalanzó sobre el grupo, llevándose a golpes a Salinas hasta una camioneta. Regresó al mediodía siguiente, diciendo que lo habían llevado a la comisaría, donde lo habían golpeado, que no sabía por qué, y que lo dejaron salir cuando pagó 1.500 pesos "de multa". Esa misma tarde, moría a raíz de un riñón reventado a golpes de caño de goma, que no deja marcas en la piel. Le sacaron 300 pesos más que a Apaza.

Fueron también matones a sueldo los que detuvieron a cuatro obreros gráficos a la salida de una reunión en el local de la CGT a principios de marzo; los que balearon a un menor de 13 años en Villa Quinteros, Tucumán, cuando reprimieron un acto de protesta por la falta de efectividad del operativo Tucumán y detuvieron y golpearon a los cañeros Roberto Juárez y Adolfo Figueroa, luego de herirlos de bala.

Es también un sistema de acción que queda muy en claro en un comunicado de la jefatura de Policía salteña, que ordena a todas sus reparticiones: "Serán reservados de la publicidad los hechos que revistan gravedad, ocurridos en reparticiones y establecimientos de jurisdicción nacional o provincial y que puedan afectar a las autoridades (así como aquellos) en que resulten damnificados o intervengan como actores miembros del Ejército, la Armada, Gendarmería Nacional o de la repartición (es decir la policía), o los hechos en que sean parte personas de figuración social, financiera o funcionarios públicos".

ALGUNOS CASOS

Este violento atentado a la libertad de información significa, ni más ni menos, la total impunidad del gobierno formado con cada uno de las partes del comunicado. Con tomar en cuenta los hechos ocurridos en los primeros días del año y que son de conocimiento más o menos público sería fácil darse cuenta lo que *no* se sabría. Por ejemplo:

Que el 10 de enero el subinspector Catalini y el agente Tarataglia, de la seccional 4 de Mar del Plata, golpearon bárbaramente al chofer de taxiflet Juan Carlos Freites, por haberse negado éste a dar una coima de 3.000 pesos.

Que el 20 de enero, en Bahía Blanca, el agente Eduardo Montenegro mató a un menor a la salida de un baile por causas personales, y que, a pesar de tener un proceso abierto por violación de menores, sigue siendo policía.

Que el 21 de enero, en Posadas, el cabo Eloy Zabonsky en compañía del agente José Ferreyra, mató a un delincuente con captura recomendada, por la espalda, con una carabina –arma no reglamentaria– y desde ochenta metros de distancia.

Que el 22 de enero, en la villa miseria de Retiro, Capital Federal, la comisaría 46 hizo una redada con perros, jeeps y carros de asalto, en la cual se llevó a ciento ochenta personas, muchas de ellas con

documentos, algunas madres sin sus hijos, a los cuales tenían que atender e inclusive dar de mamar, y que alguna gente perdió su trabajo por estar detenida injustamente.

Que el 26 de enero en Bahía Blanca fue detenido el oficial Wenceslao Alvarez, de la comisaría 46, por robo, mientras estaba suspendido por treinta días, por faltas de orden administrativo.

Que el 27 de enero, en Mar del Plata, el sargento Loto mató al conductor Benito Giles por un problema del tránsito.

Que ese mismo día, en Salta, el agente Carlos Nieve Puntano mataba al comisario de la localidad de Antillas, Octavio Augusto Giles, de un tiro en la espalda.

Que el 28 de enero, en Rauch, la policía hería en la pierna a un menor en forma accidental.

Que el 30 de enero, en Paso del Rey, la señora María Ester García denunciaba que personal policial se había instalado en su domicilio, encontrándolo allí a su llegada, y reclamando daños y hurtos por 1.300.000 pesos.

Que, prosiguiendo la guerra entre bandas policiales de Capital Federal y provincia, la Federal libró orden de captura, el 31 de enero, contra los agentes provinciales Osvaldo Braica y Ramón Héctor Benítez, acusándolos de robo con los datos que les proporcionó, presuntamente mediante apremios, el agente provincial Manuel Alberto Mugas.

Que el principal sospechoso en el esclarecimiento del asalto al Banco de Crédito Provincial de La Plata es el ex suboficial ayudante Roberto Wyllie, expulsado por inconducta, pero al cual sus vinculaciones con la policía eximieron de culpa y cargo el 31 de enero, con la sola excusa de un reconocimiento en rueda de sospechosos.

Que prosiguiendo el ataque de la Federal a sus colegas de provincia, el 2 de febrero la comisaría 34 detenía al subinspector Alberto Grillo, acusado de extorsión.

Que una semana después levantaba el guante la seccional 4 de Avellaneda, deteniendo al agente Héctor Ramón Ocampo, de la Policía Federal, acusado de violar a una menor, y encargaba "una exhaustiva investigación " al principal Amoldo Mallorca, al subinspector Ulia y al agente Genoud, personal de esa seccional.

Que el 16 de febrero, el diario cordobés La Voz del Interior *publicó una denuncia de Luis Gerónimo Camajo, acusando a la policía de esa ciudad de haber herido de bala a su hijo de 18 años, por no respetar una señal del tránsito cuando circulaba en una bicicleta. La policía niega el hecho, y el menor está internado en Sanidad Policial.*

Que el 18 de febrero la Policía de la Provincia de Buenos Aires hirió durante un tiroteo a la señorita María Méndez, que esperaba un colectivo en una esquina.

Que el 21 de febrero, en Mendoza, el comisario Eugenio Rodero era acusado en un juicio oral de haber torturado hasta la muerte a Aurelio Eduardo Reyes. Rodero pidió pase a retiro y luego se dio a la fuga.

Que el 23 de febrero se dictaba en Tucumán prisión preventiva contra los empleados policiales Justo Apolonio Ledesma, Alejandro Audon Chávez y Alberto Edmundo Sierra, acusados de privación ilegítima de libertad y robo.

Que el 27 de febrero, en Necochea, el oficial Alberto Achával Duré mató accidentalmente a una menor de edad en la pieza de un hotel.

Que el 1° de marzo, la jefatura de La Plata llamó la atención a sus agentes del tránsito acerca de la venta de rifas y bonos a conductores, "pues puede ser interpretada por coerción y, de todas formas, constituye un delito ", y sin embargo no tomó medidas disciplinarias.

Que el 7 de marzo fue sobreseída la causa por atentado a la libertad individual contra el ex gobernador de Tucumán Fernando Aluga García y sus acólitos, el ex jefe de Policía tucumano Mario Alberto Mazza, el empleado policial Daniel Flores y el ex comisario Antonio Neme, dado de baja por ser culpable de una larga lista de delitos, entre los que se cuentan el robo y la tortura.

Que el 15 de marzo es detenido en Necochea el comisario de la zona, Samuel Zendr, por haber cometido exacciones por un monto de un millón de pesos.

Estos son algunos de los hechos. Pero tampoco se sabrían otras cosas. Por ejemplo:

Que el 23 de febrero, en Salta, el agente Antonio Alarcón fue muerto a cuchilladas por no tener proyectiles en su arma de reglamento para defenderse. Le hubieran hecho falta algunas de las balas que confesó haber disparado la Policía bonaerense en los primeros setenta y nueve días del año.

Que el 17 de marzo se suicida en Faimallá, Tucumán, el agente Antonio Lara, un compañero de los obreros del ingenio Bella Vista que se había negado en su oportunidad a aceptar las órdenes de reprimir los actos por la reapertura del ingenio. Un héroe de la clase trabajadora. También en el cuerpo policial hay compañeros de los trabajadores, que llevan inclusive su apoyo a colaborar en este periódico.

Pero la policía es, en general, una institución destinada a reprimir a la clase trabajadora por el gobierno que la comanda. Este es un hecho que tuvo su manifestación más clara en el caso de la Brigada Fantasma, creada por el subjefe de la Policía cordobesa, el comandante de Aviación Eduardo Antonio Montes, como un cuerpo especial destinado a objetivos políticos, y al cual se le permitía cometer cualquier delito como pago.

EN MARZO DE 1969 WALSH había publicado en CGT *la que sería su última "producción periodística" para ese periódico: "Vuelve la secta del gatillo y la picana ". En mayo de ese mismo año aparece un fragmento de* ¿Quién mató a Rosendo? *bajo el título "Qué es el vandorismo". Pero ese mes Walsh está ya en otra parte: en Fisherton y Resistencia y Las Toscas y Villa Ocampo, realizando, con Pablo Alonso, la investigación para una nota sobre la gloría y la decadencia de La Forestal, la tristemente célebre compañía productora de tanino. Siete días invierte Walsh en ese viaje. Entre mayo y agosto, mes de publicación de la nota en* Georama, *el periódico* CGT *es prohibido y pasa a la clandestinidad. Independientemente de lo que Walsh pensara en ese momento, lo cierto es que debe volver al otro periodismo. En* Georama, Siete Días, Panorama *y* La Opinión *aparecerán, durante los dos años siguientes esporádicas colaboraciones.* ¿Quién mató a Rosendo?, *mientras tanto, se convierte en un best-seller. Las notas que se reproducen a continuación continúan, temática y retóricamente, las dos series de* Panorama *que presentamos antes. Sobre la nota publicada en* Siete Días *escribe, lo que da una buena idea de su método de trabajo:* "Para la nota sobre luz eléctrica invertí 60 páginas de apuntes y transcripciones, unas 30 páginas de borradores y 20 páginas de original, es decir un total de 110 carillas dactilografiadas. Realicé unas 6 horas de grabación. Invertí un total de 87 horas de trabajo, repartidas en 13 días, o sea casi 7 horas diarias."

LAS CIUDADES FANTASMAS

Hacía diez años que el hombre faltaba del pueblo y sabía que la fábrica se hallaba cerrada. Pero no le importó demasiado, porque sus intereses estaban en otra parte y ya no era peón ni capataz. Así que visitó a sus amigos y arregló sus asuntos sin pasar por la fábrica, hasta que una tarde sus pasos lo llevaron, cruzó distraído un puente, atravesó el portón y dice que el silencio lo hizo despertar. Hacía tiempo que el hombre no lloraba.

La chimenea está allí: sesenta y cinco metros de ladrillo vertical en cuya punta supo flamear, los días de festejo, la bandera inglesa. Pero ya nadie sube sus peldaños oxidados. Las víboras fluyen por el canal de humo, asoman a los derrumbes, se meten en las oficinas desiertas.

–Este mes matamos cuarenta –dice Reinaldo Silva.

Las manos y los gestos del último empleado de La Forestal, en Villa Ana, reconstruyen los tres pisos que faltan entre las paredes con espesor de muralla, los huecos que fueron ventanas, las aserrineras convertidas en fosos. Bosta de caballo cubre el piso que presumió de parqué, y un retoño de ombú crece entre la invasora maleza amarilla.

Aquí se molía el quebracho, los rollizos empujados por el gato hidráulico gemían y se desintegraban contra las cuchillas de acero; aquí pasaba la cinta transportadora con el aserrín que iba a cocimiento. Uno puede imaginar a los hombres semidesnudos, cubiertos apenas por el *chiripá,* sudando entre nubes de vapor junto a las baterías de difusores, las tinas y los *vácum,* cortando con el brazo el chorro espeso y caliente que secaría tomando la forma de las bolsas, la cortante dureza del quebracho y su color, antes de ser embarcado para curtir los cueros y las pieles de medio mundo.

Pero es inútil. Las máquinas que trituraron un bosque han desaparecido; mojarritas nadan en la pileta que alimentó las baterías y sirvió de piscina a los gerentes; las calderas duermen amontonadas como grandes elefantes muertos.

La fábrica de tanino de Villa Ana no fue la primera, ni la última, ni la más importante entre las plantas de La Forestal clausuradas en los últimos veinte años. Pero ninguna dejó un testimonio tan impresionante de la caída de un imperio. A su alrededor, el pueblo agoniza desde 1957. Sus nueve mil habitantes se redujeron a tres mil. Diez mil hacheros de la zona emigraron o cayeron en primitivas formas de subsistencia.

No quedan huellas de sus ranchos de paja, pero el pueblo Forestal, que albergó a funcionarios y empleados, subsiste con sus casas de ladrillos encalados en color crema, sus galerías de tirantes rojos, sus techos a dos aguas. Cuatro de cada diez están hoy desocupadas, y una que ocupa media manzana con jardín acaba de venderse en setenta mil pesos.

Sobre la plaza, en una esquina, la puerta del único hotel permanece inexorablemente cerrada. Nada se mueve bajo el abrasador sol de la siesta. Un potrero donde pastan los caballos fue pista de aterrizaje; la cancha de golf donde se jugaron torneos internacionales ha sido removida por el arado. "Aquí vino la reina de Inglaterra", dice una voz que también parece ausente. Y ella misma se contesta:

–Vivimos de recuerdos.

LA QUIMERA DEL TANINO

De los recuerdos más bien se muere, pero le voy a contar una cosa insignificante. No vale la pena que la anote. Yo tenía nueve años y estaba muerto de sueño, esperando que empezara el cine. Papá y mamá también, y todo el pueblo inquieto, porque era la época en que se alzaron los hacheros. Hasta que entró el gerente y se apagaron las luces. El cine empezaba cuando llegaba el gerente de La Forestal.

Hasta se ha perdido el nombre del curtidor que hace un siglo observó en La Boca el color a herrumbre que tomaba el agua en tomo de los pilotes de quebracho de los muelles, y llevado por la curiosidad le encontró un gusto parecido al de la corteza de haya, el curtiente de la época.

Quebracho, quiebra-hacha. La madera del gran árbol resistía comparaciones con el fierro, se usaba para hacer rodillos de los trapiches tucumanos, tomó forma de rieles en el "palo-carril" de Resistencia al Salado. Incorruptible, eternizaba puentes, alzaba postes, reposaba en los durmientes y veredas: el palpito del curtidor desconocido lo llevó a una exposición industrial y a una patente extranjera. En 1873, desde El Havre, un *monsieur* Dubosc hacía propaganda sobre un *"extrait* de quebracho".

Ya entonces, el coronel Obligado avanzaba del paralelo 30 al 29 la frontera norte de Santa Fe, siguiendo la inexorable ley de la conquista de los desiertos: el exterminio del indio y la entrega de inmensas áreas inexplotadas a colonos, compañías y aventureros.

Reconquista quedó fundada en 1872. Seis años más tarde, el barón Portalis compraba en la zona diez leguas de bosques a 2.200 pesos la legua, y los hermanos Harteneck exportaban rollizos de quebracho a las fábricas de tanino de Alemania.

El primer establecimiento en territorio nacional surgió hacia 1890, en un pueblito correntino que ya ni figura en los mapas: Peguahó, cerca de Empedrado. Five-Lilles y Calchaquí, en el chaco santafecino, preludiaron la fiebre del tanino desatada al despuntar el siglo.

Los historiadores chaqueños conjeturan que los propios límites de su provincia (entonces territorio) fueron adulterados, trasladándoselos al paralelo 28, porque a los concesionarios les resultaba más fácil negociar con la provincia de Santa Fe que con el gobierno nacional. Guido Miranda fija memorablemente esa época "individualista, temeraria y exenta de escrúpulos" en su libro *Tres ciclos chaqueños:* "Había que abrir picadas para instalar el obraje en medio de la floresta virgen; los primeros obrajeros tenían a su disposición árboles centenarios de troncos corpulentos, a cuya caída resonaba el espacio con el estruendo de un meteoro".

En 1902, los Harteneck se asocian con los Portalis y con Hermán Renner. Nace La Forestal, de capitales alemanes y franceses. En plena selva santafecina surge la fábrica de tanino más grande del mundo y, a su alrededor, un pueblo de 5.000 habitantes cuyo nombre es un homenaje a la casa imperial alemana: Villa Guillermina. La incorporación del barón Emile d'Erlanger, titular de una banca londinense, cierra la primera expansión de la empresa, que con un capital de un millón y medio de libras pasa a llamarse *The Forestal, Land, Timber and Railways Co.*

En 1911, el periodista francés Jules Huret recorre con asombro sus dominios. "Es la más grande empresa industrial de la Argentina." Enumera sus posesiones: 270 leguas en propiedad, 72 en arrendamiento, 300 kilómetros de ferrocarril, una flota fluvial, dos puertos (Piracuá, Piracuacito), 26.000 cabezas de ganado, cinco pueblos forestales, seis fábricas de tanino.

Pero, en realidad, la empresa dispone de dos puertos más –Peguahó y Ocampo– y maneja la producción de otras cuatro fábricas. El "ferrocarril francés" avanza de Santa Fe hacia el Chaco manejado por los mismos intereses. "Una corriente vertiginosa de libras y francos", señala Miranda, "arreció sobre poblaciones creadas de un día para otro". Gallareta, Mocoví, Tartagal, Villa Ana, Puerto Tirol, Galileo, Casado jalonan el crecimiento del imperio desde Santa Fe hasta Paraguay.

Pasando los años, todo será de La Forestal o dependerá de La Forestal. Un sistema de gobierno, una arquitectura, un modo de vida, una moneda apuntalan un dominio material y espiritual como no se ha visto desde las misiones jesuíticas.

Irónicamente, el resultado será el mismo: ruinas.

Son pocos los sobrevivientes de aquella primera época, con sus dos vertientes de leyenda: una dorada, otra sombría.

–Fue en el ocho –dice este viejo flaco y amarillo–. Fue en el año ocho –repite, ciego y casi sordo– que yo vine de Comentes.

Y la voz se le pierde. Un hacha fulgura en su memoria: con ella, él solo abatía tantos árboles como la mejor yunta de volteadores. Ahora, con sus 86 años, largo y cadavérico, también él está abatido en una cama del rancho. Su única riqueza es una Cruz de los Milagros correntina, entre cuyos dijes cuelga una medalla de plata: "A Vicente Alegre, en reconocimiento del largo y fiel servicio. Ingresado en 1908. La Forestal".

Correntino, paraguayo, santiagueño, el hachero fue el héroe trashumante de una conquista que alimentó la riqueza del mundo, dejándolo más pobre que nunca. Él no pertenecía al paraíso de La Forestal, que delegaba en los contratistas la tarea de conchabarlo, pagarle con vales, robarle en la proveeduría, quitarle el último centavo en las borracheras de los prostíbulos y las jugadas de taba. Estaba escrito que "ese ser humilde, enjuto y templado como un metal" (dice un cronista) iba a rebelarse algún día, y cuando eso ocurrió, entre el '19 y el '21, una llamarada de furia sacudió los pueblos forestales. Las empresas mostraron entonces su verdadero rostro.

En agosto de 1920 se produjo una matanza de trabajadores en la fábrica de tanino de Las Palmas, Chaco, propiedad de unos ingleses Hardy, llamados *Patrón Chico y Patrón Largo,* célebres por su ferocidad. Los héroes de la huelga fueron Francisco Coronel –que, según relata Crisanto Domínguez, "murió con el cuerpo agujereado por las balas *dum-dum"*– y María Reí, la *Descalza,* que cayó sobre su cadáver: "María tenía balazo como pena por su cuerpo".

La propia Forestal ya era inglesa, consecuencia de la guerra. Un silencio espeso cubre la historia de la "revolución" en sus dominios, aplastada por la gendarmería provincial:

–Llegaron echando fuego –recuerda a los 85 años Ramón Bordón, de Villa Ana–. Atropellaron ahí, en La Picada del Combate, donde estaba el campo de Conrado Martínez. Después intervino el Ejército, a cuyo frente venía un teniente Perón. Peor fue en Guillermina, porque allá estaban los duros.

Los duros eran los de la Federación, y La Forestal los ablandó. Se habla de fusilamientos, se habla de cadáveres incinerados en las calderas, después que los huelguistas mataron al comisario Alfonsín en la puerta de la fábrica, acribillaron al gerente Bianchini y tirotearon, a lo largo de varios kilómetros, el tren "blindado" con durmientes de quebracho donde viajaba el director Hafner.

Tras el estallido, el hachero volvió a su impenetrable sumisión. La empresa había crecido hasta poseer 2.400.000 hectáreas y 400 kilómetros de vía férrea. Monopolizaba la producción de tanino en la Argentina y Paraguay, y fijaba los precios mundiales desde su oficina en Londres.

AUGE Y DECADENCIA DE UN IMPERIO

"Who is this quebracho minded fellow?" *Cuando el tipo con "mentalidad de quebracho" oyó a su espalda esa frase pronunciada por el tipo con "mentalidad de mimosa ", en la oficina del directorio de Londres, supo que su carrera de cuarenta años en La Forestal había concluido. Un mes después dejaba de ser el gerente de ventas en la Argentina. Fiel a su "mentalidad de quebracho ", publicó un libro denunciando cuarenta años de*

la historia que había protagonizado. El libro no se consigue ni en las librerías ni en las bibliotecas.

Hacia 1864, un colono boer trasplantó en Sudáfrica una acacia oriunda de Australia. Ese hecho tan ritual o distraído como el del curtidor del Riachuelo cambiaría la vida y la historia en vastas regiones de dos continentes.

De la corteza de la mimosa se extrae una sustancia curtiente casi tan buena como el extracto de quebracho. Pasaron setenta años antes de que la producción alcanzara cifras significativas, pero, a partir de 1935, en las miserables aldeas africanas, la mimosa produce un *boom* comparable al de nuestros pueblos forestales. Detrás de esa expansión estaba la misma empresa que había devastado ya quebrachales enteros en la Argentina, sin haberlos reforestado jamás.

En un mercado mundial estable, que consumía alrededor de 400.000 toneladas anuales de quebracho, el auge de la mimosa debía significar –y significó– la decadencia del quebracho. Los motivos que tuvo La Forestal para inclinarse por las colonias africanas son claros. El ámbito de producción y venta quedaba en el seno del Commonwealth, y en Kenya, Rodesia, Unión Sudafricana se trabajaba con mano de obra semiesclava. Las plantaciones de mimosa de La Forestal crecieron de 300.000 acres, en 1921, a un millón de acres, en 1955; la inversión de capital subió de 900.000 libras, en 1938, a más de nueve millones de libras, en 1959.

El gobierno británico contribuyó al florecimiento de la mimosa con un gravamen del diez por ciento a la importación del tanino, y el *pool* de fletes marítimos, con una rebaja del cincuenta por ciento en los embarques de la mimosa africana. En tanto, sucesivos gobiernos nacionales permanecían impasibles ante la ruina del extracto de quebracho, decretada por la misma empresa que lo producía.

Mientras esto sucedía, Francia, Italia y Córcega desarrollaban la industria del extracto de castaño, disputaban el mercado europeo y obtenían excedentes exportables. Como en el caso de La Forestal, los productores europeos de castaño tenían fábricas de tanino en la Argentina. Hacia 1959, la distribución del mercado local era la siguiente: La Forestal y asociadas (grupo mimosa), 57,6 por ciento; Progil y Noetinger-Lepetit (grupo castaño), 22,1 por ciento.

La consecuencia natural de este dominio del 80 por ciento de la producción local por la competencia extranjera fue la pérdida de mercados del producto argentino en todo el mundo. En 1939, la venta de extractos curtientes se repartía así: quebracho, 63 por ciento; mimosa, 22 por ciento; castaño, 15 por ciento. En 1953, la proporción del quebracho había bajado al 51 por ciento. Finalmente, en 1959, el extracto de mimosa consiguió doblegar al de quebracho en la mortal guerra de mercados. La producción de tanino había descendido de 233.000 toneladas, en 1934, a 106.000, en 1958; la exportación, de 175.000 toneladas anuales de promedio, a 80.000. La pérdida anual en divisas se calculaba en 15 millones de dólares.

La Forestal desmanteló sus fábricas: Tartagal, volada con dinamita, en 1949; Guillermina, en el '51; Villa Ana, en el '57; La Gallareta, en 1963. Otros cuatro establecimientos cerraron entre 1954 y 1959. La capacidad mecánica descendió de 450.000 toneladas a 170.000. Ciento cincuenta mil personas que vivían directa o indirectamente de la industria del tanino quedaron libradas a su suerte. Las "nuevas fuentes de trabajo", inventadas sobre el terreno para contener la reacción de los pobladores, no tuvieron éxito, fracasando una y otra vez.

¿Era inevitable este desastre? La Forestal alega que se había agotado la materia prima: el quebracho no puede reforestarse porque necesita un crecimiento de ciento cincuenta años para un buen corte. En cambio, el ingeniero Marzoratti, con cuarenta años de servicios en La Forestal –donde llegó a ser gerente de ventas y exportación–, sostiene que el país posee reservas de quebracho "prácticamente inextinguibles, suficientes para abastecer a la industria durante más de ciento cincuenta años". Sólo era necesario trasladar las fábricas a las zonas inexplotadas.

Un trauma indeleble signa los pueblos muertos de La Forestal, un complejo amor-odio, una leyenda infierno-paraíso.

–Con La Forestal estábamos bien –reconocen algunos viejos empleados–. Nunca dejaron de pagar un sueldo. Teníamos médico, hospital, ferrocarril. El teléfono llegaba hasta el último rincón del monte; había fiesta día por medio.

Otros calan más hondo:

–*Es* cierto: teníamos todo. Tal vez por eso no supimos luchar por lo que también era nuestro. Todo lo esperábamos de La Forestal. Se rompía una canilla y enseguida venían dos empleados para arreglarla. No se conseguía un clavo sin la marca de La Forestal. Hasta las bombitas eléctricas tenían la marca de ellos. Y los hombres también; los hombres tenían metido en el alma el consabido sello: "La Forestal".

Otros, por último, no olvidan la rigurosa división de castas que empezaba por la omnipotencia del "gerente de pueblo", se prolongaba en los empleados con club exclusivo, turno preferido en la proveeduría, libreta negra de doble secante, pasaba por los obreros industriales de libreta marrón y secante simple, y terminaba en los hacheros, meras herramientas de los contratistas:

–Peor que las herramientas, porque una herramienta se cuida, y el hachero siempre durmió a la intemperie.

Dueña de una pensión donde un cliente es un acontecimiento, doña Sofía Arizaga resume el juicio sobre la gran protagonista del drama chaqueño-santafecino:

–Ella se enriqueció y nos dejó pobres a nosotros.

ÉXODO

Cuando estuve de visita en Villa Ana busqué a los que habían sido mis compañeros de colegio. No encontré ninguno: todos se habían ido. Hasta que en la fonda me pareció ver una cara conocida. Corrí a abrazarlo.

–¿Quién sos? –me preguntó.

–Soy Guido Miranda.

–¡Qué viejo que estás! –me dijo.

–Y vos, ¿por qué te quedaste? –Me quedé por eso –contestó, mirando las muletas sobre el piso.

Entre 1947 y 1960, la población del departamento de Vera, en la provincia de Santa Fe, bajó de 48.000 a 36.000 habitantes, pero la migración real se estimaba en un 47 por ciento. El índice actualizado sería aún más inquietante; las cifras totales de la cuña boscosa apenas se pueden conjeturar.

–En Mocoví –nos dice el taxista Jara– hemos quedado cuatro familias.

Ocho quedan en el kilómetro 19, que tenía 1.500 habitantes. En los pueblos muertos de La Forestal sólo permanecen las mujeres, los viejos y los chicos.

Aunque no todas las mujeres: este hachero mustio que nos recibe a la orilla del camino fue abandonado por la suya, con dos criaturas que enmarcan sus caras absortas en los hilos del alambrado.

Doña Cepi dice que tiene más de cien años; ella también ha quedado al borde de un camino, olvidada pero olvidando, sin más añoranza que las yerras y el vino ni otra enemistad que las pulgas en su rancho de paja:

–Yo he alcanzado a hacer mi gusto.

Los "kilómetros", que en la jerga de la empresa reemplazaron la toponimia nativa, van descubriendo una sucesión de tristezas y abandonos. Jirones de cables cuelgan de los postes telefónicos; guinches inútiles se recortan como patíbulos sobre la soledad de los terraplenes. En el monte bajo y seco, que albergó un quebracho al lado de otro, se evoca la memoria del árbol extinguido.

Adiós, don Gálvez. Con su *cachapa.*

–¡Adió, che padre!

Un resabio de cólera agita la voz del cura Rafael, cuyo padre fue carrero como don Gálvez:

–Talaron todo, se llevaron todo, mataron todo.

Ahora es la ventanilla del ómnibus la que descubre a simple vista las cicatrices del paisaje. La vagonería parada en Gallareta, la planta de riego abandonada en Las Mercedes, la papelera inmóvil en Villa Ocampo, el ingenio clausurado en Tacuarendí, las fundiciones cerradas en Tartagal. Cada sustituto de La Forestal se debate en el fracaso, cada espejismo aventado deposita la juventud de un pueblo en las villas de emergencia de Buenos Aires.

En la que fue orgullosa metrópoli del tanino encontramos como un eco tardío del año '21. Guillermina, reducida a 5.000 habitantes de los casi 20.000 que tuvo, rumiando todavía el cierre de la fábrica que hace dieciocho años dejó en la calle a cuatro mil operarios, no quiere consentir la clausura de la vagonería donde trabajan setenta y cinco.

–Esto era como Retiro –nos dicen en la estación–. Iban y venían los trenes.

–¿Y ahora?

–Hoy nos quitan el ramal. Hoy, 16 de mayo de 1969.

EL ULTIMO TREN

"Veinticinco años de laureles en la gorra. Personal jerarquizado, supervisor y auxiliar. Jefe de estación, telegrafista, cambista y encargado de limpieza. Cuatro oficios distintos y una persona verdadera. Con la gorra laureada en una mano y la regadera en la otra", dice sonriendo casi con ferocidad, mientras clava en la pizarra el letrero de "Aviso al público " con el que la empresa avisa que, en lo futuro, va a prescindir de público, de letreros, de avisos y de gorra laureada.

–Justo ahora, que la línea se estaba reactivando. En Arroyo del Rey iban a poner veinte hornos de carbón. En Florida, un horno y un obraje. En Tajamar, nuevas colonias. Cinco estaciones seguras de carguío. Otra cosa cantaban los números al oído de remotos gerentes, que nunca vinieron a mirar el problema de cerca. Es claro que la gente se pasó al camión: los obrajeros que estuvieron un año esperando vagón hasta que les robaron la leña de la playa, los comerciantes que miraban pasar treinta vagones para el servicio y ninguno para el público.

–La administración es la que funde al ferrocarril, y después le echa la culpa al usuario.

El telégrafo crepita por última vez en las estaciones, que ahora sólo quedan unidas por caminos de tierra, intransitables cuando llueve.

–¿Qué haremos si alguien se enferma?

Medio siglo circula al revés en la despedida de los andenes, la culminación insensata de una guerra librada contra el hombre.

–¿Y ahora? –dice un guarda a una muchacha que se queda.

Ahora todo es monte, paisaje calcinado, un nenito solo en un banco, esteros con flores violetas, caras de viejos sufridos, mientras la locomotora 4.269 pasa por Cerro Redondo, atraviesa El Tajamar, desengancha para siempre en Inti Yaco.

TENER Y NO TENER

El visitante observó que la criatura gateaba entre los matorrales, se detenía junto a un montón de bosta y empezaba a comerla. La alzó en brazos y la llevó a la madre. Cuando el episodio se repitió, el visitante increpó a la mujer. Ella dijo:

–Qué quiere que haga, si ya no tengo ni leche. Así, por lo menos, no llora tanto.

En Inti Yaco, otrora importante nudo ferroviario, un solo hombre es dueño de todo el pueblo: el obraje, el aserradero, la despensa, la carnicería, la proveeduría, un Rambler, dos camiones, una *pick-up*, distribuidos entre miembros de su familia. El trabajo se paga con vales; el salario familiar, con un pantalón o un par de zapatos. El hijo del patriarca es el comisario.

Los obreros municipales que en Ocampo arreglan calles que no necesitan arreglo, que en la plaza de Villa Ana cambian una hoja de lugar (en algo hay que ocuparlos), son afortunados con sus 275 pesos de jornal. En el monte no existen esas previsiones. Al borde de los caminos, carboneros insomnes caminan descalzos sobre la tierra caliente de los hornos, velando contra el incendio que puede arruinar una semana de trabajo, hasta que el humito sale azul por las boquillas:

–Ya hay carbón. ¿Cuánto gana el quemador?

–Doscientos pesos por día. Pero hace dos noches que no duermo.

En los últimos fondos de las picadas, donde el monte conserva la antigua resistencia al hacha invasora, hay quien saca noventa pesos de sol a sol.

–¿Dónde está tu marido?

–Enrollizando palos.

–Pero no lo dejes hachar. ¿Cuántos años tiene?

–Setenta y seis.

–Se te va a morir.

–El pobre es así, che padre. ¡Qué le voy a hacer!

Y el rico también. En Fortín Olmos, una sola familia es dueña de tres almacenes, el bar, el hospedaje, el boliche, las carnicerías, todas las casas de la calle principal y los dos únicos televisores.

–Todo esto es Sen –exclama el patriarca–. Dentro de poco se va a llamar Fortín Sen.

Quizá bastaría para eso con un decreto del presidente de la comuna, que también es uno de los Sen.

La estructura feudal creada por el imperio del tanino, actualizada por sus herederos, se reproduce hasta en los intentos oficiales de "reforma agraria". Ciento diez mil hectáreas compradas a La Forestal por el gobierno de Santa Fe se han repartido entre ciento seis adjudicatarios. La idea –por fin– era asentar al hachero nómada en un pedazo de tierra propia. Una investigación realizada por este enviado demostró que sólo dieciséis, entre los beneficiarios, eran exclusivamente hacheros. El 75 por ciento de las mejores tierras se entregó a "gente de afuera", principalmente, grandes compañías; otro diez por ciento, a pobladores con recursos, hacendados, almaceneros, contratistas.

–Algunos ni saben picar leña: cocinan con garrafa –se burla el carpintero Roses.

La alegría de los dieciséis hacheros favorecidos no puede subestimarse:

–Esta tierra es demasiado buena para mí –dice conmovedoramente un tal Santos, refiriéndose a las cien hectáreas que le han tocado–. Yo no la merezco.

Otros tienen miedo de sí mismos:

–Ahora que somos dueños –dice Aldo Benítez– no podemos hacer lo que hacían con nosotros.

Entretanto, el asentamiento de unos pocos amenaza convertirse en el desalojo de muchos. El gobierno se ha comprometido a entregar las tierras desocupadas de los pobladores precarios, que en algunos casos alzaron su rancho, veinte años atrás, sobre los dominios de La Forestal.

En el mes de abril, los diarios de todo el país publicaron las noticias de los disturbios en el norte santafecino. Pueblos enteros organizaron una marcha de hambre. Para contenerlos, la guardia rural debió acudir a sus fusiles. Pero ella misma no parece demasiado convencida. Por lo menos, el alto jefe que nos lleva en *su jeep*, después de acorralar bueyes perdidos en todos los rincones de la conversación, exclama de pronto, como a pesar suyo:

–La gente está muy oprimida.

Los signos están allí, para el que quiera reconocerlos. En mitad del monte hemos visto quebrada la habitual mansedumbre de la misa, y en la voz de un cura joven con ojos incendiados recogimos un eco de la furia de los viejos profetas:

–En cada hachero oprimido vemos el rostro de Dios pisoteado.

CLAROSCURO DEL DELTA

Una región casi tan extensa como la provincia de Tucumán espera ser conquistada por segunda vez. Cercano y desconocido, el Delta del Paraná revive la odisea de sus pioneros.

Al último tigre lo mataron los hermanos Cepeda en tiempos de María, la contrabandista de trabuco recortado que se ahogó en el Bravo por salvar a un cristiano. Pero la memoria del tigre y los piratas se extinguió con Celestino Ceballos, cuando a los 106 años pobló por segunda vez la Boca de las Animas, lugar de su vida y de su muerte.

Antes de perderse, los paraísos perdidos crean su leyenda de terror. Cada puñalada hace su historia, cada peripecia deposita sobre el mapa una amenaza contra el forastero. Ahí están los nombres del desaliento en los arroyos y los ríos: Desengaño, Perdido, Fraile Quemado, La Horca, Hambrientos, El Diablo, Las Cruces, El Ahogado, el Arroyo del Pobre.

Pobres eran todos: criollos cazadores, pescadores, recolectores de duraznos que plantaron los jesuítas en la más ignorada de sus misiones, cuyas ruinas dejaron de verse después de que Francisco Javier Muñiz las vio en 1818 sobre el Paycarabí: nombre de un cura (pay) tal como podía pronunciarlo en guaraní el indio cuyo cráneo exhibe, entre latas de aceite y surtidores, Hermán López, concesionario de YPF en Paranacito.

Para una docena de vascos inmigrantes, la fiebre amarilla que azotó Buenos Aires hace un siglo era más temible que las islas solitarias. Se instalaron en el Carabelas, sembraron trigo y papas, plantaron álamos, pusieron una fábrica de cerámica cuya alta chimenea, emergiendo entre los ceibos cerca del Guazú, está fechada en 1877.

Ya había italianos a lo largo del Lujan, fábrica de dulces en el Espera, franceses dispersos un poco por todas partes, como aquel Blondeau, cuya casa centenaria sobrevive en Carabelas, o aquel Chamoussy, que en 1905 contó 6.987.820 álamos y sauces en el Delta entrerriano.

Por esa época, un militar holandés que volvía de Sumatra compró al gobierno provincial 2.500 hectáreas, con la promesa de radicar diez familias españolas. El matrimonio vino con una institutriz para educar a sus cuatro hijas y se marchó al poco tiempo, pero la maestra holandesa se quedó, casada con un comerciante alemán.

A los 91 años, Carolina de Seybold evoca en su castellano silabeado la fascinante aventura: el viaje en vaporcito por el laberinto de islas –desierta Venecia, multiplicada Zeeland–, la tormenta de Santa Rosa que los sorprendió en el Miní, el desembarco y el *bungalow* construido por John Wright, que después compró su marido y donde ella sigue viviendo sesenta y cinco años más tarde, con sus muebles europeos, su loza de Delft y sus libros en tres idiomas, que ya no puede leer porque está ciega.

LOS INVENTORES DE RÍOS

En la pensión de Cívico, en Villa Paranacito, el truco inmemorial resiste aún al televisor. Gracias a este adelanto, viajantes aburridos y periodistas despistados pudimos ver una noche cómo el hombre dejaba sus huellas en la Luna.

Almacenes no faltan para atender las necesidades de los 1.500 habitantes de Paranacito (9.000 en su zona de influencia). Se diría que sobran, que hay tres o cuatro en cada una de las siete cuadras cuya calle es el río. La delegación de policía (como le llama la gente), construida por Wrigth en 1906, sigue enhiesta; el Banco de Entre Ríos se alza sobre pilotes; el Registro Civil registra; cuatro lanchas traen de los ríos circundantes a los trescientos veinte alumnos de la escuela, y el hospital atiende con dos médicos un radio de treinta kilómetros.

Dos colectivos diarios a Gualeguaychú y cuatro lanchas semanales de San Fernando redondean el esquema de una comunidad optimista y acaso floreciente.

Cuando Carolina de Seybold llegó en 1904 no existían más que unos franceses y los cazadores criollos. Dos hermanos Barreiro, españoles, pusieron después un almacén con reja sobre el mostrador. Sólo en el año veinte floreció una panadería.

Tres alemanes –Sagemuller, Ostendorf y Enrique Weide– pasan por ser los pioneros de la zona. También ellos compraron 2.500 hectáreas a cuatro pesos con cincuenta cada una.

Seguían sobreviviendo cuando veinte años más tarde acudió Conrado Weide. El Ñancay era salvaje, pero ya había cuatro vecinos. Las promesas de su tío Enrique resultaron ilusorias para el joven ileso de la guerra, que había vendido su ropa y enterrado en Buenos Aires un lamentado futuro como músico en la banda de la policía:

–Tuve mucha mal trastorno –admite hoy–. Yo trabajé hasta por dos pesos, de clarar día hasta escura la noche, comiendo harina y maíz sancochao, trabajando afuera para levantar despacito mi propiedad durante los domingos.

Cuando alcanzó a reunir cien nacionales, Conrado Weide se instaló por su cuenta. Cada uno de esos humildes billetes se ha convelido hoy en una hectárea de álamos cuyo rendimiento por corte puede calcularse en doscientos mil pesos; y ya lleva cuatro cortes.

La casa abrigada y el barco que explota su hijo completan la historia que Conrado Weide resume en el nombre de su canoa: "Yo he triunfado".

Las exigencias del medio hicieron del colono muchas cosas: quintero, marino, cazador, herrero, mecánico, bolichero. Sometido a las calamidades cíclicas, los repuntes del río y las bajas del mercado, las plagas de las plantas y los incendios de los pajonales, debió erigir sus diques, reparar sus embarcaciones, improvisar los repuestos del Fordson, almacenar el gas de los pantanos que alumbra muchas casas. Miroslao Konecny, checoslovaco, ilustra esa variedad de los oficios: albañil primero, constructor naval después, suele tripular ahora el Luscombe biplaza del aeroclub de Paranacito y divisar la comarca entera de los suyos.

Muchos triunfaron, como Weide, a costa de penurias grandes.

Forzudos, elementales, adheridos a la tierra, algunos alcanzaron la cima de la obstinación, de una locura heroica que provoca las sonrisas de sus descendientes.

–¡Qué gente bruta! –dice con jovial ternura Juan Urionagüena, nieto de los fundadores del Carabelas–. Se pasaban la semana cavando zanjas y serruchando troncos, y los domingos se divertían organizando apuestas para ver quién cavaba más zanjas o serruchaba más troncos.

Uno de aquellos cavadores pasó a la inmortalidad, abriendo a pala los seis kilómetros que separaban al Guazú del Paraná de las Palmas. Por esa vía irrumpió la fuerza monstruosa de los ríos. En la actualidad, la zanja Mercadal da paso a buques de ultramar.

–No es para tanto –se queja otro español, de nombre Murillo–. En el año treinta, yo hice una zanja de 2.622 metros de largo entre el Bravo y el Gutiérrez.

–¿Y qué pasó?

–No agarró corriente –admite resignado.

AMÉRICA NO ESTABA

El 28 de abril de 1945, un oficial inglés encargado de custodiar un puente cerca de Klangenfurt, Austria, se frotó los ojos antes de disparar su ametralladora Thompson contra un solitario tanque alemán que avanzaba sobre sus posiciones. Después comprendió que el paño rojo y blanco que ondulaba sobre el tanque podía ser la bandera polaca.

–*¿Polish?* –gritó la silueta que asomaba por la escotilla.

–*¡Pólnishe!* –respondió el tanquista antes de bajar seguido por sus compatriotas Kostic y Mankievicz, los prisioneros rusos Basil y Tripolof, y dos soldados austríacos.

Culminaba así la odisea que para Sigmund Jasinsky, sargento del ejército polaco, empezó seis años antes, un lunes primero de setiembre, cuando ochocientos aviones alemanes taparon el cielo de Varsovia. Prisionero, fugitivo, capturado, enrolado por la fuerza en la legión Speer, Jasinsky acababa de completar una fantástica fuga nocturna desde Yugoslavia, entre los penúltimos incendios de la guerra. Tres horas después vestía el uniforme polaco y volaba rumbo a Italia.

Sigmund es hoy Segismundo e incluso Sigue-Mundo, como se llama su modesto recreo sobre el Carapachay, donde veteranos de la gran dispersión europea suelen reunirse para contar historias olvidadas, entre vasos de vino e interminables discusiones sobre el "comunismo", que Segismundo denuesta mientras Carola, su esposa italiana, entona *Bandiera Rossa* entre carcajadas. Algunos de los hombres que acuden allí no tuvieron en el Delta la suerte que ayudó a la mayoría de los colonos.

Pablo Stopfka vino en 1938 con la idea de quedarse un año; trabajó como peón en las quintas hasta que consiguió trabajo en las salinas de La Pampa y pensó que había encontrado América, "porque en ese tiempo usted trabajaste un mes y puedes vivir un año".

Pero América no estaba, al menos para Pablo. Al año siguiente estalló la guerra y empezó una desesperada tentativa por reunirse con su familia, con su mujer.

–Me llamaba y me llamaba. Me escribía: "Venga porque no te escribo más". Y yo quería volver en Europa, pero no se puede más volver. Quizá la idea se fue debilitando entre papeleos, trámites y cartas.

–Consulado checo me llamó; me pregunta: "¿Tienes plata?" No. "¿Tienes para pagar pasaje?" No. "¿Tienes la mitad?" No tengo. "¿Tienes tercera parte?" No tengo. "Si quieres, vas a ir gratis." Pero yo digo: Mira, yo no voy porque, como no tengo plata, yo tengo vergüenza ir gratis.

Entonces, Pablo Stopfka empezó a viajar por los ríos. A razón de treinta metros por día, un kilómetro por mes, doce kilómetros por año, en una draga del Ministerio de Obras Públicas. En diecisiete años recorrió cuatro ríos: el Espera, el Toro, el Antequera, el Carabelas.

–Ahora llegó "Última Thule" –dice misteriosamente, septuagenario de sonrisa infantil, mientras confía en que el ministerio se digne pagarle la jubilación correspondiente al sueldo de veintiún mil pesos que ha dejado de cobrar.

ADIÓS AL CAZADOR

Si el éxito del colono europeo quedó librado a su estoicismo, el desarraigo del poblador criollo estaba decretado de antemano: nunca pasó por la cabeza de aquellos gobernantes ofrecer al nativo las tierras y los créditos que tuvieron los primeros inmigrantes.

–Aquí había una docena de pobladores, gente nutriera –recuerda el viejo Maeta–. Cuando vinieron estos alemanes tuvieron que irse. Uno o dos quedaron con un pedacito de tierra.

Irse no era todavía una desgracia irreparable en el vasto mundo de las islas. El hombre agarraba su canoa y sus trampas y se mudaba a otro lado. Vinieron, incluso, buenos tiempos para esos nómadas. Por el año veinte empezó a valorizarse la nutria: se pagaba cuatro o cinco pesos por un cuero.

–Hubo épocas –dice un antiguo cazador– en que un ministro no podía ganar lo que ganaba cualquiera de nosotros. Yo he visto a uno matar sesenta y ocho nutrias en una noche, sobre la costa del Pavón. Era una alegría todo, un derroche de plata.

La escasez gradual de la nutria, del lobito y del carpincho trajo las leyes de veda, que una vez más desampararon al hijo del suelo.

De todas maneras, estos son sobrevivientes de un tiempo que se acaba. Sus ranchos subsisten a la orilla de los ríos, sus trampas velan los comederos de las nutrias, sus manos mantean los cueros o engavillan el "unco", pero cada creciente que detiene el trabajo en las quintas, cada helada que paraliza los cultivos, arrastra a las ciudades próximas su marea de isleños. Muchos no vuelven.

–Hacen bien –dice Conrado Weide, colono que fue peón–. Para ganar ochocientos pesos por día en la isla, es mejor quedarse en las fábricas.

Unos pocos hicieron fortuna, tienen barco o aserradero. Pedro Peralta, con almacén en Paranacito y veintiocho hectáreas de quinta, recuerda los duros tiempos en que araba hasta la madrugada, con un tractor Vogler que su mujer engrasaba mientras él dormía.

–No había límite para el trabajo. Hemos hecho campo día y noche, y la mayoría andábamos en pata. Hoy nos quejamos, sí, pero aquello era muy distinto.

El cementerio fluvial de La Tinta ilustra a su modo las dos vertientes del destino en las islas. *"Hier ruht in gott", "Hier ruht mein lieber Mann"* rezan las prolijas lápidas de mármol de los Wolter, Leutenmayr, Steinhauer, Kirpach, Schüpbch, Backert, con que alternan las cruces de madera de Diego Belasque, Margarito Muñós, Estapio Medina o "los restos de Bicente".

En ese rincón de Entre Ríos, alguien quiso que lo recordaran con dos palitos cruzados y un letrero orgulloso: "Nicolás Acosta, el entrerriano".

HOMBRES Y BARCOS

El hombre es el bote. Hay nombres de botes o de barcos que terminan por ser nombres de personas, como el viejo Noi, al que llaman así porque así se llama su canoa.

En las riberas de Tigre y San Fernando se alzan grandes astilleros en cuyas gradas crecen buques de ultramar. Pero esos no son los barcos que interesan al isleño.

Lo que se dice un barco es ese perfil chato y tenaz que arrastra casi a flor del agua los trozos de álamo y sauce. Los más pequeños cargan diez o veinte toneladas; los más grandes, arriba de cien.

José Maeta –que era un chico cuando su padre lo trajo a Las Animas, en 1906– pasó cuarenta y dos años a bordo del *Feliz Buenos Aires.* En ese tiempo, los arroyos se navegaban con botadores o con botes de proa tirando del casco, hasta salir al Río de la Plata, donde se izaba la vela y se agarraban todos los chubascones y los fríos, porque "no teníamos gabina, íbamos sobre la troja, con la soguita". En 1911 le pusieron motor de nafta y, en el '24, máquina grande.

–En el '40 nos salvó a todos de la creciente, incluso a una vaca que teníamos y que subimos a bordo. "Mochila" se llamaba la vaca, y era un manantial.

A la muerte del padre, José Maeta vendió el barco, pero aún no ¡ se ha desligado de él, de su casco hundido en el Mosquito.

–Cada vez que paso, lo miro y me digo: "¡La pucha...!", porque yo envejecí a bordo... Pobrecito... –agrega como si hablara de alguien.

Otros cascos muertos despiertan la piedad o la fantasía del isleño. En un arroyo ciego sobre el Lujan, un taller en ruinas exhibe, entre la escoria de la marea, el destino final de todo lo que navega: la hierba horadando el hierro del *Presidente,* el marco de un cuadro sin cuadro enganchado en el cepo del ancla del *Tubicha.* Por encima de tales pesares, el sol blanquea las tablas de un drama mayor. Nadie sabe qué hace metido en el barro de esa zanja el casco con doble forro de teca de un cúter. Su línea afilada sigue intacta, pero del tambucho de popa surge un ligustro y en la cruceta del aparejo Marconi tiene su nido un hornero. Entre firuletes de verdín se extingue el nombre del *Marylú, y* la justicia de los hombres del río ensaya la única explicación posible:

–Era de un maharajá.

De estas cosas puede hablarse indefinidamente: del primer vapor que llegó a San Fernando nada menos que en 1826, o del primer barco de hierro que trajo Sagemuller a Paranacito; su nombre era *Margot.*

LAS PRUEBAS

La marca puede ser una argolla, una muesca en un poste, una raya hecha con lápiz. Es raro el isleño que no haya conmemorado de algún modo la altura que alcanzaron las aguas en 1959.

En marzo de ese año, el hidrómetro de Iguazú empezó a dar señales de alarma: el Paraná crecía. El 29 de abril alcanzaría una altura de 4,92 metros en el puerto de Rosario. Era una marca alta, aunque por sí sola no habría originado mayores dificultades. El 13 de abril, una fuerte sudestada empezó a embotellar en el Delta las aguas del Río de la Plata. Al día siguiente, el semáforo del Riachuelo señaló 3,78 metros sobre cero: una marea regular, superada el año anterior y, sobre todo, en 1940. La creciente y la marea juntas constituían, sin embargo, algo muy serio.

–Al oscurecer –recuerda José Aguinaga, del Carabelas–, el río estaba medio seco. A las dos de la madrugada había llegado a cuarenta centímetros de la puerta, cubriendo los pilotes. Escuchábamos mugir las vacas. A la mañana siguiente no las escuchamos más.

En ese momento empezó a crecer el río Uruguay. El 17 alcanzó una altura inigualada: 17,75 metros. La triple invasión de las aguas tapó durante meses centenares de miles de hectáreas. Los daños fueron enormes, pero diez años después puede afirmarse que la Gran Inundación demostró la irresistible vitalidad de la zona y fijó los límites de sus posibilidades futuras.

–El Paraná es un río manso –sostiene en Tigre Sandor Mikler, fundador del periódico *Delta,* que treinta y tres años después de su aparición anda por su número 850–. Las mayores crecientes no matan a nadie. No es justa la imagen desastrosa que le crean los periodistas porteños.

El agrimensor Raúl Donaq, miembro de la junta de gobierno de Paranacito, coincide con Mikler.

–La creciente del '59 nos tomó de sorpresa: se llevó hasta el archivo. Pero a veces hace más daño la campaña periodística que la inundación. Así ocurrió en el '66. La gente se asusta, disminuye el valor de las tierras, los precios de la hacienda se vienen al suelo.

Las inundaciones no son la única catástrofe natural que puede acechar al isleño. Las plantaciones de duraznos que hicieron famoso al Delta de principios de siglo casi han desaparecido, arrasados por sucesivas plagas de diaspis y bichos del duraznero. La escaldadura hizo otro tanto con los ciruelos, y una enfermedad desconocida diezmó manzanos, perales y membrillos. Hasta 1967 florecía la citricultura: en junio de ese año, una helada terrible arrasó montes enteros.

Las calamidades no siempre son meteorológicas.

–Yo tenía seiscientas plantas de limones –dice un productor– . Cuando vino la primera helada, le dije a mi señora: "¡Ojalá se sequen todas las plantas!". Al día siguiente salí a caminar: se acabaron los limones. ¡Mejor! Mejor porque yo me libré. Abandonarlos no, pero, si se secaban por mandato de Dios, ¡al diablo los limones!

–Hubo un tiempo en que todos plantábamos formio –explica Luis Corino en el Gutiérrez–. La importación de fibras tiró abajo los precios. Nadie planta más.

PAISAJES EN POLIESTER

En la lancha descubierta, el frío de junio me había cegado a los colores. Después recordé haber visto esos tonos ocres y violetas de las casas, esa luz tierna del atardecer, esa oscuridad de las aguas en el brazo de La

Tinta. Pero en Constanza hacía calor; la orilla opuesta se plegaba en terrazas que iban del celeste al gris, sobre la anchura impávida del Guazú. "Es necesario llegar hasta aquí", recordé con Haroldo Conti, "para saber lo que es un río en esta parte del mundo". Olas de casi un metro nos han sacudido en el Bravo; hemos visto los mimbreras del Seibo, los barcos amarillos de los pescadores en el Ñancay, las relingas brillando al sol, el gris de los álamos entretejido como un gobelino con el verde de las casuarinas, las copas rojas de los pinos calvos. Hemos oído de noche la marejada de los grandes paquetes, mientras los ríos del sueño prolongaban el Delta interminable. En octubre, noviembre, las casas quedarán nuevamente tapadas por el follaje y el perfume arrasador de las madreselvas llevará muy tierra adentro el mensaje de las islas sumergidas en la creciente de la luz.

Los sectarios callan, temiendo quizá el día en que ha de producirse la invasión. Un disparate heredado por los cronistas pretende que el Delta es visitado anualmente por tres millones de turistas. No hay nada de eso. Los dos millones de pasajes que expenden las empresas de lanchas colectivas corresponden a un millón de pasajeros en viajes de ida y vuelta: menos de la mitad son turistas.

El Delta fue descubierto y olvidado. Todos admiten que la década del veinte, hasta comienzos del treinta, fue la edad de oro de los grandes recreos. Bajo un espejo cromado que proclama las bondades de "Deltina, refresco de moda", Manuel Leverone recuerda en el Cruz Colorada aquellos años en que "lo mejor de Buenos Aires" acudía a cenar y bailar. Teresa Giudice, en El Tropezón, evoca con nostalgia los tiempos en que llegaban excursiones de hasta ochocientas personas. La decadencia se acentuó después del '55: algunos la atribuyen al peronismo; otros, a su caída. Solamente Carlos Jahn, dueño de una acogedora pensión en el Martínez, se ha tomado la molestia de compilar estadísticas: las alzas y las bajas coinciden con los períodos de auge o de crisis económica.

–En 1945 –dice–, en esta zona de Paranacito había cuarenta pensiones con más de trescientas camas. Hoy no quedan ni diez, con menos de cien camas.

Las causas intrínsecas de la decadencia son claras: ni las autoridades ni los particulares hacen nada efectivo por el turismo. La desidia empieza por las guías que publican mapas anticuados, con recreos que no existen. Ejemplo: en Puerto Constanza figura como hotel un local ruinoso, carísimo y sin luz eléctrica. No figura una cómoda pensión en la orilla de enfrente.

El *boom* de las lanchas de plástico ha traído esperanzas. Jahn anota en su planilla cincuenta embarcaciones de ese tipo que llegaron a su establecimiento en los tres primeros meses de este año.

–Se están fabricando alrededor de mil lanchas de poliéster al año –nos dice en San Fernando José Canestrari, propietario, con su hermano, de uno de los principales astilleros–. La industria tiene un crecimiento explosivo, sin límites previstos. Cuando llega la temporada, no hay fabricante que pueda hacer frente a la demanda: no damos abasto.

La perspectiva es quizá brillante. Para que se concrete será necesario que no ocurran episodios como éste: después de recorrer en menos de tres horas los 130 kilómetros que separan Tigre de Ibicuy, descubrimos que ni en el puerto habilitado para buques de ultramar ni en el cercano pueblo de Holt (5.000 habitantes) había una gota de nafta.

EL CAMINO DE LA MADERA

La madera tiene su conversación y su precio, su edad y su medida, que condicionan la vida del hombre y hasta el tamaño de su canoa calculado en múltiplos de dos metros con veinte, que es el largo de un trozo.

Una planta demora de diez a doce años para alcanzar el espesor que permita sacar de cada trozo un porcentaje de tablas de seis pulgadas. Durante ese largo crecimiento, el colono subsiste de cualquier modo, hasta que llega el momento del corte. Si el precio es favorable, realiza en un año la cosecha de diez: el desposeído se transforma en casi millonario. Cuando el mercado está en baja, puede aguantar dos o tres años

hasta que los árboles empiezan a tumbarse solos. Entonces hay que cortar, aceptar lo que ofrezcan o dejar que la madera se pudra en la costa.

Hoy, nadie se queja del precio:

–Hay quintas excepcionales, que sacan hasta setecientos mil pesos por hectárea cortada –dice Juan Urionagüena.

Cerca de cincuenta aserraderos elaboran en la zona de Paranacito cajonería de álamo y sauce. Más de cuatrocientas chatas llevan a Tigre y San Fernando sus trojas repletas. La sierras cantean los trozos, las sinfín con rolo cortan las tablas, trabajando a veces día y noche: son, tal vez, los últimos esplendores de una industria que parece destinada a sucumbir ante la competencia de las cajas de cartón corrugado, liviano y barato.

DEL CAMUATÍ AL PAPEL

"Una pasta como papel", dijo Marcos Sastre describiendo el material con que el camuatí fabrica sus colmenas, que ahora, como hace un siglo, cuelgan de las altas ramas de los sauces, al borde de los ríos.

No sólo las "avispas reunidas amigablemente", sino también los hombres, habían aprendido entonces a triturar la pulpa de madera: de 1864 data la fábrica de papel de un tal Perkins, y de 1877 la de Juan Alcántara, en Zarate. Esos primitivos talleres presagiaban la planta de Celulosa Argentina, que en el mismo lugar convierte en bobinas la madera de los montes entrerrianos.

–Dos de cinco, uno de siete, uno de seis... –canturrea el apuntador, aplicando una regla medida en pulgadas al diámetro de cada trozo, que deposita sobre el hombro del cargador un peso de cincuenta kilos. Mil seiscientos trozos llenarán la bodega y la cubierta del *Ñato B* hasta completar ochenta toneladas. Es una pequeña parte de la producción, que arrasa mensualmente con 140.000 plantas, del total de ocho millones de álamos y sauces que pueblan la isla Victoria. Cuatro ríos –el Uruguay, el Martínez, el Sagastume y La Tinta– cercan esa extensión de 5.500 hectáreas, una tercera parte de las posesiones de Celulosa en el Delta entrerriano.

Unas gotas de verde resaltan sobre la cortina gris de álamos americanos:

–El "musolino" ya no trabaja como antes –explica sin pesar José Gobbi, un italiano que vino en el treinta–. En noviembre se seca la hoja.

Formoseños, misioneros, correntinos, que se resisten a abandonar el hacha, apilan sobre los ramales de la vía Decauville los trozos que ha de llevarse la motozorra. Entre tanto, de cualquier rincón del bosque surge el ruido curvo que puebla las mañanas del Delta desde el Santos Grande hasta el Caraguatá, desde el Seibo al Talavera y más arriba.

"Un millón de hectáreas plantadas" es el ambicioso lema del Consejo de Productores Isleños, mientras la débil conversación que durante décadas llenó el tedio de los viajes en las lanchas de Galofré se alimenta ahora con vastos proyectos de fábricas de celulosa y papel diario, donde se entremezclan el BID, la Banca Rotschild y una soñada catarata de millones de dólares.

Hemos visto la desolación de Puerto Constanza, donde no queda un palo para amarrar una lancha junto al muelle de cemento que antaño recibía el *ferry-boat;* la ruina de los elevadores de granos en Ibicuy; la eterna soledad de Lechiguanas. Pero el Delta es grande y obstinado como el inmenso río que lo hace y lo deshace.

–Esto va a cambiar el pueblo –dice Raúl Donaq depositando la mano de la confianza sobre los generadores Mann y Koerting de la nueva usina de Paranacito.

–Vuelva dentro de dos años –sonríe Emilio Gramlich, que se propone cambiar nada menos que la navegación con sus chatos pontones de hierro, capaces de sacar madera de las zanjas con quince centímetros de agua: ya ha construido sesenta.

Para todos estos hombres, la futura grandeza del Delta es una evidencia. Lo es también para Marcelo Mamey y Luis Corino, que se pasaron diez años perfeccionando una nueva zanjadora que triplica el rendimiento de las importadas. O para Alfredo y Domingo Domeñani, que se proponen convertir el Canal del Este en una nueva versión de Miami, urbanizando seiscientas hectáreas divididas en cinco mil lotes.

El espíritu de los pioneros parece revivir en las islas:

–Yo puedo manejar la vela –dice Carolina de Seybold.

–Podías –le recuerda su hija.

–Quién sabe si no puedo todavía.

EL DELTA EN CIFRAS

Se sabe dónde termina el Delta del Paraná, pero es difícil decir dónde empieza. La mayoría de los turistas conoce un triángulo limitado por el Paraná de las Palmas y el Lujan, con vértice en Campana: es una sexta parte del Delta bonaerense. Los pescadores deportivos frecuentan un triángulo que incluye al anterior, limitado por el Paraná de las Palmas y el Guazú, con vértice en San Pedro: abarca alrededor de tres mil kilómetros cuadrados, pero aun esta enorme extensión de ríos y de islas es apenas una séptima parte del más alto de los totales estimados para el Delta. Al norte del Guazú, y del Paraná a la altura de Baradero, el Delta es entrerriano. Algunos sitúan el límite sobre el Uruguay en la boca del Gualeguaychú, a 150 kilómetros de Tigre en línea recta; otros, en la boca del Ñancay, a 100 kilómetros. Hay quienes incluyen las zonas anegadizas del predelta entrerriano y quienes las excluyen. Todos se han puesto de acuerdo en fijar como vértice noroeste del Delta al puerto entrerriano de Diamante, situado a 533 kilómetros del puerto de Buenos Aires, por vía fluvial. Aunque allí tampoco terminan las islas, las diferencias apuntadas bastan para darnos tres estimaciones radicalmente distintas sobre la superficie del Delta, que van desde los 7.250 hasta los 21.000 kilómetros cuadrados (Sociedad Argentina de estudios Geográficos). En esta superficie, equivalente a la de la República de El Salvador, vive una población isleña estimada en 35.000 habitantes. Para encontrar una densidad más baja hay que descender a los desiertos patagónicos. Por supuesto, Paranacito y el Delta turístico están mucho más poblados, pero, a medida que uno se interna en la zona de las Lechiguanas, la sensación de páramo se vuelve casi abrumadora: un tramo de 435 kilómetros cuadrados, correspondiente a la carta geográfica del río victoria, registraba en 1964 una familia cada diez kilómetros cuadrados. En la carta, otro sector del arroyo Lechiguanas –el situado frente a Ramallo– aparece poblado por una tapera, seis tinglados y un solo edificio para 280 kilómetros cuadrados. Si se considera que la margen derecha del Paraná, desde Rosario hasta Campana, es una de las zonas más industrializadas del país, se comprenderá el obstáculo que hasta ahora ha representado el río, y la esperanza con que el Delta y el sur entrerriano aguardan el puente sobre el Paraná en Brazo Largo. Nacido hace 150.000 años, el Delta no ha terminado de crecer, desalojando en su avance al río de la Plata a razón de 70 metros por año. Los sedimentos que acarrea el Paraná forman lentamente nuevas islas. Pero el gran albañil del Delta es el río Bermejo, que aporta las dos terceras partes de los 150 millones de toneladas que el Paraná arrastra anualmente.

El Consejo de Productores Isleños estima en un millón de hectáreas la superficie cultivable o forestable. Sólo una décima parte de esa extensión está efectivamente

cultivada o forestada: son las orillas altas o albardones. Sandor Mikler, asesor del Consejo, opina que desde el punto de vista forestal no hay tierras altas ni bajas: se trata de plantar en cada lugar la especie adecuada. Si esto fuera así, el Delta sería, potencialmente, una de las zonas forestales más ricas del mundo. Todo lo que pueda decirse o escribirse sobre el Delta será poco. Lo componen más de quinientos ríos, con una longitud total superior *a* la del propio Paraná. La comunicación fluvial triplica las distancias. Aun con el más moderno medio de transporte –una lancha Avan 440 con motor dentro-fuera de borda, de 100 HP, facilitada generosamente a *Georama,* por el astillero Canestrari–, en ocho días de navegación, los autores de esta nota apenas se asomaron a ese mundo.

LA LUZ NUESTRA DE CADA NOCHE

Un alucinante hálito misterioso envuelve el funcionamiento de las centrales eléctricas porteños: sordos ruidos de motores, calderas que vomitan fuego, mastodónticas maquinarias que hacen innecesaria la presencia humana, dan forma al engranaje que ilumina todo Buenos Aires.

Atención, Costanera. Guardia Central llamando. Cambio.

–Aquí Costanera. Adelante Guardia Central.

–Empiece a subir carga. Cambio.

Alrededor de las siete y media de la tarde, en verano, media docena de diálogos similares a éste presiden un ritual que influye en la vida de siete millones de habitantes. En las cinco grandes centrales eléctricas de Buenos Aires se abren al máximo las válvulas que regulan el paso de combustible a las calderas y los rotores de las turbinas aceleran su marcha. Media hora después, quizá, los pasajeros de un avión que entra en Aeroparque o sale de Ezeiza presenciarán un espectáculo cotidiano y único: un reguero de luces que estalla casi bruscamente, se extiende como un mar, configura una de las ciudades más grandes del mundo en su pasaje del crepúsculo a la noche.

Es y no es la misma ciudad cuyos vinticinco mil habitantes fueron alumbrados hace casi dos siglos por modestas antorchas a las que debe el mexicano don Joaquín de Vértiz y Salcedo el título de "Virrey de las Luminarias" con que lo recuerdan las historias escolares.

Aceite de candil, sebo de vela, señalan el tránsito de la penumbra colonial a la electricidad que hace su aparición el 25 de mayo de 1854 cuando Juan Echepareborda ilumina con dos "aparatos" la Recova, provocando el asombro de la concurrencia que –dice un diario– "asistía atónita a la belleza de aquella aurora boreal". Pasaría medio siglo sin embargo antes de que el alumbrado eléctrico empezara a ganar su batalla contra el querosén, el alcohol carbonado y el gas.

Un petiso malacara que se hizo famoso en Adrogué allá por 1920 es un símbolo posible de aquel pasado inserto en un presente que ya también pasó. Afectado con su carro al servicio de reparaciones de alumbrado, aquel matungo discreto había aprendido a pararse solamente bajo los faroles apagados mientras su dueño cambiaba desde el pescante los carbones de la lámpara de arco. Pero estas nostalgias sólo sobreviven en el recuerdo de algunos antiguos funcionarios. Buscadores de cables que se habían perdido al rellenarse el puerto, inventores que en esa misma búsqueda de cables extraviados se anticiparon a la detección de minas y andaban por las calles con sus aparatos de rabdomantes seguidos por una nube de chicos, se confunden en la memoria con los últimos faroles de gas que en 1928 apagó el intendente Guemco o con el cable *submarino* que por error en una orden de compra subyace en la avenida 9 de Julio.

EL MUNDO DE ALPHAVILLE

El verde es agua de río, el azul agua de caldera, el plateado vapor, el rojo incendio, el marrón aceite, el petróleo petróleo, el amarillo gas, y todo lo que se tira a la atmósfera es negro. Con esta clave uno puede orientarse en el laberinto de cañerías pintadas que recorre los diez o quince pisos de una moderna central eléctrica, aunque sin ver el agua ni el vapor, el incendio ni el aceite, el petróleo ni el gas. Salvo una montaña de carbón junto a la dársena, todo se mueve, invisible, detrás del metal y hasta el ruido de los motores se vuelve silencio, de tan parejo. En un segundo piso se puede observar a través de un juego de espejos el nivel cero del agua en el domo de la caldera, que treinta metros más arriba separa el vapor y lo manda por tuberías a la turbina. En el sexto, es posible asomarse al visor de la caldera misma y contemplar por ese ojo de buey el ascenso de una llamarada de casi media cuadra de altura. Tras ese breve infierno se retorna al laberinto.

"Pero es muy simple –explica un operario–. Todo esto es un circuito cerrado. El agua entra acá como agua, se convierte en vapor en la caldera, trabaja como vapor en la turbina, se condensa en el condensador, viene nuevamente al tanque de alimentación y, ya ve, un circuito cerrado." Mastodontes inmóviles en un salón de doscientos veinte metros de largo, los turbogeneradores vibran apenas en la modorra de sus tres mil revoluciones por minuto. Sólo una máquina en reparaciones o montaje permite descubrir su entraña: las relucientes paletas (alabes) que impulsadas por el vapor han de rotar poniendo en movimiento el eje de la turbina; el alternador donde una espira que gira en un campo magnético genera en sus extremos la tensión eléctrica.

En este escenario es rara la presencia humana. Desde el puente-grúa que domina la sala se descubre un hombre camuflado casi junto a un condensador. Sentado, no hace nada. Su función es, precisamente, no hacer nada mientras la máquina que cuida siga funcionando. "Acá físicamente no se agota uno", dice. "Es la tensión mental lo que fatiga."

Siete operadores vigilan en la sala de comando el funcionamiento de cada unidad. Sobre los tableros del pupitre decenas de botoneras regulan el paso del combustible, la inclinación de los quemadores, la entrada del aire para la combustión, la presión y temperatura del vapor. Pero aquí también miran más de lo que tocan: salvo caso de emergencia, la operación es automática. Un panel de alarmas enciende una ventanita amarilla entre doscientas: exceso de condensado en el calentador de baja presión número 2. "Oscilaciones de rutina", dice el operador. "En un momento se borra sola."

No siempre es así. El fuel-oil puede tapar las cañerías y en ese caso habrá que destaparlas a soplete. Que se pinche una caldera, que se detenga un ventilador de tiro inducido, y todo el mundo se precipitará a impedir la emergencia final: la "saltada de máquina". Nada de eso ocurre esta mañana. En el turbogrupo número 8 de Puerto Nuevo la tensión de máquina está en los 15 kilovolts, la tensión de salida en 131, la carga en 190 megawatts. Parecidas señales de normalidad se leen en los otros pupitres, en las otras centrales que se divisan desde la azotea, tendidas junto al río: Puerto Nuevo a tiro de piedra, Pedro de Mendoza en la Boca, Costanera, Dock Sud.

Comparable a grandes arterias, venas, vasos capilares, una red de cables capaz de dar holgadamente la vuelta al mundo enlaza las cinco usinas con el centenar de subestaciones transformadoras, las subestaciones con millares de cámaras, las cámaras con quince o veinte millones de lamparitas eléctricas, televisores, heladeras y motores industriales.

ATENCIÓN, GUARDIA CENTRAL

Según el folklore de los pasillos, hay un tipo de hombres que están siempre en corto circuito. Tras ellos se cierra una puerta que advierte "entrada prohibida"... y está prohibida. Nadie ajeno a la empresa conoce sus teléfonos internos, salvo el padre de un muchacho que vive en un pulmotor. Lo que ocurre en ese segundo piso de la calle Balcarce ninguno lo sabe, pero en las horas difíciles se oyen corridas y gritos. Será verdad

pero resulta difícil de creerlo esta tarde tranquila, en esta sala elíptica y refrigerada donde un operador tilda pacientemente las cifras de una computadora y otro en voz baja da órdenes breves por una motorola.

De estos hombres en Guardia Central depende la mayor parte del despacho de cargas en el Gran Buenos Aires. Cuatro palabras que uno de ellos pronuncie apagan un barrio, una barrita que cambie de posición en el mural que reproduce la red borra del mapa de la luz a San Martín o Avellaneda, una decisión incorrecta produce uno de esos apagones generales que luego se conocen por sus apellidos –el apagón de X., el de N.– aunque la culpa la tenga una máquina que "salta" o un ladrón suicida que pretendió cortar con una sierra un cable de alta tensión. Un sistema eléctrico funciona con la ciudad que nutre, trabaja y descansa con ella, sufre el calor y las tormentas, vive la emoción de una catástrofe o la parálisis de una huelga, tiene sus actores y programas preferidos, aclama a Ringo y Nicolino y hasta se puede decir que grita junto con millares de hinchas una final de fútbol.

Consumo instantáneo de un producto instantáneo, demanda y producción no pueden diferir salvo en pequeños porcentajes. Diariamente una computadora se anticipa al futuro trazando las curvas de carga prevista: a las seis de la mañana empezarán a trabajar las fábricas y la demanda aumentará en 100 megawatts, a las once se producirá el pico de consumo industrial que cederá con el descanso del mediodía. Esta es la rutina, capaz de prever incluso variaciones excepcionales: en la noche del 24 de julio de 1969 hubo un exceso de demanda de 300 megawatts, equivalente a la futura producción de la central atómica de Atucha. Era la hora en que el primer hombre descendía en la Luna y prácticamente todos los televisores estaban encendidos.

Pero hay cosas que escapan a cualquier pronóstico: un nubarrón que atraviesa la ciudad encendiendo en pleno día millares de lamparitas a su paso, un golpe de calor que activa heladeras y acondicionadores. ¿Quién podía prever que River perdería 6 a 1 con Nacional en la disputa de la Copa Montevideo? En estos casos una audiencia escéptica apaga los televisores antes de lo calculado, pero son las grandes finales del fútbol que llegan empatadas hasta el último minuto las que desesperan a los encargados de turno con el apagón simultáneo de las pantallas. No se ha encontrado mejor solución que instalar un televisor en Guardia Central y "palpitarla" como un hincha más.

No es el caso, este martes 27 de enero a las siete y media de la tarde. Sobre el mural de la red el vatímetro indica la carga total del sistema interconectado de SEGBA, Italo, Agua y Energía: 950 megawatts. Este es el momento en verano en que la demanda empieza a subir. A las ocho y cuarto la aguja marca 1.100, a las nueve, 1.300. Es la temida "hora de pico" cuando el consumo puede superar el millón y medio de kilowatts, exigiendo plena carga en las máquinas y un frenesí de atención en los hombres. Hoy la barrera se franquea sin necesidad de poner en servicio las pequeñas centrales de punta ubicadas en el Gran Buenos Aires, cuyas turbinas de gas pueden llegar al máximo de carga en diez o veinte minutos.

Entretanto transcurren ante nosotros las cotidianas peripecias del servicio. Un cable alimentado por la subestación Ramos Mejía se quemó y hay una zona a oscuras. El encargado observa el mural y ordena la maniobra. "Atención, Castelar: vamos a entrar al 61-10." Coloca una flecha roja sobre el mural; el cable 61-10 queda abierto. Los amperímetros de Costanera y Puerto Nuevo marcan ahora valores sobre cero indicando que uno de los sistemas –rojo, verde, azul– en que está dividida la red está en déficit. Hay que tomar determinaciones. La mano del operador sobre el mural cierra un paralelo en Edison. Cuando ordena la maniobra a la subestación, Munro, Talar, Boulogne y Benavídez pasan del sistema verde al rojo y los amperímetros vuelven a la normalidad.

La curva de consumo sigue descendiendo, las llamadas se vuelven esporádicas, los operadores se distienden, aparece un café: "el sistema boya".

EL APAGÓN Y CÓMO EVITARLO

Una noche de julio de 1963 el sistema dejó de boyar y Buenos Aires sufrió el apagón más grande de su historia: ocho horas de oscuridad total. El episodio se repitió en 1965:

"Acá en esta máquina 8", dice un operador de Puerto Nuevo, "estábamos quemando gas cuando se rompió una válvula y se cortó el suministro. Estábamos con 194 megawatts, y 140 en la 7. La carga de la 8 arrastró a la 7 y arrancó toda la red. Cuando salta una máquina de gran potencia, las demás tienden a cubrir la carga perdida forzando su propia marcha, pero como tienen un sistema de seguridad que lo impide, van saliendo de servicio una tras otra. Es como parar en fila una serie de fichas de dominó", concluye el operador. "Usted voltea la primera y caen todas."

En Guardia Central el fenómeno es explicado como una alteración brusca en la frecuencia del sistema interconectado. Sobre la consola del despacho de cargas una aguja de una esfera se mantiene vertical en 50 ciclos, custodiada por dos agujas rojas, en 49 y 51, que teóricamente no deben sobrepasarse. "En la práctica", dice el jefe de turno, "la salida de una máquina grande baja la frecuencia de golpe a 49,5. Entre nosotros reducimos la tensión a 200 volts en algunas zonas. Si la aguja del frecuencímetro llega despacio a 49, y aun si pasa un poco, no cortamos. Pero si sigue rápidamente de largo, hay que hacer cortes en las zonas previstas para no quedar de pronto en cero, que es el apagón".

Después del apagón general de 1966 se tomaron medidas drásticas. El sistema fue dividido en tres sectores –rojo, verde y azul– conectados pero independientes. Si en uno de ellos ocurre una emergencia grave, se desconecta automáticamente. De este modo un apagón total se ha vuelto casi imposible y sólo un tercio del sistema, en el peor de los casos, puede quedar a oscuras. El razonamiento destila confianza, pero cuando la mano del operador mueve la aguja negra hasta sobrepasar la roja y se oye una campana, un colega hasta entonces absorto en sus cálculos da un respingo y murmura: "Che, no hagas bromas".

HISTORIAS A MEDIA VOZ

"¡Se me quema la usina!", fue lo único que atinó a decir el alto funcionario de SEGBA cuando un centinela le apuntó con su fusil en el puente Avellaneda. El centinela no estaba para bromas esa noche de agosto de 1962 en pleno enfrentamiento entre azules y colorados. Al oír el clic del cerrojo, el funcionario dio marcha atrás y buscó otro camino para llegar a la usina de Dock Sud, que ardía. Rato después en ese puente una motobomba desoía el alto y una bala acababa con la vida de un bombero.

Cuatro meses estuvo a oscuras la zona sur del Gran Buenos Aires, en lo que todos califican como el mayor desastre del sistema eléctrico en el país. Mientras los ingenieros, los operarios y la población entera realizaban un esfuerzo titánico para rehabilitar la central, alcanzó a tenderse bajo el Riachuelo un cable que llevaba la energía desde Puerto Nuevo. Una semana después el petrolero *Cazador* de la Shell lo enganchó con el ancla y Avellaneda, Lanús, Wilde quedaron nuevamente a oscuras. Hoy un túnel subfluvial de 250 metros de largo y 17 de profundidad transporta los cables de 132 mil volts y certifica que "Dock Sud no volverá a ocurrir".

Otros dramas menos conocidos sacuden de tanto en tanto la vida de los hombres que fabrican la luz, los millares de trabajadores que atienden las usinas, los talleres, las cuadrillas de reparación. Ellos saben que trabajan con fuerzas enormes pero se dejan distraer alguna vez por la costumbre, la veteranía de un largo oficio. Tal lo que ocurrió con el jefe de la subestación Ezpeleta, que se puso a limpiar con un trapo unos cables sabiendo que tenían tensión de retorno, hasta que se le fue la mano, el trapo, lo que sea. O el guardatablero de Trelles que se equivocó de equipo al abrir la cuchilla de una celda en una subestación transformadora donde todas las celdas son iguales, salvo que una tiene tensión y otra no. "Lo mató la confianza", dice el réquiem en estos casos.

En otros, es un material que cede, una pieza que falla. Un interruptor que estalla, desperdigando esquirlas y aceite inflamado, una cañería que revienta, una chispa que hace explotar un molino de carbón y mata a cuatro obreros, construyen el obituario de un oficio comparativamente bien pagado, pero exigente. Dentro de

esas historias que se repiten en la quietud de las guardias nocturnas para olvidarse en el *rush* de las horas de pico, una sobrecoge todavía al jefe de turno que una madrugada de invierno del año pasado atendió un llamado de portería en Puerto Nuevo: "¿Qué es esa nube verde que viene para acá?", preguntaba una voz perpleja.

La nube verde no figuraba entre las posibles emergencias. Ninguna ventanita amarilla se había iluminado en el panel de alarma, ninguna chicharra sonaba, pero el primer operario que respiró una bocanada de aquella neblina sintió una puñalada en la garganta antes de caer sofocado. Luego fueron otros, y alguien pronunció la temida palabra: cloro. Un botellón entero del gas se filtraba por la rotura de una cañería en el sistema de tratamiento de agua, inundando la usina.

El operador de segunda José Norberto Garrí no titubeó ante sus compañeros caídos. Corriendo atravesó la nube de gas para buscar la llave de la ambulancia que estaba en la enfermería. "Uno no sé de dónde sacó coraje", dice como si hablara de otro. "Siete viajes con la ambulancia y uno tenía que pasar siempre por donde estaba el cloro. Lo clásico fue que cuando pasé corriendo por ahí la primera vez ya me quedé atontado, y la cabina estaba tan impregnada que uno tenía que manejar con la cabeza afuera." De este modo se salvaron media docena de vidas, pero la "nube verde" dejó la huella de su paso: el pasto quemado y los automóviles decolorados en una cuadra a la redonda.

PEQUEÑO DICCIONARIO ELÉCTRICO

Producción: la energía eléctrica es generada por centrales termoeléctricas que consumen gas, petróleo o carbón; atómicas, aprovechan la fisión nuclear; hidroeléctricas, usan las caídas de agua. La potencia de una central se mide en kilowatts o megawatts (1.000 kilowatts). En el país es de 4.300 megawatts, equivalentes a 5.800.000 caballos de fuerza. Un automóvil pequeño tiene una potencia de cuarenta caballos.

Transmisión: de las centrales a las subestaciones, en alta tensión: 132.000 o 27.000 volts. A mayor voltaje mayor economía. El Chocón transmitirá 500.000 volts.

Transformación: De alta a media tensión, 13.000 y 6.500 volts. Se realiza en subestaciones transformadoras.

Distribución: De las subestaciones a las cámaras, que reducen de media a baja tensión, o tensión de consumo: 380 volts para la industria y 220 para la red domiciliaria. Las primeras empresas adoptaron la tensión de 220 en lugar de la más inofensiva de 110. Esta decisión ha sumado en el transcurso de los años algunos centenares de electrocutados.

Consumo: Registrado por el medidor en kilowatts/hora a razón de unos 14 pesos viejos por kw/h. Hay cien mil clientes con conexiones propias que no pagan nada. No los imite.

Cables: más de 60.000 km de longitud solamente en el Gran Buenos Aires. Vuelta y media al globo terráqueo. También hay ladrones de cables, pero es una operación para entendidos.

Empresas: Tres empresas producen el 86 por ciento de la energía consumida en el país. Son:

Agua y Energía. Estatal, fundada en 1943. Usinas termoeléctricas en San Nicolás y ciudades del interior. En 1969 produjo 4.600 millones de kw/h y obtuvo ganancias superiores a los ocho mil millones de pesos viejos.

CIAE *(Italo).* Capital internacional radicado en Suiza. Obtuvo concesión municipal en 1912, empezó a funcionar en 1916. Dos centrales termoeléctricas: Pedro de Mendoza y

Puerto Nuevo, con 580 megawatts. En 1969 instaló el turbogenerador más potente de América latina –250 Mw.– y produjo 1.750 millones de kw/h. Tiene 280.000 medidores.

SEGBA (Servicios *Eléctricos del Gran Buenos Aires).* Heredera de CATE, empresa alemana que en 1899 absorbió a varias pequeñas compañías argentinas y en 1907 obtuvo concesión municipal por cincuenta años. Cumplido el contrato, debía transferir sus bienes al municipio, que pagaría por ellos el precio original menos el dos por ciento anual de amortización por año de servicio. En 1920 CATE sufrió el destino habitual de los vencidos en la guerra europea. Pasó a llamarse CHADE y a depender de un holding mundial con sede en Bruselas: SOFINA. En 1936 concejales radicales se unieron a sus adversarios conservadores para votar una ordenanza que la comisión investigadora presidida por el coronel Rodríguez Conde en 1943 y el gobierno de Aramburu en 1957 calificaron de "dolosa". La ordenanza prorrogaba hasta 1972 la concesión original y preveía el revalúo de los bienes para formar una empresa mixta hasta 1998. Ni Perón ni Aramburu afectaron a CADE, cuyo contrato expiró en diciembre de 1957. En setiembre de 1958 el gobierno de Frondizi accedió al revalúo y formó la empresa mixta: la primera SEGBA. En 1961 el Estado adquirió las acciones en poder de los particulares. En marzo de 1962 desde la sala de control lejano de la central Costanera el doctor Frondizi pronunció su último discurso como presidente.

La segunda SEGBA, aunque de capital enteramente estatal, tiene un régimen de sociedad anónima. Recibe préstamos del Banco Mundial.

Tres centrales termoeléctricas: Puerto Nuevo, Costanera y Dock Sud. Cinco centrales "de punta". Capacidad total: 1.570 mega-watts. En 1970 pondrá en servicio un nuevo turbogrupo de 250 Mw. Dos millones cien mil medidores. En 1969 produjo 6.700 millones de kw/h que facturó por valor de 85.000 millones de pesos viejos. Recibe aportes de Italo y Agua y Energía. Su área de concesión abarca 12.000 kilómetros cuadrados en el Gran Buenos Aires.

Futuro: Brillante para la zona Litoral-Gran Buenos Aires, que a partir de 1972 recibirá 300.000 kw de Atucha, y entre 1973 y 1979, el aporte de El Chocón: 1.600.000 kw. Oscuro para ciertas provincias, como Misiones, que compra energía al Paraguay y consume treinta veces menos por habitante que la Capital.

Luz: "El mundo", sostiene un folleto editado por SEGBA, "fue creado cuando la luz dio vida a la materia inanimada". Hay definiciones mejores, aunque algo más complejas. También hay chistes pasables: "La luz es la cuadragésima palabra del Pentateuco".

A PARTIR DE 1970 WALSH MILITA en las Fuerzas Armadas Peronistas. Durante estos años publica esporádicamente notas de política internacional, principalmente latinoamericana. Viaja a Chile y Bolivia, allí donde parecía que un nuevo orden social parecía estar a punto de construirse. No es improbable que aprovechara esos viajes, también, para establecer contactos políticos. Las notas que reproducimos a continuación dan cuenta de esos itinerarios y de su vieja pasión por Cuba, expuesta en relación con el así denominado "Caso Padilla". Ya no se trata de mantener una separación (aunque fuera formal) entre literatura y política. Walsh dirá, en una entrevista célebre de 1973: "Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política". Pero ese vínculo no es, para Walsh, meramente retórico, meramente intelectual: el mismo viaje, por ejemplo, sirve para publicar un informe en Panorama *y para (hipotéticamente, al menos) hacer política. Y también, Walsh enseña periodismo en las villas miseria de Buenos Aires. Resultado de esa experiencia es el* Semanario Villero *por él editado, del que no conocemos ejemplares.*

BOLIVIA: EL GENERAL PROLETARIO

"Yo soy un proletario igual que ustedes." Con estas palabras insólitas en un general, Juan José Torres habría decidido una de las instancias que lo llevaron a la presidencia de Bolivia. Sus destinatarios eran suboficiales y clases cuyos altos jefes congregados en la base aérea El Alto de La Paz, vacilaban aún frente a los episodios que en la primera semana de octubre dieron a Bolivia cuatro gobiernos en veinticuatro horas: el del general Ovando, el del comandante del Ejército general Rogelio Miranda, el de una efímera Junta Militar, y el del propio Torres.

Quince días después el gobierno de Torres pugna por consolidarse. Sus primeras declaraciones defraudaron a parte de la izquierda sin tranquilizar a la derecha. En lo inmediato su estabilidad parece asegurada, incluso por un prestigio personal del que nunca gozaron sus predecesores, pero las fuerzas que se enfrentaron del 3 al 7 de octubre no han agotado su dinámica interna: "La guerra civil no ha hecho más que postergarse", sostiene Guillermo Lora, líder de uno de los partidos (POR, trotskista), que en los momentos álgidos de la crisis formaron el comando político adverso al golpe del general Miranda.

Durante casi una semana planeó sobre Bolivia el espectro de lo que constituye quizá el episodio central de su historia: el 9 de abril de 1952. Aquel día endurecidas columnas de mineros destrozaron al Ejército y lo alejaron durante veinte años del escenario político, copado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Ahora, viendo a las muchedumbres desarmadas que empezaban a reunirse cerca del cuartel de Miraflores, sede del golpe de Miranda, un coronel torrista resumió lo que a juicio de militares de ambos bandos había que evitar: "Morirán diez mil pero veinte mil entrarán".

Esta preocupación absorbente guió los pasos de Torres en los momentos decisivos de la crisis y los guía ahora. De ahí que permanezcan en sus mandos prominentes militares que depusieron a Ovando y que algunas figuras de su gabinete representan una transacción con la derecha, a la que Torres acusó de "fascista". No sólo el recuerdo histórico dicta este sigilo. Nadie mejor que Torres conoce la precaria superioridad militar con que tomó el poder, y hasta qué punto influyó en ese terreno la decisión de unos pocos hombres, él incluido.

GOLPE Y CONTRAGOLPE

El mayor Rubén Sánchez es un tropero. Hizo carrera de suboficial y su graduación es baja para los 42 años que tiene, pero en los momentos de peligro suelen acordarse de él. En abril de 1967 fue prisionero del *Che y* habló con Inti Peredo. En la madrugada del domingo 3 de octubre su batallón escolta, colorados, custodiaba el Palacio Quemado. A las 5.15 horas la radio militar del cuartel Miraflores comenzó a martillar sobre la ciudad semidormida una proclama cuyo artículo primero pedía la dimisión del presidente Alfredo Ovando "por haber defraudado las esperanzas del pueblo y las Fuerzas Armadas".

Era el desenlace de la ofensiva que la derecha boliviana había iniciado tres meses atrás para desalojar del poder a los que llamaba "Tupamaros": el ministro de Minas Quiroga Santa Cruz, el secretario Alberto Bailey y el propio comandante en jefe, Torres; al renunciar Torres, en julio, prometió que volvería. El mayor Sánchez reforzó la guardia del Palacio y esperó. Avanzada la mañana franqueó el paso a Torres, que en efecto volvía; aunque de civil y sin mando. Durante una hora habló por teléfono con Ovando, que estaba en Santa Cruz, para ofrecerle su apoyo. A esa hora ya se sabía que el golpe estaba encabezado por el general Rogelio Miranda, sucesor de Torres. A mediodía Miranda ofreció una conferencia de prensa, flanqueado por los dirigentes paceños de la Liga Anticomunista.

De regreso en La Paz, Ovando perdió más de veinticuatro horas en fútiles negociaciones, que permitieron un rápido trasvasamiento de lealtades, entre ellas las de su ministro del Interior, coronel Juan Ayoroa, el

comandante de su Aviación, general Fernando Sattori, y el jefe de su Marina, contraalmirante Albarracín. Primero parlamentó con Miranda, después lo sustituyó, al fin le ofrece el cargo de comandante en jefe al general Reque Terán, que sólo aceptó el de "coordinador". En la tarde del lunes 5 una "votación" en el Estado Mayor decide por 317 sufragios contra 40 que se alejen tanto Miranda como Ovando y que asuma el poder una Junta Militar provisoria. Ovando se derrumba al conocer la noticia. "Estaba como paralizado", dice un participante de la última reunión celebrada en su casa. Fue entonces cuando Torres le dio una última oportunidad: "Déme usted el ministerio de Defensa y yo le arreglo la situación". Ovando la rechazó. Subió a su dormitorio, de donde sólo bajó para ir a asilarse en la embajada argentina, dejando su renuncia en manos de un ministro. Eran las 6 de la mañana.

El general Torres no perdió tiempo en lamentaciones. Como estaba, subió a la base aérea de El Alto. Más tarde su hijo mayor, de 16 años, le llevaría su uniforme, viajando en colectivo. En el aeropuerto, el coronel Olmos de la Fuerza Aérea reconoció a Torres, que se hizo cargo de la escasa tropa disponible: unos ciento cincuenta hombres de la base, trescientos del regimiento Castrillo, unos cincuenta del CITE (efectivos especiales), y la aviación propiamente dicha: el grupo de caza número 1, compuesto por aparatos F-51, versión apenas mejorada de los Mustangs que hacia 1944 disputaron la supremacía en los cielos europeos a los Messerschmitt alemanes. Tan peligrosas para sus tripulantes como para el posible enemigo, estas "bombas volantes" suman nueve unidades.

EL ALTO Y EL BAJO

José Ortiz Mercado (30), licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador de Buenos Aires, era el último de los "Tupamaros". Renunciante Ovando, dejó su ministerio de Planificación y se fue a su casa –admite– a recoger balas para su revólver 38, con el que subió a El Alto y se puso a disposición de Torres. Era la avanzada de un grupo creciente de civiles, mientras la Universidad y la Central Obrera (COB) empezaban a agitarse contra la Junta Militar.

En Palacio, el mayor Sánchez había quedado "colgado". Oficiales de la Junta Militar le intimaron rendición. Se negó. Cuando sus propios jefes secundaron el pedido, Sánchez respondió: "Yo no me entrego a esos traidores". Cerró las puertas y se apostó con una metralleta al brazo. Escuchó nerviosas conversaciones. Y supo la respuesta: "Entonces le mandamos el Colegio Militar". Se sintió atado de pies y manos. No podía tirar contra los cadetes. Él mismo ordenó el cambio de guardia y se retiró con sus hombres y el perro-mascota a su cuartel cercano. Ese desalojo fue uno de los errores de la Junta. El tropero con experiencia de guerrilla sacó de la guarnición a sus quinientos leales, algunos todavía con el uniforme rojo de la escolta presidencial, y abandonó rápidamente la ciudad entre aplausos de la población que empezaba a encresparse contra la Junta.

La Paz está en un pozo. Desde las serranías próximas, bajo el sol de la creciente primavera, se dominan sus movimientos, Sánchez emplazó seis morteros del 81 sobre la ciudadela militar de Miraflores, otros seis sobre el palacio que acababa de dejar y ordenó a sus hombres graduar la mira de los fusiles sin retroceso. Después volvió a esperar. Mientras el triunvirato prestaba juramento en Palacio Quemado, en El Alto jóvenes pilotos pugnaban por efectivizar su nombre y se disputaban el privilegio de volatilizar Miraflores, la sede del golpe: prolijos cálculos hacían ascender a setenta metros cuadrados el poder de demolición de cada uno de los dieciséis rockets de los nueve Mustangs. Se los autorizó al fin a realizar una pasada de hostigamiento, en cuyo transcurso se oyeron ráfagas de ametralladoras 50 mientras las cholas de las ferias circundantes recogían sus naranjas y escapaban con revuelo de sus múltiples faldas.

Entretanto crecía la efervescencia popular. La COB pedía armas, integraba un comando político con el movimiento estudiantil y ocho partidos de izquierda. El líder minero Juan Lechín subió a El Alto y acordó con Torres la estrategia de la insurrección civil. Se decretó la huelga general revolucionaria a partir de las 7 de la mañana del 7 de octubre. Fue el golpe decisivo. El triunvirato quedó aislado en medio de una ciudad amenazante. Por la noche el general Sattori subió a intimar rendición a Torres y se plegó a él. Era el tercer

viraje (otros dicen el quinto) del jefe de la aviación boliviana. En la mañana el entonces duunvirato se disolvía como una pompa de jabón. El mayor Sánchez recuperaba el palacio y cinco horas después el general Torres juraba la presidencia de Bolivia ante una multitud que no se recordaba desde 1952.

LA MITAD DEL PODER

Durante años, probablemente, se discutirá en este país si el 7 y el 8 de octubre la izquierda unida pudo tomar el poder. Nadie mejor que el general Torres estaba en condiciones de apreciar el aporte decisivo que la movilización popular y la declaración de huelga significaron para su causa. En la mañana del 7 el comando político exigió integrar el 75 por ciento del gabinete, y presentó un documento de veinte puntos que reclamaba la socialización de la economía, no indemnización a la petrolera Gulf, expropiada por Ovando en 78 millones de dólares.

Torres prometió estudiar el documento y ofreció el 25 por ciento de su gabinete. En agitada votación, el comando rechazó el ofrecimiento por 29 votos contra 13. Sufragaron por el rechazo los trotskistas del POR, el PRIN (lechinista), los demócrata cristianos revolucionarios y otros grupos menores; por la aceptación, el partido comunista prosoviético, el MNR y dirigentes sindicales independientes. En la noche, el presidente Torres ofreció el 50 por ciento de su gabinete, siempre que la decisión no se postergara más allá del mediodía del jueves.

El motivo de esta premura era un agravamiento de la situación castrense. El comando político deliberó todo el jueves y cuando presentó sus ternas de candidatos, ya era tarde. Torres les comunicó que la situación había cambiado. El Colegio Militar y el regimiento Ingavi entraban en aprontes. El jefe del Ingavi, coronel Miguel Ayoroa, reclamaba seguridades de que "en el país no se encarame el extremismo". El comando dejó al presidente en libertad de acción. Hasta el propio Ovando había cobrado ánimos suficientes para abandonar su asilo y subir a El Alto, desde donde habría mantenido una conversación telefónica con Torres, que éste desmentiría luego. La versión:

Torres: –¿Qué hace usted ahí, general?

Ovando: –He venido a preservar la unidad del Ejército.

Torres: –Usted preservó la unidad renunciando. ¿Quiere ahora darme una embajada? Si quiere el poder baje a buscarlo, que yo lo combatiré.

Con la misma energía –esta vez según un testigo presencial– manejó Torres a los militares díscolos, en una reunión celebrada en el ministerio de Defensa. Sus palabras fueron más o menos éstas: "Hemos llegado a la suprema inmoralidad, hombres que han medrado bajo Ovando, ahora llegaron a insultarlo. Otros que estaban comprometidos con nosotros, al salir de sus cuarteles cambiaron de rumbo y se fueron a Miraflores. Yo no necesito afeitarme a la presidencia. Si ustedes piensan que pueden pacificar el país, designen mandatario. Pero les advierto que en dos días serán destrozados por el pueblo y el Ejército se habrá perdido. Yo por mi parte quiero salvar al Ejército, pero entroncado con el pueblo. Ustedes elijan". Hubo asentimiento completo, bruscamente ordenó "pararse" y los hizo jurar lealtad a su gobierno.

EL HOMBRE

Estos rasgos de energía no condicen a primera vista con la manera reposada y el hablar tranquilo de "Jota-Jota" Torres, un hombre corpulento aunque bajo de estatura, de trazos aindiados y mirada penetrante. Nacido en Cochabamba en 1920, su padre trabajó en la oficina de Impuestos Internos hasta que fue movilizado en la guerra chaco-paraguaya, donde alcanzó el grado de sargento. Unos disparos de ametralladora acabaron con su vida, en 1934. "De nuestra condición de clase media", dice Torres al enviado de *Panorama*, "descendimos

probablemente a la de proletario. Mi madre tuvo que cuidar seis hijos y nunca aceptó ayuda ajena. Es la persona que más admiro".

En 1937 ingresó al Colegio Militar. En 1946 cursó, becado en la Argentina, la escuela de armas. Era el primer año del gobierno de Perón. "Me impresionó mucho ese hombre", recuerda. "Su espíritu de lucha, su trabajo en favor de su pueblo, de la clase trabajadora." Pero sobre eso, agrega sonriendo, "deben opinar los argentinos". En su modesta biblioteca este enviado observó, entre otros títulos, *Cruzada en Europa,* de Eisenhower, *El diario del Che en Solivia,* y *Ejército y semicolonia,* de Jorge Abelardo Ramos. Pero su preferido es Augusto Céspedes, autor de *Los barones del estaño y El presidente colgado.* "Supongo que todos los presidentes bolivianos nos hemos acordado de Villarroel al entrar en Palacio", dice. Este nuevo hombre de Bolivia nunca viajó a los Estados Unidos. Su deporte preferido es el fútbol. "Soy realmente muy simple en mi vida."

LA IDEOLOGÍA

Tanto el general Torres como algunos miembros de su *entourage* exhiben lecturas a veces tenaces de Lenin y Mao. La ideología del nuevo régimen no responde sin embargo al marxismo ortodoxo ni a sus derivaciones tercermundistas, sino que es una adaptación *ad hoc* cuyo ingrediente más fuerte procede acaso de una de las ramas del trotsquismo rioplatense, aquella que postula la unión de Ejército y trabajadores para la liberación nacional.

En la elaboración de esa ideología ha trabajado un grupo de intelectuales bolivianos, algunos de ellos integrantes del gabinete de Ovando. Pero su exposición más clara correspondió al propio Torres, en una conferencia pronunciada en enero de 1970. Dijo entonces: "En un país semicolonial, como Bolivia, existe una frontera interior, que es invadida invisiblemente. La frontera interior no es invadida por tropas extranjeras, sino por medios más poderosos y sutiles: el endeudamiento financiero, la dependencia económica, política y cultural, el control del comercio exterior, el estrangulamiento de la industria nacional, la sumisión de los grandes diarios, la desnacionalización de la Universidad, la 'iniciativa privada', *et al".*

OBJECIONES VOLADORAS

Si las ideas de Torres iluminan *a giomo* su conducta durante la crisis que lo llevó al poder, no dejan de marcar profundas diferencias con la izquierda marxista que fue su aliada en esa crisis. Tales distancias surgen ya a luz, a pesar del empeño de esos sectores por no facilitar "el zarpazo de la derecha". Guillermo Lora (POR) admite que se trata de "una simple coincidencia temporal". Sostiene que la jerarquía golpista del Ejército no ha sido tocada y que el gabinete de Torres está más a la derecha que el de Ovando. Conjetura que a breve plazo el gobierno chocará con los intereses populares y sostiene que la clase obrera y no el Ejército es el agente de la revolución social.

Parecidas reservas, aunque más severas, alienta el presidente de la confederación universitaria (CUB), el joven médico Alfredo Maldonado. A su juicio "no existe la mínima garantía de que este gobierno puede realizar una política popular y antiimperialista". Por su parte, la guerrilla del ELN conmemoraba el tercer aniversario de la muerte de Guevara ajusticiando con una descarga de metralleta al médico Herbert Miranda, acusado de torturador, y anunciaba: "Nos resistimos a hacernos ilusiones con una mudanza de gobierno producto de un golpe de Estado, excepto que haya pruebas concretas de que se está haciendo algo para combatir el imperialismo".

Hubo otros descontentos, incluso entre los forjadores del nuevo nacionalismo revolucionario. Marcelo Quiroga Santa Cruz, ex ministro de Minas de Ovando y artífice de la nacionalización de la Gulf, resume así

su pesimismo: "Una revolución tiene tres ingredientes: la ideología, las armas y el pueblo. Nosotros con Ovando teníamos la ideología y las armas; nos faltaba el pueblo. Ahora, durante veinticuatro horas, vivimos la ilusión de que el pueblo se hacía presente, que las armas se ponían conscientemente al servicio de la revolución y que la ideología se profundizaba. Pero en realidad hemos retrocedido. Se perdió la ideología, las armas están divididas, y el pueblo distante".

Entretanto el líder obrero y secretario de la COB, Juan Lechín, mantenía una notable discreción. Más que dirimir discrepancias ideológicas le interesaba determinar a cuánto ascenderá el aumento salarial de los mineros, cuya impaciencia se manifestó el miércoles pasado en Oruro, en destituir en asamblea a toda la administración de las minas nacionalizadas y mantener la producción con dirección obrera.

ESTRATEGIA DEL DESARROLLO

Frente a esas impaciencias, el último de los "Tupamaros", Ortiz Mercado, irradiaba optimismo y tolerancia desde su nueva función de ministro de Estado, y mostraba con orgullo los dos gruesos tomos de la estrategia nacional del desarrollo cuya elaboración presidió en su anterior cartera de Planificación. La novel doctrina, aplicación concreta a la realidad boliviana de la ideología del nuevo régimen, fue presentada en sociedad, el pasado miércoles, por el general Torres. Gira sobre dos ejes básicos, la supresión de la dependencia de Bolivia y la participación del pueblo. Su alcance es de veinte años y se implementa a través de planes quinquenales.

En el sector más abierto a la polémica, meridiano de las crisis pasadas y presentes de Bolivia –la economía– prevé la coexistencia de tres sectores: el público, dominante; el privado, complementario, y uno cooperativo y de autogestión obrera.

Tanto el presidente Torres como el ministro Ortiz Mercado han descartado las exigencias más perentorias de la izquierda: la socialización total de la economía y la no indemnización de la Gulf. Justifican sus negativas barajando datos de un escuálido cuadro fiscal. Invocan el difícil estado financiero de Bolivia, con reservas que apenas suman 48 millones de dólares, en tanto el pesado endeudamiento externo se eleva a 460 millones de la misma moneda.

Explican que una revisión de la indemnización acordada a la petrolera norteamericana por el ex mandatario Ovando haría quizá peligrar los trámites finales de los créditos recientemente concedidos por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, una generosidad que asciende a 40 millones de dólares. El dilema consiste, acaso, en discernir si tales límites aceptados por los protagonistas del proceso no concluirán por retraer a los aliados que desbrozan de trabas el ascenso del general Juan José Torres.

CHILE: LA CARRERA CONTRA EL RELOJ ELECTORAL

El ritmo incansable de un bombo presidía el avance de las columnas que marcharon por la Alameda, pero el retrato del Che Guevara se multiplicaba en los cartelones. Más tarde las consignas se volverían agresivas ("Momio, escucha / ándate a la ch..."); por ahora se limitaban a exaltar la unidad de la izquierda, que por medio del Partido Socialista realizaba su primer acto de masas desde que conquistó el gobierno, esa parte del poder. Mientras Salvador Allende hablaba –sin corbata–, dos manchas oscuras empezaron a derramarse inadvertidas por la cúpula del estadio Chile. No habían terminado los aplausos cuando una de esas manchas se resolvió en llama anaranjada que lamía perezosamente el cielo raso. La muchedumbre advirtió el peligro y permaneció quieta, en orden, mientras los organizadores coreaban por los altavoces una marcha partidaria, que creció. Una nube de polvo, una cascada de escombros, un panel entero se precipitaron sobre el escenario desde quince metros de altura. Entre ellos, agitando vertiginosamente los brazos, iba un hombre joven, integrante de las Brigadas Elmo Catalán del PS, que había subido para apagar el fuego.

El choque de su cuerpo contra el piso sonó como un morterazo: milagrosamente no se mató. "Ocho mil personas", tronó entonces el senador Altamirano, presidente del PS, "acaban de presenciar este sabotaje de la reacción". Al día siguiente funcionarios de investigaciones confirmaron esa intuición: el incendio no era accidental.

El episodio que presenció el enviado de *Panorama* el domingo 14 ilustra el grado de pasión que domina la escena política chilena. En las últimas semanas han caído fragorosamente los puentes que ligaban al gobierno y la oposición. A la oposición no le parece bien nada de lo que hace la Unidad Popular y a la UP no le gusta nada de lo que dice la oposición. Tal como pronosticó *Panorama* en diciembre, es la democracia cristiana y no la vieja derecha conservadora la que encabeza la ofensiva contra el gobierno, en una carrera contra reloj cuyo *deadline* son las elecciones municipales del 4 de abril. El Partido Nacional, alessandrista, no discute ya ese liderazgo.

El periodismo chileno, célebre por su mordacidad, convierte esa discordia en un cotidiano *show*. Una abrumadora libertad de prensa permite motejar de enano al adversario que no mida más de 1 metro 60 o reprochar al aliado indeciso "los piojos que el trato carnal prohibido con el marxismo les ha endilgado", como dice la revista *Sepa* refiriéndose a la "izquierda" DC. Esa agresión baja a los letreros de los muros, donde "Hija de Ladrón" no es ya el título aproximado de una novela famosa, sino el mote que se inflige a Carmen Frei, hija del ex presidente y candidata a regidora por Santiago.

Trepa a la TV, al congreso, donde ministros y senadores se saludan de "hipócritas", de "miserables" o de "mentirosos". Un escándalo con CÍA incluida, donde navega un clan de misteriosos yugoeslavos, agrega un toque 007 a una sensibilidad ya magullada por el asesinato del general Schneider.

Todo este alarde se diluye probablemente sobre una masa silenciosa que cree en lo que ve. Las calles de Santiago siguen pobladas en el fresco verano chileno por un animado gentío. La diversión de los ricos burbujea intacta en las playas del Pacífico y las pistas de esquí de la cordillera, y para los que no pueden salir de vacaciones las *boltes y* los teatros postulan tal o cual "preciosura", cuyas "presitas están bastante bien distribuidas a lo largo de su cuerpecito", según documenta canónicamente el diario demócratacristiano *La Prensa*, mientras *Puro Chile*, comunista, se extasía ante tal "monumento de hembra". "En abril, alzas mil", pronostica un semanario, pero el aumento del 35 por ciento de los salarios apenas ha sido rozado en los dos primeros meses de 1971 por un dos por ciento de alza en el costo de la vida, la tasa más baja en muchos años. Los negocios exhiben vidrieras llenas con precios congelados, medio litro diario de leche sigue llegando a los niños menores de 15 años, y quinientos mil pares de zapatos serán distribuidos en las poblaciones más humildes.

MIRAD LOS INDIOS DEL CAMPO

La conquista del desierto emprendida en 1881 por el ejército chileno fue más benigna que la que un año antes completó en la Argentina el general Roca. Debido a eso, sobreviven principalmente en las provincias del sur más de medio millón de indios mapuches. Con sus tierras, los conquistadores blancos hicieron una "reforma agraria" menos contemplativa que la que teorizó la democracia cristiana y está llevando a cabo Salvador Allende. A cada mapuche se le permitió conservar seis hectáreas y media. Aun esos minúsculos predios fueron reducidos por compra, corrimiento de cercas (alambrados) u ocupación forzosa.

Cuando en 1961 se dictó una ley prohibiendo enajenar tierras de indios, ya era tarde. Actualmente, cada indio posee apenas un tercio de hectárea, que es la definición de su miseria. Movilizados por una enérgica propaganda de la izquierda, y sobre todo del MIR, los mapuches de Cautín creyeron llegada su hora con el triunfo de Unidad Popular. Alrededor de un centenar de ocupaciones se produjeron antes de que el gobierno concretara todas las expropiaciones prometidas. Aunque la cifra era ínfima, la oposición agigantó esos episodios y airados propietarios exigieron la intervención de los carabineros. Cuando el gobernador (intendente) de Lautaro, el comunista Fernando Teillier, se negó a uno de esos requerimientos, el congreso ordenó su desafuero, con los votos del PN y la DC. Era el precio que pagaba la UP por la expropiación de ochocientas mil hectáreas consumada entre diciembre y febrero.

También el MIR pagó su precio. El miércoles 10 David Toro, dirigente de "pobladores" que el año pasado dirigió ocupaciones en villas de emergencia, fue reconocido en la calle por carabineros. "Vacilaron al verme con un revólver", relata Toro, "pero les dije mi nombre y que nadie iba a salir herido. Sólo les rogué que no me trataran con violencia. Cumplieron, no me golpearon". Pero lo llevaron detenido.

Por un curioso olvido, su nombre no figuraba en la lista de dirigentes del MIR amnistiados por el gobierno.

COBRE QUE NO HAS DE VENDER

Apenas elegido presidente Salvador Allende circularon versiones de que podría intentarse una baja artificial en el precio del cobre, principal exportación chilena. En diciembre el gobierno creyó encontrarse precisamente ante esa maniobra, cuando un yugoeslavo, Zvorimir Medovic, propuso a la Corporación del Cobre (CODELCO) la compra de novecientas mil toneladas en nombre de firmas europeas. La operación en sí era imposible ya que Chile produce setecientas mil toneladas anuales, y la producción del año estaba vendida. Poco después llegaba una carta de la compañía norteamericana Vickers-Forster reclamando por la falta de noticias sobre una venta similar comprometida por Medovic en nombre del gobierno chileno, a un precio inferior en 11 dólares por tonelada al del mercado mundial. CODELCO respondió que Medovic y su socio, el mexicano Kado Morillo, eran impostores, y que no había cobre para vender. En una carta pública al ministro de Minería, Orlando Cantuarias, Allende denunció la maniobra, que inmediatamente fue calificada por la prensa de izquierda como "un complot de la CÍA".

Entretanto habían llegado a Chile otros "compradores de cobre", atraídos por una modesta oferta de venta de nueve mil toneladas hecha por la Empresa Nacional de Minería, pero sus vinculaciones con Medovic los condujeron finalmente a la cárcel. El 9 de marzo el diario comunista *El Siglo* publica un informe confidencial de procedencia norteamericana, donde uno de esos comerciantes, Howard Edwards, es retratado precisamente como un agente de la CÍA y uno de los invasores de Bahía Cochinos. Con sorprendente rapidez el *Miami Herald* argumenta que Howard Edwards no es un espía sino un simple estafador, que redactó él mismo ese informe. *La Prensa* reproduce la desmentida.

El miércoles 10 el senador Narciso Irureta, líder de la democracia cristiana, lanza una bomba en el Senado: según él, no se trata de un complot sino de una estafa en que funcionarios de la UP "habrían sugerido a los interesados aportar a la campaña electoral de abril una suma equivalente a 2 dólares por tonelada". Los fuegos se concentran en Jaime Faivovich, fiscal de CODELCO, y en el propio Cantuarias, pero rozan, inclusive, al presidente Allende a través de un sobrino mencionado en la denuncia. Réplica oficial de Allende: "Se trata de una maniobra farisaica impropia de un senador y presidente de la Democracia Cristiana". Réplica de Cantuarias: "Irureta es poco varonil, irresponsable y mentiroso". Réplica de Faivovich: "Este es el primer paso de la mafia del cobre".

¿AL FREÍR SERÁ EL REÍR?

La estrategia opositora fue delineada por el senador Raúl Morales Adriasola (radical democrático) en el banquete que se le hizo después que la Suprema Corte de Justicia revocó el fallo de un tribunal inferior que disponía su desafuero como "cabecilla de la conspiración" que culminó en el asesinato del general Schneider. Se trataba –dijo Morales– de acusar constitucionalmente a un funcionario tras otro, hasta llegar al propio presidente.

La única víctima de esa escalada ha sido hasta ahora el gobernador de Lautaro, pero ya hubo una acusación contra el ministro de Justicia, hay otra pendiente contra el ministro de Trabajo, y una tercera posible contra el ministro de Minería.

Lo más notable quizá es que la punta de lanza de esa ofensiva sea la democracia cristiana, que salió tercera en las elecciones de setiembre, y no el PN, que arañó la presidencia. La conjetura se ahonda si se recuerda que el programa de Unidad Popular que está realizando Allende tiene muchos puntos de contacto con el de la DC, y que ambos difieren abismalmente de las propuestas de la derecha. Por último, el fervor antigubernista de la DC parece exceder las necesidades de una simple elección municipal, como la de abril, y no es nada seguro que sus constantes denuncias y su obstruccionismo parlamentario acrecienten su caudal electoral. ¿Cuál es entonces su objetivo?

Los dirigentes de UP y los funcionarios del gobierno creen tener una respuesta. Conjura, sedición, conspiración: estas tres palabras repiquetean monótonamente en sus discursos y en las columnas de la prensa partidaria. Oficialmente nadie quiere ir más allá, pero algunos desarrollan en privado el hilo lógico de su argumento. Dentro de esta hipótesis, la DC derrotada en setiembre vuelve a considerarse alternativa de poder, y no para dentro de seis años sino a corto plazo. El camino más corto entre esos dos puntos pasa por los cuarteles.

Aparentemente el gobierno demoró en advertir esa amenaza. La semana pasada el diario del PS (partido de Allende) criticó ese "error táctico", reconociendo que la "oposición ha logrado crear un ambiente de intranquilidad social" y que "el gobierno aparece en una actitud defensiva que no le corresponde. Las fuerzas opositoras actúan como si ellas fueran gobierno". Coincidentemente se improvisó el acto en el estadio Chile, donde Allende afirmó que "en pocos días más" iba a denunciar la conjura.

Si la estrategia de la oposición tiende a sacudir los cimientos del gobierno antes de la elección de abril, la estrategia de UP procura convertir esa elección en un plebiscito. Aunque los partidos que la componen presentan candidatos por separado, la suma de sus votos será la medida del respaldo al presidente Allende. Nadie, ni los mismos opositores, duda de que la UP aumentará su 33 por ciento de votos obtenidos en setiembre. En la medida en que los resultados de una elección siguen siendo importantes en Chile, se arriesgan algunos cálculos. Con menos del 40 por ciento de los sufragios, el gobierno seguiría expuesto al bombardeo opositor; del 40 al 45 por ciento, se consolidaría, y con más del 45 por ciento franquearía la barrera del sonido de los amagos golpistas, abriría las puertas a su proyecto de convertir el parlamento en cámara única, y en último caso lo disolvería por medio del plebiscito que prevé la Constitución. Sólo unos pocos optimistas se atreven a predecir, por otra parte, un "alud" del 50 al 60 por ciento de votos para la UP.

Esa es la única expectativa de la coalición gobernante. Si los votos de UP no sólo crecen, sino que lo hacen a expensas de la DC, en el seno del partido de Frei volverán a aflorar las divisiones apenas acalladas por disciplina partidaria en el proceso electoral. Sectores de derecha denuncian ya un presunto acuerdo con la izquierda DC, que después de las elecciones se incorporaría a los equipos de gobierno. Aunque la hipótesis es aventurada, una cosa es prácticamente segura: antes de los comicios de abril, el candidato demócrata cristiano derrotado en setiembre, Radomiro Tomic, hará una expresa declaración de apoyo a las medidas tomadas por Salvador Allende en sus primeros cuatro meses de gobierno.

"OFUSCACIONES, EQUÍVOCOS Y FANTASÍAS EN EL MAL LLAMADO CASO PADILLA"

LA OPINIÓN DE UN ESCRITOR ARGENTINO

Antes de referirme al Caso Padilla, quisiera limitar la importancia del tema para los argentinos, dentro del campo ya limitado de la actividad intelectual. Aquí hemos tenido en menos de dos años el asesinato de un periodista en plena calle, el secuestro y asesinato de un abogado, la prisión del presidente de la Federación Universitaria y otros dirigentes estudiantiles, la clausura del periódico de los trabajadores, la condena judicial de un novelista, el veto a la mejor película de nuestro cine. Todo eso, creo, debe preocuparnos más que los treinta y siete días de encierro y la posterior humillación del poeta cubano.

Sin embargo el tema nos viene impuesto desde fuera con tanta ansiedad que parece que no pudiéramos eludirlo. 62 intelectuales, en su mayoría europeos, han descubierto en el Caso Padilla el motivo para romper con la Revolución Cubana. Algunos son creadores importantes; otros no. Algunos han actuado políticamente, para otros la política es tan ajena como la astrofísica. Por lo menos uno de ellos ha ejercido sobre otro de ellos un tipo de censura intelectual: Carlos Franqui, director de *Revolución* en 1960, expurgó de su transcripción de "Huracán sobre el Azúcar" el capítulo dedicado a la guerrilla urbana. El propio Sartre, director de *Les Temps Modernes*, recibió en 1957 del corresponsal de France Presse treinta carillas sobre los fusilamientos en la Argentina, y no las publicó.

Después del arresto de Padilla y ante un primer ultimátum de los Intelectuales, Fidel Castro pronuncia un tormentoso discurso contra la "semi-izquierda" intelectual y los latinoamericanos que "viven en los salones burgueses, a 10.000 millas de los problemas". Las agencias noticiosas recogen los epítetos: "ratas intelectuales", "canallas", "descarados". Ese lenguaje causa consternación en Europa, parece stalinista. En realidad es cubano, casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: "Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza el árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol".

El discurso de Fidel precipita la carta de ruptura. Ya el stalinismo no es una hipótesis: es una certeza que crece sobre el orgullo herido. Mario Vargas Llosa ha creído reconocer en la sintaxis de Padilla el influjo policial. Se supone, por ejemplo, que cuando Padilla dice "Yo he sido un cliché del desencanto", la frase se la sopla un funcionario de Seguridad, quizá desencantado. En tres semanas, océano por medio, sin evidencias, contrariando incluso la evidencia del corresponsal francés que revisa físicamente a Padilla, los 62 Intelectuales concluyen que su autocrítica sólo puede haberse obtenido mediante la tortura. Excluyen la posibilidad de que la autocrítica sea sincera; o bien insincera pero dictada por la conveniencia de cualquier prisionero; y por último que Padilla, conocedor de la resonancia que un texto como el suyo iba a tener, haya elegido esa vía para librar una nueva batalla contra el gobierno de su país.

Todo el procedimiento de los 62 Intelectuales me parece de una formidable ligereza. Ellos pueden ignorar lo que significó el stalinismo como construcción de un país, no pueden ignorar lo que significó en su aspecto represivo: la liquidación física de toda una dirección revolucionaria, el fusilamiento de escritores, el asesinato de Trotsky y el exterminio de centenares de miles de hombres del pueblo. ¿Dónde está el paralelo? Encandilados por la semejanza externa de un procedimiento, olvidan todo lo que hasta ayer los convirtió en defensores de la Revolución Cubana y trasladan mecánicamente la Rusia de 1937 a la Cuba de 1971. Cuando el cielo es convertido así en repentino infierno, yo pienso que el método es un arrebato, y el resultado una caricatura.

Hay todavía en ese texto dos cosas que me suenan deshonestas.

La primera es el recurso al stalinismo como amuleto verbal para exorcizar fuera del continente europeo los demonios de la propia represión. La segunda, esa pretensión de que el Caso Padilla "no nos alarma por tratarse de un escritor sino porque cualquier otro compañero cubano... pueda ser también víctima de una violencia y humillación parecidas". Yo pienso que si en diez años de relación con la Revolución no han descubierto a "cualquier otro cubano" humillado, es, o bien porque no existe, o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores.

De Francia, de donde nos llega esa carta, también llegan a América latina los tanques AMX-13, los aviones Mirage y los helicópteros antiguerrilla. ¿Quién podría asegurar que las palabras y las armas no se complementan; que una protesta contra supuestas torturas en Cuba no contribuirá a legalizar torturas reales en Brasil, Guatemala, Argentina? Estoy seguro de que ésa no es la intención de los 62 Intelectuales, pero si alguno de ellos reflexiona más profundamente sobre el tema, quizá tengamos alguna nueva autocrítica, redactada esta vez a orillas del Sena.

EN 1973 WALSH SE INCORPORA a la organización Montoneros, donde militará como oficial primero con el alias de "Esteban " (el nombre de su padre). Será responsable de la inteligencia de la agrupación, para lo cual insiste en tener en cuenta "el punto de vista del enemigo ". Participa en el proyecto de diario Noticias *(órgano de difusión de Montoneros que llegó a editar 130.000 ejemplares diarios), donde dirige la sección de policiales. Publica esporádicamente alguna nota suelta. En 1973, también, aparece la versión en libro de* Caso Satanowsky y *se estrena la versión cinematográfica de* Operación Masacre *(dirección de Jorge Cedrón y participación de Walter Vidarte, Norma Aleandro, Carlos Carella, Ana María Picchio, Víctor Laplace y Julio Troxler, sobreviviente de la masacre). La película había sido rodada clandestinamente durante 1971. Montoneros representa para Walsh la posibilidad de volcar en la práctica política gran parte de su experiencia y de sus obsesiones. Pero también, seguramente, debe aprender los códigos de esa militando específica. Dicen que no simpatizaba con Perdía y sí con el Firmenich de entonces. Dicen que participó en prácticamente todas las acciones militares de Montoneros, pero lo cierto es que sólo colaboró (y siempre en su área específica, Inteligencia) en algunas pocas. Lo único que Walsh tiene para decir públicamente tiene que ver, una vez más, con la política internacional. En* Noticias *publica una campaña de denuncia de las atrocidades cometidas por el Estado israelí contra los palestinos. Walsh ve en ese conflicto, seguramente, un modelo de resistencia popular-militar ante las fuerzas represivas del Estado. Es la legitimidad de la guerrilla lo que en ese conflicto se juega,* y *lo que Walsh demuestra es que la violencia es siempre del Estado. Sin esa violencia previa y constitutiva de las sociedades modernas no habría, tal vez, guerrillas. Reproducimos a continuación la campaña íntegra, según la versión de la revista especializada* Asuntos Árabes, *que república la serie completa,* y *la "Respuesta a la embajada israelí" escrita como refutación de ¡a nota de protesta presentada a propósito de la investigación de Walsh.*

LA REVOLUCIÓN PALESTINA*

1. Tres millones de palestinos despojados de su patria cuestionan todo arreglo de paz en Medio Oriente

El periodista Rodolfo Walsh estaba en Beirut el 15 de mayo cuando un comando palestino golpeó en Maalot. Caminó al día siguiente entre las ruinas de las aldeas libanesas bombardeadas por la aviación israelí. Entrevistó a los principales dirigentes de la Resistencia Palestina; antes había pulsado el sentimiento dominante en El Cairo, Damasco, Argel. En su opinión, los acuerdos tramitados por Kissinger no sellarán la paz en Medio Oriente. La explicación está en el pueblo palestino expulsado de su tierra y en la marea revolucionaria que sacude a ese pueblo. Así entró en materia:

–¿Cómo te llamas?

–Zaki.

–¿Qué edad tenes?

–Siete.

–¿Vive tu padre?

–Murió.

–¿Qué era tu padre?

–Fedaí.

–¿Qué vas a ser cuando seas grande?

–Fedaí.

El chico rubio de cabeza rapada y uniforme a rayas que da estas respuestas en una escuela de huérfanos al sur de Beirut, Líbano, resume la mejor alternativa, que tras 26 años de frustración resta a tres millones de palestinos despojados de su patria: convertirse *enfedayines,* combatientes de la Revolución Palestina.

"¿Palestinos? No sé lo que es eso", declaró en una oportunidad la ex primer ministro de Israel Golda Meir. Se conoce la eficacia ilusoria del argumento, utilizado en Argelia, Vietnam, colonias portuguesas, para negar la existencia de sus movimientos de liberación. *Muyaidín? Connait pas. Liberation Front? Never heard ofit. FRELIMO? Nao conhece.* El enemigo no existe y todo está en orden. Cada una de estas negativas ha hecho correr un río de sangre pero no ha detenido la historia.

Desde hace un cuarto de siglo la política oficial del Estado de Israel consiste en simular que los palestinos son jordanos, egipcios, sirios o libaneses que se han vuelto locos y dicen que son palestinos, pero además pretenden volver a las tierras de las que se fueron "voluntariamente" en 1948, o que les fueron quitadas no tan voluntariamente en las guerras de 1956 y 1967. Como no pueden, se vuelcan al terrorismo. Son en definitiva, "terroristas árabes".

** El periodista argentino Rodolfo. J. Walsh efectuó en el curso de los últimos meses un viaje al Medio Oriente, especialmente enviado en misión informativa desde Buenos Aires. Además de informar exhaustivamente sobre los encarnizados enfrentamientos entre Siria e Israel que precedieron al cese del fuego y a las conversaciones en Ginebra, caló muy hondo en el problema y llegó a sus raíces mismas al exponer las causas de la tragedia palestina. Su penetrante análisis, escrito puede decirse en medio de la metralla, dio origen a la serie de notas que bajo el título*

común: "LA REVOLUCIÓN PALESTINA" publicó sus notas entre el 13 y el 19 de junio de este año. Seguros de que se trata de un material evaluable como documento histórico fidedigno, lo reproducimos íntegramente en estas páginas.

Es inútil que en el Medio Oriente estos argumentos hayan sido desmantelados, reducidos a su última inconsecuencia. Israel es Occidente y en Occidente la mentira circula como verdad hasta el día en que se vuelve militarmente insostenible.

La hoja 1974 de esta historia no ha sido todavía doblada y ya tiene varios renglones sangrientos: Keriat Shmonet, Kfair, Maalot, Nabatyé. Es difícil entenderla si se ignoran las hojas 1967, 1948, 1917, y aun las anteriores, incluso las que se salen de la historia y se hunden en la literatura religiosa.

En el principio fue...

Primero –dicen– fueron los canaanitas y después fueron los hebreos. Faltaban mil años para que naciera Cristo cuando Saúl fundó su reino, que después se partió en dos. Hace casi 2700 años el reino de Israel fue abatido por los asirios. Hace 2560 años el reino de Judá fue liquidado por los babilonios, y en el año 70 de nuestra era los romanos arrasaron Jerusalén. Estos son los precedentes históricos del Estado de Israel, sus títulos de propiedad sobre Palestina.

El Sha de Irán podría alegar títulos análogos fundado en la invasión persa del siglo VI antes de Cristo, la Junta Militar griega podría recordar que Alejandro ocupó Palestina el año 331, Paulo VI acordarse de que en el año 1099 los cruzados católicos fundaron el Reino de Jerusalén. Los propios historiadores han señalado burlonamente que los canaanitas que ocuparon Palestina antes que los hebreos venían de la península arábiga y eran, en consecuencia, "árabes".

Con la destrucción de Jerusalén –dicen– empezó la diáspora judía, la dispersión. Desde entonces, según la leyenda moderna, el judío anduvo errante por el mundo esperando el momento de volver a Palestina. ¿Cuántos volvieron realmente? Historiadores ingleses afirman que en el siglo XVI vivían en Palestina menos de 4.000 judíos, en el siglo XVIII, 5.000, y a mediados del siglo pasado, 10.000. Es recién a fines de ese siglo cuando algunos judíos comienzan a plantearse el retorno masivo, y cuando ese retorno asume una forma política y una ideología: el sionismo.

¿Por qué?

Un fruto tardío del capitalismo

Una respuesta posible a esa pregunta surgió del campo de concentración nazi de Auschwitz. La escribió en 1944, su último año de vida, un judío marxista de 26 años, Abraham León: "El sionismo, que pretende extraer su origen de un pasado dos veces milenarios es en realidad el producto de la última fase del capitalismo".

En esa fase todos los nacionalismos europeos han construido sus estados y no necesitan ya de la burguesía judía que ayudó a construirlos, pero que ahora es un competidor molesto para el capitalismo nativo. "Repentinamente" surge en esos países el chovinismo antisemita, y se convierten en extranjeros indeseables judíos integrados durante siglos a la vida de los mismos, que, como dice León, "tenían tan poco interés en volver a Palestina como el millonario norteamericano de hoy".

Las persecuciones del siglo XIX afectan más a la clase media judía que a la clase alta, cuyos representantes notorios iban a lograr una nueva integración a nivel del capital financiero internacional.

Aquellos judíos europeos perseguidos que descubrieron en el capitalismo la verdadera causa de sus males se integraron en los movimientos revolucionarios de sus países reales. El sionismo evidentemente no lo hizo y se configuró como ideología de la pequeña burguesía, alentada sin embargo por aquellos banqueros que –como los Rotschild– veían venir la ola y querían que sus "hermanos" se fueran lo más lejos posible. A fines del siglo pasado esa ideología encontró su profeta en un periodista de Budapest, Teodoro Herzl, su programa en las resoluciones del Congreso de Basilea de 1897 y su herramienta en la Organización Mundial Sionista.

En el Congreso de Basilea el sionismo abandonó sus primeras fantasías consistentes en un refugio para los perseguidos en cualquier lugar del mundo –se habló de Uganda, se establecieron colonias judías en Entre Ríos– para designar a Palestina como la patria natural del judaismo.

El retorno a Palestina tropezaba sin embargo con el inconveniente de que el país estaba ocupado por una población –700.000 habitantes– que desde la conquista islámica del siglo VII era árabe.

Los fundadores del sionismo negaron el problema. En 1898 Herzl hizo un viaje a Palestina y preparó un informe donde la palabra árabe no figuraba. Palestina era una tierra sin pueblo adonde debía ir el pueblo sin tierra. El palestino se convirtió en "el hombre invisible" del Medio Oriente. Algunos alcanzaron sin embargo a descubrirlo. El escritor francés Max Nordau vio un día a Herzl y le dijo asombrado: "Pero en Palestina hay árabes" y agregó: "Vamos a cometer una injusticia".

2. En medio siglo el sionismo reemplazó la población árabe de Palestina por inmigrantes europeos

"Palestina es mi país" dice Ihsan. "Nunca estuve en Palestina ", dice, "pero algún día volveré porque nuestros comandos están peleando para que volvamos ".

"Mi padre murió en Abar el Djelili" dice Naifa. "La muerte de mi padre no me duele porque murió por nosotros. " "Mi padre se llamaba Salah " dice Randa. "Estaba peleando y murió."

Ninguno de los cuatrocientos ochenta huérfanos de la escuela de Suq el Garb, al sur de Beirut, había visto Palestina si no era a través de los ojos del padre muerto.

En el aula las muchachas se levantaron para saludar al visitante que venía de tan lejos. En el pizarrón había una inscripción en árabe. Pregunté qué decía. Decía: "Historia Palestina ".

La idea del Estado Judío surgió a fines del siglo pasado, como el último proyecto de un estado europeo cuando ya no existía en Europa lugar para un nuevo estado.

Ese estado debía en consecuencia instalarse fuera de Europa y el lugar elegido resultó Oriente. La contradicción fue "resuelta" a partir de la ideología –el sionismo– y la ideología se alimentó en el mito bíblico y en la simulación de que Palestina estaba deshabitada.

Históricamente, estas construcciones mentales producen víctimas. En 1900 había en Palestina 700.000 árabes y 30.000 judíos. Si en 1974 hay tres millones de israelíes y 350.000 árabes, no hace falta preguntarse dónde están las víctimas: están afuera de Palestina, expulsadas de su patria.

Conviene recordar –porque es la cuestión de fondo– cómo se produce ese trasvasamiento sin precedentes en que la población de un país es reemplazada por otra.

Los primeros inmigrantes no provocaron la desconfianza de los árabes. En 1883 los habitantes de Sarafand recibieron a los colonos que llegaban con estas palabras: "Desde tiempo inmemorial somos hermanos de nuestros vecinos, los hijos de Israel, y viviremos con ellos como hermanos". Ocho años después, sin embargo, los notables de Jerusalén pidieron al imperio otomano, que gobernaba Palestina, que prohibiera la inmigración judía, y en 1898 los árabes de Trasjordania expulsaron violentamente una colonia judía.

A pesar de prohibiciones oficiales la inmigración continuó, aprovechando la corrupción de funcionarios turcos y de terratenientes árabes ausentistas que vendían sus tierras. En 1907 se estableció el primer kibutz,

granja colectiva que desde el principio excluyó al trabajador árabe. Cuando en 1914 los turcos hicieron su primer y último censo, resultó que había en Palestina 690.000 habitantes, de los que 60.000 eran judíos. Ese año la guerra mundial dio al sionismo su gran oportunidad.

Inglaterra regala Palestina

Foreign Office, Noviembre 2, 1917.

Querido Lord Rotschild:

Tengo mucho placer en transmitirle, de parte del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones Judías Sionistas, que ha sido sometida al Gabinete y aprobada por él

"El Gobierno de Su Majestad contempla con simpatía el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y usará sus mejores esfuerzos para facilitar el cumplimiento de ese objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de comunidades no-judías existentes en Palestina, o los derechos y el status político de que disfrutan los Judíos en cualquier otro país."

Le agradeceré ponga esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.

Este trozo de papel, en apariencia inofensivo, es el fundamento moderno del Estado de Israel. Se lo conoce como Declaración Balfour, y lleva la firma del canciller inglés.

Dos años después Balfour aclaró lo que quería decir: "El sionismo, bueno o malo, es mucho más trascendente que los deseos y prejuicios de los 700.000 árabes que ahora habitan esa antigua tierra... En Palestina no pensamos llenar siquiera la formalidad de consultar los deseos de los actuales habitantes del país".

Dos años antes de la Declaración, Gran Bretaña había prometido al Shariff Hussein, la independencia de los países árabes, a cambio de su ayuda en la guerra contra Turquía, aliada de Alemania. Y en efecto fueron soldados árabes los que liquidaron el dominio otomano en Medio Oriente.

La declaración Balfour se conoció después y, finalizada la guerra, sirvió de base para la resolución de la Liga de las Naciones que convirtió a Palestina en mandato británico. En redacción de ese documento participó la Organización Mundial Sionista.

A partir de ese momento la inmigración creció incontenablemente, organizada por la Agencia Judía, que formaba parte de la administración británica.

Cuando los ingleses hicieron su primer censo en 1922 había en Palestina 760.000 habitantes, de los que algo más de 80.000 eran judíos: o sea el 11 por ciento. Esa proporción había subido en 1931 al 16 y en 1936 al 28 por ciento. Ese año se produciría la primera rebelión palestina contra los ingleses, que duró tres años y costó millares de muertos.

Manual del colonialismo

Todavía en 1917 David Ben Gurion afirmó que "en un sentido histórico y moral" Palestina era un país "sin habitantes".

Ben Gurion no ignoraba que el 90 por ciento de los habitantes eran árabes; decía simplemente que no existían como seres históricos o morales. Por la misma época, según relata Fanón, los profesores franceses de la Universidad de Argel enseñaban seriamente que los argelinos eran más parecidos a los monos que a los hombres.

Este tren de pensamiento, llevado a sus conclusiones prácticas, puede encontrarse en el propio fundador del sionismo, Teodoro Herzl, "La edificación del Estado Judío" escribió "no puede hacerse por métodos

arcaicos. Supongamos que queremos exterminar los animales salvajes de una región. Es evidente que no iremos con arco y flecha a seguir la pista de las fieras, como se hacía en el siglo XV. Organizaremos una gran cacería colectiva, bien preparada, y mataremos las fieras lanzando entre ellas bombas de alto poder explosivo".

Algunos colonizadores admitían que los palestinos eran hombres, aunque más parecidos a los pieles rojas. "¿Quién ha dicho", preguntaba en 1921 la Organización Sionista de Gran Bretaña, "que la colonización de un territorio subdesarrollado debe hacerse con el consentimiento de sus habitantes? Si así fuera... un puñado de pieles rojas reinarían en el espacio ilimitado de América".

Un guetto más grande

La mentalidad colonial marcó profundamente el establecimiento de la inmigración judía en Palestina. Se formaron comunidades cerradas, exclusivas, donde el árabe era un intruso. La reventa de tierras a los árabes se convirtió en pecado que las organizaciones terroristas judías castigaron sangrientamente.

Aun a nivel de la clase obrera se instala una perversión de la conciencia que convierte al trabajador árabe primero en competidor del inmigrante, después en enemigo, finalmente en víctima. La Histadrut, central sindical judía, no los admite en su seno, los boicotea, prohibe a las empresas judías que compren materiales trabajados por los árabes.

David Hacohen, miembro de la Histadrut y años después parlamentario israelí, ha recordado las dificultades que tuvo para explicar a otros "socialistas" ingleses que "en nuestro país uno adoctrina a las amas de casa para que no compren nada a los árabes, se piquetean las plantaciones de citrus para que ningún árabe pueda trabajar en ellas, se vuelca petróleo sobre los tomates árabes, se ataca en el mercado a la mujer judía que ha comprado huevos a un árabe, y se los rompe en la canasta...".

La soberbia racial va moldeando esa sociedad en el más absoluto aislamiento, como si todos los ghettos del mundo se juntaran en un ghetto más grande, pero esta vez deliberadamente encerrado en sí mismo.

Simón Luvich, israelí exiliado en Londres, recuerda con asombro aquella época de su infancia: "Para nosotros, los árabes eran una especie de exótica minoría étnica, que a veces bajaba de las montañas con sus *kufeyas*... Nunca entendimos de qué se trataba, porque no los veíamos".

Galili, ministro de información de Israel, seguía sin verlos en 1969: "No consideramos a los árabes del país un grupo étnico ni un pueblo con un carácter nacional definido".

Si es ceguera no ver lo que existe, a esa ceguera debe atribuirse la sangre que ha corrido y seguirá corriendo en Palestina.

3. En 1947, una resolución de las Naciones Unidas quitó a los palestinos el derecho a tener una Patria

"El israelí se jacta ante el mundo de ser el máximo representante en la historia de la Diáspora... Pero quien posee en tal grado el sentimiento del destierro, llega a ser completamente incapaz de comprender que otros puedan tener ese mismo sentimiento. No es cruel que digamos que el comportamiento de los israelíes sionistas con el pueblo original de Palestina es similar a la persecución nazi contra los propios judíos."
(Mahmud Darwis, poeta palestino.)

El mandato británico sobre Palestina después de la Primera Guerra Mundial permitió cumplir con la promesa contenida en la Declaración Balfour de 1917, de establecer un "hogar nacional" judío en un territorio poblado por los árabes. Para el sionismo el Mandato era una etapa intermedia, necesaria antes de establecer una población propia en Palestina como base del Estado Judío, objetivo permanente detrás de la fachada del "hogar nacional".

Gran Bretaña favoreció ese proyecto hasta que la inminencia de la Segunda Guerra Mundial le hizo ver el riesgo de que los pueblos árabes se alinearan junto a Alemania. Las falsas promesas de 1915 se renovaron en 1939.

En mayo de ese año el gobierno británico publicó un Libro Blanco donde reafirmaba que no tenía el propósito de imponer la nacionalidad judía a los árabes palestinos, prometía limitar a 75.000 el número de inmigrantes en los próximos cinco años y, a partir de 1944, no admitir nueva inmigración sin el consentimiento explícito de los árabes.

El Libro Blanco fue un producto tardío e ineficaz del colonialismo inglés. En los primeros veinte años de Mandato la proporción de habitantes judíos en Palestina pasó del 10 a 30 por ciento. Solamente en 1935 habían entrado más de 60.000 colonos: en 1940 la población judía se acercaba al medio millón.

Aceitando el fusil

Los jefes de la Agencia Judía concibieron desde el principio la inmigración como una "colonización armada", y construyeron una organización semiclandestina, el Haganah, de la que en 1935 se separó un brote terrorista de ultraderecha, el Irgun, cuyo lema era un mapa de Palestina y Transjordania atravesado por un brazo armado y un fusil con el lema hebreo *Rak Kach* ("Sólo así').

Inicialmente estas organizaciones se limitaron a asegurar mediante el terror la vigencia del boycot antiárabe, pero a partir de 1939 empezaron a prepararse para combatir, también a los ingleses. Curiosamente uno de esos preparativos consistió en el ingreso masivo de judíos en el ejército británico: al final de la Segunda Guerra su número llegaría a 27.000 hombres, que serían el núcleo del ejército judío para la confrontación final en dos tiempos: contra los ingleses y contra los árabes.

El empujón nazi

El estallido de la guerra llevó a su paroxismo la persecución de los judíos en Alemania y brindó un nuevo argumento para la inmigración en Palestina. Ben Gurion resumió en estos términos el sentido y los límites de la alianza entre el sionismo y Gran Bretaña: "Lucharemos junto a Gran Bretaña en esta guerra como si el Libro Blanco no existiera, y lucharemos contra el Libro Blanco como si no existiera la guerra".

En la práctica esto significó desconocer las cláusulas restrictivas del Libro Blanco e intensificar la inmigración clandestina, aun desafiando el bloqueo inglés. Buques cargados de inmigrantes europeos fugitivos del nazismo empezaron a llegar a las playas palestinas. Cuando en 1940 los ingleses pretendieron devolver el cargamento de dos de esos barcos, el buque *Patria* que debía transportarlos confinados a la isla Mauricio, saltó en pedazos en el puerto de Haifa. Allí murieron doscientos cincuenta personas en su mayoría mujeres y niños. Aunque el sionismo alegó que los propios refugiados volaron el *Patria,* la opinión mundial se indignó ante la insensibilidad británica.

Recién dieciocho años después un miembro del Comité de Acción Sionista, Rosenblum, reveló que el *Patria* había sido volado por la Haganah, sin consultar las víctimas. "Con nuestras propias manos asesinamos a nuestros hijos", escribió Rosenblum.

Llegan los americanos

En 1942 el centro de gravedad del sionismo se había desplazado de Gran Bretaña a los Estados Unidos. El 11 de mayo de ese año la Organización Sionista Americana publicó un manifiesto que luego fue conocido como el Programa de Baltimore. Planteaba cuatro exigencias: el fin del Mandato; el reconocimiento de Palestina como Estado soberano judío; la creación de un ejército judío; la formación de un gobierno judío.

En Jerusalén, la Academia Judía adoptó el Programa de Baltimore como política oficial del sionismo y se desligó del Mandato. Gran Bretaña había cumplido su ciclo. Iba a librar aún acciones de retaguardia, condenadas de antemano, pero dejaría en Medio Oriente –como en la India, como en Irlanda– la semilla de un conflicto inagotable.

Los norteamericanos tomaron el relevo de los ingleses y no lo abandonaron hasta hoy.

Cuando en 1945 se desmoronó el nazismo y se abrieron las puertas de los campos de concentración –las cámaras de gas, los patéticos restos de una infinita carnicería–, un sentimiento de horror sacudió a Europa.

Los europeos tienen una singular capacidad para proyectar los propios demonios a lejanos escenarios. Muchos franceses creen que las atrocidades de Hitler son distintas de sus propios crímenes en Indochina y Argelia: ingleses que no han oído de Kenya se asustan de las persecuciones de Stalin, y algunos italianos están convencidos de que el fascismo nació en la Argentina.

De acuerdo con este esquema, el exterminio de los judíos iba a ser purgado no en el lugar donde ocurrió, sino en Medio Oriente: no por quienes lo ejecutaron o lo permitieron sino por gente que no tenía nada que ver.

El proyecto de un Estado Judío en Palestina se convirtió así en clamor mundial y los dirigentes sionistas lo explotaron serenamente. Los 225.000 sobrevivientes de los campos de concentración fueron canalizados a Palestina aumentando una población que ya al fin de la guerra ascendía al 32 por ciento.

Entretanto se preparaba la guerra. No se había disipado el humo sobre las ruinas de Berlín ni se había desenterrado el espanto total de Auschwitz cuando David Ben Gurion, futura cabeza del Estado de Israel, negociaba en Estados Unidos la compra de armamento pesado y la reorganización de la Haganah por militares norteamericanos.

La partición

Una fulgurante campaña de terror contra los ingleses precipitó el epílogo. En febrero de 1947 Gran Bretaña anunció que, en esas condiciones, no estaba dispuesta a seguir gobernando Palestina, y devolvió a las Naciones Unidas el Mandato que le había entregado la Liga de las Naciones.

La Asamblea de la UN discutió siete meses el tema y finalmente elaboró una solución "salomónica", Palestina sería divida en dos Estados: uno judío, otro árabe.

En ese momento había en Palestina 1.200.000 árabes y 600.000 judíos. Los palestinos poseían el 94 por ciento de la tierra y los judíos el 6 por ciento.

El Plan de Partición de las Naciones Unidas dividió el país en dos. En uno, que se convertiría en Estado de Israel, y que abarcaba el 60 por ciento de las mejores tierras cultivables, había 500.000 judíos y 400.000 palestinos. En el 40 por ciento restante, que nunca llegó a convertirse en Estado, y que hoy forma parte de Israel, había 800.000 palestinos y 100.000 judíos.

El mapa resultante es un notable ejercicio de topología en que ambos países aparecen superpuestos, con pasadizos y corredores para comunicar regiones separadas. Lo que no dice el mapa es que la mitad de las tierras de propiedad palestina caían bajo jurisdicción israelí, y que en millares de casos la aldea árabe quedaba separada de las tierras que cultivaban sus habitantes.

El 29 de noviembre de 1947, por una mayoría de dos tercios que encabezaban los Estados Unidos y la Unión Soviética, la Asamblea de la UN aprobó el Plan de Partición y desencadenó la desgracia del pueblo palestino, el genocidio, el éxodo y la guerra.

En la votación los norteamericanos presionaron hasta el límite a dóciles gobiernos asiáticos y latinoamericanos. Una empresa yanqui compró a la vista de todo el mundo el voto de un país africano. El secretario de Defensa norteamericano James Forrestal, que no era propenso a escandalizarse, pudo escribir: "Los métodos que se han usado en la Asamblea General para presionar y coercionar a otras naciones, bordean el escándalo".

Así nació Israel. Pero la historia no terminaba. Al día siguiente de la votación, el sionismo lanzó todo el peso del terror para despojar a los árabes del territorio que le había dejado el Plan de Partición.

4. El terror sionista y el éxodo palestino;
la masacre de Deir Yassin sentó un modelo

de escarmiento

"Durante tres días, del 11 al 13 de diciembre, atacamos en Haifa y en Jaffa; en Tireh y Yazur. Atacamos y volvimos a atacar en Jerusalén... Las bajas enemigas en muertos y heridos fueron muy altas."

De este modo describe Menajem Begin, el jefe del Irgun, el comienzo de la guerra que durante siete meses sacudió a Palestina en 1947-48.

El objetivo de esos ataques no eran ya los ingleses. El 29 de noviembre las Naciones Unidas habían votado la partición de Palestina y Gran Bretaña anunció que el 14 de mayo de 1948 retiraba sus últimas tropas.

El blanco de la ofensiva en que participaron la Haganah, el Irgun y la Banda Stern era la población palestina, desarmada y desorganizada.

En setiembre de 1946 la Haganah había caracterizado al Irgun y la Banda Stern como "organizaciones que se ganan la vida mediante el gangsterismo, el contrabando, el tráfico de drogas en gran escala, el robo a mano armada, el mercado negro".

Esta suma de dicterios expresaba en realidad diferencias políticas y de método. Mientras la Haganah, brazo armado de la Agencia Judía, se definía como "socialista" y buscaba una imagen de respetabilidad, el Irgun evolucionaba hacia las posiciones fascistas que hoy sostienen el partido Herut, encabezado por el mismo Begin, y la Banda Stern era un grupo de desesperados de ultraderecha.

A pesar de las acciones espectaculares del Irgun, Haganah fue siempre la organización de mayor peso y de ella surgieron los líderes, hasta hoy, del Estado de Israel.

Como jefe militar aparecía Moshe Sneh. La cabeza real era Ben Gurion –luego primer ministro– y entre sus dirigentes figuraban Moshe Dayan, hasta hace poco ministro de Defensa, y el actual primer ministro Itshak Rabin.

Un comité anglonorteamericano de investigación sobre la violencia en Palestina describió en 1946 los efectivos de la Haganah: una fuerza territorial de reserva de 40.000 colonos, un ejército de campaña de 16.000, y una fuerza de choque, el Palmach, que oscilaba entre 2.000 y 6.000.

El Irgun tenía de 3.000 a 5.000 combatientes: la Banda Stern alrededor de 300.

Separadas por ácidas disputas, estas tres fuerzas confluyeron rápidamente ante el anuncio de la retirada inglesa, aceptaron la hegemonía de la Haganah y pusieron en práctica el llamado Plan D, que consistía en aterrorizar a la población árabe en el período de vacío político comprendido entre el voto de la UN y la retirada inglesa y limpiar de árabes el Estado Judío, y ocupar todo el territorio posible del Estado Árabe previsto por el Plan de Partición.

Deir Yassin

Las primeras operaciones combinadas de las organizaciones sionistas se desataron en diciembre de 1947 sobre la carretera que unía los dos principales baluartes judíos: la ciudad costera de Tel-Aviv y el barrio judío de Jerusalén. La carretera estaba flanqueada por aldeas árabes, lo que equivalía al bloqueo de Jerusalén.

La primera etapa consistió en operaciones de hostigamiento contra esas aldeas, duró hasta marzo de 1948 y dejó 1.700 muertos. La ofensiva en gran escala comenzó el 3 de abril cuando el Palmach tomó por asalto la aldea de Qastall, situada sobre un cerro que dominaba la carretera.

Seis días después el Irgun, con el conocimiento de la Haganah, desarrolló una operación que hasta el día de hoy aparece ante cien millones de árabes como el símbolo del horror: el asalto y la masacre de Deir Yassin.

Deir Yassin era una pequeña aldea árabe situada cinco kilómetros al oeste de Jerusalén. No tenía importancia estratégica alguna y sus habitantes permanecían al margen de la conflagración. En la mañana del 9 de abril, 200 efectivos del Irgun y la Banda Stern entraron a sangre y fuego casa por casa, masacraron a 254 hombres, mujeres niños, saquearon, violaron, mutilaron cadáveres y los arrojaron a una fosa común.

"El baño de sangre de Deir Yassin", admitió después el escritor judío Arthur Koestler, "fue la peor atrocidad cometida por los terroristas en toda su carrera".

Discurso del método

En su libro *La rebelión*, el autor de la masacre, Menajem Begin, aclaró sus motivos. Después de Deir Yassin, dice, "un pánico sin límites asaltó a los árabes, que empezaron a huir en salvaguarda de sus vidas. Esta fuga en masa se convierte en un éxodo enloquecido e incontrolable. De los 800.000 árabes que vivían en el actual Estado de Israel, sólo quedaron 165.000".

La opinión de Begin es confirmada por Koestler: "La población árabe fue presa del pánico y escapó de sus pueblos y aldeas lanzando el lastimero grito: Deir Yassin. Huyeron de sus casas dejando a medio beber el último café en el pocillo de porcelana".

Si los detalles de la masacre de Deir Yassin merecen un tratamiento aparte cuando se discuta el rol del terrorismo en las luchas palestinas, sus efectos políticos y militares se hicieron evidentes en seguida.

Tres días después el Palmah tomó Kolonia sin lucha y dinamitó una por una las casas árabes. Cinco aldeas más fueron destruidas por la fuerza de choque del Haganah antes de 17 de abril con un saldo de 350 muertos. El 21 de abril, dice Begin, "todas las fuerzas judías penetraron en Haifa como un cuchillo entra en la manteca. Los árabes escapaban aterrados gritando Deir Yassin".

Haifa era la segunda ciudad de Palestina. En una semana su población se redujo de 60.000 a 9.000.

El 25 de abril el Irgun atacó Jaffa, la ciudad árabe contigua a Tel Aviv. Al principio hubo resistencia, pero después se repitió el fenómeno: los árabes escapaban por decenas de millares. Aquí no fue necesario el ejemplo de Deir Yassin: los últimos defensores de Jaffa fueron fusilados sobre el terreno, los sobrevivientes expulsados con lo puesto, y las casas dinamitadas una tras otra.

El mismo día la Haganah tomó Acre. Bastó un megáfono y el anuncio de represalias, para que el éxodo se repitiera. Mientras estos episodios se repetían en centenares de aldeas y decenas de millares de familias palestinas ambulaban por los caminos que conducían a Líbano, Siria, Jordania, las tropas británicas observaron una singular indiferencia, limitándose a impedir que los incipientes ejércitos de los países árabes violaran las fronteras del nuevo Estado de Israel.

El 14 de mayo las últimas columnas del ejército inglés desfilaron al son de las gaitas por las calles de Jerusalén. El primer minuto del 15, una exclamación de júbilo brotó de las posiciones conquistadas por los israelíes: era el Día de la Independencia.

Natham Chowsi, un judío que emigró a Palestina en 1908, ha calificado ese júbilo:

"Los viejos *colonos de Palestina podríamos relatar de qué manera nosotros, los judíos, expulsamos a los árabes de sus ciudades y sus aldeas... Aquí había un pueblo que vivió 1300 años en su propia tierra. Vinimos nosotros y convertimos a los árabes en trágicos refugiados. Y todavía nos atrevemos a calumniarlos y difamarlos, a ensuciar su nombre. En vez de sentirnos profundamente avergonzados por lo que hicimos, y tratar de enmendar todo el mal que hemos cometido, ayudando a esos infelices refugiados, justificamos nuestros actos terribles, y tratamos inclusive de glorificarlos".*

5. Producto de tres guerras y de innumerables persecuciones el Pueblo de las Tiendas aguarda su hora

–¿ Usted de dónde es ?

–Soy de Jaffa.

–¿Y dónde vive?

–Yo vivo en una carpa. Y usted, ¿de dónde es?

–Soy de Bulgaria.

–¿ Y dónde vive ?

–Vivo en Jaffa. (Arlette Tessier, "Diálogo en Gaza")

"Esta es una transmisión de la Haganah, intimando a los árabes a que abandonen este distrito antes de las 5.15 de la madrugada. Tengan piedad de sus mujeres y de sus hijos y salgan de este baño de sangre. Váyanse por el camino de Jericó, que todavía está abierto. Si se quedan, vendrá el desastre."

Aún no había amanecido el 15 de mayo de 1948 cuando decenas de camiones equipados con altoparlantes transmitían este mensaje a las poblaciones árabes.

El desastre que se invocaba no era una amenaza hueca. El recuerdo de la masacre de Deir Yassin se unía en la mente de los palestinos al de decenas de pueblos y ciudades ocupados a sangre y fuego.

El plan Dalat o Plan D, puesto en ejecución por el Alto Mando de la Haganah, al que se plegaron las otras dos organizaciones terroristas –Irgun y Stern– incluyó trece campañas militares en regla entre el 1° de abril (Operación Nachshon) y el 14 de mayo (Operación Ben Ami, Pitchfork y Schfilon). Ocho de ellas se desarrollaron fuera de Israel.

El resultado de estas operaciones fue la ocupación de Haifa, Jaffa, Beisan, Acre, barrio residencial árabe de Jerusalén y otras poblaciones menores, así como la "purificación" de Galilea.

Antes que Ben Gurion proclamara el Estado de Israel en un museo de Tel Aviv, bajo el retrato de Teodoro Herzl, fundador del sionismo, había ya 400.000 palestinos fugitivos. Pero en la madrugada del 15 las fuerzas israelíes cruzaron arrolladoramente las fronteras del Estado Árabe consagrado por el Plan de Partición de la UN que, de ese modo, no llegó a existir.

Es entonces cuando se produce, según la historia oficial israelí, pródiga en mitos, "la invasión de cinco poderosos ejércitos árabes" contra el indefenso Estado de Israel.

El cowboy y el piel roja

Después de la guerra del '48, cada bando hizo su balance militar. Solamente la Haganah, que en 1946 tenía 65.000 hombres (fuente británica) y en 1948, 90.000 (fuente israelí), contaba un año antes de la guerra con 10.000 fusiles, 1.900 metralletas, 600 ametralladoras y 768 morteros: en este caso la fuente es Ben Gurion. En los meses anteriores a la Partición ese armamento se multiplicó merced a la introducción "clandestina" de una fábrica capaz de producir 100 metralletas y 50.000 balas por día. Y en vísperas de la guerra agentes israelíes contrabandearon por barco y por avión millares de fusiles y ametralladoras checas.

Fuentes árabes estiman el total de sus fuerzas en 21.000 hombres mal equipados, con largas líneas de comunicaciones. En Egipto reinaba el corrompido rey Faruk, cuyo primer ministro Nokrashy no tenía el menor interés en mandar hombres a Palestina, desafiando a los ingleses que aún ocupaban el Canal de Suez. En Irak gobernaba un títere de los ingleses, Nuri as Said. Siria acababa de independizarse de los franceses y su ejército no superaba los 3.000 hombres. El "ejército" libanes tenía apenas 1.000 reclutas.

La única fuerza militarmente atendible, la Legión Árabe, reunía 4.000 hombres adiestrados y conducidos por oficiales ingleses. El Foreign Office llegó a un acuerdo con el rey Abdullah, por el que se impidió a la Legión violar la frontera israelí. (Abdullah pagó después su traición a manos de un refugiado palestino.)

En estas condiciones la invasión de los "poderosos ejércitos árabes" en apoyo de sus hermanos palestinos resultó apenas un gesto desesperado.

A pesar de todo, esas fuerzas consiguieron algunos éxitos iniciales, cuyo eje era el bloqueo de Jerusalén, pero el 11 de junio aceptaron una tregua que les hizo perder todas las ventajas conseguidas. En menos de un mes la Haganah terminó de convertirse en un ejército regular, y cuando el 7 de julio se reanudó la lucha, duró apenas diez días. Ahora sí, los árabes estaban vencidos.

El masacrador de Lydda

En el contexto de la derrota, cabe el estilo de la victoria. El 11 de julio de 1948, la población árabe de Lydda, que se había rendido a los israelíes, se sublevó al advertir la presencia de unos tanques jordanos. El tercer regimiento del Palmach liquidó en horas la insurrección entrando casa por casa y disparando sobre todo lo que se movía. Según fuente israelí, hubo 250 muertos. Según fuente árabe, entre 500 y 1.700, de los cuales 150 fueron fusilados en la Gran Mezquita convertida en prisión. El escritor inglés Erskine Childers dice que una columna israelí entró en el pueblo disparando en todas direcciones: "Los cadáveres de hombres, mujeres y niños quedaron desparramados en las calles, tras esta carga implacablemente brillante".

Y dice quién iba al frente de la columna: Moshe Dayan, un nombre que haría historia.

Tras la firma del armisticio, Israel se quedó con 3.500 kilómetros cuadrados más de tierra palestina, Faruk se apropió la franja de Gaza y la monarquía hachemita anexó la Cisjordania. Palestina había dejado de existir. Casi 900.000 palestinos se amontonaban en los campamentos de refugiados de Jordania, Siria, Líbano, Gaza, alimentándose con las raciones de socorro de la UN. Una generación entera nació y creció bajo las carpas. En 1954 eran más de un millón, en 1966, 1.300.000. Otros 500.000 habían emigrado al Canadá, al Brasil, a otros países.

En 1956 esos desterrados vieron pasar entre columnas de polvo los tanques israelíes que se lanzaban sobre el Sinaí, mientras los ingleses y los franceses ocupaban el Canal. Meses después los vieron regresar.

En 1967 el dios de la guerra volvió a tronar en los escuálidos campamentos del Pueblo de las Tiendas.

La paz israelí

"Fue con repugnancia que vi por televisión las escenas de Israel en aquellos días; la ostentación del orgullo y la brutalidad del conquistador; los estallidos de chauvinismo; y las salvajes celebraciones del inglorioso triunfo, contrastando con las imágenes del sufrimiento y desolación árabe, las caravanas de refugiados jordanos y los cadáveres de los soldados egipcios muertos de sed en el desierto. Contemplé las figuras medievales de los rabís y los khassidhn *saltando de alegría en el Muro de los Lamentos; y sentí cómo los fantasmas del oscurantismo talmúdico –que bien conozco– se amontonaban sobre el país, y cómo la atmósfera reaccionaria de Israel se volvía densa y sofocante. "*

Este es el comentario de un escritor judío, Isaac Deutscher, a la fulgurante campaña de los Seis Días que, en junio de 1967, arrojó el ejército egipcio del otro lado del Canal de Suez. Sus glorias han sido suficientemente cantadas. Entre ellas no figura probablemente la expulsión de los 250.000 palestinos que aún quedaban en Cisjordania y Gaza.

En el vacío que dejó el largo éxodo palestino, se estableció la Paz Israelí. El profesor de matemáticas italiano le sacó la casa al tendero árabe. El lingüista inglés construyó la suya sobre un espacio demolido. El pintor apátrida del Quartier Latín se rodeó de un ambiente "oriental". El ingeniero agrónomo argentino se fue al *kibutz* donde ya no quedaban ni memoria del *fellah* que durante trece siglos le preparó la tierra: como si no hubiera tierra en la Argentina.

6. En la resistencia armada el pueblo palestino encontró al fin su identidad negada por la ocupación

"Yo soy de Djebelia, en la franja de Gaza. Allí éramos 16.000 concentrados. Nos quitaron las casas, destruyeron los campos y se repartieron todo. Quieren que todo cambie de aspecto, que nada sea árabe. A la gente más vieja, la que se fue en 1948, no la dejan volver para que no puedan reconocer los lugares. Nos incitan a irnos, nos ofrecen dinero para que nos vayamos a países más ricos. 'Vayan a Canadá, a Argentina, allá van a estar bien'. Tal vez ellos han venido de allá, ¿no?

"Djebelia tenía fama de brava. A los que éramos de Djebelia no nos daban trabajo, decían que éramos peligrosos. Un día, en 1969, nos bombardearon. Empezaron a las 10 de la mañana y nos cañonearon hasta las 5 de la tarde. Hubo 500 muertos. ¿Por qué? Porque somos palestinos. De noche rodean el campamento con tanques, no nos dejan salir. Y sin embargo tienen miedo: yo aprendí el israelí y los oigo conversar. Cuando pasan en un jeep, van sentados alrededor del Jeep, apuntando en distintas direcciones."

El muchacho se ríe. Estamos en el campamento de Borje Barashne, al sur de Beirut, capital de Líbano, a cuya Universidad ha venido a estudiar. Hay 20.000 refugiados en este campamento que es en realidad un pueblo, una villa cuya copia casi exacta son algunas manzanas de la villa de Retiro: pequeñas casas de bloques con techos de chapa, pasillos de material con la canaleta por donde circula el agua, canillas colectivas. E igual que nuestro villero, el palestino pone una planta, aunque sea una maceta, en el mínimo espacio libre: recuerdo del campo al que uno y otro pertenecen.

Después las diferencias. No hay calles, solamente pasillos, porque en Medio Oriente el espacio es distinto que en la Argentina: Líbano cabe dos veces en la provincia de Tucumán. Pero otra diferencia, que al principio casi no se nota, va penetrando como la verdad esencial del campamento. Son los hombres vestidos de caqui que sentados en alturas estratégicas vigilan con el fusil AK cruzado sobre las rodillas, es el jefe de la milicia local que sale a recibirnos, es la puerta de madera de una casa donde el refugiado que la habita ha pintado todo a lo alto la bandera roja, verde, blanca y negra de la Resistencia palestina, y adentro de la bandera su nombre en árabe. Administrativamente, el campamento depende de la UN. Políticamente, la palabra es Fatah.

La luz de la esperanza

En una oficina de Beirut, Abu Hatem, miembro del Comité Central de Fatah (sigla de Movimiento Nacional de Liberación Palestina) enumeró ante el enviado especial las etapas de la Resistencia.

"La primera etapa, antes de 1965, fue de preparación y organización. Llegamos a la conclusión de que la lucha armada era la única salida para el pueblo palestino, y desde ese año empezamos a ponerla en práctica. Fue una época llena de dificultades: teníamos tantos enemigos... No eran sólo los israelíes, sino también el imperialismo y los elementos reaccionarios en los países árabes. Nuestro primer mártir, Ahmed Muza, fue abatido por el ejército jordano al cruzar la frontera con Israel.

"Nuestras operaciones militares fueron una de las razones que alegaron los israelíes para desencadenar la guerra de 1967. Pero allí los países árabes fueron derrotados y se instaló un clima de derrota. Era importante acabar con ese clima, y por eso, apenas terminada la guerra, nosotros reanudamos las hostilidades. Eso fue el 28 de agosto de 1967.

"En cuatro meses, lanzamos setenta y nueve operaciones en el interior de Palestina, pusimos fuera de combate a más de trescientos sionistas, volamos dos trenes militares, derribamos tres helicópteros, destruimos medio centenar de vehículos, hicimos estallar el depósito de explosivos de Acre y bombardeamos con bazukas los suburbios de Jerusalén y Tel Aviv.

"El precio fue duro: perdimos cuarenta y seis hombres, de los cuales la mitad eran cuadros de conducción.

"Pero en todo el mundo árabe esa actividad de Fatah fue percibida como una luz de esperanza, que se agrandó el 21 de marzo de 1968, cuando dimos la batalla de Al Karameh."

El signo de Karameh

Si Deir Yassin es para los palestinos el recuerdo que sobrecoge y enfurece, Al Karameh simboliza la recuperación de la propia identidad negada tras la derrota, la confiscación, la persecución, el exilio. Dice un combatiente.

"En esa época, nuestro problema era obtener bases permanentes. En la guerra de junio habíamos perdido las bases de Gaza y Cisjordania. Entonces empezamos a filtrarnos en Jordania, por separado, de a uno o de a dos. Así se formó la base de Al Karameh, en el campamento de ese nombre que existía desde 1948. Juntamos quinientos combatientes en la zona. De allí lanzamos una escalada operativa.

"Los israelíes empezaron a fastidiarse. Al fin planearon una operación de represalia en gran escala, para aplastarnos. Concentraron 15.000 soldados, con tanques. Pero estaban tan orgullosos de la victoria de junio, tan seguros de que nadie podía ofrecerles resistencia, que no tomaron medidas de seguridad. Nosotros nos enteramos cuarenta y ocho horas antes de la operación.

"Llamamos a todas las organizaciones palestinas para que discutiéramos si debíamos enfrentar el ataque o retirarnos. Algunos dijeron que los principios de la guerrilla prohibían el choque frontal, que si el enemigo ataca en fuerza, nosotros nos retiramos, todas esas cosas.

"Fatah sostuvo que todo eso era cierto, pero que aquí lo fundamental era el marco político: la derrota árabe, el pueblo desesperado. Fatah decidió dar la batalla, a todo o nada. Sólo nos acompañó una pequeña organización, el Ejército de Liberación Palestino.

"Con ellos distribuimos los quinientos puestos de combate. No era una emboscada, Al Karameh era terreno llano, con una población, una villa de emergencia. Había que pelear como se pudiera. Durante toda la noche cavamos pozos, nos enterramos, y esperamos el amanecer."

La picadura y el burro

"A las 5 de la mañana empezaron la preparación de artillería, después avanzaron los tanques. Venían como para un desfile. Traían periodistas y Dayan les dijo que iban a almorzar en Aman, la capital de Jordania. Cuando les paramos un tanque con un bazukazo, y después otro, se quedaron como sorprendidos. No esperaban eso. Retrocedieron, después volvieron a avanzar. Ahora venían con aviones y helicópteros además de los tanques. Les resistimos trinchera por trinchera, les resistimos hasta mediodía.

"A las ocho de la noche la división israelí empezó a retirarse. No podíamos creerlo, era la primera vez en la historia. Y cuando avanzamos vimos el daño que les habíamos hecho: los tanques destruidos, los equipos abandonados.

"A Dayan le preguntaron para cuándo era el almuerzo en Aman, y él contestó que solo el burro no cambia de opinión. A Levy Eshkol le preguntaron qué había sucedido, y él dijo que el que busca miel, debe esperar algunas picaduras.

"Aquella picadura la hicimos nosotros, y nos costó. Nos costó noventa muertos, que son muchos cuando sólo teníamos quinientos hombres. Pero Al Karameh cambió todo, fue un viraje decisivo. Les demostró a todos los árabes que ellos podían derrotar al ejército israelí.

"Para nosotros, el resultado fue tremendo. Hasta entonces Al Fatah era una organización estrictamente secreta, un puñado de hombres. La batalla de Al Karameh demostró a las masas que éramos sinceros, que 'podíamos convertirnos en el cuchillo y en la víctima' como dice uno de nuestros documentos, 'entrar en la batalla para crearlo todo de la nada', que los palestinos podíamos cerrar el puño sobre la brasa ardiente, como dice nuestro hermano Abu Ammar (Arafat)."

Después de la batalla de Al Karameh millares de palestinos acudieron a incorporarse a Al Fatah, que aún no estaba preparado para recibirlos, aunque tuvo que abrir las puertas. Otras organizaciones se enriquecieron en ese flujo. Un año después la Resistencia palestina se paseaba libremente por Siria, tenía una estación de radio en El Cairo, dominaba prácticamente en Líbano y Jordania.

La esperanza palestina ardería en las calles de Aman, en las montañas de Jordania, antes de renacer poco a poco como una llama que no está destinada a apagarse.

7. *"El sionismo no es sólo el enemigo de los árabes, es el enemigo de toda la humanidad" (Fatah)*

En la oficina de Fatah en Beirut, Abu Hatem, miembro del Comité Central de la Organización, refirió las etapas posteriores a la batalla de Karameh, que en 1968 demostró por primera vez que una fuerza árabe podía enfrentar al ejército israelí.

"En Karameh, la Revolución Palestina creó las circunstancias de su propio crecimiento. Todo el mundo árabe se acercó a nosotros. Inversamente nuestros enemigos redoblaron sus esfuerzos por destruirnos. Los israelíes atacaron nuestras bases y nuestros campamentos.

"Con la pérdida de nuestras bases jordanas, empieza la cuarta etapa de nuestras luchas. Al principio nuestra actividad disminuyó. Tuvimos que adoptar una nueva política, concentrar la fuerza de Fatah en los propios territorios ocupados. El resultado se vio recién después de un año, con el aumento de las operaciones.

"También aumentamos la acción política, la duplicamos. El resultado es que actualmente la opinión pública mundial empieza a comprender que no hay acuerdo estable en Medio Oriente sin el pueblo palestino, que no hay paz sin Revolución Palestina.

"Actualmente la totalidad de los países africanos, con excepción por supuesto de los residuos coloniales, reconocen a la OLP como el único representante legítimo del pueblo palestino. En la Conferencia de Países no Alineados de Argel, el año pasado, setenta y dos estados reconocieron a la OLP. O sea que las relaciones de la Revolución Palestina con el resto del mundo crecen día a día, y particularmente con el bloque socialista encabezado por la Unión Soviética.

"Por supuesto que no nos quedamos en eso. En la última guerra, la de Octubre, todo el mundo sabe –y principalmente los israelíes– que no hubo dos frentes, sino tres: el egipcio, el sirio y el palestino."

OLP Y CNP

Fatah es la fuerza hegemónica de la guerrilla palestina. Su líder Abu Ammar (Arafat) preside la OLP y, desde comienzos de junio de 1974 el Consejo Nacional Palestino. Pero no es la única organización de la Resistencia.

En la OLP figuran, además de Fatah, el Frente Popular dirigido por Habache, el Frente Democrático de Hawathme (escisión del FP) y Saika, organización adiestrada por los sirios.

Después de Fatah, Saika es probablemente la de mayor capacidad militar, y el FD, que se define como marxista leninista, la de mayor capacidad política, mientras que la estrella de Habache, inclinado al ultraizquierdismo, parece declinar.

Fuera de la OLP se encuentra todavía el Comando General, escindido del FP y dirigido por Ahmad Jibril, que saltó a la notoriedad a comienzos de este año con la operación de Kyriat Shmonet.

El Consejo Nacional Palestino, CNP, la organización más amplia de la Revolución, incluye no sólo a las organizaciones guerrilleras, sino a los frentes de masas, delegados de territorios ocupados y de la emigración y de grupos financieros y religiosos.

A los dirigentes de Fatah no les gustan las fotografías ni las autobiografías. *Trazar* su historia no es fácil. Un documento de la Organización fechado en 1969 admite que sus creadores fueron un grupo de intelectuales que publican la revista *Nuestra Palestina,* antes de optar por la lucha armada. En ese punto su primera preocupación fue financiar la futura Organización, sin pedir ayuda a los gobiernos árabes, y el camino que eligieron fue heterodoxo: "Ya no es un secreto que buscamos empleo o desarrollamos actividades comerciales en las regiones árabes ricas en petróleo, como el Golfo. Al principio esto creó una

atmósfera particular alrededor de Fatah, pero eso no nos desalentó... porque nosotros sabíamos que nos privábamos hasta de lo esencial para ahorrar el máximo de nuestros ingresos y destinarlo al movimiento".

¿Quiénes eran? Los nombres de guerra de algunos de ellos –Abu Ammar, Abu lyad, Abu Ihad– son conocidos, pero salvo el primero (Arafat), poco se sabe de los demás. Los tres pertenecen sin embargo al grupo que fue al Golfo a trabajar. Cuando en 1965 decidieron lanzar la guerra, volvieron a suelo palestino. Abu Ammar operó allí, en Cisjordania, viviendo como un pastor a medias ciego, de gruesos anteojos negros. Su designación como "vocero" de Fatah fue una decisión en la que no participó. "Necesitábamos un hombre que pudiera hablar en nombre de Fatah. La prensa israelí había empezado a concentrarse en el nombre de Abu Ammar, porque era uno de los líderes en territorio ocupado y un combatiente de primera fila... La dirección se reunió y lo designó vocero. Era el único miembro de dirección que no estaba presente. La decisión se anunció y él tuvo que cumplir con la decisión."

Habla Fatah

A pesar del origen de sus fundadores, Fatah puso siempre el acento en la lucha de masas, además de la acción armada: "Si abordáramos solamente la lucha armada, estaríamos condenados al fracaso, porque en términos militares partimos de una situación de inferioridad. Pero si abordáramos solamente la lucha política, también estaríamos perdidos, porque tarde o temprano chocaríamos con la realidad de que el enemigo nos domina por la *fuerza.* La lucha armada es indisoluble de la lucha política, y el descuido de una o de otra equivale a convertir la guerra revolucionaria en una aventura.

"En consecuencia, nosotros no diferenciamos entre acción política y acción militar, ni mandamos a combatir a nadie que no haya pasado por la organización política".

¿Cuál es el objetivo último de Fatah? Sus dirigentes lo vienen repitiendo desde hace años: la creación de un estado democrático y no religioso en Palestina. ¿Cuál sería la situación de los judíos en ese Estado? "Fatah no toma las armas contra los judíos. Aceptamos a los judíos como ciudadanos palestinos en absoluto pie de igualdad con los árabes. Fatah toma las armas contra el sionismo y se propone liquidarlo, porque el sionismo es el enemigo fascista y racista, el enemigo de toda la humanidad y no solamente de los árabes."

Preguntó un periodista:

–¿Qué harían ustedes frente a un judío perseguido en cualquier lugar del mundo? Contestó Fatah:

–Le daríamos un fusil y pelearíamos a su lado.

*8. El bombardeo de aldeas libanesas desnuda la esencia de un terrorismo que se llama "represalia " **

Otra vez los *rockets* de los Phantom se han abatido sobre las aldeas del Líbano, un país pequeño que no tiene ejército ni aviación y cuyo pecado es dar refugio a 300.000 palestinos, una décima parte de los expulsados de su patria por los israelíes.

Nuevamente los campamentos de refugiados son descriptos como "bases" guerrilleras. Visité uno de esos campamentos, el de Nabatiyeh, al día siguiente de su casi total destrucción por los aviones israelíes, el 16 de mayo de este año. Vi las pequeñas casas arrasadas como por una enorme topadora, los utensilios de cocina desparramados, ropa de mujer colgando de los árboles calcinados.

Eso no era una base.

Esto no significa que en Líbano, en Siria, en cualquier país árabe, no existan bases de *fedaín.* Existen pero ni están a la vista, ni albergan una población civil de millares de almas, ni están indefensas, ni son bombardeadas.

Desde hace veinticinco años Israel vive anticipando ataques, en perpetuo estado de "represalia". Una propaganda que empieza a volverse torpe describe cada acción de sus fuerzas como respuestas a un acto de terrorismo.

En cada oportunidad se resucita la historia de ese terrorismo, se invoca Maalot, Kyrit Shmoné, Lod, Munich. Entre esos actos y los campos nazis de concentración se establece una continuidad, se retrocede a los *progroms* zaristas, a la intemporal persecución del judío.

** Testigo de los ataques masivos del 16 de Mayo, uno de los más atroces bombardeos con* napalm *desatado este año por Israel contra El Líbano invocando pretendidas "represalias " por las acciones palestinas. Rodolfo J. Walsh describe sus impresiones frente al genocidio. Pero no sólo eso. Pone además el dedo en la llaga al abordar el controvertido tema del "terrorismo" como recurso de una Resistencia armada, que es guerra contra el invasor, y el* terrorismo oficial *del Estado ocupante, que es represión para mantener su conquista y al mismo tiempo pretexto para una nueva expansión.*

En ese proceso se ha perdido de vista toda la verdad: el palestino despojado de su patria se ha convertido en agresor, la víctima en verdugo.

Se discute sobre los métodos. ¿Por qué los palestinos atacan escuelas? He visto la escuela de Nabatiyeh, nivelada con la roca. ¿Por qué los palestinos tiran granadas en un mercado? En Ain el Hue, la semana pasada, no quedó siquiera el mercado, bajo las bombas israelíes de 250 kilos.

La discusión sobre los métodos es una de las formas de eludir la discusión sobre el fondo, reemplazar el por qué por el cómo.

Pero aun esa discusión secundaria no debe ser rehuida.

¿De quién es el terror?

Hablemos de Maalot, por ejemplo. Las cosas en Maalot no empezaron el 15 de mayo de 1974, con la matanza de veintidós estudiantes israelíes. Empezaron el 15 de mayo de 1948. con el Estado de Israel. Porque Maalot no se llamaba Maalot, sino Tarchiha, y no era un pueblo judío sino una aldea árabe. ¿Dónde está Tarchiha? Arrasada, borrada del mapa.

Volvamos a Deir Yassin, otra aldea árabe hoy enterrada bajo Kfar Shaul, un suburbio de Jerusalén. 9 de abril de 1948. Fuerzas de la Haganah y del Irgun atacan la aldea, matan a 254 habitantes, descuartizan cadáveres y los tiran a un pozo. Escuchemos el testimonio del coronel Meir Bail del ejército israelí, que tardó veinticuatro años en hablar: "Los soldados peinaron las casas, tirando explosivos en su interior y usando todas las armas que tenían. Disparaban indiscriminadamente sobre todo lo que había adentro, incluso mujeres y niños. Sus oficiales no movieron un dedo para impedir las atrocidades que se estaban cometiendo. Junto con otros residentes de Jerusalén, imploré que se ordenara a los soldados detener el fuego. Fue inútil. Veinticinco hombres fueron subidos a un camión, paseados por Jerusalén en 'desfile de la victoria', llevados a una cantera y fusilados a sangre fría".

Retrocedamos al 30 de enero de 1948. La aldea se llamaba Sheikh. El método fue el mismo. Los muertos, sesenta.

Sa'sa. 14 de febrero de 1948. Veinte casas dinamitadas con sus habitantes adentro. Sesenta muertos.

Recordemos a Lydda. 11 de julio de 1948. La Haganah reprime un alzamiento popular: 250 muertos según fuente israelí, entre 500 y 1.700 según fuentes árabes.

14 de octubre de 1953. Bombardeo de aldeas jordanas, setenta y cinco muertos. En Qibya se encierra a los vecinos en sus casas con fuego de ametralladora, luego se las dinamita.

Franja de Gaza. 8 de febrero de 1955. Treinta y ocho muertos.

31 de agosto de 1955. Ataque a Khan Yunis en la Franja de Gaza, cuarenta y seis muertos.

11 de diciembre de 1955. Ataque a aldeas sirias. Cincuenta muertos.

Otra vez Khan Yunis, abril de 1956. 275 muertos.

10 de octubre de 1956. Ataque a aldeas jordanas. Cuarenta y ocho muertos.

Octubre de 1956. Kafr Qasim, cincuenta y un aldeanos son asesinados por estar fuera de su casa en un toque de queda del que no fueron avisados.

13 de noviembre de 1966. Ataque a aldeas de Gaza y Jordania. Doscientos muertos.

Noviembre de 1967, Karameh, Jordania. Ataque con morteros a niños que salían de una escuela.

La lista es interminable. Entre 1949 y 1964 los países árabes denunciaron 63.000 actos de agresión, entre 1950 y 1966 las Naciones Unidas y la Comisión de Armisticio condenaron setenta y ocho veces al Estado de Israel. Después ya nadie llevó la cuenta, la "represalia" se convirtió en costumbre.

Vuelta al origen

Si en el balance del terror en Medio Oriente Israel lleva una ventaja sobre todos sus adversarios, si el Estado mismo de Israel fue la obra de organizaciones terroristas, si esas organizaciones inventaron o reactualizaron la mayoría de las modernos métodos de terror –recordar el asesinato del conde Bernadotte, la voladura del hotel Rey David, la ejecución de rehenes ingleses, las cartas explosivas– en eso no se agota la discusión sobre los métodos. Para restituir el cuadro disociado, es preciso volver a relacionar los métodos con los objetivos.

El terror es un método de lucha que han usado todas las revoluciones y también todas las relaciones. Hechas las reverencias de práctica a la actitud que prefiere condenarlo "en sí mismo" (como si algo existiera en sí mismo), su humanidad o su inhumanidad depende de sus fines. Nuestra Revolución de Mayo fue terrorista... Con estas precisiones es posible reenfocar el problema del terror en Medio Oriente, superar las barreras de una propaganda que –casualmente– es la del imperialismo occidental, y decidir quién tiene la parte de razón que las circunstancias le permiten tener.

El objetivo del terrorismo palestino es recuperar la patria de que fueron despojados los palestinos. En la más discutible de sus operaciones, queda ese resto de legitimidad.

El terrorismo israelí se propuso dominar a un pueblo, condenarlo a la miseria y al exilio. En la más razonable de sus "represalias", aparece ese pecado original.

RESPUESTA A LA EMBAJADA ISRAELÍ

Rodolfo J. Walsh, enviado de Noticias al Medio Oriente, analiza viejos mitos del sionismo

Flagrantes inexactitudes, deformaciones de los hechos históricos, gruesos equívocos, son algunas de las virtudes que la Oficina de Prensa de la Embajada de Israel en Buenos Aires atribuye a mi reciente serie sobre Palestina, según la carta publicada en *Noticias* el domingo 14.

En ella el señor Sejatovich, funcionario de esa oficina, se propone "restablecer la verdad", y lo intenta sosteniendo, en síntesis, que Palestina era "un país casi despoblado" al fin de la Primera Guerra Mundial; que el problema de los refugiados palestinos fue "creado por los propios líderes árabes", en 1948, "al compeler a los pobladores árabes a abandonar sus lugares de residencia", y que el 14 de mayo de 1948 los Estados Árabes "invadieron el estado de Israel".

En mi serie de notas yo he sostenido que Palestina era desde el siglo VII una tierra poblada por árabes; que el éxodo de 1948 fue provocado por las organizaciones terroristas Haganah, Irgun y Stern; y que fueron estas organizaciones las que desencadenaron la guerra.

Frente a opiniones tan dispares, un lector distante tiene derecho a conocer las fuentes en que se basan para deducir dónde está la verdad.

EL MITO DE LA "TIERRA SIN PUEBLO"

Expliqué en mis notas que ya a fines del siglo pasado la propaganda sionista convirtió al palestino en "el hombre invisible" del Medio Oriente, a tal extremo que Teodoro Herzl hizo un viaje a Palestina y escribió un informe donde no figuraba la palabra "árabe". El mito de la "tierra sin pueblo" era útil para fomentar la inmigración del "pueblo sin tierra". Ese mito renace en la carta de la Embajada de Israel, como si no hubiera sido refutado.

Según el escritor israelí Amos Elon, en un libro de 1971, cuando Herzl viajó a Palestina en 1898, "debía haber allí más de 500.000 árabes palestinos". Esto se complementa con una observación formulada en 1891 por el judío Achad Haam que conocía bien Palestina: "En el extranjero solemos pensar que Palestina hoy es casi desierta, un páramo incultivado. Pero no es así, en absoluto. Es difícil encontrar tierras sin cultivar... En el extranjero solemos pensar que los árabes son todos salvajes, comparables a los animales, pero esto es un gran error".

Cabe preguntarse si no es esa forma racista de pensar, lo que volvía "invisible" al palestino y lo que, todavía hoy, hace que la Embajada de Israel invente cifras de población distintas a las que figuran en los únicos censos conocidos. Así el señor Sejatovich afirma, sin citar fuente, que al fin de la Primera Guerra "la población árabe era de 557.000 y la población judía, de 100.000".

La verdad es que en 1914 los turcos hicieron un censo que dio una población total de 689.272, y el sionista Arthur Ruppin estimó que 60.000 eran judíos. El 31 de diciembre de 1922 el "Gobierno de Palestina" (o sea el Mandato británico) hizo un censo que dio estos resultados:

Árabes	663.941
Judíos	83.794
Otros	9.474
Total	757.182

Es decir que cuatro años después de lo que dice la Embajada, la población judía aún no llegaba a los 100.000. Tampoco acierta la Embajada cuando dice que Palestina "hasta los comienzos de la década del 30 era una tierra de emigración árabe". Si comparamos el censo de 1922 con el de 1931, vemos que la población árabe creció el 28 por ciento y la población judía, el 108 por ciento lo que sólo se explica por la política de inmigración que implantó el Mandato británico.

De las cifras que acabo de citar se deduce que los términos "Palestina, país despoblado", son una falacia en cualquier época que se considere. En 1922, la densidad de la población ascendía a 28 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra superior en ese momento a la de Estados Unidos o la URSS, y que la Argentina no alcanzará en un siglo; lo que espero no suministre argumentos a ningún colonizador.

EL MITO DE LA "AGRESIÓN ÁRABE"

Para explicar el éxodo palestino de 1948, la Embajada de Israel apela a un argumento que el sionismo ha dejado prácticamente de utilizar desde 1961, cuando fue pulverizado por el investigador inglés Erskine Childers.

El argumento pretendía que "dirigentes árabes" habían hablado por radio a los palestinos ordenándoles evacuar sus casas. Childers viajó a Israel en 1958 y pidió pruebas de ese alegato, sin obtenerlas. Acudió entonces al Museo Británico, donde se conserva la versión grabada por la BBC de todas las emisiones radiales de Medio Oriente desde 1948, y no sólo no encontró un solo llamamiento árabe a la evacuación, sino numerosas exhortaciones, e incluso órdenes, de permanecer en sus casas.

Las razones que incitaron a los palestinos a huir al grito de "¡Deir Yassin"! son la destrucción de aldeas y las masacres que precedieron al 15 de mayo de 1948. Ello está demostrado, en primer lugar, por uno de los responsables de esas masacres, el dirigente de la Irgun Menajem Begin, en su libro *La rebelión.* Pero hay además centenares de testimonios.

El mediador de la UN, conde Bernadotte (asesinado por terroristas sionistas) dijo en su informe: "El éxodo de los árabes palestinos resultó del pánico causado por la lucha de rumores sobre actos de terrorismo reales o supuestos y de la expulsión...

"Prácticamente toda la población árabe huyó o fue expulsada del área ocupada por los judíos".

El periodista (y luego diputado) israelí Uri Avneri dice: "En algunos casos, los dirigentes judíos trataron de persuadir a los árabes de que se quedaran, por ejemplo en Haifa. Pero por regla general los incitaron a abandonar sus ciudades y aldeas". El propio Yigal Allon ha referido que para limpiar Galilea de palestinos, llamó a los alcaldes árabes y les advirtió "que se van a quemar todas las aldeas de Huleh... que huyan mientras hay tiempo".

El mayor O'Ballance, historiador militar inglés, señala que "expeditivamente los árabes fueron expulsados y obligados a huir, como en Ramleh, Lydda y otros lugares. Dondequiera avanzaban en territorio árabe las tropas israelíes, la población árabe era arrancada como por una topadora".

El terror causado por las masacres tipo Deir Yassin, y no las inexistentes exhortaciones de "dirigentes árabes" a quienes nunca se nombra, fue pues la causa del éxodo.

La mayoría de esas masacres ocurrieron antes del 14 de mayo, fecha de la "invasión" de Estados Árabes, y ocurrieron en zonas netamente árabes que aun dentro del Plan de Partición de la UN, figuraban dentro del Estado Árabe.

Entre el 21 de diciembre de 1947 y el 14 de mayo de 1948, las organizaciones terroristas israelíes montaron las siguientes operaciones de gran envergadura, fuera de los límites de Israel, que en todos los casos significaron ocupación de territorio, toma o destrucción de ciudades y pueblos, y expulsión de árabes:

Qazaza (21/12/47); Sása (16/2/48); Haifa (21/2/48); Salameh (1/3/48); Biyar Adas (6/3/48); Qastal (4/4/48); Deir Yassin (10/4/48); Lajun (15/4/48); Saris (17/4/48); Tiberias (20/4/48); Haifa (22/4/48); Jaffa (26/4/48); Acre (27/4/48); Safad (7/5/48); Beisan (9/5/43). La fuente es el *New York Times.*

Estas incursiones, y los extensos relatos que las documentan, prueban que Israel no esperó siquiera el día de su independencia, fijado por la UN, para lanzarse a la conquista de territorio árabe; y que fueron sus organizaciones armadas las que desencadenaron la guerra.

En este contexto, importan relativamente poco las citas de funcionarios árabes que en su mayoría pertenecía a gobiernos corrompidos y reaccionarios, de fuertes vínculos con el colonialismo. Lo que hayan dicho o dejado de decir el rey Faruk, o el rey Abdullah, o el títere británico en Irak, Nuri as Said, tiene tan poca importancia como lo que hayan declarado los Comisionados designados por el gobierno británico, a quienes cita la Embajada (Abdul Khader, el único dirigente amado y seguido por los palestinos, murió en combate). Pretender que sobre esos testimonios se pueda erigir el derecho a la dominación de un pueblo; suponer que el relato de "un refugiado" (entre un millón), aparecido en un diario jordano, justifique las infames Leyes de Expropiación dictadas por el Estado de Israel sobre las tierras árabes; hablar de una imaginaria "transferencia de poblaciones"; todo eso es defender lo indefendible.

Comprendo que el señor Sejatovich, lo haya hecho, por encargo de su Embajada, con tan poca convicción.

PARA REFLEXIONAR

Con respecto a los datos verificables, sólo me resta agregar que las cifras de refugiados que di en mi serie de notas proceden de la UN.

La Embajada de Israel se permite, sin embargo, teorizar sobre mi actitud frente al terrorismo y la violencia, que expliqué claramente en mi serie sobre la Revolución Palestina.

Dije allí que apruebo la violencia de los pueblos oprimidos que luchan contra sus opresores. Eso significa que el terrorismo que se inscribe en esa lucha es –más allá del juicio particular sobre cada acción– tan legítimo en el caso de los palestinos como en el de la Resistencia francesa. Y que la insurrección de los palestinos frente a los ocupantes de su patria es tan legítima como, por ejemplo, el alzamiento del ghetto de Varsovia contra los nazis.

El testimonio de un escritor religioso judío ayudará a comprender el paralelo.

"En lo que a mi concierne", ha dicho Moshe Menuhin, "mi religión es el judaismo profético y no el judaísmo-napalm. Los nacionalistas 'judíos', el nuevo tipo de guerreros 'judíos' no son judíos, sino nazis 'judíos' que han perdido todo el sentido de la moralidad y la humanidad judías... A pesar de todos los artificios de encubrimiento y la construcción de imágenes ficticias; a pesar de los torrentes de trucos sofisticados, publicidad astuta, retórica polémica, ocultamiento de hechos, redacción tendenciosa de la historia, el hecho trágico es que los nacionalistas 'judíos' se apoderaron por la fuerza de las armas, del terror y las atrocidades, de los hogares, la tierra y la patria de los campesinos, trabajadores y comerciantes árabes, en la vieja Palestina; construyeron una 'Patria Judía' y la expandieron durante los meses anteriores al 14 de mayo de 1948 por medio de masacres, despojos, terrorismo, entre el 10 de abril y el 14 de mayo, expulsando a los árabes de ciudades tan típicamente árabes como Deir Yassin, Jaffa, Acre, Ramleh, Lydda, etc. Los nacionalistas 'judíos' son nazis 'judíos' y yo siento vergüenza de que me identifiquen con ellos y con sus causas herejes".

HACIA MEDIADOS DE 1974, luego de la muerte de Perón, se clausura Noticias. *Es un índice de los conflictos suscitados en el seno del peronismo gobernante. De un modo o de otro, Walsh vuelve siempre a la clandestinidad, esta vez amparado por una organización y objetivos políticos concretos. Walsh sabía que* Noticias *no era un proyecto periodístico adecuado al momento porque era precisamente vulnerable. Seguramente piensa, ya, que se trata de llegar periodísticamente a la gente de otra manera. El precario equilibrio político se deteriora rápidamente. Afines de 1975 el golpe es inminente. Walsh advierte que no se trata de un golpe militar más sino de un golpe que inaugurará una nueva forma del Estado. Luego del golpe militar, luego de la muerte (en combate) de su hija Vicki, Walsh inventa la nueva institución periodística: se trata de una máquina de escribir, pero convertida en máquina de guerra. Se escribe desde la clandestinidad y el nomadismo. Se escribe para un público que se imagina no como mero consumidor de información sino como parte integrante del sistema de distribución de la noticia. Tanto* ANCLA (Agencia Clandestina de Noticias) *como* Cadena Informativa *representan el momento más alto de la imaginación política y periodística de Walsh. Porque Walsh imagina que esos textos mimeografiados y distribuidos por correo, anónimamente, o de mano en mano, pueden poner límites al salvaje impulso devastador del nuevo Estado. Y porque Walsh imagina que, de esa manera, se puede mantener un cierto estado de conciencia que sirva para enfrentar el puro terror que la dictadura usaba como arma ideológica central. A continuación reproducimos dos de los partes de* Cadena Informativa, *atribuidos a Walsh por Horacio Verbitsky, su amigo y colaborador en esa empresa.*

LOS PARTES DE CADENA INFORMATIVA

CRÓNICA DEL TERROR
Informe N° 1 (Diciembre 1976)

Mil fusilados, veinte mil presos o desaparecidos y trescientos mil exiliados son las cifras que se manejan en el extranjero sobre la situación argentina desde el 24 de marzo. El 18 de noviembre el ministro del Interior, general Harguindeguy calificó de "demencial" la segunda de esas cifras y alegó el "secreto militar" para no dar la verdadera. Confirmó así las sospechas de que el gobierno no da cifras ni nombres de detenidos para mantenerlos como rehenes que son fusilados en imaginarios enfrentamientos. Fuentes judiciales han revelado de qué modo se llega al total de veinte mil presos o secuestrados. Solamente en los juzgados del Gran Buenos Aires se registra un promedio mensual de cuatrocientos recursos de hábeas corpus (desaparecidos), y otro tanto en el interior del país, lo que eleva el promedio a ochocientos. En más de la mitad de los casos, sin embargo, los familiares de los desaparecidos no se presentan a la justicia por temor. Mil seiscientas desapariciones, en nueve meses, ascienden casi a quince mil, que sumados a los cinco mil presos políticos existentes desde el 24 de marzo dan la cifra que rechaza Harguindeguy.

Los datos de exiliados que llegan del extranjero son alarmantes. Sólo en Madrid y Barcelona hay decenas de millares de argentinos expulsados por el terror. Las colonias argentinas se han multiplicado en los Estados Unidos, Perú, Venezuela, México y países europeos, inclusive Suecia.

FUSILAN REHENES

En noviembre la dictadura militar anunció haber matado a ciento cuarenta guerrilleros, en supuestos combates. Más de la mitad de esos combates han consistido en fusilamientos de activistas sindicales o estudiantiles detenidos. Fuentes policiales revelaron a *Cadena Informativa* el método para saber, a través de la lectura de las comunicados militares, si se trata de un combate o de un fusilamiento. En este último caso, los "combates" se producen en descampados y en horas de la madrugada, y no se dan los nombres de los muertos ya que ellos figuran en las listas de detenidos que circulan internacionalmente.

La zona de La Plata fue escenario de la más violenta represalia después que una bomba colocada en la Jefatura de Policía el 9 de noviembre mató a cinco policías e hirió a quince, entre ellos cinco jerarcas. El jefe de Policía, coronel Juan Alberto Camps, fijó en cincuenta y cinco el número de rehenes a fusilar y las ejecuciones comenzaron la madrugada siguiente: ocho en La Plata y ocho en Tolosa y City Bell. El 11 de noviembre se ejecutó a siete más en La Plata. El 12 fueron fusilados cuatro en La Plata y cuatro en Tolosa. En la madrugada del 13 se fusiló a seis en el barrio Las Quintas. El 14 fueron ejecutados en Punta Lara tres activistas obreros. El 15 otros cinco en Los Hornos. El comunicado sobre este hecho dijo que los cinco guerrilleros se desplazaban apilados en un Fiat 128, en la madrugada, y al sostener un tiroteo, una bala impactó el tanque de nafta incendiando el coche y carbonizando a sus ocupantes. No menos inverosímil resultó el 16 la tentativa de "copamiento" de la subcomisaría de Arana en que se completó con diez fusilamientos la cuota fijada por Camps. De ninguno de estos cincuenta y cinco muertos se han dado los nombres.

Por los mismos días en que el coronel Camps completaba su represalia, el coronel de las SS nazis Herbert Kapler agonizaba en una cárcel de Italia y el pueblo italiano protestaba contra el proyecto de dejarlo en libertad. Igual que Camps, Kapler fijó una cuota de diez por uno después que una bomba en la jefatura de

policía nazi en Roma mató a treinta y tres de sus hombres en marzo de 1944; las 335 víctimas fueron masacradas en las Cuevas Ardeatinas.

No es la única semejanza que los observadores empiezan a encontrar entre el nazismo y la dictadura argentina. El 27 de setiembre la revista española *Cambio 16* publicó una nota titulada "Ochenta zapatos vacíos" en que comparaba el centro de torturas de Campo de Mayo con los campos nazis de concentración, hasta en el detalle de las ropas de los ejecutados que se van acumulando.

El 22 de noviembre el ministro Harguindeguy introdujo un toque de racismo al proponer que los millones de colonos blancos reaccionarios que escapan del África vengan al país, mientras fuerzas de Aeronáutica entraban en la Villa de Retiro, matando a tres villeros, y se rastrillaban las villas del Gran Buenos Aires pobladas por paraguayos y bolivianos. ¿"Solución final" para el problema de los inmigrados latinoamericanos?

PROHIBIDO INFORMAR

El diario *La Opinión* reveló a mediados de noviembre una lista de temas sobre los que está prohibido informar. Incluyen hechos subversivos y bajas en las fuerzas armadas y policiales. Entre los primeros figuran un tiroteo con guerrilleros que costó la vida a dos miembros de Seguridad Federal en Flores el 17 de noviembre, el desarme de la guardia de camineros en la papelera Massuh de Quilmes, el 19, dos muertos y cuatro heridos graves de la Policía Federal al desactivar bombas cazabobos en locales abandonados por la guerrilla, y centenares de actos de sabotaje. Una explosión en un polvorín de Ejército, que costó la vida a un oficial, y otra en el Arsenal Naval de Azul donde murieron tres marinos y ocho resultaron heridos, fueron presentados como accidentes.

La censura impidió entre otras cosas que el país se enterase del proyecto del senador norteamericano Edward Kennedy de acusar al gobierno argentino ante la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, de la decisión de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas de condenar a la Argentina y Rhodesia, del secuestro de un nuevo diplomático cubano y del brote de añosa surgido en la provincia de Buenos Aires.

Más de tres millones diarios gasta la dictadura para combatir a la guerrilla. Cada guerrillero muerto cuesta un millón de dólares.

No sólo los sectores obreros, que soportan los sueldos más bajos de la historia, sino los empresarios nacionales agobiados por los impuestos y la caída de las ventas, se preguntan si el precio no es demasiado caro, sobre todo cuando aparecen signos de que la corrupción atribuida a Isabel Martínez se ha multiplicado después de su caída. La estafa a los ahorristas en el juego de la Bolsa asciende ya a centenares de millones de dólares, mientras un cable de Roma atribuye a los marinos de la Comisión Nacional de Energía Atómica el cobro de una coima de 2.400.000 dólares en la compra de reactores canadienses.

Cadena Informativa es uno de los instrumentos que está creando el pueblo argentino para romper el bloqueo de la información. *Cadena Informativa* puede ser *usted mismo*, un instrumento para que *usted* se libere del Terror y libere a otros del Terror. Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El Terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad.

DERROTE AL TERROR HAGA CIRCULAR ESTA INFORMACIÓN

EL FIN DE LA INOCENCIA
Informe N° 2 (Diciembre 1976)

Dos grandes negociados y el ocultamiento de un tercero mediante un asesinato han producido inquietud en las FF.AA., admitieron fuentes del Ejército.

El escándalo de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires comenzó cuando el ministro Martínez de Hoz hizo bajar el dólar de 350 a 240 pesos nuevos quitando interés a las inversiones en divisas. La compra de acciones se ofreció entonces como una alternativa al dólar. En una semana, a partir del 29 de marzo, las acciones se fueron a las nubes y el 5 de abril rompieron todos los récords.

En días era posible ganar el 100, 200 y hasta 300 por ciento, hecho curioso con un gobierno que venía a acabar con "el festín de la corrupción". El capital de las empresas se triplicaba por milagro, sin que por eso produjeran un tornillo más que antes. Centenares de pequeños comerciantes, industriales y profesionales empezaron a meterse en la Bolsa detrás del Cebo, en el momento en que los peces grandes la abandonan realizando ganancias extravagantes. Como la cotización era artificial, tenía que bajar en forma igualmente espectacular dejando el dinero de los incautos en manos de los amigos de Martínez de Hoz y los grandes jerarcas de la Bolsa.

La segunda lección la recibieron los chacareros que pensaron que al fin había llegado un ministro amigo del campo. Siguiendo sus consejos sembraron trigo "hasta debajo de la cama". Martínez de Hoz no ignoraba que las superficies de siembra en los Estados Unidos, la Unión Soviética y China eran las más altas de la historia y que el precio internacional debía bajar. Eso era lo que le convenía a Bunge y Born, cuyo negocio consiste en comprar el trigo regalado, venderlo a sus propias filiales en Brasil, Estados Unidos y Europa, y almacenarlo hasta que ellos mismos hagan subir el precio. Como la exportación se estima en siete millones de toneladas, el perjuicio a los chacareros ronda los 400 millones de dólares.

Un tiro en la cabeza del capitán de ultramar Horacio Gándara impidió que estallara el tercer escándalo. Gándara venía denunciando desde 1969 el vaciamiento de la flota mercante en beneficio del Grupo Conway, norteamericano, por un conjunto de marinos que encabezaba su propio comandante en jefe, el almirante Gnavi. Cuando el cadáver de Gándara, torturado y esposado, apareció en el Riachuelo el 23 de noviembre, algunos diarios recordaron el antecedente. Amigos de Gándara revelaron que estaba revisando el manuscrito de una nueva denuncia en que el principal acusado era el almirante Emilio Massera. Temiendo lo que ocurrió se había mudado de casa. Detectado por el Servicio de Informaciones Navales, un pelotón especial de la Escuela de Mecánica de la Armada se encargó de silenciarlo para siempre, opinaron los amigos de Gándara.

"La historia se repite" comentó a *Cadena Informativa* un periodista habitualmente bien censurado: "Se empieza reprimiendo por supuestos ideales y se termina asesinando por dinero. La represión y la corrupción pueden andar separadas unos meses, pero siempre acaban por juntarse".

A PARTIR DE 1976 WALSH DISIENTE repetidas veces con la conducción de Montoneros. Es el caos y es el infierno, piensa Walsh. Y las razones de ese caos y ese infierno son estructurales, tan estructurales como para que la persistencia en la lucha armada contra un enemigo más poderoso (y también más hábil) sea un error. Walsh se retira. Compra una casa en San Vicente, amparado en la falsa identidad de un profesor de inglés retirado (una identidad que seguramente lo seducía para "la otra vida"). Hacia fines de 1976 comienza a planear su golpe maestro a la dictadura. Arma el esquema de la carta que escribirá en conmemoración del horroroso primer aniversario de gobierno. Párrafos enteros son tomados de los partes de ANCLA, *citados como las principales fuentes de la Carta. Es, una vez más, un texto "numerológico": la fuerza brutal de la dictadura se expresa, para Walsh, no en la "calidad" de las acciones represivas (conocidas desde siempre), sino en la "cantidad" de "enfrentamientos", secuestros, desapariciones y asesinatos que ponen en evidencia que esta vez es toda la sociedad (y no un sindicato o un partido o una agrupación político-militar) el objetivo de las fuerzas especiales. Walsh (que era buscado especialmente desde hacía tiempo) fue emboscado el día mismo que enviaba las copias de la Carta, según el procedimiento ya habitual. Lilia Ferreyra, la última compañera de Walsh, ha reconstruido con ayuda de numerosos testigos el último día de Rodolfo Walsh, día que ha sido contado en un relato exacto y conmovedor por Horacio Verbitsky.*

"El viernes 25 por la mañana se colocó el sombrero de paja de su disfraz de jubilado, y, mientras Lilia encargaba dos kilos de asado para la fiesta, siguió hasta la estación. El dueño de la inmobiliaria le alcanzó en el camino los papeles de la casa, que él guardó en su portafolios de plástico. La viuda de uno de los compañeros muerto con Vicki le había escrito una carta desgarradora sobre la falta de solidaridad de la organización, que no cuidaba de ella o de sus hijos. Decidió hacerse cargo, y esa tarde debía combinar el encuentro para llevarla a su casa, debilitando su propia seguridad, construida con tanto cuidado. Por no perder el tren, y la cita con quien le había transmitido ese pedido de ayuda, cometió la imprudencia de llevar el título consigo.

"En la mesa de tortura ese compañero había entregado la cita: caminando por San Juan, de Entre Ríos hacia el Oeste. Cuando el mayor del Ejército Juan Carlos Coronel abrió fuego, nadie sabía de la Carta, *cuyas primeras copias fueron arrojadas al buzón minutos antes. La dirección que les permitió asaltar la casa clandestina la encontraron entre sus papeles.*

"Se habían separado en Constitución. Él volvería a San Vicente esa misma tarde. Lilia el sábado, guiando a su hija y el nieto.

–No te olvides de regar las lechugas–, lo despidió ella.

"Rodolfo sonrió. Levantó la mano y se perdió entre la gente."

El testimonio de Jorge Pinedo agrega datos:

"Con la incorporación de Lilia Ferreira íbamos a bordo del destartalado Ami 8 verde Patricia y yo, junto a nuestros hijos, María de cuatro años, y Mariano, de apenas quince días de vida. Rodolfo nos esperaría con un asado para conocer a su primer nieto varón y también a fin de que nosotros conociéramos el lugar con miras a instalarnos allí, cultivar la tierra, desensillar hasta que aclarara. Lilia hacía las veces de eficaz hoja de ruta a medida que salíamos de la Capital, evitando, en la medida de lo posible, las rutas principales, transitando por caminos vecinales. En los asientos traseros viajaban María y Lilia, Patricia estaba adelante con Mariano en brazos y yo manejaba. (...) Comencé a detener el Ami frente a un portón blanco, despintado. Lilia dijo 'esperen, pasa algo raro' y bajó antes de que terminara de frenar. Un segundo después bajé tras ella, que con paso rápido se asomaba sobre el portón, giraba sobre sus talones, apuraba el paso y, desencajada, casi gritaba 'Vamos, vamos'. Entendimos todos qué había sucedido."

Walsh fue emboscado. Debía ser capturado vivo. Él decidió entregar su vida en la calle y no en la sala de interrogatorios. Resistió con una pequeña pistola que, en los hechos, equivalía a la prescripta pastilla de cianuro, que Walsh abominaba.

Ese fue pues, su último día y el artículo que reproducimos a continuación su último texto. Nadie duda ya que se trata de un texto admirable, tanto por la información que suministra y las explicaciones que propone

como por el tono preciso y definitivo. A diferencia de los partes clandestinos anteriores, la Carta *está firmada. Se trata de una última afirmación de identidad. En este sentido, no es casual su título. Allí leemos "Carta abierta de un escritor". Tenía, entonces, 50 años. Muchos años atrás, el escritor era Borges y él sólo un autor de novelas policiales. Pero en 1977, y ahora, las cosas han cambiado. El escritor, el* escritor de verdad, *es Rodolfo Walsh.*

CARTA ABIERTA DE RODOLFO WALSH A LA JUNTA MILITAR

1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde. En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

Ilegítimo en su origen, el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese "ser nacional" que ustedes invocan tan a menudo.

Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas la cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límites y el fusilamiento sin juicio.[1]

Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos.

[1] Desde enero de 1977 la Junta empezó a publicar nóminas incompletas de nuevos detenidos y de "liberados" que en su mayoría no son tales sino procesados que dejan de estar a su disposición pero siguen presos. Los nombres de millares de prisioneros son aún secreto militar y las condiciones para su tortura y posterior fusilamiento permanecen intactas.

El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el "submarino", el soplete de las actualizaciones contemporáneas.[2]

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3. La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, cincuenta y cinco en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, treinta por el atentado en el Ministerio de Defensa, cuarenta en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, diecinueve tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1.200 ejecuciones en trescientos supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos.

Depositarios de una culpa colectiva abolida en las normas civilizadas de justicia, incapaces de influir en la política que dicta los hechos por los cuales son represaliados, muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos a los que se mata para equilibrar la balanza de las bajas según la doctrina extranjera de "cuenta-cadáveres" que usaron los SS en los países ocupados y los invasores en Vietnam.

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo 10 ó 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.[3]

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y los partidos de que aun los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica o el humor del momento.

Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de

[2] El dirigente peronista Jorge Lizaso fue despellejado en vida, el ex diputado radical Mario Amaya muerto a palos, el ex diputado Muñiz Bárrelo desnucado de un golpe. Testimonio de una sobreviviente: "Picana en los brazos, las manos, los muslos, cerca de la boca cada vez que lloraba o rezaba... Cada veinte minutos abrían la puerta y me decían que me iban a hacer fiambre con la máquina de sierra que se escuchaba".

[5] *Cadena Informativa*, mensaje N° 4, febrero de 1977.

fuga ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor.[4]

El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Masson, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe a las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4. Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas.[5]

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, "con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles" según su autopsia.

Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron.[6]

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el Río Lujan el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron treinta muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y diecisiete en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la Primera Brigada Aérea[7], sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti.

[4] Una versión exacta aparece en esta carta de los presos en la Cárcel de Encausados al obispo de Córdoba, monseñor Primatesta: "El 17 de mayo son retirados con el engaño de ir a la enfermería seis compañeros que luego son fusilados. Se trata de Miguel Ángel Mosse, José Svagusa, Diana Fidelman, Luis Verón, Ricardo Yung y Eduardo Hernández, de cuya muerte en un intento de fuga informó el Tercer Cuerpo de Ejército. El 29 de mayo son retirados José Pucheta y Carlos Sgadurra. Este último había sido castigado al punto de que no se podía mantener en pie, sufriendo varias fracturas de miembros. Luego aparecen también fusilados en un intento de fuga".

[5] En los primeros 15 días de gobierno militar aparecieron 63 cadáveres, según los diarios. Una proyección anual da la cifra de 1.500. La presunción de que puede ascender al doble se funda en que desde enero de 1967 la información periodística era incompleta y en el aumento global de la represión después del golpe. Una estimación global verosímil de las muertes producidas por la Junta es la siguiente. Muertos en combate: 600. Fusilados: 1.300. Ejecutados en secreto: 2.000. Varios: 100. Total: 4.000.

[6] Carta de Isaías Zanotti, difundida por ANCLA, Agencia Clandestina de Noticias.

[7] "Programa" dirigido entre julio y diciembre de 1976 por el brigadier Mariani, jefe de la Primera Brigada Aérea del Palomar. Se usaron transportes Fokker F-27.

Las 3A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre "violencias de distintos signos" ni el arbitro justo entre "dos terrorismos", sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte.[8]

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz y decenas de asilados, en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay.[9]

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CÍA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardner Hathaway, *Station Chiefde,* la CÍA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional, que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezcan el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de *Prensa Libre,* Horacio Novillo, apuñalado y calcinado después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: "La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal".[10]

5. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40 por ciento, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30 por ciento, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar[11], resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas,

[8] El canciller vicealmirante Guzzeti en reportaje publicado por *La Opinión* el 3/10/76 admitió que "el terrorismo de derecha no es tal" sino "un anticuerpo".

[9] El general Prats, último ministro de Ejército del presidente Allende, muerto por una bomba en setiembre de 1974. Los ex parlamentarios uruguayos Michelini y Gutiérrez Ruiz aparecieron acribillados el 2/5/76.

El cadáver del general Torres, ex presidente de Bolivia, apareció el 2/6/76, después que el ministro del Interior y ex jefe de Policía de Isabel Martínez, general Harguindeguy, lo acusó de "simular" su secuestro.

[10] Teniente coronel Hugo Ildebrando Pascarelli, según *La Razón* del 12/6/76.

Jefe del Grupo I de Artillería de Ciudadela, Pascarelli es el presunto responsable de treinta y tres fusilamientos entre el 5 de enero y el 3 de febrero de 1977.

[11]Unión de Bancos Suizos, dato correspondiente a junio de 1976. Después la situación se agravó aún más.

alargando, horarios, elevando la desocupación al récord del 9 por ciento[12] y prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.[13]

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40 por ciento, el de ropa más del 50 por ciento, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30 por ciento, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la "racionalización".

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convierte en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar "el país", han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto que orilla el 3 por ciento, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400 por ciento, un aumento del circulante que en sólo una semana de diciembre llegó al 9 por ciento, una baja del 13 por ciento en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda inepcia.

Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120 por ciento, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o a Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como

beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internaciones encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

[12] *Diario Clarín.*

[13] Entre los dirigentes nacionales secuestrados se cuentan Mario Aguirre de ATE, Jorge Di Pasquale de Farmacia, Oscar Smith de Luz y Fuerza. Los secuestros y asesinatos de delegados han sido particularmente graves en metalúrgicos y navales.

Un aumento del 722 por ciento en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: "Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos".[14]

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el "festín de los corruptos".

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

RODOLFO WALSH. - C.I. 2845022

Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.

[14] *Prensa Libre*. 16/12/76.

LISTA DE TEXTOS DE RODOLFO WALSH

Se incluyen en la siguiente lista todos los textos firmados por Rodolfo Walsh (artículos, prólogos, entrevistas), con la sola exclusión de los canónicamente literarios. Los textos aparecen ordenados de acuerdo con el año y el mes de primera publicación comprobada. Las reediciones o recopilaciones no se consignan. Se agrega una letra para diferenciar los números de referencia en los casos en que hay más de un texto por mes. Las notas se ingresan individualmente aún cuando pertenezcan a series. Cuando corresponde se antepone el seudónimo. A partir de 1977, la obra es póstuma.

D.L.

5303. "La misteriosa desaparición de un creador de misterios", *Leoplán,* XIX: 449 (Buenos Aires: 4/3/1953), pp. 33-39 [sobre Ambrose Bierce].

5304. "Noticia", introducción a *Diez cuentos policiales argentinos.* Buenos Aires, Hachette, 1953.

5305. "¡Vuelve Sherlock Holmes!", *Leoplán,* XIX: 454 (Buenos Aires: 20/5/1953), pp. 75-79 [C].

5402a. "El genio del anónimo", *Leoplán,* XX: 471 (Buenos Aires: 3/2/1954), pp. 41-43.

5402b. "Dos mil quinientos años de literatura policial", *La Nación* (Buenos Aires: domingo 14/2/1954) [C].

5405. "Giovanni Papini y la lucha contra el demonio", *Leoplán,* XX: 478 (Buenos Aires: 19/5/1954), pp. 12-13.

5505. "Un estremecimiento, por favor (En torno al cuento fantástico y de suspenso...)", *Leoplán,* XXI: 502 (Buenos Aires: 18/5/1955), p.55.

5507. "Cierre la puerta", *Leoplán,* XXI: 506 (Buenos Aires: 20/7/1955), p. 71 [sobre *El tirolés herido* de Donald Yates].

5512. "2-0-12 no vuelve", *Leoplán,* XXI: 516 (Buenos Aires: 21/12/1955), pp. 4-10.

5609. Daniel Hernández. "Los peores desastres de este siglo", *Leoplán,* XXII: 534 (Buenos Aires: 15/9/1956), pp. 14-15.

5610. "Aquí cerraron sus ojos", *Leoplán,* XXII: 535 (Buenos Aires: 1/10/1956), pp. 46-50.

5701a. "Yo también fui fusilado", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 15/1/1957).

5701b. "Habla la mujer del fusilado", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 29/1/1957).

5702a. "Alguien", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 12/2/1957).

5702b. Daniel Hernández. "De Copenhague a Tokio a través del Polo", *Leoplán,* XXIII: 541 (Buenos Aires: 15/2/1957), pp. 36-37.

5702c. "La verdad sobre los fusilados", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 19/2/1957).

5703a. Daniel Hernández. "3120-5699-1184 (Lenguaje universal cifrado)", *Leoplán,* XXIII: 542 (Buenos Aires: 1/3/1957), pp. 51-53.

5703b. "Pedimos explicaciones sobre la masacre", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 5/3/1957).

5703c. Daniel Hernández. "El fin de los dirigibles", *Leoplán,* XXIII: 543 (Buenos Aires: 15/3/1957), pp. 20-26.

5703d. "¿Fue una operación clandestina la masacre de José León Suárez?", *Revolución Nacional* (Buenos Aires: 26/3/1957).

5705. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor", *Mayoría* (Buenos Aires: 27 de mayo de 1957).

5706a. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor". *Mayoría* (Buenos Aires: 3 de junio de 1957).

5706b. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor". *Mayoría* (Buenos Aires: 10 de junio de 1957).

5706c. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor", *Mayoría* (Buenos Aires: 17 de junio de 1957).

5706d. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor", *Mayoría* (Buenos Aires: 1 de julio de 1957).

5707a. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor", *Mayoría* (Buenos Aires: 8 de julio de 1957).

5707b. "Operación masacre. Un libro que no encuentra editor", *Mayoría* (Buenos Aires: 15 de julio de 1957).

5707c. "Obligado apéndice", *Mayoría* (Buenos Aires: 31 de julio de 1957).

5708. Daniel Hernández. "El automóvil del futuro", *Leoplán,* XXIII: 553 (Buenos Aires: 15/8/1957), pp. 35-37.

5710a. "Adiós al Pamir", *Leoplán,* XXIII: 557 (Buenos Aires: 15/10/1957), pp. 20-23.

Leoplán, XXII: 535 (Buenos Aires: 1/10/1956), pp. 46-50.

5710b. Daniel Hernández. "Los métodos del F.B.I.", *Leoplán,* XXIII: 557 (Buenos Aires: 15/10/1957), pp.

5711. Daniel Hernández. "Kapitza, el enemigo público No. 1 de Occidente", *Leoplán,* XXIII: 558 (Buenos Aires: 1/11/1957), pp. 62-66.

5712a. "General Mosconi, el gran visionario", *Leoplán,* XXIII: 561(Buenos Aires: 15/12/1957), pp. 70-77.

5712b. "Obligado apéndice H", *Mayoría* (Buenos Aires: 30 de diciembre de 1957).

5802a. Daniel Hernández. "¿Se hace la represa del Chocón?", *Leoplán,* XXIV: 564 (Buenos Aires: 1/2/1958), pp. 66-67.

5802b. "La prueba decisiva de la Operación Masacre (con la confesión del inspector mayor Rodolfo Rodríguez Moreno ante el juez Belisario Hueyo)", *Azul y Blanco* (Buenos Aires: 26/2/1958).

5803a. "Veinte preguntas al presidente electo [entrevista a Arturo Frondizi]", *Leoplán,* XXIV: 566 (Buenos Aires: 1/3/1958), pp. 46-49.

5803b. Daniel Hernández. "El equipo del doctor Frondizi", *Leoplán,* XXIV: 567 (Buenos Aires: 15/3/1958), pp.

5803c. "Aplausos Teniente Coronel", *Azul* y *Blanco* (Buenos Aires: 18/3/1958).

5804a. "Un niño secreto que no se dirá", *Leoplán,* XXIV: 569 (Buenos Aires: 15/4/1958), pp. 18-21.

5804b. "¿Y ahora...Coronel?", *Azul y Blanco* (Buenos Aires: 29/4/1958).

5806. "Caso Satanowsky. Primera nota [de una serie de 28]", *Mayoría* (Buenos Aires: 9 de junio).

5808a. "Caso Satanowsky. Décima nota", *Mayoría,* 70 (Buenos Aires: 11 de agosto de 1958), pp. 20-23.

5808b. "Caso Satanowsky. Undécima nota", *Mayoría,* 71 (Buenos Aires: agosto de 1958).

5808c. "Caso Satanowsky. Duodécima nota", *Mayoría, 72* (Buenos Aires: 25 de agosto de 1958), pp. 22-24.

5809. "Caso Satanowsky. Pida una investigación, general Cuaranta", *Mayoría,* 74 (Buenos Aires: 8 de septiembre de 1958), p. 23.

5810. "Caso Satanowsky. Mensaje a Pérez Griz", *Mayoría,* 80 (Buenos Aires: 23 de octubre de 1958), p. 14 .

5811a. "Caso Satanowsky. Final en cinco actos", *Mayoría,* 82 (Buenos Aires: 6 de noviembre de 1958), pp. 25-27.

5811b. "Caso Satanowsky. Respuesta a Cuaranta", *Mayoría,* 88 (Buenos Aires: 12 de noviembre de 1958), pp. 14-15.

5812. "Caso Satanowsky. Es nula la segunda pericia balística", *Mayoría,* 89 (Buenos Aires: 25 de diciembre de 1958), p. 13.

5903a. Daniel Hernández. "El mundo de los grandes en boca de los chicos", *Leoplán,* XXV: 590 (Buenos Aires: 1/3/1959), pp. 8-13.

5903b. "Tibor Gordon, profeta de la tierra prometida", *Leoplán,* XXV: 591 (Buenos Aires: 15/3/1959), pp. 8-13.

5904a. Daniel Hernández. "Llegaron los Comet", *Leoplán,* XXV: 592 (Buenos Aires: 1/4/1959).

5904b. "El hombre del guardapolvo gris", *Leoplán,* XXV: 593 (Buenos Aires: 15/4/1959), pp. 26-29.

5905a. Daniel Hernández y Hebe Boyer. "Un año de gobierno: qué piensa la gente", *Leoplán,* XXV: 594 (Buenos Aires: 1/5/1959).

5905b. R. J. (Servicio Especial de Prensa Latina). "Argentina en el ojo del mundo", *Leoplán,* XXV: 595 (Buenos Aires: 15/5/1959). Título de la sección que aparece durante 1959 (hasta el No. 607 del 10/11/59, con la sola excepción del No. 598).

5908. "Fidel renuncia, Fidel se queda", *Leoplán,* XXV: 600 (Buenos Aires: 5/8/1959), pp. 24-26 ("De Prensa Latina especial para *Leoplán").*

6011. "No te fíes de un enviado especial", *Che* (Buenos Aires: 15/11/1960).

6103. "Guatemala, una diplomacia de rodillas", *Che* (Buenos Aires: 9/3/1961).

6105a. "Walsh sobre el tapete", *Che* (Buenos Aires: 17/5/1961) [contestación a una carta de lectores].

6105b. "El extraño caso de las dos confesiones", *Usted* (Buenos Aires: 23/5/1961).

6110. "La última pirueta de Allen Dulles en Argentina", *Voz Popular,* 1:2 (Buenos Aires: octubre de 1961).

6604. "Carnaval Caté", *Panorama,* 35 (Buenos Aires: abril 1966), pp. 74-85.

6606. "La isla de los resucitados", *Panorama,* 37 (Buenos Aires: junio 1966), pp. 38-52.

6607. "El expreso de la siesta", *Panorama,* 38 (Buenos Aires: julio 1966), pp. 34-39. 6611a. "San La Muerte", *Panorama,* 42 (Buenos Aires: noviembre 1966), pp. 78-84.

6611b. "Viaje al fondo de los fantasmas", *Adán,* 1:5 (Buenos Aires: noviembre 1966), pp. 86-93.

6612. "La Argentina ya no toma mate", *Panorama,* 43 (Buenos Aires: diciembre 1966), pp. 54-60.

6702. "Kimonos en la tierra roja", *Panorama,* 45 (Buenos Aires: febrero 1967), pp. 20-27.

6708a. "El país de Quiroga", *Panorama,* 51 (Buenos Aires: agosto 1967), pp. 42-47.

6708b. "Vida y muerte del último servicio secreto de Perón", *Todo es Historia,* 1:4 (Buenos Aires: agosto 1967), pp. 6-25.

6709. "El matadero", *Panorama,* 52 (Buenos Aires: septiembre 1967), pp. 70-76.

6710. "Las carnes que salen del frío", *Panorama,* 53 (Buenos Aires: octubre 1967), pp. 86-92.

6712a. "Magos de agua dulce", *Panorama,* 55 (Buenos Aires: diciembre 1967), pp. 42-46.

6712b. "Una literatura de la incomodidad", *Primera Plana,* VI: 260 (Buenos Aires: 19/12/1967), p. 84 [sobre *Sumbosa* de Aníbal Ford, con referencias a los primeros libros de Ricardo Piglia, Germán Leopoldo García y otros].

6700. [sobre "La cólera de un particular", cuento anónimo chino] en *El libro de los autores.* Buenos Aires, de la Flor, 1967.

6802. "Guevara", *Casa de las Américas,* 46 (La Habana: enero-febrero l968), pp. 44-45.

6805a. "La secta del gatillo alegre", *CGT* (Semanario de la CGT de los Argentinos), 1:2 (Buenos Aires: 9 de mayo de 1968).

6805b. "¿Quién mató a Rosendo García?", *CGT,* 1:3 (Buenos Aires: 16 de mayo de 1968), p. 2. 6805c. "¿Quién mató a Rosendo García? Segunda nota", *CGT,* 1: 4 (Buenos Aires: 23 de mayo de 1968), p. 6.

6805d. "¿Quién mató a Rosendo García? Tercera nota", *CGT,* 1: 5 (Buenos Aires: 30 de mayo de 1968), p. 6.

6806a. "¿Quién mató a Rosendo García? Cuarta nota", *CGT,* 1: 6 (Buenos Aires: 6 de junio de 1968), p. 6.

6806b. "¿Quién mató a Rosendo García? Quinta nota", *CGT,* 1: 7 (Buenos Aires: 13 de junio de 1968), p. 6.

6806c. "¿Quién mató a Rosendo García? Sexta nota", *CGT,* 1: 8 (Buenos Aires: 20 de junio de 1968), p. 6.

6806d. "¿Quién mató a Rosendo García? última nota", *CGT,* 1: 9 (Buenos Aires: 27 de junio de 1968), p. 6.

6807. "Cuba escribe", noticia preliminar a *Crónicas de Cuba.* Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969. 6809. "La secta de la picana, la. nota", *CGT,* 1:27 (Buenos Aires: 31 de octubre de 1968), p. 2. 6811a. "La secta de la picana, 2a. nota", *CGT,* 1:28 (Buenos Aires: 7 de noviembre de 1968), p. 5.

6811b. "La secta de la picana, 3a. nota", *CGT,* 1:29 (Buenos Aires: 14 de noviembre de 1968), p. 5.

6811c. "La secta de la picana, 4a. nota", *CGT,* 1:31 (Buenos Aires: 28 de noviembre de 1968), p. 4.

6903. "Vuelve la secta del gatillo y la picana", *CGT,* 11:41 (Buenos Aires: 27 de marzo de 1969), p.

6905. "¿Qué es el vandorismo?", *CGT,* 11:45 (Buenos Aires: 22 de mayo de 1969), p. 3 [reproducción del primer capítulo de la tercera parte de *Quién mató a Rosendo].*

6908. "Las ciudades fantasmas", *Georama,* 11 (Buenos Aires: agosto de 1969).

6909. "Claroscuro del Delta", *Georama,* 12 (Buenos Aires: septiembre de 1969).

6910. "Prólogo" a Masetti, Jorge. *Los que luchan y los que lloran.* Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

7003. "La luz nuestra de cada noche", *Siete días,* 148 (Buenos Aires: 9 al 15 de marzo de 1970), pp. 22-26.

7010. "Bolivia: el general proletario", *Panorama,* 182 (20 al 26 de octubre de 1970).

7012. "Chile: La muerte de Anaconda", *Panorama,* 192 (Buenos Aires: 29/12/1970), pp. 78-79.

7103. "Chile: la carrera contra el reloj electoral", *Panorama,* 204 (Buenos Aires: 23/3/1971), pp. 60-61.

7105. "Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla", *La Opinión* (Buenos Aires: 26 de mayo de 1971).

7107. R.W. "40 tigres de papel", *Panorama,* IX: 218 (Buenos Aires: 29 de junio al 5 de julio de 1971), pp. 59-61.

7205. "Rodolfo Walsh: el delito de opinar", *Primera Plana,* X: 485 (Buenos Aires: 16 de mayo de 1972), p. 27.

7207a. "El drama de Bolivia visto y analizado por uno de sus principales protagonistas", *La Opinión* (Buenos Aires: 14 de julio de 1972), p. 21 [sobre el libro *De Torres a Banzer. Diez meses de emergencia en Bolivia* de Jorge Gallardo Lozada].

7207b. "Apología del capitalismo norteamericano. Una curiosa investigación sobre el humanismo del 12 por ciento", *La Opinión* (Buenos Aires: 25.07.1972), p. 23 [sobre el libro *Los secretos de los gigantes norteamericanos* de Francois Hetmán].

7208. "Vigoroso testimonio sobre el infierno de los reformatorios", *La Opinión* (Buenos Aires: 8 de agosto de 1972), p. 19 [sobre *Las Tumbas* de Enrique Medina].

7209. "¿Quién proscribe a Perón?", *Antropología del Tercer Mundo,* II (Buenos Aires: agosto-septiembre 1972), p. 43.

7307. Tres retratos ("Retrato de un abogado", "Retrato de un general", "Perfil de un asesino") [fragmentos de *Caso Satanowsky], Crisis,* 3 (Buenos Aires: julio 1973), pp. 20-22.

7406. "El sionismo, el Estado israelí y la lucha del pueblo palestino", *Noticias* (Buenos Aires: del 13 al 19/6/1974).

7407a. "Respuesta a la embajada israelí", *Noticias* (Buenos Aires: 17/7/1974).

7407b. "El común oficio del periodismo:, Crisis, 15 (julio 1974), p. 63 [sobre Hemingway].

7409. "La revolución palestina", *Asuntos árabes,* 11:5 (Buenos Aires: 21 de septiembre de 1974) [Reproducción de la serie de notas que llevan la referencia 7406].

7802. "¡Valiente denuncia! [transcripción de la "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar"]", *Nueva Democracia,* 49 (Buenos Aires: 4 de febrero de 1978), pp. 5-7. El texto original fue distribuido clandestinamente el 24 de marzo de 1977.

7908. "Carta a mis amigos", *Cuadernos de Marcha,* I: 2 (segunda época) (México: julio-agosto 1979. Distribuido clandestinamente en 1977.

7909. "Diciembre 29" en *Los papeles de Rodolfo Walsh.* s/1, 1979 [sobre la muerte de Francisco Urondo], p. 2.

8002. "Textos políticos de Rodolfo Walsh", *Controversia, 4* (México: febrero de 1980), pp. 15-18 [con una introducción de Lilia Ferreyra].

8110. "Carta a Vicki" en *Rodolfo Walsh. Secuestrado por la Junta Militar argentina.* Madrid, Ediciones del Rescate, 1981. Distribuida clandestinamente en 1976.

8503. "La rebelión de las bases: surge la COTA", *Entretodos,* 114 (Buenos Aires: marzo 1985). Escrito en 1968.

8508. *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina.* Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, 1985. Recopilación realizada por Horacio Verbitsky de los partes de información de ANCLA (Agencia de Noticias Clandestina) y de CADENA INFORMATIVA, ambas fundadas por Walsh. La mayoría de los partes (distribuidos entre 1976 y 1978) no llevan firma. Algunos han sido identificados por Verbitsky con las iniciales R.J.W.

8903. "Calle de la amargura número 303", *El Periodista de Buenos Aires,* V: 234 (Buenos Aires: 17/3/1989), p. 15. Texto distribuido por Prensa Latina en 1959.

9003a. "Epílogo de *Operación Masacre* (1964)", *Página/12* (Buenos Aires: domingo 25 de marzo de 1990), p. 27.

9003b. "Una serie de TV", *Página/12* (Buenos Aires, domingo 25 de marzo de 1990), p. 27 [propuestas para una serie de TV a partir de conversaciones con Leonardo Favio].

9406. *Rodolfo J. Walsh,* número especial de *Nuevo Texto Crítico* (a cargo de Jorge Lafforgue), VI: 12/13 (Stanford: julio 1993-junio 1994). Incluye evocaciones, estudios y lecturas de la obra de Walsh y una serie de textos, la mayoría de ellos inéditos. De la obra periodística, se incluyen 6606, 6708 y 7908. La bibliografía final, ordenada por géneros y cronológicamente, es casi completa. Una versión corregida y revisada aparecerá en 1995 por Alianza de Buenos Aires.

9412. *Rodolfo Walsh vivo.* Buenos Aires, de la Flor, 1994. Recopilación realizada por Roberto Baschetti de material periodístico publicado por Walsh (notas y entrevistas), artículos consagrados al estudio de su obra y documentos de la organización Montoneros. Reproduce los textos que en esta bibliografía llevan las referencias 5803c, 5804b, 5811, 6011, 6910, 7012, 7209, 7406, 7802, 7909, 7908, 8002, 8110 y 8903. Incluye la más completa lista de publicaciones de Walsh hasta el presente, organizada por orden alfabético.

Prólogo 3
Nota preliminar (Daniel Link) 4
La misteriosa desaparición de un creador de misterios 6
2-0-12 no vuelve 10
Aquí cerraron sus ojos 15
"Yo también fui fusilado" 19
3120-5699-1184 (Lenguaje universal cifrado) 28
El fin de los dirigibles 32
Adiós al *Pamir* 36
Los métodos del FBI 41
Veinte preguntas al presidente electo 45
¡Aplausos, teniente coronel! 49
¿Y ahora... coronel? 51
"Un niño secreto que no se dirá" 53
Respuesta a Cuaranta. 60
El hombre del guardapolvo gris 63
Fidel renuncia, Fidel se queda 66
No te fíes de un enviado especial. 72
Guatemala, una diplomacia de rodillas 74
La última pirueta de Allen Dulles en Argentina 81
Carnaval Caté. 86
La isla de los resucitados 94
El expreso de la siesta 106
San La Muerte 110
Viaje al fondo de los fantasmas 113
La Argentina ya no toma mate. 121
Kimonos en la tierra roja 128
El país de Quiroga 132
Vida y muerte del último servicio secreto de Perón 138
El matadero 142
Las carnes que salen del frío 147
Magos de agua dulce 154
Guevara 160
¿Quién mató a Rosendo? 163
La secta del gatillo alegre 167
La secta de la picana. Primera nota 171
La secta de la picana. Segunda nota 174
La secta de la picana. Tercera nota 177
La secta de la picana. Cuarta nota 180
Vuelve la secta del gatillo y la picana 182
Las ciudades fantasmas 187
Claroscuro del Delta 194
La luz nuestra de cada noche 202
Bolivia, el general proletario 209

Chile: La carrera contra el reloj electoral 214
"Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla" 218
La revolución palestina (serie de notas) 221
Respuesta a la embajada israelí 238
Los partes de Cadena Informativa 242
Carta abierta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar. 247
Lista de textos de Rodolfo Walsh 253